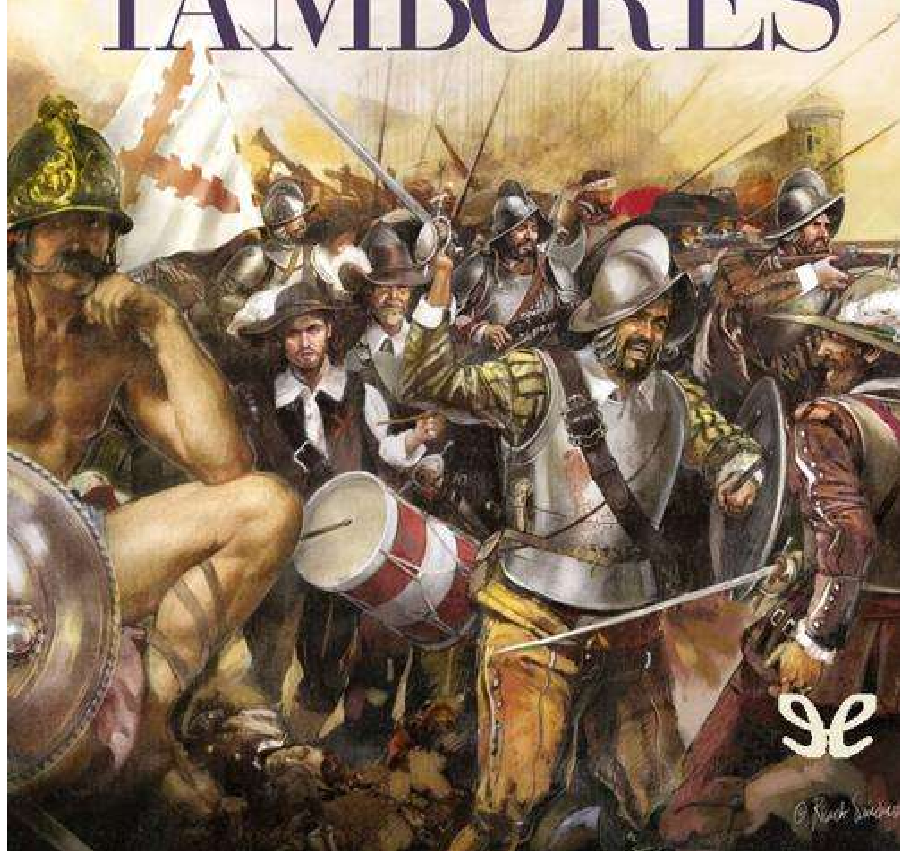
FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ

EL OCASO DE LOS HÉROES II

RONCOS TAMBORES





Roncos tambores, es la segunda parte de la trilogía *El ocaso de los héroes*, la empresa con la que el autor recuerda a una serie de figuras

configuradoras de la Historia de España.

Nunca sobra recordar a los héroes y a lo que simbolizaron en una realidad histórica (España) que los tuvo a manos llenas en su época de apogeo, aunque tampoco le hayan faltado en otros momentos decisivos más recientes.

De las once semblanzas aquí recogidas, que acentúan principalmente la actitud de los personajes ante el trance definitivo de la muerte, hay dos (fray Junípero Serra y Miguel Servet) que podemos considerar por completo pacifistas, y también se ha incluido a una mujer (María Pita) que a la hora de la verdad demostró ser capaz de comportarse en el campo de batalla con el mismo valor que otros héroes varones de nuestro pasado más memorable, como los que aparecen en estas páginas.

Fernando Martínez Laínez

Roncos tambores

El ocaso de los héroes - 2

PRÓLOGO

ste libro, *Roncos tambores*, es la segunda parte de la trilogía *El ocaso de los héroes*, en cuya primera, *Aceros rotos*, aparecían expuestas las razones que motivaron al autor E para llevar adelante la empresa de recordar a una serie de figuras configuradoras de la Historia de España, una historia cada vez menos común y compartida por los españoles, por desgracia.

Los héroes, por supuesto, no son solo guerreros, y actúan de catalizador y elemento integrador colectivo en momentos, como los actuales, de confusión y desbarajuste de ideas y valores. Descienden de la vieja estirpe de la *virtus* romana y la *arete* griega, y sus cualidades, en lo que tienen de ejemplares, están sobre todo orientadas a lo público, y hacen referencia a valores interiores y éticos más que a valentía con las armas, aunque en muchas ocasiones esta condición les sea necesaria para alcanzar el estatus heroico que los define.

De las once semblanzas aquí recogidas, que acentúan principalmente la actitud de los personajes ante el trance definitivo de la muerte, hay dos (fray Junípero Serra y Miguel Servet) que podemos considerar por completo pacifistas, y también se ha incluido a una mujer (María Pita) que a la hora de la verdad demostró ser capaz de comportarse en el campo de batalla con el mismo valor que otros héroes varones de nuestro pasado más memorable, como los que aparecen en estas páginas.

Quisiera terminar esta breve exposición repitiendo la idea básica que mencionaba en el prólogo de *Aceros rotos*. En una época como la actual, decadente y poco propicia al patriotismo, un concepto que no debe confundirse con el nacionalismo disgregador y cavernario, nunca sobra recordar a los héroes y a lo que simbolizaron en una realidad histórica (España) que los tuvo a manos llenas en su época de apogeo,

aunque tampoco le hayan faltado en otros momentos decisivos más recientes.

Que la *virtus* se perpetúe y nos haga mejores.

Juan de Austria

La gloria soñada

Mira que el bien con paso tardo crece,

Y el mal por el contrario apriesa vuela

(*La Austriada*, Juan Rufo)

e repente, se le afloja la cabeza, y es como si todas sus fuerzas lo abandonaran.

Tiene 32 años y ha comprendido que le llega el fin. Yace sobre un catre de D hierro, su rostro estragado va adquiriendo color ceniciento y los labios se le han puesto azules. Después de unos días de mejoría aparente, ha vuelto a sufrir escalofríos. La muerte se le dibuja ya en el rostro y siente dolores en todo el cuerpo.

«Tía querida»

Fueron las últimas palabras de don Juan, dirigidas a doña Magdalena de Ulloa, la mujer que lo cuidó mejor que su verdadera madre. De ella, de la madre, se acuerda ahora y querría tenerla cerca, pues sabe que vive a solo unas cuantas leguas, viuda y cantarina en Gante, pese a tener ya cincuenta años, pero en la hora postrera la muerte no deja elegir y solo permite lo que ella decide. Una sola vez la ha visto desde que llegó a Flandes y antes solo la conocía de nombre y por algunas cartas. Nada tenía que agradecerle, excepto la vida, pero ¿no es eso suficiente para un hijo? En esa entrevista, don Juan sintió toda la extrañeza de una orfandad inconfesa, restañando soledades pasadas cuyo recuerdo ya no hacían bien alguno a su espíritu. La madre era una extraña alegre y con ganas de vivir, y en la despedida él hubo de cumplir el desagradable deber de transmitirle el deseo del rey, que le pedía, ordenaba, trasladarse a España, lejos de las alegrías, festejos y coqueteos de la relajada sociedad flamenca.



Fortaleza de Namur, en Flandes.

La fiebre empezó con dolores de cabeza, y no quiso que se le notara. Dictaba cartas y daba órdenes, pero la desazón lo obligaba a mover continuamente el cuello y aflojar la gola de encaje que le oprimía la garganta. Así hasta que le entraron los sudores y le costó esfuerzo entender las conversaciones o las peticiones que sus ayudantes le dirigían, y al cerrar los párpados le restallaron fogonazos rojos en la retina. Entonces fue cuando los que le rodeaban entendieron que no se encontraba bien, pero él encubrió los síntomas. Se mantenía en pie armado con la espada y con las botas puestas, sin querer rendirse al silbido suave de la muerte. Escribe al Rey. Puede estar segura Su Majestad de que no tomaré ninguna decisión que vaya contra la voluntad de Dios o de su servicio y que tienda exclusivamente en provecho de mi honra personal. Estoy — le dice —

constantemente y en todo dispuesto a soportar los golpes más duros que el destino me reserve, y pongo mi suerte en manos de Dios.



Don Juan de Austria por Alonso Sánchez Coello en el Monasterio de El Escorial.

Hace días que los médicos detectaron síntomas de agotamiento. Trabaja demasiado y de su persona ya no emana esa aureola de dominación y honores que marca a los poderosos de este mundo. ¿Mujeres? Las más hermosas de Europa suspiraron por tenerle cerca. Algunas, como la esposa del alcalde mayor de Nápoles, Ana de Toledo, han arrostrado el escándalo y la infamia por entregársele. Un idilio peligroso que acabó en tragedia para la dama, y del que ahora se arrepiente y pide perdón a Dios.

En el campamento cercano a Namur la lluvia redobla y rebota en las calles. Truenan los cañones. Un estrépito que le resulta familiar. Esa música ha sido su sombra y a ella se acostumbró desde niño. Peleando ha vivido y contemplado el rostro abominable de la muerte muchas veces; la de otros, pero ahora le toca a él y eso lo cambia todo. Le acompañan su sobrino Alejandro Farnesio, el ingeniero militar Gabrio Cervelloni, el confesor fray Francisco de Orantes, el conde Mansfeld, el sacerdote jesuita Juan Fernández y el fiel capitán Zúñiga.

Un criado saca una palangana de heces rojizas. Su nauseabundo olor no consigue mitigarlo el agua de colonia rociada por toda la estancia para alivio del ánimo sombrío que impregna el ambiente.



Otoño en Flandes. Sobre una mesa de madera basta permanece abierta la última carta que le ha enviado su hermano el rey Felipe. Don Juan, el mejor guerrero de una España guerrera, gobernador de los Países Bajos, se encamina a la tumba sin rango ni título de Alteza real, lo mismo que ha venido a este mundo. Algo que hubiera anhelado más que cualquier otra cosa, pero su hermanastro el rey no lo ha querido así. Tendrá sus razones, que don Juan no comprende. Aunque se le trató como miembro de la familia real. Situado entre esta y los grandes de España en las ceremonias públicas, nunca le consideraron infante de Castilla y tampoco recibió el tratamiento de Alteza, aunque si el de «Excelentísimo Señor», que considera una compensación insuficiente, aunque en esta hora ya poco importe.

Huele a moho y humedad. Ante el confesor, el moribundo balbucea algunas palabras en voz baja, que solo los muy cercanos pueden entender. «Padre, os ruego que escribáis al Rey que mi único deseo es ser enterrado en el monasterio de El Escorial, junto a mi padre el Emperador, al que apenas conocí… Al menos, que me dejen en la misma capilla, y con eso me sentiría pagado con creces por todos mis servicios… Y si no pudiera ser así, porque el rey lo dispusiera de otra manera, que me lleven al monasterio de la Virgen de Montserrat, en Cataluña… Y ruego también al Rey que se acuerde de mi buena madre, de la que tan pronto me separé, y de las dos hijas pequeñas que proceden de mi sangre.»

Muerte de Escobedo, cuadro de Lorenzo Vallés (Madrid, 1830-Roma, 1910).

Una de ellas es Ana, fruto de la relación con María de Mendoza, y la niña acabará con siete años de edad, por orden del Rey, en el convento agustino de las Descalzas Reales, en Madrid, donde se la conoce como Ana de Austria por decisión del Rey y tiene tratamiento de Excelencia. La otra niña es Juana, que tuvo en Nápoles con Diana

Falangola hace solo tres años, y ha encomendado al cuidado de su hermana la princesa de Parma, veinte años mayor que él y a quien quiere también como una madre, igual que a Magdalena. Dos madres para compensar el vacío de la que hubiera deseado más: aquella que le dio el ser y le abandonó pronto. Y el pesar del moribundo aumenta al reparar que ha hecho con su hija, cuya niñez transcurre en un convento de Nápoles, lo mismo que hizo su padre con él.

En Nápoles, donde solía pasear con un león domesticado que había traído de Argel, don Juan estuvo sirviendo al rey, combatiendo a los corsarios turcos que pululaban en aguas de Sicilia, rivalizando en amoríos y galanteos con los aristócratas napolitanos y enfrentado al cardenal Granvela, un personaje taimado, tan famoso por su astucia como por sus escándalos amorosos.

La voz le falla. Bebe un sorbo de vino español rancio y tantea apoyar el codo en el jergón para incorporarse un poco, pero no lo consigue. Hunde la cara en los almohadones y le castañetean los dientes. De golpe se siente desmayar. La vista se le nubla poco a poco hasta que sus ojos dejan de ver. Cuanto le rodea se desvanece, como si alguien lo hubiera suprimido de un manotazo.

El confesor le da la absolución y luego entona un recitativo de oraciones. Lee con voz monótona de un devocionario de tapas negras, mientras los presentes se arrodillan entre sollozos. Alejandro Farnesio, que tanta muerte ha impartido y visto, se sujeta con ambas manos el rostro cubierto de lágrimas y hunde la cabeza en la colcha que cubre la estrecha cama del agonizante. Un ahogado gemido recorre la estancia cuando el confesor pregunta a don Juan si quiere hacer testamento.

«Nada poseo, padre; y si algo poseyera, pertenece a mi señor, el rey.»

El mismo don Juan, al sentir los temblores definitivos de la fiebre, dio orden de que lo trasladaran desde el campamento de Tillemont que

ocupa el tercio de Lope de Figueroa en Bouges, un pantanal fangoso inundado de lluvia situado en las inmediaciones de la ciudadela de Namur, cuyas murallas se avistan a lo lejos. Las primeras sombras de la noche caen ya sobre este territorio cenagoso surcado de canales sucios y aguas grises sobre las que pululan enjambres de mosquitos transmisores de la fiebre que se abate sobre el campo español. Cada día hay entierros, aunque no mueren todos los que enferman. Pero incluso los que escapan de las garras del sueño perpetuo quedan débiles y alelados, con el ánima congelada por el aliento de la esquelética dama de la guadaña.



«En cuanto llegue la noche, llevadme a ese palacio donde vivís, capitán», sonríe el agónico. Se refiere a la modesta vivienda del capitán Bernardino de Zúñiga, en realidad un palomar abandonado, del tamaño de una habitación espaciosa y con una sola ventana, y la orden se ejecuta sin tardanza y en el mayor sigilo, para que no cunda la alarma en el campamento y los soldados mantengan el brío.

Entre todos convienen en adecentar un poco el lugar antes de trasladarlo. A toda prisa cuelgan lumbreras y damasquillos, rocían todo con agua de olor y llevan un camastro de hierro a un ángulo del aposento. Hay tapices que cubren los huecos de las decaídas paredes, un sillón frailero, una mesa tosca de nogal sobre la que colocan entre velas una imagen del Cristo de las Batallas, un estandarte, y algunas

banquetas para los altos cargos presentes. Después suben por una escalera de palo a don Juan y lo tienden sobre el catre.

Antonio Pérez fue secretario de cámara y secretario del Consejo de Estado del rey Felipe II.

Al anochecer del martes 16 de septiembre de 1578 — cuenta su confesor — sintió repentinamente don Juan intenso frío de calentura y como un desabrigamiento general de todos sus miembros. Estaba en el campo de Tirlemont y unos temieron que fuera la peste, que señoreaba en el campo protestante, y otros, el veneno. Fuera lo que fuese, el

enfermo entendió que se moría y mandó que lo llevaran desde Bouges a un fortín situado a una legua de distancia, que por entonces construía el ingeniero militar Gabrio Cervelloni, donde está el alojamiento del capitán Zúñiga. Y pidió también que su traslado no fuera conocido por sus soldados para que no cundiera en ellos ni melancolía ni desánimo.

El enfermo ahora parece dormitar. Percibe, como en sueños, el ruido del mundo a su alrededor, las pisadas amortiguadas sobre el suelo de madera, las espadas tintineantes, las conversaciones quedas. Algunos de los presentes susurran algo acerca de un veneno de efecto muy lento y los médicos han dispuesto otra sangría con lanceta… pero ya nada parece angustiarle, y es como si estuviera flotando en una nube de dolor hacia el otro mundo, con esa calma inerte de los moribundos. Las mejillas, muy pálidas, van adquiriendo un matiz amarillento y de la nariz le asoma un hilillo de sangre.

Fuera, la noticia se ha extendido, y los soldados, agrupados alrededor de las fogatas, guardan silencio respetuoso pendientes del desenlace, con la mirada puesta en la luz trémula de las velas que se escapa por la ventana del palomar. La palabra envenenamiento se desliza en voz baja por los corrillos, como una maldición secreta inconfesable.

Farnesio, abrumado por la inminente pérdida, parece agotado. Ha ido a Bruselas a caballo para buscar un médico de fama mientras llegan los doctores que el rey envía desde España y que ya están en camino.

Un mensajero ha llevado en cinco días la noticia hasta El Escorial. Nervioso y fatigado en presencia del monarca, ha informado de que don Juan yace en su tienda muy débil y gimiente, casi sin pulso. Le han hecho una sangría y su rostro no presagia nada bueno. Los

médicos creen que es fiebre muy mala. Cuando el mensajero le informó de que su hermanastro se moría, don Felipe ha anulado todas las audiencias y ordenado que salga inmediatamente hacia Flandes un carruaje con dos médicos de la Corte provistos de recetas y medicamentos. En la frontera francesa les entregarán los pasaportes, que irán por correo rápido a caballo. El mensajero — que apenas ha descansado unas horas — ha partido también con una carta del rey, que se muestra apesadumbrado. En la carta, amén de expresarle su amor dolorido, le pide que no escatime medios para curarse, aunque no sea más que por la importancia extraordinaria de su persona a la que, insiste, ama sinceramente.

En el palomar de Bouges, el desahuciado don Juan da gracias a cuantos le rodean por su fidelidad. En sus manos marfileñas y afiladas sostiene la bengala símbolo del mando militar y se la entrega a Farnesio. Un gesto que todos entienden como la transmisión solemne del poder militar en Flandes, aunque solo provisionalmente, si el rey lo aprueba y no dispone otra cosa.

En la mente revuelta de don Juan, los acontecimientos de los últimos meses son fantasmas que devoran los últimos restos de tranquilidad interior del enfermo. Ni una sola vez ha dejado de decir la verdad al rey, su hermano, que es quien lo ha enviado sin apenas ejército ni dinero a este pozo negro de Flandes. Pero la Corte es también una cloaca de hiel, y el odio entre los funcionarios de Estado que rodean al monarca lo emponzoña todo. El desdichado Escobedo, su secretario asesinado en plena calle en Madrid, ya se lo había dicho: ahí en Palacio cuanto hay son secretos de alcoba, rencores malignos, confusión, sobornos y traiciones.

Ni sé cómo esta pobre España aguanta. De manera inexplicable, al rebelde Guillermo de Orange le llegan las nuevas de Madrid relacionadas con los Países Bajos antes que a él mismo o a sus oficiales. No hay nada que los rebeldes no sepan con antelación. Hay traidores en la Corte española, desde luego. Y todo por dinero, el maldito dinero que todo lo corrompe, en Madrid lo mismo que en Bruselas.

La infamia anida en el corazón de la Monarquía a cambio del oro que se reparte desde Holanda o Inglaterra, y él sabe quién es el mayor traidor, aunque su sola palabra no hubiera bastado para convencer al rey. Escobedo le ha hablado del lujo con el que el escurridizo Antonio Pérez, el consejero más íntimo de Felipe, recibe en su casa: tapices

flamencos, espejos venecianos, estatuas antiguas, orfebrería delicada. Una sierpe disfrazada de paloma. Su enemigo principal (le dijo Escobedo) que ahora estará exultante por dentro y falsamente compungido por fuera, compartiendo secretos triunfos con Ana de Mendoza, la princesa de un solo ojo y rostro adolescente a quien todos suponen amante desvergonzada de Pérez, después de haberlo sido del propio rey. Don Juan la conoció también y entre ellos surgió la chispa amistosa, aunque era mujer de fondo tan calculador y solapado que prefirió mantenerla a raya. Su trato le permitió relacionarse con María de Mendoza, dama de la infanta Juana de Austria, que dio a luz en el palacio ducal de Pastrana a la niña María Ana de Austria…

Todavía no sabe, y eso alivia su tortura, hasta qué extremo ha sido víctima del fingimiento. Engañado por Antonio Pérez, que le simulaba amistad y se ha encargado de insinuar al rey que su hermanastro es un personaje inquieto que podía intentar

quitarle el trono, aportando como prueba fragmentos falsificados de las cartas entre don Juan y el rey. Además, insinúa el serpentino Pérez, existe la posibilidad de que decida por su cuenta la invasión de Inglaterra para hacerse con esa Corona, o incluso de que se alíe con los rebeldes holandeses y regrese a España para destituiros. Es ambicioso, Majestad, y Escobedo es su agente en Madrid. Pero si es vuestro deseo, yo podría acabar de raíz con cualquier riesgo de conspiración y eliminar esa amenaza a vuestro poder… Solo si así me lo autorizáis, Majestad, pues bien sabéis que me tenéis para todo y no dudaré en serviros para protegeros a la menor indicación que deseéis hacerme.

Ahora se arrepiente, aunque sea tarde, de haberse sincerado tanto por carta a Pérez, al decirle que había tomado la decisión de no seguir en Flandes más que el tiempo preciso hasta que fuera nombrado cualquier otro, pues con eso solo ha conseguido quedar más expuesto a sus intrigas, sin contar con que sus cuitas han pasado a ser conocidas en la corte de Orange.

Desde el asesinato de Escobedo sabe que su propia vida también peligra. Sus espías le han informado de que los holandeses conspiran para envenenarle, y eso le ha llevado hace cuatro meses a sustituir su guardia personal de flamencos por otra de alabarderos alemanes. Quizá la elección de Escobedo como secretario no ha sido muy afortunada, pero no fue don Juan quien lo terminó eligiendo, sino la Casa de Éboli. El último año ha sido un auténtico infierno. Sin los

tercios y sin dinero. El odio en Flandes se ha extendido como una hoguera insaciable, imposible de apagar sin tropas. Solo Luxemburgo y una parte de Valonia permanece fiel, y eso le ha bastado para obtener una gran victoria en Gembloux y obligar a correr a Guillermo de Orange. Se lo ha dicho al rey, pero las palabras ya no bastan… Y él siente no haber podido llegar antes a los Países Bajos, una vez nombrado gobernador general, pues seguramente hubiera impedido el saco de Amberes, que tanto daño hizo a la fama de España.

Ahora percibe con postrera lucidez que su vida ha sido una sucesión de avatares, sobrentendidos y verdades veladas. Desde la niñez, oscura y clandestina, pues su padre el emperador lo encomendó como niño anónimo al cuidado del fiel Luis Quijada y su mujer Magdalena, a los que quiso y respetó como padres efectivos, aunque sin olvidar nunca a su madre, por fugaz que haya sido su contacto, a la que juzgó mundana y un punto alocada. Los Quijada y Magdalena no fueron sus únicos tutores. También lo acogieron — siempre por decisión imperial — en el hogar de Francisco de Massy y su mujer Ana Medina hasta que, ya adolescente, fue devuelto de nuevo al cuidado de Luis y Magdalena.



Luego, cuando se hizo público el reconocimiento de su sangre real, Felipe lo envió a estudiar a Alcalá de Henares con su propio hijo, el infante Carlos, de quien se dice ahora que ha salido medio majara, y

con su sobrino Alejandro Farnesio, hijo de su hermanastra la princesa Margarita de Parma. Allí estudiaron juntos cuatro años de Humanidades, sin olvidar la equitación y la esgrima, tan necesarias para combatir por esa España que señorea el mundo, y eso ha creado lazos de amistad y les ha hecho iguales.

Los tres son aproximadamente de la misma edad y se relacionaron bien. Una sólida fraternidad que perduró. Juan tenía entonces catorce años y por aquel entonces el infante Carlos cayó por unas escaleras y se abrió la cabeza. Estuvo grave varios días y los galenos no conseguían curarle; hasta que el famoso Andrés Vesalio, el médico personal de Felipe que antes lo había sido del emperador, le salvó la vida trepanándole el cerebro.

Doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli, duquesa de Pastrana y condesa de Mélito.

Fue al terminar los estudios en Alcalá cuando el muchacho Juan de Austria intentó escapar a Barcelona para unirse a la armada española que partía a recuperar la isla de Malta, cuando los turcos estaban a punto de ocuparla por completo, aunque les saliera

mal la jugada. A Barcelona viajó a caballo, y ese fue el inicio de las almorranas que le han acompañado como una lepra desde entonces y que tanto le hacen sufrir ahora, en el lecho de muerte. El viaje además se truncó porque no pudo pasar de Zaragoza, aquejado de una fiebre terciana que le tuvo postrado durante semanas, y cuando llegó a Barcelona ya las naves habían partido en auxilio de Malta y, recuperada al menos la salud, dio las gracias a la Virgen en el monasterio de Montserrat antes de regresar a Madrid.

De todas las guerras que ha librado, la que peor conciencia le ha dejado es la de las Alpujarras contra los moriscos sublevados de Aben Humeya. Eso fue hace casi diez años, y al principio murieron muchos cristianos de las serranías de Granada, y ni el marqués de Mondéjar ni el marqués de Vélez, gobernador de Almería, fueron capaces de frenar la insurrección. Tuvo que ser él, por orden del rey, el apagafuegos que pusiera coto a la grave rebelión a fierro y fuego. Pueblo por pueblo, alquería por alquería, cueva por cueva, casa por casa, con combates feroces en los que no se hacían prisioneros y sufrían las mujeres y los niños tanto como los hombres, y donde un disparo de arcabuz dirigido

a él acabó con la vida de su mentor Luis de Quijada, el hombre a quien en su niñez tantas veces había llamado padre, a falta — sabría luego — del suyo verdadero, el césar Carlos, del que solo guarda un difuso recuerdo.

Batalla de Lepanto, cuadro de Andrea Vicentino.

En Lepanto fue distinto y esa también fue su hora de mayor gloria. Allí se combatió barco por barco contra jenízaros bien armados y no contra gente mal provista y

desesperada, rodeado de capitanes famosos de toda la cristiandad, embistiendo a las galeras enemigas, con los hombres peleando con hachas y espadas y los arcabuceros barriendo las cubiertas desde los mástiles y las bordas, dejando el mar como si fuera un enorme cementerio de agua recubierto de sangre y gritos de dolor, con heridos que se hundían y cadáveres flotantes. Aunque luego de esa gran victoria se perdió Túnez y nada pudo hacer para impedirlo.

Seguro que le hubiera gustado conocer los versos que después de su muerte le dedicó Fernando de Herrera, hiperbólicamente llamado el Divino, en el soneto que escribió por la victoria de Lepanto:

Con profundo murmurio la victoria

Mayor celebra que jamás vio el cielo

Y más dudosa y singular hazaña:

Y dí que solo mereció la gloria,

Que tanto nombre da a tu sacro suelo

El Joven de Austria y el valor de España.

Pero Lepanto y otras batallas ya quedan atrás, y tan lejanas que es como si hubieran sido un sueño del que ahora acaba de despertar para morirse aquí en Flandes, donde el rey le ha encomendado la misión imposible de pacificar y gobernar a quienes no quieren ninguna de ambas cosas, enfrentado a los protestantes calvinistas, las intrigas de Inglaterra y la ambición y destreza diplomática del príncipe de Orange, con el añadido de las intrigas y traiciones en Madrid de Antonio Pérez y los marqueses de Vélez y Mondéjar, que jamás le perdonaron que él tuviera éxito donde ellos fracasaron.

Y ya en el viaje de quince días que hizo a caballo desde España a París disfrazado de mercader, para llegar a Flandes sin llamar la atención, los presagios eran malos, porque las hemorroides y los padecimientos articulares le hicieron mucho mal en el viaje, cuyo único embeleso fue la visita que hizo a Margarita de Navarra, que como hiciera Dido con Ulises estuvo a punto de retrasar la partida al cumplimiento del deber

con sus encantos, que eran muchos, y de ese encuentro guarda un anillo con una piedra preciosa que ella le regaló en la despedida. Poco más tarde, en el trayecto de París a Luxemburgo, las hemorroides sangrantes, por el peso de la armadura y las rígidas sillas de montar le ocasionaron muchos dolores. Cabalgar en esas condiciones fue una auténtica pesadilla que perdura y sufre con reiteración y paciencia.

En Flandes, don Juan esperaba una gran hoguera, pero encontró un gran incendio que todo lo engulle, con la guerra alimentando a la guerra. Sin dinero ni soldados, tuvo que enfrentar a los protestantes, crecidos por haber conseguido la marcha de los tercios españoles después del saco de Amberes, y obligado a firmar una paz política en Gante, lo que se llamó Edicto Perpetuo, para que las ciudades de Flandes le reconocieran como gobernador general a cambio de obtener para siempre la libertad de cultos. Pero ni siquiera eso satisfizo la ambición de Guillermo de Orange, que trabaja incansable para eliminar la presencia española, como le han advertido los espías que maneja sobre el terreno.

Esa es la auténtica situación, de la que ha informado por escrito al rey repetidas veces, quejándose también de la falta de medios. Y por eso envió al desdichado Escobedo a Madrid y se apoderó por sorpresa de la ciudad fortificada de Namur, para disponer al menos de un refugio y una base seguro. Y por eso también pidió el regreso de los tercios españoles, y con tan escasas fuerzas y la ayuda militar de Farnesio ha podido asestar al príncipe de Orange y su títere el archiduque Matías, mal nombrado gobernador de los Países Bajos, un golpe demoledor en solo hora y media que duró la batalla de Gembloux, librada poco antes de caer enfermo. Aunque no es iluso y sabe que ni siquiera tan gran victoria alterará el rumbo desastroso de las cosas de Flandes.



Retrato de Guillermo de Orange, el Taciturno, en 1580. Cuadro de Adriaen Thomasz Key.

El rey, entretanto, duda entre aplicar más hierro candente a la herida o emplear ungüentos de cuya eficacia tampoco está muy seguro. Pero algo hay que hacer. A don Juan le entrega instrucciones secretas en las que le dice que debe tratar a las provincias flamencas con mano de seda, para que olviden el tiempo de Alba, pero el maldito saco de Amberes lo ha ensuciado todo y deja poco espacio para el olvido. Y si los soldados españoles se retiran, los enemigos lo tomarán más como una prueba de debilidad que de avenencia.

En realidad, nunca le dieron instrucciones claras, y eso aumentó la inseguridad que le cercaba. No tenía dinero ni poder reconocido y los burgueses y la alta nobleza flamenca solo respetaban las picas de los tercios y vigilaban cualquier signo de flaqueza para decantarse en contra. Él estaba acostumbrado a tener a los enemigos de frente, pero ahora no sabía quién era el enemigo. Tenía las manos atadas y estaba rodeado por un foso de víboras y una espesura de intrigas. Si al menos Felipe le hubiera dado la orden de acometer la conquista de Inglaterra. Reunir a los tercios, desembarcar en la costa inglesa, liberar a María Estuardo, hacerla su esposa… Eso sí hubiera sido una empresa digna de sus sueños de gloria, salvar a la reina de Escocia

encadenada, y de paso, quizá, llegar él mismo a rey, aunque eso, bien lo sabe, no dejaba de ser por ahora una quimera, una fantasía de las muchas que la mente fabrica secretamente para alimentar ambiciones negras que no deben salir a la luz. Pero él es leal, siempre lo ha

sido y en su alma noble nunca anidó la traición a su hermano, por mucho que le hubiera gustado ostentar tratamiento público de Alteza, si el rey lo hubiera permitido dando al olvido su bastardía.

La autopsia

Las últimas semanas de la enfermedad en Bouges y Namur, con diarreas, pujos y tenesmos, lo impulsaron a llamar a un cirujano enviado por Alejandro Farnesio, y el galeno no dudó en operar las hemorroides abriéndolas con lanceta en vez de aplicarle sanguijuelas, lo cual, probablemente aceleró mucho su muerte, pues al darle una lanceteada en una almorrana — cuenta Dionisio Daza, que fue médico de don Juan en Lepanto — «sucedióle un flujo de sangre tan bravo que pese a hacer todos los remedios posibles en cuatro horas dio su alma a su creador, cosa digna de llorar y de gran lástima. Y si yo hubiera estado aun a su servicio no se hiciera un yerro tan grande como se hizo.»

En cuanto a la fiebre, doctores hay actualmente que no creen fuera tifus exantemático, tabardillo murino o modorra, sino probablemente «tifoidea por salmonelas, por el violento cuadro intestinal que en seis semanas lo puso en extrema debilidad y gravedad.»

Queda una tercera causa de muerte probable: el envenenamiento. Y a este respecto hay que prestar atención a las palabras del cronista Baltasar Porreño, que así cuenta el

«mal de la muerte» que le dio a don Juan:

«No se sabe si se ocasionó con una enfermedad secreta que tenía de almorranas, del contagio del aire, si del trabajo padecido en el ejército o del veneno… No se tuvo al principio por peligrosa, mas el segundo día dijo Su Alteza a su confesor que aunque los médicos decían que no era nada su mal, él sentía que le iban faltando las fuerzas y que se moría y que estaba contentísimo de hallarse tan pobre y morir en medio de sus soldados y de su ejército, en una humilde barraca de campo…»

Lo del veneno no es fantasía, pues su uso, detectado o no, era muy frecuente en la época. La pregunta de quién hubiera deseado envenenarle resulta capciosa. Don Juan vivía en Flandes rodeado de enemigos, y también los tenía en la Corte española. El número de sus rivales superaba al de sus amigos y tenían más poder.

El informe médico del doctor Ramírez, que le hizo la autopsia dice que «el cuerpo, por defuera estaba negro y verde con manchas azules en pies y brazos… y dadas

navajadas la carne del mismo color y no salía humedad alguna y la carne parecía engrudo. Después de abierto vimos todo lo interior (…) llegado a tomar con los dedos una parte así se deshacía de la otra como si fuera borra. El corazón no tenía sangre y estaba tan arrugado y marchito como un paño mojado…».

En cuanto al cerebro, dice Ramírez que estaba tan seco todo que parecía compuesto sin el menor rastro de humedad y sangre. Lo contrario que sucede a los que mueren de tabardillo que «suelen tener en el corazón más sangre y mucho agua entre las telas y en toda capacidad la sustancia del cerebro y las telas muy húmedas.»

Es la una de la tarde del 1 de octubre de 1578. La muerte, que aceptó con mansedumbre, le llegó con sutileza, y pocas horas después, el fraile confesor escribió al rey: «Murió en una barraca, pobre como un soldado, que aseguro a VM que no había sino un sobradillo encima de un corral, para que en esto imitase la pobreza de Cristo.»

Suena un redoble de tambores y un toque prolongado de clarines para anunciar a los soldados que su general ha muerto. Inmediatamente, el cuerpo fue embalsamado y luego se le puso la armadura y en la cabeza una corona hecha de tela de oro adornada con piedras preciosas. Al lado, la espada y la celada, y en las manos los guantes negros.

Pocos días después lo trasladaron a Namur en procesión solemne. El cadáver, en un féretro ricamente adornado, iba recubierto con la armadura y llevaba puesto el collar de la orden del toisón de oro. Gentilhombres, maestres de campo, oficiales y soldados de varias naciones se turnan para participar en el fúnebre homenaje, en cabeza los del tercio de Lope de Figueroa, «las picas arrastrando y los tambores destemplados» hasta que el cortejo llega a la iglesia catedral de Saint-Aubain y el cuerpo queda depositado en la nave central, rodeado de un enjambre de velas encendidas.

El cronista Galliot dice que a las puertas de Namur le esperaba el alcalde y seguían el cadáver Alejandro Farnesio, los principales jefes militares y todos los grandes señores de la ciudad[1]. Y detrás del altar de la catedral dejaron sus entrañas y corazón en una urna de cuero, con una lápida y una inscripción latina en letra capital epigráfica: D. O. M. S.

SERmo. PRINCIPI IOANNI AVSTRIACO/ D. CAROLI IMPFILIO

POST MAUROS IN BETICA REBELLANTES SUBIVGATOS/

TURCARUMQUE MAXIMAM CLASSEM

APUD PATRAS DEO DUCEM FUNDITUS/ FUGATAM DELETAMQUE/ CUM IN

BELGIO PROREGEM AGERET/ IN CASTRIS BOGIANIS/

CONTINUA FEBRE, IN IPSO JUVENTUTIS FLORE SUBLATO, *AVUNCULE*

AMANTISSIMO, ALEXANDER FARNEZIUS PARME PLACENTIEQUE PRINCEPS, *IN*

IMPERIO SUCCESSOR, EX MANDATO D. PHILIPPI HIS. AC INDIARUM/ REGIS

POTENTISSIMI

HANC ALTARIS TABULAM COENOTAPHII LOCO PONI CURAVIT

MDLXXVIII

Que aproximadamente viene a decir: «Príncipe serenísimo, Juan de Austria, hijo del emperador Carlos, que subyugó a los moros rebeldes en la Bética, dominador y vencedor de la gran escuadra de los turcos, que luchó por su Rey en Bélgica y murió por una implacable fiebre en la flor de la juventud en el campamento de Bouges. Su sobrino amantísimo Alejandro Farnesio, príncipe de Parma y Placencia, su sucesor en el mando, encargó colocar esta inscripción en el cenotafio del altar por mandato de Felipe II, poderosísimo monarca de España y de las Indias. MDLXXVIII.»

Al acabar la ceremonia funeraria en la nave de la iglesia catedral y tras haber depositado en el nicho la urna con las entrañas, Farnesio dejó el cadáver en el templo, custodiado por los soldados de su guardia, hasta que llegara el momento de llevarlo a España. No hacía mucho que Saint-Aubain era catedral y poco antes había sido saqueada y profanada a fondo por los seguidores protestantes de Guillermo de Nassau.

Solo desde 1560, cuando fue creada la diócesis de Namur, la iglesia adquirió ese rango.

Y en memoria del fallecido hermano, aunque siguiera negándole el título de Alteza, Felipe II mandó erigir un altar mayor de mármol blanco decorado con figuras de alabastro, en el que aparecen las armas reales y la imagen de don Juan de rodillas, a quien asiste un san Juan evangelista que implora la protección celeste. Y en el altar aparecen también, para perpetua compañía del difunto príncipe, la Virgen, San Gerardo y san Aubain. Y el rey de España ha dispuesto también que sean entregados cada año doscientos florines para misas por el alma de su querido hermanastro, que incluye una misa mayor en el aniversario de la muerte, con presencia de los magistrados del consejo municipal de Namur, que deben percibir ocho florines por la asistencia.



Tumba de don Juan de Austria en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

Cuando cinco meses después llegó la autorización de Felipe II, setenta soldados al mando del caballerizo mayor Gabriel Niño llevaron los restos a España, y antes de partir se pidió permiso al gobierno de Francia para poder atravesar ese país sin ser molestados, pero se ocultó en la petición que se transportaba el cadáver de don Juan porque eso hubiera obligado a un cortejo solemne, con numerosas paradas en el camino que hubieran retrasado el viaje, por no hablar de las falsas muestras de condolencia y posibles ultrajes en un momento en que las relaciones hispano-francesas eran tensas, por decirlo en términos diplomáticos.

De manera que, para no responder a preguntas incómodas, el cuerpo desnudo y aromatizado de don Juan fue seccionado en tres partes —«la una hasta el cabo de la espina, *la segunda hasta las rodillas, y lo*

demás en otra» — que se guardaron en sendos sacos de cuero y se metieron en un baúl forrado de terciopelo, transportado a caballo como bagaje personal de los soldados. La lúgubre expedición salió de Namur el 18 de marzo de 1579 y entró en Francia guiada por un caballero de la corte francesa. Pasando por París, llegó a Nantes, y desde allí embarcó rumbo a Santander, y por Villacastín y El Espinar alcanzó San Lorenzo el 24 de mayo.

Y ya asegurado el traslado en el interior de España, el baúl se abrió y las partes se recompusieron cuidadosamente para poder llevar a cabo las honras fúnebres en presencia del Rey y de la Corte con toda la solemnidad requerida. «Los miembros —

dice Gabriel Niño — fueron sujetados con ligaduras de hierro e hilos de bronce, y el cuerpo, ya articulado, vestido con las refulgentes armas, fue puesto en presencia del Rey, cubierto con la capa de Capitán General.» Recompuesto el cadáver, se le metió en un ataúd forrado de negro, expuesto en velatorio durante toda una noche para hacer callar los rumores de que no venía entero.

El 21 de mayo de 1579, el cuerpo llegó a la abadía de Parraces, cerca de Segovia, y a partir de ahí el discreto cortejo se convirtió en marcha solemne por tierra castellana y don Juan, por fin, recibió los honores y tratamiento reservados a los miembros de la familia real que le habían sido negados en su corta vida.

Y a la mañana siguiente se reanudó el viaje a San Lorenzo, con responsos y misas en cada pueblo donde pernoctaba el cortejo, que incluía una comitiva de cuatrocientos hombres a caballo.

Tres días después se alcanzó el punto de destino a las siete de la tarde, y acudieron al recibimiento todos los clérigos encabezados por el Vicario y todos los prohombres el reino, incluido don Juan de Tasis, correo mayor de Su Majestad, y al día siguiente un obispo dijo misa pontifical y se leyó una cédula enviada por Felipe II en la que se ordenaba que allí quedara en San Lorenzo el cuerpo de su muy amado hermano, con los demás cuerpos reales, hasta que se le llevara a enterrar en el monasterio.

La inscripción sobre el nicho a la espalda del altar permanece en la catedral de Namur, pero no parece probado que sigan allí las vísceras y el corazón del heroico personaje a quien el biógrafo Van der Hamer describe «de temperamento sanguíneo, señoril presencia, algo más que mediana estatura; inclinado a lo justo, de agudo ingenio, buena memoria, alentado y fuerte».

Durante la Revolución francesa, la catedral pasó a ser propiedad militar; en sus sótanos se fabricó salitre y el templo sirvió de cuartel, polvorín, depósito de carbón y otras funciones menos nobles, por lo que es muy probable que la ávida soldadesca —

que debía conocer la existencia en el lugar de los despojos de don Juan — escachara la pared trasera del altar para rapiñar los restos ya putrefactos, pensando que la urna del guerrero podría contener cualquier objeto de valor. Si fue así, los residuos viscerales se han perdido, aunque no sería difícil comprobarlo si el obispado de Namur lo autorizara y hubiese alguien interesado verdaderamente en averiguarlo.

Por alguna razón poco justificada, el historiador británico Henry Kamen considera que España rindió escaso tributo a don Juan después de muerto, aunque reconoce que su fallecimiento causó conmoción en toda Europa. Con escasa justicia histórica estima que «desapareció de la memoria y los españoles solo recuerdan de él la leyenda romántica». Pasa por alto que en parte alguna se hicieron a don Juan mayores honras funerales que en España, y los honores culminaron con la máxima distinción que su

hermano el rey podía hacerle: enterrarle en el panteón de El Escorial, junto al emperador y padre de ambos, Carlos V.

Frente a otros jefes militares de la época, don Juan fue una figura simpática en toda Europa y hasta sus enemigos le alabaron confidencialmente después de muerto.

Guillermo de Orange, en carta al elector de Sajonia, afirmó: La muerte de don Juan infligirá un golpe en absoluto desdeñable a los intereses españoles, ya bastante maltrechos, porque no será fácil encontrar en España a otra persona capaz de mandar al ejército con la autoridad que él poseía, autoridad derivada del recuerdo de su padre, de su porte gracioso y su actitud desenfadada, y de las felices conquistas de su primera juventud; se trataba de un hombre cuyo valor y diligencia habrían aumentado de haber sobrevivido.

Otro testimonio, el del cardenal Guido Bentivoglio, destaca el dato importante de la envida y la calumnia que tanta hostilidad encubierta le crearon y contribuyeron a amargarle sus últimos días, y le «ayudaron» a morir:

Y verdaderamente en él concurrieron señaladas dotes de cuerpo y

alma. Gracia y majestad en el aspecto, vigor de fuerzas para las fatigas; afabilidad con los soldados; vigilancia igual al mando; y corazón más que muchos tuvieron por ambición de imperio, con que se encendió últimamente la envidia, y armó contra él de tal suerte las sospechas, que hizo dudosa su fidelidad en el servicio del Rey. Y de aquí nació la opinión tan recibida, que acabó con muerte ayudada más que natural.

Muchos años después, un viajero español que pasó por Namur dejó escritos unos versos que enterró al pie de la muralla y alguien, por casualidad, sacó a la luz.

Aquí van quince versos para una breve vida

Cuya infancia secreta presagió nuevas glorias.

Como el César de Roma, nunca fue derrotado

Y sus hechos de guerra contaron por victorias.

Pero su bastardía le impidió ser Alteza

Y la envidia hizo el resto, cortándole las alas.

Mientras combatió en Flandes, en misión imposible

Pérez desde la Corte envenenó las cartas

Que insinuaban traición donde solo había acato.

Cuando al final los tercios tocaron retirada

Solitario, don Juan, quedó ante su destino

Y la muerte, celosa de perderle

Se apresuró a empujarlo al negro abismo eterno

Y contempló sonriente cómo descoyuntaban

Su cuerpo hecho a batallas, agasajos y amores.

Cabeza de Vaca

Marcha o muere

obre y acabado como está, casi no puede creer que sea el mismo

hombre que durante más de ocho años caminara por los confines de un mundo hostil y P desconocido. ¿Es posible que fuera él, ahora tan postrado, quien hiciera aquello?

¿No habrá sido todo una fantasía? ¿Un sueño de los muchos que acuden a la cabeza de los viejos, quizá para recordarles que todavía están vivos?

Álvar Núñez Cabeza de Vaca anduvo la Florida, fue náufrago, esclavo y chamán, recorrió descalzo desiertos de piedra, mercó con indios más pobres todavía que él mismo, aprendió sus lenguas, vio animales fabulosos, y lloró de alegría cuando supo que había otros españoles viviendo cerca, en las soledades de aquella tierra extensísima que lleva grabada en la retina y ningún otro ha visto.

Cuando marchó a América tenía experiencia militar, aunque no mucha. Había participado en la guerra de los Comuneros de Castilla y contra los franceses en el reino de Navarra.

La longevidad no es un mérito. Es cuestión del destino. A él, sus aventuras y desventuras no le han reportado beneficio económico alguno, y muere discretamente pobre. Y eso después de haber recorrido el Nuevo Mundo como nadie lo ha hecho.

Sufriendo paso a paso y fundiéndose en la naturaleza hostil como si fuera una piedra, un roedor o una planta, pero no fue capaz de desenvolverse mandando a sus iguales.

Quizá por tener conciencia de su superioridad, por ser quisquilloso en los principios religiosos y morales entre gente que se jactaba de haberse librado de ellos por estar en América; quizá por ser pacífico de natural, poco apto para compadrear con gente bronca. Las penalidades le habían tallado un carácter estoico, frente a la avaricia de muchos de sus compatriotas, cuya existencia solo era un puro afán de enriquecimiento avaricioso a cualquier coste. Sin respeto a Dios.

Quizá por eso fracasó con los hombres después de haber superado a la Naturaleza, y ha pensado muchas veces que esta fue más benigna con él que sus propios compatriotas.

Después de aquel gran caminar solo estuvo dos meses en México reponiendo fuerzas, acomodándose a vivir entre cristianos, tratando de acostumbrarse a dormir en cama, sin conseguirlo durante mucho tiempo. Por las noches, además, tenía pesadillas y

oía aullidos de coyotes en la oscuridad que le rompían el sueño y

convertían su vigilia en un pozo de inquietudes.

Por lo sufrido, y aunque no es hombre vanidoso, se considera hecho de una pasta especial, la de aquellos a quienes el infortunio, el hambre, la sed, la soledad y la enfermedad, todo junto, no solo no extinguen su capacidad de resistencia, sino que les empujan hacia adelante. Si cualquier hombre es un caminante que viaja sin parar desde el sitio donde nace hasta aquel en el que halla la muerte, él ha batido todas las marcas de ese albur humano.

Ejemplo inverosímil de sufrimiento, descubridor andante, regresó de su hazaña sin otro premio que sus recordaciones, que ahora, con el paso de los años, se le van difuminando y empequeñeciendo en la mente. Pero su aventura no tendrá parangón en la historia de las exploraciones. Por fortuna, supo dejarlas escritas, para ejemplo y asombro de los que vivirán después, cuando él haya muerto, a no tardar mucho. Supo, seguramente, que no le creían cuando contaba de palabra su peregrinaje y, como Marco Polo, decidió dejarlo todo por escrito, en esta España notarial y aguerrida que tanto valor da a los sellos y las firmas. Por eso escribió los *Naufragios*, la relación de la jornada que hizo a la Florida con el adelantado Narváez, y los *Comentarios* que redactó el escribano y secretario Pero Hernández y dedicó al infante don Carlos, hijo del gran Felipe, del que sin embargo se murmura que tiene mal la cabeza y el juicio un tanto extraviado.

Incluso en ese cometido escribidor, ha sido parco a la hora de describir lo que otros, seguramente, hubieran hermoseado con frases exuberantes. Cuento esto así brevemente, ha confesado, porque no creo que haya necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos.

Él no perteneció a la raza de los conquistadores, a pesar de que amplió las fronteras del Río de la Plata y el Paraguay cuando la ocasión se lo pidió. Pero nunca tuvo ínfulas de adquirir grandes títulos nobiliarios por descubrimiento y conquista. En el fondo, se sigue considerando un funcionario, un servidor discreto del Estado. Su participación en la expedición de Pánfilo de Narváez fue la de un funcionario real: tesorero y alguacil mayor. Y cuando Narváez murió hace ya varias décadas, después de traspasar la boca del río que los indios llaman Misisipi, las circunstancias le obligaron a luchar en solitario por su propia supervivencia y defenderse como pudo de cualquier peligro imaginable.



Itinerario de Cabeza de Vaca.

Nacido de familia noble, su abuelo era Pedro de Vera, el conquistador de Gran Canaria, y fue en 1527 cuando se enroló en la expedición de Narváez que zarpó de Sanlúcar con 5 navíos mal equipados y unos 600 hombres. La parca flota arribó a La Florida y allí la expedición se dividió en dos grupos. Uno de ellos, en el que iba Álvar Núñez, penetró en el interior, y en el otro, Pánfilo avanzó sembrando la muerte y la destrucción, arrasando todo lo que le salía al paso. Los guías indios, quizá como venganza, lo fueron conduciendo hacia una zona de ciénagas y selvas impenetrables que fue tumba de muchos. Y luego, como no encontrasen oro ni plata ni riqueza alguna y los indios se defendieran bien, giraron a la costa. Fue un viaje infernal por pantanos y jungla espesa, sin comida y enfermos de fiebres. Al llegar al mar construyeron cinco barcazas, utilizando los rudimentarios materiales del entorno, con las que bordearon hacia el oeste, y en esas feneció Narváez, que era un hombre brutal con los indios y tenía mucho que hacerse perdonar de Dios.

Tuerto de un flechazo indio, y poco antes de morir, Pánfilo había recibido una enorme pedrada que le dejó el rostro como si fuera un monstruo. Al final, deliraba.

Cuando costeaban zarandeados por las olas, con las barcas dispersas, Álvar Núñez le pidió a Narváez un cabo para unir sus dos embarcaciones, y este le contestó que ya no era tiempo de mandar unos a otros, y cada uno hiciera lo que le diese en gana para salvar la vida.

Por deseo de Dios, Narváez consiguió alcanzar tierra, nadie sabría explicar cómo, pero al caer la noche la playa le pareció poco segura y decidió dormir en la barca. A medianoche, un temporal alejó la barca de la orilla; y nunca más se supo de él. Mejor para el mundo, ahora

que lo piensa.

Cuando el mar rompió las barcas, unos 80 sobrevivieron y fueron a parar a la isla que llamaron del Mal Hado, por las penurias que en ella sufrieron.

El hambre

Esa amenaza perpetua que les mantenía alicaídos, como espectros alucinados.

Comían almejas y ostras, y a veces raíces y bayas. Fue tan extremada el hambre que allí se pasó, recuerda Álvar Núñez, que muchas veces estuve tres días sin comer cosa alguna, aunque en otras mayores hambres y necesidades me vi después. Se comieron los caballos, desollaron sus patas delanteras y curtieron los cueros para hacer botas en las que llevar agua. La bebían cenagosa y los mosquitos, gordos como libélulas, no les dejaban descansar nunca. La mayor parte de los náufragos fueron apresados por los indígenas y separados unos de otros se vieron condenados a una vida errante y hambrienta. Algunos se hicieron antropófagos que devoraron a los que murieron antes y Álvar Núñez sabe sus nombres. Nunca los ha revelado, aunque ahora tal cosa carezca ya de importancia. Él ha visto hacer cosas peores para sobrevivir.

En Mal Hado la gente se comenzó a morir, y cinco cristianos que vivían en un rancho en la costa llegaron a tal extremo que se comieron unos a otros. Hasta que quedó uno que por ser solo no hubo quien se lo comiese.

Y si le preguntan si esas cosas las ha hecho él mismo, callará. Es un forzado de la supervivencia nacido en Jerez de la Frontera, nieto de Pedro de Vera, a quien le ha llegado la hora de morirse próximo a los 75 años en esta ciudad de Sevilla, en este año de 1564. Y si alguien le estuviera escuchando ahora, en estos postreros instantes, le diría casi lo único que la vida le ha enseñado: que una vez lanzados los hombres a la aventura, las penalidades hacen tabula rasa de noblezas y blasones, y cada uno solo vale lo que vale en el campo; lo que es capaz de soportar.

Pánfilo había nacido en una aldea de la tierra de Cuéllar, y cuando llegó a La Española tenía ya más de 30 años. Luego se trasladó a Cuba en 1508 y fue nombrado lugarteniente del gobernador general, Diego Velázquez. Casó con una viuda rica, María de Valenzuela, y consiguió hacerse dueño de varias encomiendas que le granjearon una más que

mediana fortuna. Pero era sanguinario con todos, y sobre todo con los indios.

Un hombre sin remordimientos ni conciencia del dolor ajeno. Un monstruo, valiente, eso sí, al que su propia muerte tampoco parecía importarle mucho.



Pánfilo de Narváez.

Y como si las desgracias pasadas no hubieran sido suficientes, en el viaje de México a España estuvo a punto de zozobrar a la altura de las Bermudas, y en las Azores se salvó por poco de caer en manos de piratas franceses.


La relacion que dio Aluar nu-
ñez cabeça de vaca de lo acaescido enlas Indias
enla armada donde yua por gouernador pã-
philo de narbaez, desde el año de veynte
y siete hasta el año d treynta y seys
que boluio a Seuilla con tres
de su compañia.

Portada de la primera edición del viaje de Cabeza de Vaca.

Por fin Lisboa y España.

Más de 10 años después de salir de su tierra.

Cuando ya todos sus paisanos le daban por muerto.

Pero su hora no ha llegado todavía. Es preciso escribir y publicar lo que ha visto y andado para que en España se enteren. Esa España que amplía a diario las fronteras del mapamundi. El libro saldrá en Zamora cinco años más tarde, y lo titula al uso rimbombante y prolijo frecuente en esos días: *Relación que dio Álvar Núñez cabeza de Vaca de lo acaecido en las Indias en la armada donde iba por gobernador Pánfilo de Miraflores marqués de desde el año de 27 hasta el año de 36 que volvió a Sevilla con tres de su compañía*.

Es un buen texto. Entre libro de viajes y epopeya con aroma de novela picaresca en su primera parte, y en la segunda con hedores de drama selvático.

Una vez escrito, Cabeza de Vaca se convierte en alguien importante, una autoridad en el tema americano. La imprecisión de algunas

descripciones alimenta las fantasías.

Cunde el rumor de que el caminante náufrago guarda secretos aún no revelados. No ha contado todo lo que sabe sobre las ciudades de Cibola construidas en oro. Puede que sólo se lo haya dicho al emperador. Otra quimera.



Hernando de Soto fue en busca de Cibola, y quiso que Álvar Núñez lo acompañara, pero este rechazó la oferta. Sabía que no existían ciudades doradas, y por tanto no deseaba embarcarse en nuevos sueños que acabarían en pesadillas. En realidad, después de lo visto en sus 10 años de peregrino, ya nada le causará asombro. Ni siquiera las cataratas de Iguazú en la selva. Puede que haya perdido la capacidad de admirar, pues del mundo sólo ha conocido las penas.

Así está unos años, dando tumbos por España y recorriendo despachos, hasta que le llega la onda de que el Emperador planea enviar una expedición al Rio de la Plata y más allá. Pedro de Mendoza ha fundado Buenos Aires poco antes de morir y apenas se sabe que está pasando en ese fin del mundo, aunque llegan noticias de que ya los españoles pelean entre ellos, como es costumbre, disputándose el mando.

La eterna taifa trasplantada a América.

Álvar Núñez compite por llevar a cabo el encargo imperial, y lo consigue. Ha firmado en marzo de 1540 capitulaciones con la Corona que le autorizan a emprender la expedición. Pero primero debe adelantar el gasto, porque la Corona es bastante cicatera a la hora de pagar a los aventureros que prometen nuevas conquistas en territorios desconocidos.

Monumento a Álvar Núñez Cabeza de Vaca en Texas.

Ocho mil ducados debe poner en armas, víveres, caballos e impedimenta, además de aprestar dos naos y una carabela, más 400 soldado bien aderezados. A cambio, el rey le nombra adelantado gobernador y capitán general de la provincia del Río de la Plata, con sueldo de 2000 ducados al año y una doceava parte del beneficio que pueda obtener en aquellas tierras remotas.

Pero es mucho dinero lo que cuesta empezar la aventura. En total casi 14 000

ducados es lo que Álvar Núñez debe aportar si quiere el cargo, y como ya está lanzado a ello se mete en deudas que nunca podrá devolver. Pero la ilusión vale más que la realidad, y como la nueva empresa le obsesiona apenas importan los débitos. Si vive y triunfa serán pagados, y si no mala suerte. Para perder hasta la camisa siempre hay lugar, y él ha errado desnudo mucho tiempo por mundos ignotos y todavía está vivo.

Dios le ha ahorrado la existencia muchas veces, y aunque no desea pecar de vanidad se siente excepcional por eso.

Los preparativos tardan en siete meses hasta que por fin zarpa desde Cádiz rumbo a la isla canaria de La Palma, y luego a Cabo Verde y la isla de Santa Catalina, en Brasil.

Allí le llegan noticias de que el territorio que ha de gobernar está en manos del vasco Domingo Martínez de Irala, instalado en Asunción.

En Santa Catarina tomó una decisión errónea. El principio del fin de su prestigio como jefe de la dura tropa que maneja y que le ha observado, murmurando, durante el viaje. Cabeza de Vaca manda que los barcos vayan al Rio de la Plata, mientras él, con unos 200 soldados y cuatro mujeres, se interna en la selva del sur brasileño. Caminan tierra adentro y en tres semanas atraviesan grandes montañas, abriéndose camino por la maleza a golpes de hacha y espada, porque

todo es tierra despoblada hasta que dan con los guaraníes, que vivían en tribus, cultivaban maíz y mandioca, fumaban tabaco, practicaban el canibalismo y la poligamia y guardaban en silos sus cosechas para impedir que las crecidas de los ríos las arrasaran.

Es un viaje penoso que va recogiendo fielmente el escribano y secretario Pero Fernández, autor de los Comentarios que aparecerán publicados con dedicatoria al

«muy alto y muy poderoso señor el infante don Carlos». El hijo orate de Felipe II de tan infausta muerte.

Y a primeros de diciembre de 1540 llegaron a un río que los indios llamaban con el sonoro nombre de Iguazú, que quiere decir agua grande, donde vieron las famosas cataratas, de las que el cronista da sucinta noticia, como una curiosidad más de la selva:

«da el río un salto por unas peñas abajo muy altas y da el agua en lo bajo de la tierra tan

grande golpe, que de lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube un alto dos lanzas y más».

Desde el principio Álvar Núñez fue tajante en prohibir a los soldados españoles que iban con él hacer daños ni agravios a los indios. Les exigió también que pagaran o cambiaran la comida y los bastimentos que necesitaban. Algo que sentó como una purga a más de uno, más propenso al robo que al desembolso honrado de lo adquirido.

Esa generosidad benefició su avance. Por donde pasaban los indios se mostraban amistosos y les recibían bien, en concordancia con la hermosura de la tierra, que al decir del cronista era «muy alegre, de grandes campiñas, arboledas y muchas aguas de ríos y fuentes, arroyos y muy buenas aguas delgadas; toda tierra muy aparejada para labrar y criar.»

Y a medida que la marcha por la selva prosigue aparece el hambre, que remedian comiendo gusanos que anidan en los cañaverales. «En los cañutos de estas cañas —

anota la crónica del viaje — había unos gusanos blancos, tan gruesos y largos como un dedo; los cuales la gente freía para comer, y salía de ellos tanta manteca que bastaba para freírse muy bien, y los comían toda la gente, y los tenían por muy buena comida.»

Los españoles, aún hambrientos, inspiran respeto a los indios por el

miedo que éstos tienen a los caballos, cuya furia intentan aplacar ofreciendo comida. Los españoles se asombran también de que la gente del lugar ande desnuda en pelota, así los hombres como las mujeres.

Poco antes de llegar a Asunción, el flamante gobernador envía un mensaje a los oficiales y capitanes españoles que — aislados del mundo exterior — han quedado a la espera de acontecimientos en esa ciudad que había fundado Juan de Ayolas, lugarteniente de Pedro de Mendoza, muerto con 200 soldados cuando intentó llegar al Perú por tierra adentro del Paraguay. Vamos a socorreros — les dice — y prosigue el viaje en canoas y balsas por el Iguazú y el Paraná, atravesando un territorio agreste poblado de indios de actitud dócil, por el buen tratamiento de Cabeza de Vaca y su gente les hace.

Y así llegaron el 11 marzo de 1542 a Asunción, en la orilla del río Paraguay, donde les esperaban los españoles que salieron a recibirlos con alborozo. Eran unos mil trescientos y ya no tenían esperanza alguna de que les llegara ayuda desde el Río de la Plata, porque los indios habían acometido y matado a todos los habitantes de Buenos Aires.

Empero el alborozo se trocó pronto en desconfianza y rencilla. Otra vez la taifa. Los españoles enfrentados unos a otros. Como mandan los cánones desde la época prerromana, o poco menos.

Álvar Núñez presenta sus poderes a Martínez de Irala y sus oficiales, que formalmente prestan obediencia al representante del rey.

Pero la amabilidad dura poco. El nuevo gobernador empieza a recibir quejas contra aquellos que han gobernado en Asunción antes de su llegada, y así da inicio el drama del poder menoscabado de un héroe que quizá no supo ejercerlo porque estaba más hecho a sufrir que a mandar. Y como dice un testigo, mercenario lansquenete alemán por más señas, de nombre Ulrico Schmild, que lo vio todo: «Un señor o capitán que pretende gobernar un país ha de dar buena salida a todos, a los más chicos como a los más grandes, y mostrarse bien inclinado a todos los hombres.» Y aún añade Schmild:

«Porque cada capitán se nombra para bien de sus soldados y no se recluta la tropa para bien de su capitán».

O sea, que hay que dejar que todos se lleven su parte, sin tener en cuenta como la consigue cada uno. Incluyendo a las mujeres, que la mayoría de los españoles acaparaban con celo, incluyendo algunos

religiosos sicalípticos, como los franciscanos fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebrón, que en la marcha desde Santa Catalina escandalizaron a todos por su desvergüenza con las indias. En Asunción vivían con más de treinta mujeres, a las que mantenían encerradas para que nadie pudiera acercarse a ellas.

En presencia de los religiosos y clérigos de la colonia, el gobernador reúne a los indios. Les pide ser buenos cristianos y buenos vasallos del Rey, y no comer la carne de sus enemigos cuando guerrean unos con otros. Irala, con aquiescencia de los colonos, tácitamente toleraba esta práctica para congraciarse con las tribus caníbales. Quiere cumplir con las Leyes de Indias a rajatabla; unas leyes que la mayor parte de los encomenderos obedecen pero no cumplen. A los españoles les exige que traten bien a los indios, respeten su lengua, no les impongan impuestos abusivos y refrenen el amancebamiento con las indígenas. Algo que suena a herejía y provocación en los oídos endurecidos de quienes están allí para fornicar con las indias y llenarse la bolsa, no para impartir caridades. Además, regala ropa a los pobres de la ciudad y da armas a quien no las tenía; todo a su costa, sin interés alguno.

Y enseguida crece la protesta de los oficiales y hacendados de la provincia que ven peligrar sus ingresos si no les dejan esquilmar a los indios y a los que menos tienen.



Núñez Insiste en evitar el fraude en la cobranza de los impuestos. Impuestos sobre el maíz, el pescado, la miel, las pieles… todo lo que tiene algún valor.

El rumor se extiende: este gobernador es un traidor, un loco, un idiota, y la queja da paso al agravio. Los oligarcas de Asunción se sienten ultrajados y se rebelan contra el gobernador.

«Le cobraron grande odio y enemistad — dice el cronista Pero Hernández —, y por vías indirectas intentaron hacerle todo el mal y daño que pudiesen movidos con mal celo.»

El gobernador reacciona y encarcela a los más revoltosos. El conflicto se encona y el resentimiento se extiende. La autoridad de Álvar Núñez en la colonia se tambalea. Él no es ni quiere ser un Maquiavelo, sino ayudar a los más débiles y cortar de raíz la corrupción y los abusos. Pero su talante es de ordeno y mando. Es un justiciero autoritario que ha ido a caer en un pueblo donde la justicia está proscrita. Un incauto que ha metido el pie en un nido de alacranes. Un cándido que parece ignorar que los hombres no perdonan cuando alguien les reprocha abiertamente sus vicios y pone coto a la corrupción que les enriquece.

Fundación de Buenos Aires a orillas del Río de la Plata.

Pero mientras en la colonia se conspira para minar su autoridad, Cabeza de Vaca enfrenta otros problemas. Quiere ser el primero en encontrar la vía de comunicación con el Perú a través de la selva, más allá de la red de senderos lo que los indios llaman tape-avirú , que une la cuenca del río Paraguay con la costa atlántica. Ya por entonces, en una expedición contra los guaycurús, que habitaban el Alto Paraguay y aterrorizaban a los guaraníes, es objeto de un atentado disfrazado de accidente. Cuando participa en una escaramuza, dos tiros de arcabuz le rozan la cabeza.

Álvar Núñez envía una expedición al mando del vizcaíno Martínez de Irala, por el Paraguay arriba desde Asunción en tres bergantines, a descubrir las fuentes del río y llegar hasta los dominios del mítico Rey Blanco[2] . Eso fue en noviembre de 1542. La expedición descubrió el Puerto de las Piedras, a 70 leguas corriente arriba, pero tuvo que volver por algún oscuro incidente con los guías indios, que dejaron a los españoles desamparados y perdidos en un territorio desconocido.

Y en esto, los indios volvieron a rebelarse mandados por el jefe guaraní Aracare, y para más desconcierto arde la ciudad de Asunción un domingo de madrugada, el 4

febrero de 1543. Un incendio que duró cuatro días puso en gran desasosiego a los españoles, que acusaban a los indios de haberlo provocado para echarlos de la tierra.

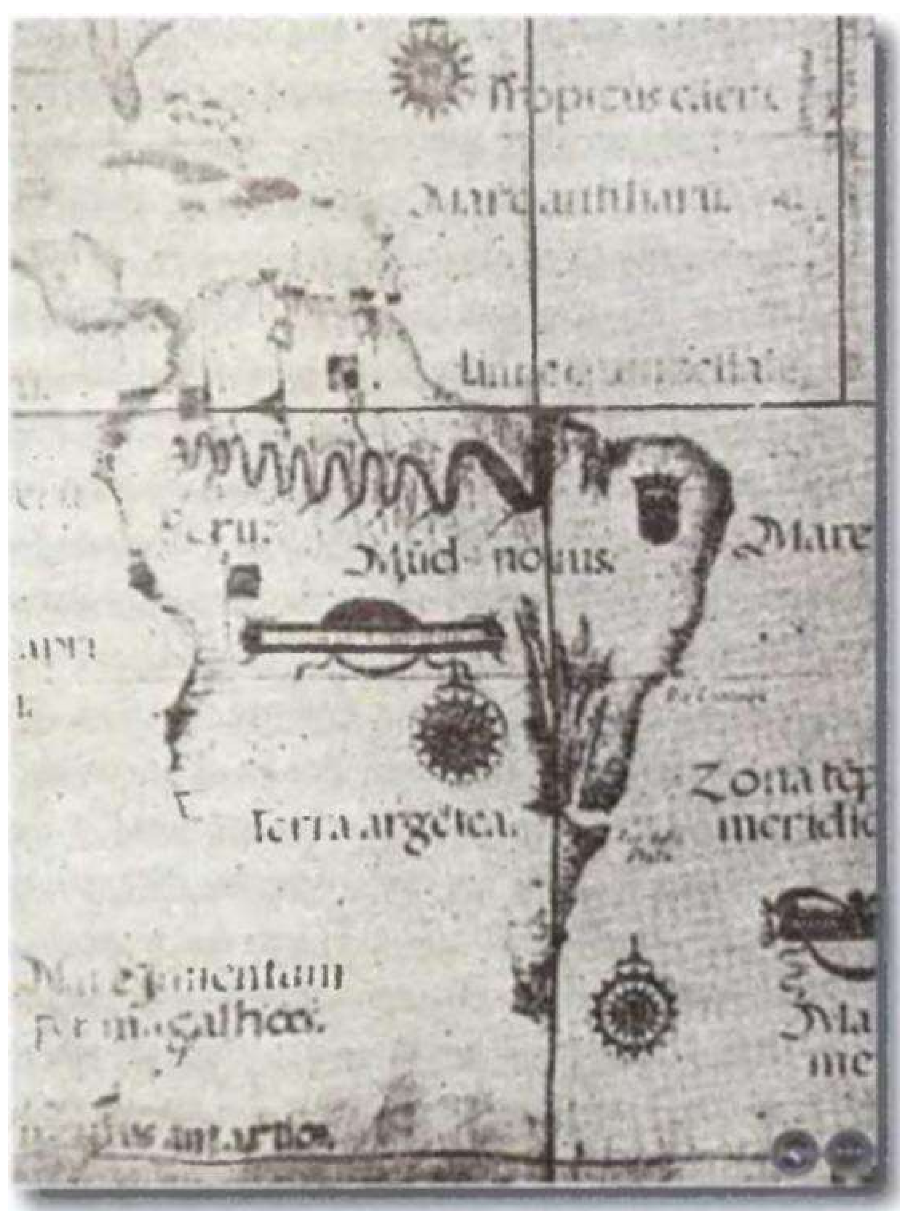
Se quemaron más de 200 casas y quedaron en pie sólo unas 50, y además ardieron miles de fanegas de maíz en grano, y muchos cerdos

y gallinas, con lo que los colonos quedaron, cuenta el cronista, tan perdidos y destruidos y tan desnudos, que no les quedó con qué cubrirse las carnes, y el gobernador, caritativo, los remedió con lo que pudo de su propia hacienda, dando de comer a quienes nada tenían que ayudándoles a reconstruir sus casas. Y para empeorar las relaciones con los españoles descontentos, Álvar Núñez rehúsa pagar a los oficiales reales el quinto de los beneficios obtenidos en el territorio, y elimina este impuesto que los habitantes de Asunción debían pagar a la Corona.

Al fin, sin embargo, nada de eso le valió para mejorar su fama entre los españoles que le maldecían, pues cuando la marea del odio y la difamación afluye no hay reflujo posible.

Al poco del incendio regresó Irala con los bergantines y dijo haber hallado buena tierra y muestras de oro y plata entre los indios. Hay reunión otra vez de religiosos, clérigos, funcionarios y capitanes, y Álvar Núñez les exhorta a descubrir aquella tierra de la que el vizcaíno Irala trae noticia, como convenía al servicio de Dios y del Rey. Pero ya la conjura, en la que se mezclan frailes, oficiales reales y encomenderos, está en marcha, y el gobernador consigue parar un intento de enviar a España un mensaje en el que se le acusa de tirano y de querer suplantar la autoridad del Rey.

Se aparejan nuevos bergantines y se envía otra expedición, esta vez al mando de Gonzalo de Mendoza. Pero los indios están muy revueltos y divididos, y los oficiales de Asunción urgen al gobernador a enviar gente de guerra contra los revoltosos, aunque sea después de requerirlos con la paz, y sin merma de amparar a los indios amigos que sufren daños de los indios rebeldes por su amistad con los cristianos.



Cada vez más agobiado, Álvar Núñez captura y ejecuta al caudillo guaraní Aracare.

Una medida que enfurece a los indios sin que le sirva para reconciliarse con sus muchos enemigos. Arteramente, éstos utilizan el castigo para acusarlo de maltrato a los indígenas.

La mítica Terra Argéntea en un mapa del portugués Lope Homen,

1554.

La guerra con los indios se recrudece y el gobernador ordena una nueva incursión en territorio guaraní con 400 arcabuceros y ballesteros, reforzados por 12 caballos y más

de 1200 indios. La mitad por tierra y el resto, con él al frente, embarcados en 10

bergantines y 120 canoas, que navegando el Paraguay arriba llegaron en septiembre al puerto de Ipananie y luego al de Candelaria, donde los indios habían matado al capitán Juan de Ayolas y a sus hombres cuando se internaron tierra adentro. En el proceso final, ya en España, se acusará al gobernador de hacer ondear en el palo mayor de la nave capitana su propio escudo de armas, en vez de la bandera con las armas reales.

Tras dos meses y medio de remontar los ríos, los españoles se internan en la selva.

Cada soldado, dice el cronista Hernández, llevando una india como porteadora, y en el puerto de los Reyes, territorio de los indios orejones, sufren serios ataques. Esta vez en forma de nubes de mosquitos y un oscuro enemigo alado chupasangre: vampiros. Son mayores que tórtolas — apunta el cronista — «y cortan tan dulcemente con los dientes que al que muerden no lo siente; y nunca muerden al hombre si no es en las puntas de los dedos de los pies o las manos, o en la punta de la nariz. Aunque, las mordeduras de los vampiros y los picotazos de los mosquitos no hacen tanto daño como las hormigas gigantes que, cuando muerden, “el mordido está 24 horas dando voces y revolcándose por tierra”.»

En ese lugar quedan 100 soldados y 200 indios y el resto sigue adelante, abriendo trocha a golpes por la selva, hasta que se quedan sin provisiones. Y otra vez aparece el fantasma del hambre, que apareja el descontento de una tropa que al parecer soporta cualquier cosa menos el ruido de sus propias tripas vacías.

Las sospechas y tradiciones proliferan, y los indios, que ven a los españoles enfermos y flacos, se envalentonan. El hambre, la fatiga y el peligro acaban en alucinaciones en forma de serpientes de cabeza casi cuadrada, boca deforme, cuerpo de novillo y grandes colmillos que sobresalen más de una cuarta. Unos indios les aseguran que a unas diez jornadas río arriba vive una tribu de amazonas en casas de oro y plata, y alguno llega a describirlas como si las hubiera visto viviendo

en la opulencia. La leyenda perdurará cuando estén de vuelta en Asunción. Pero de momento los ánimos no están para otra cosa que no sea sobrevivir y esperar que la suerte cambie de signo.

Tres meses estuvo el gobernador en el puerto de los Reyes con toda la gente enferma de calenturas, como él mismo, rodeados de tierra cubierta y anegada de agua por la crecida de los ríos, rodeados de enjambres de insectos que no dan reposo ni de noche ni de día, un tormento peor que las fiebres.

Hay que volver a Asunción — dice el gobernador — y los soldados asienten, pero pronto los silencios amenazantes y los cuchicheos de la tropa española hacen la tensión insoportable. Algunos están a punto de darle muerte cuando les prohíbe llevarse con

ellos a unas cien muchachas indias regaladas por sus propios padres «para que hiciesen de ellas lo que solían de las otras que tenían», relata pudorosamente el cronista.

En tal situación, con la mayoría de los hombres enfurecidos, agraviados, hambrientos y frustrados, la expedición que se proponía cruzar la selva y llegar al Perú regresa a Asunción, cuyas calles y plazas, aún chamuscadas por el incendio, rezuman odio contra un gobernador que parece favorecer más a los indios que a sus compatriotas, y que no hacía más que colocar el servicio a Dios y al Rey por encima de los intereses de cada uno. Algo que muchos españoles de América no están dispuestos a sufrir, pues viven en perpetua exaltación por hacerse ricos y consideran un derecho adquirido disponer de un harén de indias de todas las edades. Digan lo que digan los curas y el Evangelio, que eso es otra cuestión. A fin de cuentas, tiempo habrá para confesarse y Jesucristo lo perdona todo, pero de momento la carne se impone porque pocas dudas hay de que en cuestión de coyunda aquella tierra parece el paraíso de las mil y una noches.

Cabeza de Vaca se recluye en su mansión de gobernador sin querer ver a nadie y el aislamiento va minando su autoridad, mientras los conspiradores actúan ya sin recato y se conjuran para prenderle. «Se quedó catorce días en casa — dice el mercenario alemán Schmídel, amigo de los amotinados "comuneros" —, más por picardía y soberbia que por enfermedad, ya que él no les agradaba a los soldados, ni se mostraba con ellos como es debido… Porque es harta desgracia que uno quiera subir a dignidades sin ser prudente, y que se hinche de soberbia y desprecie a los demás.» Al mismo tiempo, extienden el infundio de que Álvar Núñez ha decidido quitarles sus haciendas,

casas y mancebas indias, lo cual — desde luego — consideran gran injusticia contraria al servicio de Su Majestad.

El gobernador les oye llegar dando voces de: ¡Libertad, libertad; viva el Rey! Y los sublevados irrumpen sin resistencia en su cámara. Es el día de San Marcos, 25 abril.

Los amotinados no son una tropilla cualquiera. Son gente importante en la ciudad.

El contador Felipe de Cáceres, el veedor Alonso Cabrera y el tesorero García Venegas, y Domingo Martínez de Irala, principal cabecilla; todos hombres de ley, declarados servidores del Rey, inflexibles en la decisión que ya han tomado de hacer preso al gobernador y dar cuenta al Consejo de Indias de sus delitos y desvaríos.

A Cabeza de Vaca lo encierran en una despensa vigilado por medio centenar de hombres con las armas en la mano. Su carcelero fue Hernando de Sosa, enemigo jurado de Cabeza de Vaca desde que este lo castigó por haber golpeado a un indio principal.

Los amotinados decretan el toque de queda en la ciudad, se rifan su ropa y enseres y

persiguen y encarcelan a los pocos leales que apoyan al gobernador. Los más exaltados saquean la mansión de Álvar Núñez y se apoderan de los bergantines, mientras prosigue la cacería de sus adversarios. Los sublevados descerrajan arcas, destruyen escrituras y dan a saco toda la hacienda de Cabeza de Vaca, que a partir de ahora ya es un hombre arruinado.

Retoman los abusos y el maltrato a los indios. Los sublevados arrasan el territorio circundante, destruyendo poblados y raptando mujeres. Un clérigo fiel describe esos momentos en una carta que envía al emperador: «[…] como fuego quemaban y arrasaban toda la tierra por do iban; en quitarles sus mujeres, hijas, hermanas y parientes, dado caso que estuviesen paridas y las criaturas a los pechos, las dejaban y echaban en los suelos y se llevaban a las madres; y dado que algunas no las querían dar, por fuerza y contra su voluntad, amenazadas y algunas puestas al punto de la muerte, por no pasarla, las daban.» **[3]**

Los sublevados no se deciden a matar a Cabeza de Vaca. Tras tenerlo 10 meses preso deciden enviarlo a España en marzo de 1545, con un nutrido pliego de cargos. Lo sacaron en volandas de la cárcel para embarcarlo, ya que no quisieron quitarle las cadenas. Algunos, sin

embargo, no debían de estar muy conformes con esta decisión, porque intentaron envenenarlo con rejalgar o sandáraca en el barco que lo llevaba a la Península. Le acompañaban el cronista Pedro Hernández, Juan de Salazar y su primo Pedro Estopiñán, y durante cuatro días se negó a comer por temor al veneno. La nave, por otra parte, estuvo a punto de hundirse en una gran tempestad, una señal que los indecisos interpretaron como castigo divino por la mala conducta de los sublevados. El caso fue que, bien por remordimientos o por temor a la justicia del rey que les esperaba en España, dos de los carceleros de Álvar Núñez le pidieron perdón y se arrojaron gimientes a sus pies, rogando gracia. Ambos arrepentidos tendrían final trágico. Uno de ellos murió repentinamente, con los ojos saliéndole de las órbitas, y el otro se volvió loco y asesinó a su esposa. Además, también murieron súbita y desastrosamente los frailes que intervinieron en el levantamiento contra el gobernador. Castigo del cielo, murmuraron los tripulantes más crédulos.

Y de esta forma, a finales de agosto de 1545, Cabeza de Vaca volvió a España, pero no como un triunfador, sino arruinado y cargado de cadenas. Tenía cincuenta y cinco años y ya parecía un viejo. El Consejo de Indias que presidía el obispo de Cuenca le incoa proceso y lo deja encarcelado unos meses, hasta que por fin lo ponen en libertad bajo fianza de mil ducados que paga su abogado, con la obligación de comunicar su paradero cada treinta días, vigilado hasta que concluya el procedimiento judicial por los



supuestos abusos cometidos durante su mandato en Río de la Plata.

Hasta le prohíben enviar a su esposa, María Marmolejo, tres cajas con sus pertenencias, confiscadas por el presidente del Consejo de Indias, única propiedad que había conseguido traer del Río de la Plata. Contenían un par de sábanas, varios paños, una camisa rota, una vela de cera, unos anteojos, una cuchara de plata, unas zapatillas, un manuscrito de *Naufragios*, su testamento, un sello de plata y una *Relación sobre los sucesos en el Río de la Plata* que envió al Emperador sin obtener respuesta. Carlos V debió de quedar muy defraudado.

En vez del oro y plata prometidos, Cabeza de Vaca solo le daba un escrito sobre acontecimientos lejanos y pleitos entre españoles de oscura procedencia en una oscura tierra.

Mapa del territorio paraguayo de los guaraníes y el Chaco.

Le denunciantes lo acusan incluso de suplantar al rey y proclamarse príncipe y señor de la tierra en la gobernación encomendada. En total son treinta y cuatro acusaciones ante notarios de Madrid, Andújar, Sevilla, Santiponce y Jerez de la Frontera. El juicio se prolonga, y por fin en marzo de 1551 se dicta sentencia en Valladolid con resultado condenatorio. Se le despoja del cargo de gobernador, se le prohíbe viajar a ultramar bajo pena de muerte, y se le destierra a la penitenciaría de Orán para servir allí cinco años a la Corona con armas y caballos a su costa. Cabeza de Vaca recurre y un año después el recurso reduce las penas. Sólo se le prohíbe volver al Río de la Plata y se le levanta el destierro en Orán. Pero Cabeza de Vaca no queda satisfecho. Despojado de honra y hacienda, reclama la devolución de su patrimonio en vano y demanda a quienes le han esquilmado. Un pleito sin salida que seguramente se prolongó hasta el final de su vida, porque nada se sabe del resultado del proceso. Su fracaso como gobernador fue evidente, aunque es probable que hubiera ocurrido igual

con cualquier otro enviado real que no hubiera querido hacer la vista gorda a los excesos y corruptelas de aquella provincia perdida en un remoto confín del imperio hispano, entre gente áspera e indisciplinada para todo aquello que no fuera satisfacer su codicia. El historiador argentino Enrique de Gandía, menciona las causas del fiasco diciendo que «en parte dependían de su orgullo y del desprecio con que muchas veces había tratado a los conquistadores, soldados muy pagados de su dignidad y a la vez colonos que, por la vida de privaciones que sin excepción todos llevaban, se sentían iguales ante las dificultades y esperanzas que les presentaba y ofrecía aquella conquista.» **[4]**

Con la salida del gobernador hacia España el país quedó convertido en un reducto de fechorías y un cazadero de indios, porque Martínez de Irala y sus compinches y valedores recorrieron los poblados en una orgía de sangre, destrucción y rapiña. «Y van por toda la tierra — dice la crónica — dándoles muchos palos [a los indios], trayéndoles por fuerza a sus casas para que labrasen sus heredades sin pagarles nada por ello,…, y cuando los indios se venían a quejar a los oficiales de Irala éstos respondían con evasivas o redoblando el castigo […] y con estas respuestas y malos tratamientos la tierra se comenzó a despoblar, y se iban los naturales a vivir a las montañas, escondidos donde no los pudiesen hallar los cristianos.»

Y así acabó el sueño peregrino de Cabeza de Vaca. Después de haberle tenido preso y retenido en la corte ocho años, le dieron por hombre libre. Pero le quitaron la gobernación, con todo lo demás, sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo al ir a socorrer y descubrir la tierra que había más allá del Río de la Plata, donde ningún recuerdo quedó de su maravillosa andadura. Como si en vez de un personaje hubieran sido dos, y el primero hubiera muerto ya cuando llegó por segunda vez a América con intención de mejorar a los indios y poner freno a la conducta de los malos cristianos que por allí campaban a sus anchas, sin coto ni Dios.

A partir de ese momento, el mayor caminante del Nuevo Mundo desaparece olvidado y pobre. Derrotado y desilusionado, convertido en un hombre sin futuro, vive un tiempo en Sevilla, repitiendo quizá la asombrosa historia de su vida en tabernas y figones a los parroquianos incrédulos a cambio de una ronda de vino peleón.

Mapa de la Costa oriental de América del Sur, Luís Teixeira (c. 1574).

En su delirio del fracasado, todavía sueña con emprender un nuevo viaje a América, pero ya se ha quedado sin fuerzas y sin dinero, con la soledad como compañera. Es el ocaso definitivo. La ruina ineludible. Un triste contraste con el fantasioso retrato apócrifo que el escritor venezolano Rafael Bolívar Coronado atribuye al supuesto coetáneo y compañero Juan de Ocampo en su obra *La Gran Florida*: «Animoso,

noble, arrogante, los cabellos rubios y los ojos azules y vivos, barba larga y crespa, mozo de treinta y seis años, agudo de ingenio, era Álvar un caballero y un capitán a todo lucir, las mozas del Duero enamorábanse de él y los hombres temían su acero». En fin, *si non e vero e ben trovato*.

Sus últimos días son una nebulosa. Unos dicen que fue nombrado juez en Sevilla, y otros que ingresó en un convento, pero nada hay seguro. Alguien dirá también que intentó entrevistarse con el emperador; ¿para pedirle qué? Conjeturas y hablar por hablar. Ni siquiera sabemos cuándo abandonó este mundo. Los pleitos no cesaron con la absolución del Consejo de Indias en 1552. En 1555, aún con sesenta y cinco años, tenía todavía fuerzas para pleitear por un asunto menor, un pleito civil promovido por Jerónima de Sotomayor para recuperar algunos objetos domésticos entregados en prenda por un préstamo de 25 ducados. Una cantidad que excedía el valor de los enseres entregados a la prestamista, la tal Jerónima, y que indica la ruina que rodeó los últimos años de la vida de Álvar Núñez.

La última noticia documentada sobre Cabeza de Vaca está recogida en una orden real firmada en Valladolid el 15 de septiembre de 1556, por la que se le conceden 12 000

maravedís para curarse de una enfermedad. Una miseria casi insultante para quien tanta vida gastó abriendo nuevos territorios para España en el Nuevo Mundo.

Debió de ser entre 1559 y 1564 cuando le halló por fin la muerte a la que tanto había burlado durante años. Quizá fuera en Sevilla, como señalan muchos, o en Valladolid, donde asegura el Inca Garcilaso. Alonso Gómez de Santoya escribió en 1559 que «murió en Valladolid harto pobre caballero.» Aunque según citan Rubén Caba y Eloísa Gómez-Lucena, un sobrino nieto del descubridor asegura que le asignaron dos mil ducados de renta anual y murió siendo presidente del Consulado en Sevilla.

Las biografías más recientes sitúan el fallecimiento en Jerez de la Frontera en 1560, cuando tenía 70 años, y dicen que recibió sepultura en una capilla del Real Convento de Santo Domingo en la que estaban enterrados sus antepasados, de la que se hizo tabla rasa por nuevas obras en los años 80 del siglo XX. Daba lo mismo, porque lo único cierto es que por entonces el mayor descubridor a pie enjuto que ha conocido el mundo ya era desconocido en su propia tierra, y seguramente hubiera quedado definitivamente sepulto en el olvido de no ser por sus escritos, que al menos dejaron memoria de sus hazañas

para asombro de todos.

Miguel López de Legazpi

Señor de las islas de Poniente

Tu regere imperio fluctus

Hispanae memento

(Recuerda España que registe el imperio de los mares)

ací en la casona solariega de Legazpi-Jáuregui, que está cerca de Zumárraga junto al río Urola, que en ese momento tenía unos 800 habitantes repartidos en N caseríos y estaba unida a la Alcaldía Mayor de Arería, durante largo tiempo población sometida a los señores de la Casa de Lazcano.

Segundo hijo varón de una importante familia de esa localidad de muy acendradas tradiciones, pasé mi niñez, adolescencia y juventud en mi población natal, entre familiares a los que quise y me quisieron, en especial mi madre, Elvira Gurruchategui. Y

eso, que me hacía sentirme seguro de mi persona y entorno, era — según creo — lo más que un muchacho pudiera desear.

De mi padre, Juan Martínez de Legazpi, puedo señalar que llegó a ser señor de la Casa de Jaúregui Haundía, y — antes de ser escribano de la Alcaldía Mayor de Arería — hasta su fallecimiento en el año 1527, si mal no recuerdo ahora, combatió de soldado a las órdenes del Gran Capitán en Italia, y luego, como muchos otros de su estirpe, peleó siendo capitán de tropa guipuzcoana, cuando los franceses invadieron por Hondarribia y Navarra para reponer en el trono navarro a la estirpe francesa de los Foix, que había sido expulsada al otro lado de los Pirineos por el ejército de Fernando el Católico en 1512. También he oído que condujo prisionero al famoso César Borgia, hijo del papa Alejandro VI, desde Nápoles a la prisión del castillo de Chinchilla. Más tarde, cuando volvió a su tierra natal, desempeñó oficio de escribano en la Alcaldía Mayor de Arería, antes de ser nombrado alcalde mayor de la misma. Un cargo que después llevaría mi hermano mayor, que además quedó único dueño de la casa familiar al morir el padre, tal como establecen las leyes y costumbres ancestrales del mayorazgo. Las mismas que me empujaron a ganarme la vida estudiando leyes y lograr puesto de escribano ente mis paisanos, un cargo de funcionario

que exigía, amén de hidalguía, tener renta al menos de 500 ducados y 25 años de edad cumplidos.

Así pues, soy segundón de casa hidalga por los cuatro costados. Mi hermano mayor falleció solo seis años después de que muriera mi padre, cuando yo estaba ya en América, y a su muerte el mayorazgo pasó a su viuda y a su hija, aunque la madre se retiró del mundo como sóror, dedicada al mantenimiento del templo parroquial, y solo la hija se ocupó de asegurar la casa.

Pensando carecer de horizonte futuro en Guipuzcoa, decidí dirigirme a la recién conquistada tierra de Nueva España y afincarme en Ciudad de México, donde mejoré posición. Primero como escribano mayor del cabildo y luego como alcalde ordinario de la capital, ocho años después. Una carrera de burócrata distinguido. Allí también me casé con doña Isabel Garcés, hermana del obispo de Tlaxcala, con la que tuve nueve hijos, y de la que enviudé por desgracia, pues me sentí muy apegado a ella todo el tiempo que duró nuestra unión.

Era ya entrado en la madurez, viudo y abuelo, vislumbrando la vejez, cuando el rey, por recomendación de Urdaneta, tuvo a bien darme el mando de la expedición que debía ir a la Especiería, sin esperar yo retribución alguna, a tomar posesión de las islas de Poniente y hallar la ruta de retomo hasta las Indias por el océano que Balboa había descubierto y que Magallanes bautizó erróneamente de Pacífico. Una expedición que me costó dinero, pues tuve que vender la mayor parte de mi hacienda para financiarla, y fue planeada con mucha meticulosidad. Lo abandoné todo para servir mejor a España, y vendí todos mis bienes excepto dos casas pequeñas que dejé para que sirvieran de alojamiento a mis hijos y nietos, por no dejarles en la miseria, ya que no estaba seguro de regresar y poder volver a verlos.

A diferencia de América, en Filipinas, como se demostró, no había oro ni metales preciosos con que enriquecerse y los preparativos de la expedición se demoraron cinco años. Para dirigirla, fray Andrés de Urdaneta y el virrey Luis de Velasco propusieron mi nombre, y yo acepté tras algunas dudas, pues algunos me consideraban demasiado viejo para la empresa. La condición obligatoria que nos impuso el rey, recalcada por el virrey Luis de Velasco, era no tocar en las Molucas por no contravenir el asiento que teníamos con el Serenísimo Rey de Portugal, sino en otras islas comarcanas a ellas, como son las Filipinas y otras que están fuera de dicho asiento, dentro de nuestra demarcación, en las que también hubiera especias.



Casa natal de López de Legazpi.

El rey había escrito personalmente a Urdaneta, quien por entonces tenía más de sesenta años y vivía retirado de fraile en el convento agustino de Ciudad México, para que participase en la empresa y aportara consejo en los asuntos marineros, pues era un experto cartógrafo. Urdaneta prometía que él haría volver de las Filipinas a la Nueva España, no una nave, sino una carreta, tal era la confianza que tenía en su arte náutica, en la que — puedo decir — aventajaba a todos cuantos a la sazón vivían, y era el más experimentado en la navegación en España la vieja y la nueva. Lo principal era saber cómo volver, pues la ida ya se conocía que podía hacerse en breve tempo.

Urdaneta había empezado pronto a navegar. Estuvo de grumete en la expedición de Jofre de Loaysa que zarpó de La Coruña en 1525 con rumbo a las Molucas, y fue uno de los pocos que se salvó en esa desgraciada aventura, tras pelear con los indígenas y los portugueses (que no querían ver españoles en esas islas) y vivir escondido en la selva hasta que España y Portugal firmaron tratado en Zaragoza y se suspendieron las hostilidades en esa zona.

Has antilhas del Rey de castella

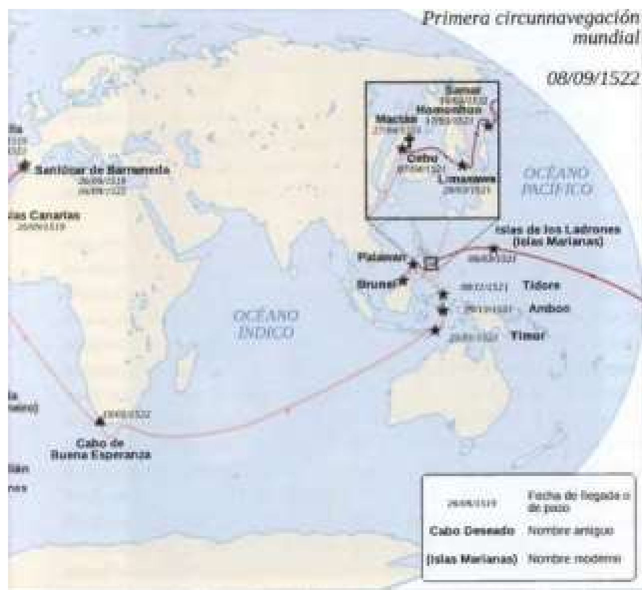
Planisferio de Cantino, 1502.



Cuando regresó a España, Urdaneta conoció en Valladolid a Pedro de Alvarado el compañero de Hernán Cortés en la conquista del imperio azteca, y con él fue a Guatemala para combatir a los indios en esa tierra de volcanes, hasta que regresó otra vez a Ciudad México. Era hombre muy religioso y después de una juventud de armas y aventurera profesó de fraile agustino en el monasterio del Nombre de Jesús en México.

Yo me entendí bien con él y siempre lo tuve — como él a mí — por persona de muy buen juicio y cuerdo. Poco antes de partir del puerto de la Navidad me dejó leer la carta que había escrito al rey en la que me colmaba de elogios, lo cual le agradecí sinceramente.

Para la empresa el virrey Velasco ordenó construir cuatro barcos en el puerto de Navidad, en Jalisco, al norte de Acapulco, el mismo lugar desde donde había emprendido viaje López de Villalobos veinte años antes. Las piezas de hierro y la artillería que venían de España llegaron de Veracruz, tras atravesar el istmo de Tehuantepec hasta la costa del Pacífico y continuar después por mar hasta el puerto de Navidad. Las naos fueron armadas con morteros y lombardas, y la tropa con sacres y arcabuces, picas, rodelas, espadas y otras armas.



Itinerario de Magallanes y Elcano en la primera vuelta al mundo.

Uno de los mayores problemas surgió a la hora de buscar gente de mar que quisiera embarcarse, pues existía temor por el fracaso de algunas expediciones anteriores, y los más preferían quedar sin fortuna a ganar que aventurar la vida en empresa de tanto riesgo.

La preparación no estuvo exenta de roces y controversia, porque Urdaneta propugnaba que debíamos ir a Nueva Guinea, y dejar las Filipinas, por ser islas de los portugueses; a lo que se oponía Juan Pablo de Carrión, que proponía seguir la ruta de Villalobos para asegurar la empresa, aunque eso condujese a las disputadas Filipinas, a las que yo puse ese nombre en honor del prudente rey que a ellas me envió. Cuando murió el virrey Luis de Velasco, el gobierno de Nueva España — para evitar que Urdaneta abandonase la expedición antes de zarpar — recurrió a una treta utilizando dos documentos. En uno, que se hizo público poco antes de la partida, ordenaba realizar el viaje por la ruta de Urdaneta, quien al leerlo pensó que se habían tenido en cuenta sus consejos. Pero en el otro documento, que se mantuvo secreto y en sobre cerrado, con instrucciones de no abrirse hasta estar a cien leguas de la costa, ordenaba que se siguiera el rumbo para ir directamente a las Filipinas, tal como sostenía Juan Pablo Carrión, que había sido piloto superviviente de la expedición de Villalobos y quedó a cargo de los preparativos cuando murió el virrey. Cuando Urdaneta supo que le habían engañado, ya era tarde y hubo de conformarse,

aunque quedó dolido por el enredo.

El mapa del mundo se estaba empezando a dibujar en su forma verdadera, y por la indecisión de los límites establecidos en el Tratado de Tordesillas, que dividió por la mitad el globo terráqueo entre Portugal y España, no estaba muy claro si las Filipinas eran tierras vedadas a los españoles.

Cierto era que Magallanes había tomado posesión de ellas en nombre de la corona castellana cuando las descubrió en su viaje, pero luego Urdaneta, manejando compases y latitudes con pericia, afirmó que figuraban en la zona portuguesa, y el fraile cosmógrafo dejó sentado que lo mejor y más seguro era dirigirse a la isla de Nueva Guinea, muy rica también en especias y que sin duda alguna caía dentro de nuestra demarcación.

El virrey Velasco, que apreciaba mucho a Urdaneta, apoyaba esta propuesta, que de realizarse hubiera dejado toda la tierra austral en manos españolas pero, como tantas veces ocurre, los imponderables marcaron el destino. El virrey enfermó y dejó los preparativos de la empresa al visitador real Jerónimo de Valderrama y Juan Pablo Carrión, este último decidido partidario de alcanzar las Filipinas y luego seguir la ruta al norte del ecuador en dirección a China y Japón, de donde se esperaban ganancias comerciales fabulosas.

Las dos naos gruesas, el galeoncete, el patache y una fragatilla que navegaba a remolque de la popa de la nao capitana, llevaban dos compañías reclutadas en Ciudad México con unos 200 soldados, 150 marineros y unos treinta hombres de servicio y cinco frailes. Toda gente de quien no se sospechaba que dejara de hacer su deber. En la San Pedro, nave capitana de 500 toneladas, embarcaron conmigo, el piloto mayor Esteban Rodríguez, que moriría poco antes de alcanzar el puerto de Acapulco en el regreso, y la mayoría de los oficiales. En otra nave, la San Pablo, de 400 toneladas, iban el maestre de campo Mateo del Saz, que había participado en las guerras civiles del Perú y murió de calenturas en Panay, el piloto Juan Martínez y el tesorero Guido de Lavezares. Los otros dos barcos, el San Juan y el San Lucas, eran de mucho menor tonelaje. Uno, el San Juan, iba al mando del capitán Juan de la Isla, y el otro del capitán Alonso de Arellano, de los que me fiaba mucho. Con Urdaneta iban también cuatro frailes de su orden, uno de ellos fray Martín de Rada, un sapientísimo matemático y cosmógrafo que llevaba con él un instrumento capaz de verificar la longitud que hay desde el meridiano de Toledo hasta cualquier punto de la tierra.

Conmigo iban también un grupo de gentiles hombres en el que estaba mi nieto Felipe de Salcedo, y otros que recuerdo ahora como Pedro de Arana, Amador de Arrizun o Esteban de Terra. También, como alférez general del estandarte real venía Juan Pablo de Carrión, que como Urdaneta ya había cruzado el océano y convivido con



los portugueses en las Molucas, aunque — como ya he dicho — disentía del fraile agustino en la ruta que debía seguirse y proponía la que antes habían seguido Álvaro de Saavedra y Ruy López de Villalobos. Ambos se habían aventurado en el Pacífico.

Andrés de Urdaneta.

Villalobos navegó hacia Poniente sin incidentes graves y bautizando muchas islas hasta llegar a Mindanao, aunque una vez allí fracasó en hallar ruta de regreso y murió en una isla al regresar a España navegando hacia Poniente en un barco portugués. Era hombre muy estricto en asuntos de religión, tanto que ordenó a los capitanes que nadie embarcase sin llevar cédula de estar confesado y comulgado, y les encareció que tuvieran buen cuidado en que nadie blasfemara del nombre de Dios Nuestro Señor, ni de su gloriosa Madre, ni del de los santos, y quien jurase por la primera vez estuviese 30

días en prisiones, y por la segunda, se le quitara la ración del pan y del agua quince días, y si tornare a jurar fuera desterrado a una isla despoblada si era hijodalgo, y si no lo era, que le cortaran la lengua o lo echaran a la galera por dos años.

De acuerdo con las crónicas, Villalobos murió de calenturas y muy cano, consumido de tristeza y melancolía y reconfortado en sus últimos momentos por el misionero

jesuita Francisco Javier, que luego llevó la doctrina de Dios al Japón y otros lugares alejados de Asia.

Aún no había terminado el mes de julio de 1564 cuando murió el virrey Luis de Velasco, que fue enterrado con toda solemnidad y pesar sincero, y la expedición zarpó en noviembre de ese mismo año. El rumbo era secreto, y una vez en alta mar se procedió a abrir el sobre lacrado con las órdenes para el viaje. El destino final era las Filipinas y Urdaneta no consiguió ocultar su disgusto, como ya he dicho, pero los mandamientos del Rey no daban pie a la duda ni a la protesta y las acató. Gracias a eso la expedición no se malogró, pero los religiosos que iban en la armada lo sintieron mucho, dando a entender que habían sido engañados y que de haber sabido que se seguiría esa derrota no vinieran a la jornada, por las causas y razones que Urdaneta había dicho en México.



125
130
China
Batanes
Babuynes
ISLAS FILIPINAS
Manila
Samar
Panay
Leite
Paragua
Borneo
Basilan
Jolo
20
15
10
125
130



Islas Filipinas y otras del Pacífico descubiertas por España.

La instrucción real decía que deberíamos navegar en demanda y descubrimiento de las islas de Poniente hacia los Malucos, sin que de manera alguna entráramos en las dichas islas, sino en otras que estuvieran comarcanas a ellas, como eran las Filipinas y otras que estaban dentro de los límites de Su Majestad. En cuanto a los barcos, dos deberían quedarse en las descubiertas islas de Poniente mientras los otros intentaban regresar a Nueva España por ruta segura.

A los pocos días de navegación, el patache San Lucas se apartó del resto de la armada y desapareció. Más tarde sabríamos que había logrado hacer viaje por su cuenta a las Filipinas y regresar a Nueva España. Una hazaña increíble para un barco de solo 50 toneladas, que merecería estudio aparte para experiencia de nuevas navegaciones.

Dicen que todo sucedió porque el piloto Lope Martín convenció al capitán Arellano de que, siendo ya sabedores de la ruta y como llevaban el buque más veloz de la expedición, bien podían separarse de esta y alcanzar los primeros las Filipinas, con la honra y los beneficios que tal hazaña les aportaría.

En los primeros días de enero del año siguiente, los tres barcos restantes avistaron una de las islas Barbudas, que los españoles así llamaron porque sus habitantes, que andaban medio desnudos y armados con lanzas, lucían largas barbas, y dos semanas después arribamos a las islas de los Ladrones, donde nos hicimos con agua y alimentos.

En ellas, los indígenas, fieles al nombre que habíamos puesto al archipiélago, se dedicaron a robarnos todo lo que pudieron, y la siguiente escala fue la isla de Guam o Guaham, que nos pareció un paraíso, y el mismo Urdaneta me propuso que pobláramos el sitio, ya que parecía muy propicio para abastecer armadas en pleno océano y servir de escala para el retorno a Nueva España. Era una propuesta razonable, pero me negué.

Las instrucciones que habíamos recibido del rey decían que debíamos dirigirnos a las Filipinas, y a ellas me atuve. De forma que, una vez tomada posesión de Guam, dejamos la isla y en febrero de 1565 tocamos en Cibabao y en la isla de Hilabán, ya en las Filipinas, y luego bajamos la costa hasta la isla de Leyte, donde el hijo del señor del lugar se ofreció a conducirnos a otra isla que llama de Limasawa. En todo este recorrido mantuvimos poco contacto con los indígenas, que desaparecían y huían recelosos en cuanto nos veían desembarcar. Una prevención justificada porque los aborígenes nos tomaron por portugueses, que eran muy odiados por haber llegado dos años antes en ocho barcos bien armados y cometido toda clase de tropelías y pillajes, con mucho daño para las mujeres que atrapaban. De esto nos enteramos tras el encuentro con un junco pirata musulmán procedente de Borneo que merodeaba por esas aguas en busca de oro y esclavos.

En la isla de Bohol, poco después y tras mucho trabajo, hice amistad de sangre con el cacique, cuyo nombre creo recordar era Sicatuna o Sicotuna. Él me confirmó la matanza perpetrada por los lusitanos, y por medio del piloto del junco, que conocía algunas palabras de portugués, hice llevar a un grupo de los nuestros a la isla de Cebú, donde estuvo Magallanes, y ellos al regresar nos informaron de que habían visto muchos poblados con buena tierra, por lo que decidimos ir allá.

Una vez en Cebú nuestra situación era muy precaria e intentamos hablar con el señor de tumo, al que llamaban Tupas, pero este no quiso presentarse, temeroso de que tomáramos venganza por la muerte de Magallanes. Entonces, tras celebrar junta de guerra y consultar con los misioneros de la expedición, decidimos atacarlos con una fuerza que desembarcó y puso fuego al poblado, pero cuando lo quemamos Tupas y su gente habían huido al interior.

A tanto llegaba el pavor que nos tenían estos indios que cuando una de sus embarcaciones, que iba cargada de mercancías, se encontró con nuestra escuadra, ellos se lanzaron al mar para alcanzar la costa y abandonaron todo lo que transportaban a bordo.

Entre las ruinas de la destruida aldea encontramos una talla de marfil del Niño Jesús que sostenía con una mano un globo del mundo, y por eso alguien le puso el nombre del Niño de la Bola, con el que pasó a ser venerado en una iglesia provisional que levantamos, y los naturales lo empleaban para traer la lluvia. La imagen, por lo que averiguamos, era réplica de la que el navegante Pigafetta había regalado a la reina de Cebú en el viaje de Magallanes, y en el mismo lugar en el que fue hallada ordené levantar un fuerte que fue el primer poblado de españoles en Filipinas, y como se



iniciaron los trabajos el 8 de mayo, en la festividad de San Miguel, le pusimos el nombre de San Miguel de Cebú.

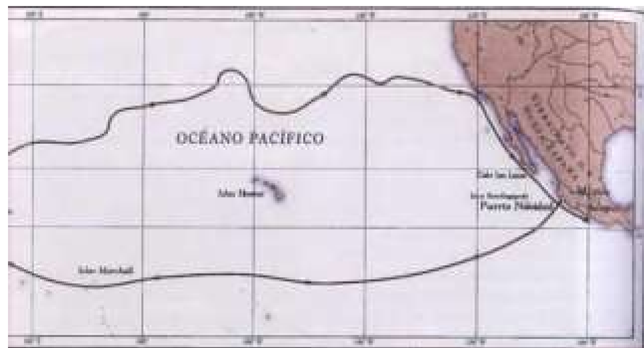
Islas Filipinas y de los Ladrones.

Poco a poco, la situación con el cacique Tupas mejoró, aunque persistía la hostilidad de los nativos, que nos querían lejos y no traían provisiones. Yo no sabía qué hacer; por un lado necesitábamos los alimentos, y por otro teníamos mandato del rey de no hacer guerra conquistadora. En la tesitura, decidí seguir adelante con el siguiente objetivo del viaje, que era, como ya indiqué, encontrar la ruta de regreso a Nueva España desde las islas de Poniente. Para eso envié nuestra mejor nave, la San Pedro, al mando del capitán Felipe Salcedo, mi nieto, y con él fueron Urdaneta y el piloto Esteban Rodríguez, que era el más experto.

El San Pedro zarpó de Cebú a mediados del año 1565 con unos doscientos hombres y provisiones para ocho meses, y cumplió la

misión que le dimos. Primero navegó al norte hasta la latitud de Japón, dejándose llevar por los vientos y corrientes favorables que iba encontrando, hasta que apareció hielo en las jarcias, y luego giró totalmente al este impulsado por una fuerte corriente que cruza el océano hacia levante y les empujó hasta las costas del norte de la Alta California. Desde allí bajaron al sur hasta el puerto de Acapulco, cuatro meses después de haber salido de Cebú, y en ese punto desembarcaron los escasos supervivientes, pues la mayoría de los hombres habían muerto por enfermedad o se fueron perdiendo en la travesía. El viaje se hizo más difícil por el temido escorbuto a bordo, del que murieron el maestre, el piloto y catorce tripulantes, y dejó postrados a todos los navegantes, excepto el propio Urdaneta y mi nieto Felipe Salcedo, que tan solo tenía 18 años de edad. Cuando echaron las anclas en





Acapulco tuvieron que pedir ayuda a la gente de tierra para desembarcar, pues venían sin fuerzas ni para caminar.

Ida y tornaviaje del galeón de Manila.

El tornaviaje había necesitado 130 días desde la isla de Cebú hasta Acapulco. Los pocos que llegaron a Ciudad de México supieron entonces que durante un tiempo se les había dado por muertos, incluyendo misas de difuntos, porque unos meses antes de que desembarcaran en Acapulco había regresado a Nueva España el patache San Lucas, que desertó de la expedición al poco de zarpar del puerto de Navidad, y su capitán —

para excusar el bochorno de su falta de ánimo — había dado falsamente por muerta a toda la expedición.

Lo curioso, sin embargo, era que los del San Lucas, que llevaban como piloto a un mulato de Ayamonte llamado Lope Martín, habían conseguido también hacer el tornaviaje a Nueva España después de cargar especias en Mindanao y en menor tiempo que Urdaneta. Y aunque estuvieron muchas veces perdidos a la deriva y sufrieron grandes tempestades lograron, nadie sabe bien cómo, llegar antes que Urdaneta a las costas de California, y eso sin carta de marear ni derrotero conocido alguno, solo con ayuda de la Providencia.

A su llegada, Arellano explicó que no había desertado de la armada de Legazpi, como nos había parecido a todos, sino que por navegar el último y ser su embarcación la más pequeña, quedó a la zaga al poco de partir de Puerto Navidad y en una tormenta perdió de vista a los demás barcos. Pese a todo, decidió continuar y realizó en solitario todo el viaje hasta llegar a las Filipinas, y luego regresó en solitario, seguramente por el mismo derrotero que Urdaneta. De Arellano solo

sé que fue a España a pedir mercedes al rey por la hazaña, pero Urdaneta, que no creía su versión y le consideraba un desertor, lo denunció al Real Consejo de Indias. Detenido, se dispuso que viniera a Filipinas para que yo le juzgara, y quedó en Ciudad de México en espera de ser trasladado a Manila. Desee que no viniera, pues no quería tener que juzgarle por no estar seguro de si fue un héroe o un bellaco. Quizá fuera las dos cosas, pero eso solo Dios lo sabe.

Arellano, además, tenía grandes valedores en la Real Audiencia de México, que no hizo el menor caso a la denuncia por el abandono de la armada, y al final pagó el pato solamente el piloto Lope Martín, quien estuvo un tiempo preso, mientras que Arellano, por sus influencias, salió absuelto de todo cargo, pues así son las cosas de la justicia en cualquier parte de este ingrato mundo. Solo los pobres y desamparados cargan con todo, y el que tiene padrinos fácilmente se escabulle.

Urdaneta en persona hizo entrega en la Audiencia de toda la correspondencia que le envié y del diario del piloto Espinosa, y después marchó a descansar a su convento, y luego viajó a España para informar personalmente al rey del trascendental hallazgo de la ruta del tornaviaje y entregó el mapa con el derrotero entre Acapulco y Manila. A mis oídos llegó que estuvo en Sevilla y luego compareció en Madrid ante el Consejo de Indias, junto a cosmógrafos avezados como Alonso de Santa Cruz o el maestre Pedro de Medina, para dilucidar entre todos si las islas de Maluco, las Filipinas y Cebú pertenecen al rey de España o al de Portugal, y se concluyó con el parecer de que las dichas islas caen en la parte que pertenece al Rey nuestro señor.

Los hombres de Cebú son medianos de cuerpo y morenos; traen la cabeza trasquilada como los españoles, con turbante atado alrededor de ella, y una manta pequeña con que se tapan las vergüenzas. Las mujeres son feas y muy deshonestas; se visten con una manta de la cintura para abajo, de manera que dejan la barriga descubierta y con el ombligo al aire.

La vista de mujeres tan desnudas complicó la conducta de los hombres de la expedición, que llevaban mucho tiempo apartados del mundo, y tuve que esforzarme para evitar que se desmandaran, pero la vigilancia quedaba muchas veces burlada porque las indias, en vez de rehuir a los españoles, contribuían a la rotura de costumbres yaciendo con ellos. Y a mí, como regalo principal, el rey Tupas me dio una de

sus sobrinas acompañada de otras mujeres, y por dar ejemplo y no salirme de las normas, después de que la muchacha fuera bautizada, la otorgué en matrimonio a un calafate de la expedición de origen griego.

Dando por resuelto el pleito de los límites y considerando que había cumplido la misión que se le había encomendado, Urdaneta pidió permiso para regresar a su convento de Ciudad de México, y cuando le fue concedido emprendió viaje y se retiró en él definitivamente, llevando una vida ejemplar y estudiosa hasta su muerte, cuando había cumplido los sesenta años. Él nos demostró que el Pacífico se podía navegar en los dos sentidos con facilidad si se seguían los vientos y rutas favorables descubiertas.

Yo, entretanto la nao San Pedro emprendía el tornaviaje, quise a toda costa mantenerme en Cebú a la espera de refuerzos y contando con la tolerancia de Tupas, aunque nunca acabé de fiarme de él. Y luego tuve que abortar un motín y ahorcar a los más revoltosos para mantener el orden e impedir que nuestra propia desunión no acabase con la empresa antes de culminarla, como ocurre y he visto muchas veces entre españoles, pues las peleas intestinas parece ser una maldición que socava nuestras fuerzas en cualquier jornada que emprendemos.



Basílica del Santo Niño en Cebú [Foto de Marc Coral].

Y mientras, gracias al éxito del tornaviaje de Urdaneta, nos llegaban los concertados galeones de ayuda de Nueva España, tuve que hacer frente a dos armadas portuguesas que intentaron expulsarnos de Cebú, y cuando los dichos galeones llegaron, además de soldados y pertrechos, trajeron las órdenes de conquistar y cristianizar las Filipinas que yo estaba esperando, y con ellas mi nombramiento de

gobernador y capitán general de las islas de Poniente y de adelantado de las islas de los Ladrones. Fue entonces cuando me vi con las manos libres para emprender la conquista de este archipiélago filipino con miles de islas grandes y pequeñas, que aunque muy poblado por gentes y tribus muy diferentes, incluso algunos moros, he logrado sujetar con poco derramamiento de sangre y sin esclavizar a los indígenas, lo cual, además, prohíben las Leyes Nuevas dadas en Castilla. A mis hombres, tengo a mucha honra, siempre les encarecí que no estamos en esta tierra para conquistarla a sangre y fuego sino para evangelizar infieles y ganar nuevas tierras a la fe. Y cuando llegué a las islas de los Ladrones y otras dicté bando prohibiendo saltar a tierra a los hombres sin licencia y agraviar a los naturales en sus personas y bienes, así como dar o trucar cosa alguna como no fuera por mano de los oficiales que tenían cargo de ello.

Aun así, tuvimos que pelear mucho en aquel universo de islas desperdigadas y selváticas, con combates y escaramuzas continuadas en las que medíamos nuestras escasas fuerzas contra enemigos en gran número. Y en todos estos encuentros vencimos con la ayuda de Dios.

Las armas con que peleaban los indios en todas esas islas son muchas y muy buenas, de hierro. Las ofensivas son alfanjes, dagas, lanzas, azagayas o varas tostadas que endurecían al fuego, arcos de madera de mangle y flechas y cerbatanas, con dardos que impregnan en yerbas emponzoñadas. Sus armas defensivas son escaupiles de algodón, coseletes de madera y cuero crudo de búfalo, corazas de caña y palos duros, y las

armaduras de cabeza son de cuero, de lija y muy fuertes, y en algunas islas ciertos rajás y régulos musulmanes tienen artillería menuda de cañones de bronce y arcabuces. Los moros suelen usar también el *kris*, que es un arma de hoja ondulada de dos filos, o un machete de hoja de hierro de un solo filo que llaman «bolo». Aparte de los tagalos, en la isla de Luzón habitaba otro pueblo, los tameraos, que parecían carabaos cimarrones y eran indomables y muy fieros, y nos hicieron algunas bajas. Los naturales de Luzón son medianos de cuerpo, de color membrillo cocido, el cabello muy negro, poca barba, coléricos y de buen ingenio para cualquier cosa que emprenden.

Como la isla de Cebú escaseaba de víveres determiné que pasáramos a la isla de Panay, donde esperamos los socorros de México que me remitía el virrey. En los pliegos me recomendaba que volviese a Cebú una vez provisto de bastimentos, lo que demoré unos meses, hasta finales de 1570, cuando salí de Panay para la dicha Cebú y allí fundé la villa del Santísimo Nombre de Jesús. Desde Panay también envié al

capitán Juan de Salcedo contra los piratas moros de Mindoro, y luego reorganicé las fuerzas y dispuse el ataque a la isla de Luzón, donde ocupamos Cavite con una flotilla de embarcaciones ligeras que los filipinos llaman «paraos».

Nuestra aparición en Cebú aterró a los indios, porque muchos de ellos recordaban la matanza que hicieron de españoles de la expedición de Magallanes cuarenta años antes, y suponían que llegábamos para tomar venganza de los asesinados. Pero cuando desembarcamos con toda la gente de armas y pude entrevistarme con su rey, Tupas, le aseguré de que lo ocurrido no sería impedimento para mantener relaciones pacíficas.

Otro problema se planteó por las diferentes lenguas que hablaban tantas tribus, pero gracias a un español apellidado Pacheco, y a un indígena de Borneo que había sido bautizado, conseguimos entendernos entre todos, y dejar claro a los indígenas que no queríamos la guerra, a condición de que ellos no intentaran nada contra nosotros.



Ruta de Legazpi en la conquista de las islas Filipinas.

Los esfuerzos que hicimos por presentarnos como libertadores ante los

pobladores moros no siempre tuvieron éxito, pero lentamente se fue consiguiendo asentar la conquista y cuando consideré bien sujeta la isla procedí a fundar Manila, a orillas de un río que llaman Passig. Eso fue en junio de 1571, en un pequeño puerto bien abrigado dentro de una gran bahía. Y para levantar la ciudad dispuse que se trazara retícula de calles, con centro donde se cruzan las dos vías principales en la Plaza Mayor. En ese punto arreglé que estarían las casas de los funcionarios y del cabildo; y además repartí los solares más importantes entre los vecinos, que en su mayoría eran venidos de Nueva España, y enseguida comenzaron a construirse las casas, que eran de tierra, caña y nipa. Y también mandé elegir cabildo, con dos alcaldes ordinarios, un alguacil mayor y doce regidores, a los cuales hice entrega de las ordenanzas para el buen gobierno de la ciudad, y al mismo tiempo completé la conquista de Luzón, donde encontramos minas de oro, y otorgué encomiendas al modo indiano, que imponían a los naturales un tributo de ocho reales por año que podían pagar en especie.

Y lo que más trabajo me costó fue sujetar a la gente en aquel paraíso exuberante donde no escaseaba el oro y las mujeres se tenían fácilmente, lo cual exigía gran fortaleza moral en todo.

Yo tenía noticia anterior bastante exacta del poblado de Manila, que tenía mucha contratación con los chinos, por el viaje que el año antes había realizado el maestre de campo Martín de Goiti con una compañía de arcabuceros desde la isla de Panay, que regresaron después de incendiar el poblado. Su conducta fue denunciada al virrey por los frailes agustinos, que dijeron haber visto como ardieron mil quinientas casas y se mataron a más de quinientos pobladores.

Hacer olvidar a los moradores de Manila esa destrucción me obligó a declararles que los sentimientos y fines de nuestra presencia entre ellos en modo alguno era por destruirles, sino para mejorarles la vida y darles enseñanza del verdadero Dios.

Finalmente firmaron un documento por el cual pasaban a ser súbditos del mayor rey del Planeta, y después de un banquete en el que corrió el vino de las barricas de Sanlúcar que había a bordo, el tratado de sumisión fue leído en voz alta y entró en vigor. El documento decía que los indios de Cebú se ponían bajo el protectorado español, y prometían ser vasallos fieles y obedecer las leyes. España les protegería con sus soldados contra los enemigos de Tupas, pero ningún indio podría entrar con armas en nuestro campamento, ni en la armada ni en la ciudad, so pena de castigo.

Resuelto a ganar cuanto antes Manila y conquistar la feraz isla de Luzón, salí de Panay en la primavera de 1571 con el maestre Martín de Goiti y unos 250 españoles con muchos capitanes y el padre Diego de Herrera y, de camino, al llegar a la isla de Mindoro, encontramos muchos chinos que los aborígenes tenían por esclavos, capturados en dos juncos con mercancías, y, pensando que en el futuro nos sería ventajoso establecer relaciones de amistad y contratación con el emperador de China, rescaté y compré a todos los chinos que hallé y les di libertad para que pudieran ir a su tierra desde Mindoro en un navío que les proporcioné.

Los chinos quedaron muy agradecidos y dieron palabra de volver a Filipinas, y así lo cumplieron, pues al año siguiente llegaron a Filipinas diez juncos, de los que tres lo hicieron a Manila, y el resto a Mindoro, Balayán y otras islas. Y trajeron con ellos damasquillos, sedas, porcelana dorada y blanca, azúcar, naranjas, dulces, pimienta, harina, almizcle, azogue y cajuelas pintadas. Con los chinos traté de enviar en su navío dos religiosos para que en China tratasen de paz y amistad perpetua con aquel gobierno, porque dicen que su emperador está muy lejos de la tierra adentro camino de tres meses, pero nos dijeron que por ser extranjeros no podrían desembarcar en tierra firme sin licencia, y así envié a pedirla a su gobernador.



En Manila vivían también 40 familias de chinos con sus mujeres e hijos, que por cierto negocio en su tierra huyeron a Japón y desde allí vinieron a las Filipinas, y nunca han vuelto a su patria. Y entre ellos había dos bautizados en Japón por un padre teatino, que se llamaban, el uno Antón y el otro Pablo, y no habían recibido óleo ni crisma por no haberlo, ni sabían la doctrina más que santiguarse.

Bahía de Manila en grabado de A. Hoen&Co. Baltimore.

Cuando desde Cavite llegamos con la armada al pueblo de Manila, uno de los rajás que allí gobernaba puso fuego a las casas y mandó pasar a la otra parte del río a los habitantes, donde pensaban hacerse fuertes. Al ver que Manila se abrasaba envié al maestre de campo Martín de Goiti a que parlamentase con los moros y le dijese que no quemasen el poblado porque veníamos en son de paz y no queríamos hacerles ningún daño. Con eso, los incendiarios se sosegaron y fueron a avisar a sus reyes, que acudieron a dialogar con gran séquito. Yo los recibí y los declaré vasallos fieles, y les dije que en nombre de Su Majestad el rey don Felipe nuestro señor, tendría cuidado de ellos y los favorecería, y que si algún español u otra persona les hiciese daño o

les tomase alguna cosa por fuerza, me avisasen de ello, porque los desagraviaría y los ampararía, manteniéndoles en paz y en justicia. Y una vez asentado el acuerdo por escribanos y testigos tomé posesión de la dicha tierra e isla, con los autos y ceremonias

de uso y costumbre. Y así quedó fundada Manila en un sitio muy delicioso por la gran bahía que tiene al frente, por el río que la circunda y por las hermosas campiñas de la comarca que ofrecen paseos llanos y le proporcionan todo género de frutas y hortalizas.

Más tarde, el rey otorgó a la ciudad el título de Insigne y siempre Leal, y años después le concedió por escudo de armas un castillo de plata en campo rojo en la mitad de arriba, y en la mitad de abajo un delfín y un león que tiene una espada en la mano y bate el mar con la cola.

Muy poco después de la fundación hube de proceder a la creación del primer ayuntamiento y cabildo, para lo que nombré alcaldes ordinarios, alguaciles y regidores, insistiéndoles que en todo momento debían cuidar de la paz y buena gobernación, así como amparar a los naturales para que no se les haga daño o agravio y sean bien tratados.

Pero pasado el primer entusiasmo por la posesión de Manila, me llegaron fundadas sospechas cuando supe que unos dos mil tagalos de un pueblo que está en la otra parte del río Passig, se movían por los alrededores al mando de un valeroso moro, y habían tratado con uno de los principales caciques, nombrado Lacandola, las medidas que deberían adoptarse para iniciar la guerra y acabar de una vez para siempre con los españoles. Y parece ser que Lacandola les dijo que peleasen con nosotros y les dio gente para la pelea, porque no quería la amistad de los castellanos, y en son de desafío dijo preferir que lo partieran por medio del cuerpo y que sus mujeres le aborrecieran antes de ser amigo de los castillas.

En vista de la hostilidad de aquellos nativos que rechazaban la propuesta de paz que les hacíamos, no quedó otro remedio que afrontar la situación, y ordené al maestre de campo Martín Goiti que saliese en la Pascua del Espíritu Santo al mediodía con ochenta soldados y algunos aborígenes visayas en plan de guerra hasta un estero donde estaban los paraos de los enemigos, que pelearon con mucho ánimo sin mostrar flaqueza ni desorden, hasta que el jefe moro cayó muerto de un arcabuzazo, y con la artillería les causamos gran mortandad y empezaron a retirarse por los esteros o echándose al agua, y al caer la noche los visayas de Martín Goiti, que eran encarnizados enemigos de los tagalos, desistieron de seguir la persecución, después de hacerles trescientos muertos y un número

similar de prisioneros.

Entre los moros apresados estaban dos sobrinos de Lacandola que declararon con falsedad que no habían ido a pelear sino a ver como peleábamos los españoles. Era una excusa bastante pueril, pero yo disimulé con la intención de ganar a todos los nativos por la benignidad y no la fuerza, aunque los soldados se quejaron y dijeron que debían



ser puestos en un palo porque les habían visto pelear contra ellos, pero yo, por pensar que era mejor la vía pacífica para atraer a los rebeldes decidí soltarlos libremente a todos.

La paz tampoco llegó entonces, porque a finales de 1574 arribó a Manila un pirata alzado de la tierra firme de China con una armada de 72 navíos gruesos que nos puso en grave aprieto y recibió ayuda de Lacandola, pero por fortuna logramos derrotarlo antes de terminar ese mismo año gracias a la ayuda que recibimos desde la isla de Vigan del capitán Juan de Salcedo, mi nieto, al que ya me he referido.

El pirata chino huyó a refugiarse en la bahía de Pangasinán, y para aniquilarlo hubo que enviar a Salcedo con varios capitanes, unos meses después, con unos 250 soldados españoles y 2500 nativos, la mayor parte visayas.

Monumento a Legazpi en Fort San Pedro de Cebú.

Asentada la paz y fundada la ciudad mandé acabar un fuerte que estaba comenzado en la punta del río Passig, en el que se colocó la artillería, y fuera del fuerte se construyó una iglesia para los religiosos agustinos y la vivienda conveniente para el gobernador, además de construir ciento cincuenta casas medianas para la gente del campo, lo cual se pudiera haber evitado si ellos no las hubiesen quemado.

Con el tiempo, todas las puertas de la ciudad estaban defendidas por baluartes y una muralla, y en medio de la ciudad había una plaza y en un ángulo de la plaza estaba el palacio del gobernador, al otro la catedral, en el tercero las casas del cabildo, y en el cuarto viviendas de particulares. A un lado del palacio del gobernador estaba el palacio arzobispal. Los almacenes reales también eran de obra sólida y se encontraban junto a una puerta de la ciudad que daba al río. Dentro de los muros de la ciudad estaban los cuarteles de la tropa, los conventos e iglesias, la capilla real y los hospitales.

Y aunque cinco días después de la fundación llegó el primer refuerzo en dos navíos al mando de Juan López de Aguirre, y luego otro navío que aportaron Pedro de Luna y Juan de la Isla, la población española en las islas fue menor de la esperada, y la causa de esto no fue tal vez tanto la falta de mujeres cuanto otros factores como el escaso aliciente económico centrado en la encomienda, la dependencia lejana de Nueva España y Madrid, y la alta proporción de bajas por el clima malsano de muchas zonas, las guerras, las fatigas y las privaciones que soldados y colonos soportaban. En total, hasta hace pocos años, no quedaban en los destacamentos españoles de las islas Filipinas más de seiscientos soldados y vecinos, separados entre sí por largas distancias, más otros cien soldados que había destinados en las Molucas.

Y cuando aparenta que ya Luzón está dominada el Señor parece haber dispuesto que mi alma pecadora salga de este mundo, en el que siento que me quedan pocos días y por eso hago aquí y ahora sucinto recuento de mi vida en este mes de agosto de 1592.

Creo haber dado más de lo que recibí y traje a estas islas lo mejor que tenía de mí.

Mi corazón anda mal, aunque los frailes que me asisten continuamente le dan mucha importancia al achaque.

Epílogo

Legazpi murió de una apoplejía en brazos del agustino Francisco de Ortega. En agosto de 1572 fue enterrado primero en la iglesia de madera, caña y nipa, y más tarde en la llamada Capilla de San Fausto y después en la iglesia de los Padres Agustinos de Manila, en la capilla que lleva su nombre: López de Legazpi. Esto último cuando ya un incendio había destruido el antiguo convento agustino y sus auténticos restos quedaron mezclados con las cenizas.

Los testigos de su muerte afirman que al descubridor se le quedó la lengua rígida, lo que le impidió comulgar en ese último trance. Padeció mucho la agonía final, y cuando le sobrevino el ataque estuvo como unas cinco horas esperando la muerte, y cuando



esta le llegó mandaron levantar capilla ardiente en el salón principal del palacio de Manila, con guardia de honor de arcabuceros españoles y rodeados de hachones de cera pálida y los rezos de los frailes. Y a la cabecera del ataúd, a media asta, colgaba el pendón de Castilla.

Al entierro acudieron miles de indígenas, a quienes Legazpi, como regla general, favoreció en lo que pudo. Es fama también que murió sin dejar dinero a sus descendientes, pues todo lo había gastado en

construir casas y hospitales o en ayudas a los más necesitados, y ni siquiera le dio tiempo a disponer de los doce mil ducados de sueldo que el rey le había otorgado como gobernador y capitán general de las Filipinas.

Monumento a Legazpi del escultor Aniceto Marinas en Zumárraga.

En la capilla donde yace su cadáver, una inscripción en inglés lo recuerda con estas palabras:

Aquí reposa un capitán y marinero vasco, un español cuyo destino hizo de él un conquistador aunque él fuese un hombre de paz. España rinde homenaje a la memoria de Legazpi y a la Orden de San Agustín, que en este templo histórico ha preservado a través de los siglos la validez de la misión que trajo a Legazpi y Urdaneta a estas islas.

Intuía que los españoles guardarían su memoria, aunque no podía saber que hoy día, en la céntrica plaza de Esukadi de Zumárraga hay erigida una estatua a su fama, con unas lápidas, a medio arrancar y deterioradas por el gamberrismo anónimo, que recuerdan en castellano y vascuence lo siguiente.

A

Miguel López de Legazpi

Conquistador de las islas Filipinas

en MDLXV

Primer lugarteniente de la Majestad Católica

En aquellas apartadas regiones,

Enérgico, prudente, valeroso,

Natural de la villa de Zumárraga.

Se erigió este monumento

por suscripción nacional.

Año 1897.

Tampoco pudo saber que su hijo Melchor de Legazpi, que fuera adelantado mayor de Nueva España, tuviese que escribir suplicante al rey ante la triste situación familiar tras la expedición a Filipinas, recordándole a Su Majestad cómo «viviendo mi padre en la ciudad de México en mucha quietud y sosiego y teniendo buenas haciendas y muy bien de comer, se dispuso a venderlo todo y dejar sus hijos y casa en solo el amparo y protección real para hacer la jornada de las islas de Poniente con el cargo de gobernador y capitán general en que ha servido… siempre a su costa sin habérsele dado ayuda de costa ni salario alguno.»

Francisco de Orellana

El hombre que desafió al Gran Río

y peleó con las amazonas

n los últimos días de su vida, en el convento de Santo Domingo de Lima, que él mismo había fundado, fray Gaspar de Carvajal tenía 84 años y le costaba recordar E el gran viaje por aquel río, ancho como el

mar, prolongación del Marañón y que bautizaron de las Amazonas.

Habían transcurrido unos 50 años (no estaba muy seguro de la fecha) cuando llegó por primera vez al Perú. Era un misionero dominico que quería dedicarse a la conversión de los indios, y unos años después se unió como capellán a la expedición que Gonzalo Pizarro, el menor de la estirpe, gobernador de Quito, emprendió para descubrir y conquistar el País de la Canela, la especia que valía tanto como el oro y cuyo comercio monopolizaban en Europa los portugueses.

No estaba solo en la empresa, pues desde Santiago de Guayaquil, en la costa del Mar del Sur, había partido también el capitán Francisco de Orellana, gobernador de esa ciudad, que le disputaría la gloria de la conquista del río más caudaloso del mundo.

Carvajal ya ha puesto por escrito casi todo lo que recordaba y tenía que decir en la relación titulada: *Del nuevo descubrimiento del famoso Rio Grande de las Amazonas que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana*, y que todavía no ha podido dar a la imprenta, aunque no tiene ninguna prisa en ello.

El corazón cansado de Gaspar de Carvajal vibra de nostalgia cuando recuerda sus primeros años en Trujillo de Extremadura, donde nació, y de donde eran también los Pizarro. El mayor, Francisco, que conquistó el Perú y murió asesinado por los partidarios de Almagro, para no desmentir la funesta manía fratricida de los españoles, siempre prestos a matarse unos a otros. A fray Gaspar le ordenaron en el convento de San Pablo de Valladolid, y estaba en Lima cuando Gonzalo Pizarro pasó por allí hacia Quito, a tomar posesión del gobierno de esa ciudad. Los dos hombres hablaron una noche, a la luz de las velas, en el refectorio del convento, y Pizarro le reveló — con la fiebre del oro brillándole en los ojos — su proyecto de ir a conquistar las tierras donde crecía la canela y posiblemente estaba El Dorado, lejos, muy lejos, en las vertientes orientales de los Andes.



Cara del primer folio de la crónica de Carvajal, que tituló *Del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*.

De El Dorado sabíamos que el primero en hablar de él fue el conquistador andaluz Gonzalo Jiménez de Quesada, fascinado por la destreza con que los indios muiscas, en el altiplano de la cordillera central al sur de Santa Marta y el Urabá, trabajaban el oro que utilizaban para adornarse y en los rituales con que celebraban la elección de un nuevo cacique. Si los indios daban tan poco valor al oro — pensaba Orellana — eso indicaba que guardaban mucho en alguna tierra todavía desconocida de los cristianos.

Un indio de Quito le había dicho también a Gonzalo Pizarro que existía ese reino dorado alrededor de una laguna donde los indios hacían una gran balsa de juncos que aderezaban lo más vistosamente que podían, cuando celebraban al nuevo cacique. Y en ese tiempo, indios e indias se reunían en la laguna coronados de oro y plumas, y desnudaban al cacique y lo untaban con una liga pegajosa y después rociaban todo su cuerpo con oro en polvo, hasta que lo recubrían totalmente de ese metal. Después lo subían a una balsa y depositaban a sus pies un gran montón de oro y esmeraldas como ofrenda a sus dioses. Y el indio dorado hacía su ofrecimiento echando todo ese oro y esmeraldas en medio de la laguna, seguido de otros caciques que le

acompañaban, todos aderezados de plumería, coronas, brazaletes, chagualas y orejeras de oro.

Concluida la ceremonia, la balsa se dirigía a tierra y comenzaba el griterío de los indios, con corros de bailes y danzas a su modo, lo que ponía fin a la ceremonia para elegir al nuevo señor y príncipe.

La mayor aspiración de Gonzalo Pizarro, como luego fue la de Orellana, era encontrar el mítico El Dorado, — dice Carvajal — donde el oro estaba a la vista y al alcance de la mano, y tengo para mí, después de todos estos años, que quien más cerca estuvo de hallarlo fue el mismo Jiménez de Quesada, que obtuvo licencia para explorar entre los ríos Putumayo y Papamena, donde insistían más las leyendas de los indios. A Quesada se le hizo merced de 400 leguas en cuadro entre los ríos que he dicho, y que fuese gobernador de ese territorio durante toda su vida y la del heredero que él nombrara. Y además se le hizo merced de mil ducados de quitación, pagados de las cajas reales en lo que consiguiese si cumplía con lo estipulado, que era alistar a su costa 500 hombres armados y ocho religiosos, 400 caballos y muchas vacas, yeguas, puercos y ovejas, amén de licencia para fundar poblaciones en cuatro años, y con esto se le daría el título de Marqués de la Nueva Conquista, más 25 leguas en cuadrado con encomiendas de indios.

El desafío

La busca de El Dorado, además de la riqueza esperada, era sobre todo el desafío de una empresa jamás realizada y eso bien merecía todas las penalidades. Por ella valía la pena arriesgar fama y hacienda y apostar la vida. Era una reafirmación del afán humano por hallar lo inhallable, lo desconocido que quizá no existe, y por eso sigue siendo un enigma. Todas las expediciones en pos del sueño han fracasado sin remedio, siendo muy pocos los que han regresado para contar las penalidades sufridas que los llevaron al borde de la locura. La mayoría acabaron muertos por las cerbatanas y flechas envenenadas de los indios, devorados por las fieras o engullidos por la selva. De esta guisa, poco a poco, El Dorado ha terminado siendo un sueño fugaz, una fábula, un engañabobos de toda la Europa, lo que ha llevado a todas las naciones a envidiar a España y tratar de atacar sus posesiones en el Nuevo Mundo empleando el pillaje y la piratería, que tanto sufrimiento trajo a estas tierras. El Dorado, finalmente, se ha convertido en una maldición, una venganza silenciosa de la selva y sus moradores que se revuelve contra los propios conquistadores y acaba tiranizándolos, empujándolos al desvarío y conduciéndolos a la muerte desesperada.

La gente de Orellana era en su mayor parte del Perú; gente perulera bravucona y de pocos escrúpulos, un producto acabado de picardías y ambiciones, la antítesis del espejo moral acatado en España, que anteponía la lealtad personal a cualquier otra

virtud, y estaban entre ellos en perpetua guerra de sí mismos, acostumbrados a dar la muerte y a recibirla. La mayoría no gozaba de encomiendas. No tenían más ocupación que la de soldado de fortuna, y componían una tropa inquieta y puntillosa, dedicada a subsistir afrontando cualquier empresa en la que olieran beneficio, bajo las órdenes del primer arrojado que les prometiera recompensa, por remota que esta pareciera.

En ese lugar —anunció el menor de los Pizarro —, en la profundidad de la selva, aseguran que hay una ciudad en la cual hasta los adoquines y los edificios son de oro, que fue fundada por los miles de hombres que huyeron con el último de los incas tras la conquista, llevando con ellos todo el tesoro que pudieron ocultar de los españoles.

—¿Y cómo pensáis llegar?, — preguntó Carvajal.

—Por el río. —Me han dicho que hay un gran río que cruza la selva desde la vertiente oriental de la cordillera hasta salir al mar. Si el río existe nos llevará al oro.

Dadlo por seguro. Los cronistas lo han dejado escrito. Mirad.

Y me mostró un papel en el que aparecía escrito en castellano rudo que los indios habían oído hablar a sus mayores de un gran señor que continuamente anda cubierto de oro molido y tan menudo como sal, y lo que se pone por la mañana se lo quita y lava en la noche, y esto lo hace todos los días del mundo.

—Yo querría más la escobilla de la cámara de este príncipe — dijo Pizarro con sorna —, que no la de las fundiciones grandes que de oro ha habido en el Perú o que puede haber en ninguna parte del mundo.

Siguieron hablando hasta casi el alba los dos paisanos, y Gonzalo le ofreció a Carvajal que los acompañara en la empresa. La expedición no tenía hasta entonces capellán que dijera misa y confesara a los soldados, y el dominico era joven, fuerte y animoso. Con ayuda de Dios podría resistir los sufrimientos de tan ardua expedición en pos de un país inexplorado y que no figuraba en ningún mapa. Y el fraile se dejó convencer. A fin de cuentas, él había llegado al Nuevo Mundo a salvar las almas de los indios, y cuanto más remotos se hallaran estos, mayor sería el mérito de cristianizarlos.

Así pues, no tuvo muchas dudas, y tras obtener el correspondiente permiso de la Orden, se enroló en la gran aventura.



La leyenda de El Dorado, vista por el grabador flamenco Theodor de Bry, uno de los impulsores de la Leyenda Negra antiespañola.

Zumaco

Gonzalo Pizarro —recuerda fray Gaspar — sabía que se enfrentaba a una dura prueba y salió de Quito bien pertrechado. Llevaba unos doscientos españoles armados con gran cantidad de arcabuces y ballestas con mucha munición y pertrechos de guerra, toda gente muy lucida y bien apercibida para cualquier ocasión que se les presentara, además de cuatro mil indios de ayuda, cinco mil cerdos, mil perros y una manada de llamas, y tuvieron que pasar la gran cordillera de cumbres nevadas que sigue desde Santa Marta en Tierra Firme hasta lo último de Chile y el estrecho que descubrió Magallanes, por espacio de más de mil trescientas leguas. Los de Pizarro atravesaron montañas muy ásperas y grandes sierras por caminos nunca hollados, nuevos así para la gente como para los caballos, y algunos, hombres y animales murieron despeñados por los inmensos precipicios que no dejan ver el fondo, y muchos indios perecieron de frío. Un infierno hasta que desde las cumbres de la cordillera aparecieron los laberintos líquidos que serpenteaban entre la llanura verde infinita que se extendía a sus pies.

«Así llegaron al pueblo de Zumaco, en el inicio de la selva, a orillas del río Napo, donde se le unió Orellana, también paisano de Trujillo y primo lejano de los Pizarro, que gobernaba Guayaquil y no pudo resistir el reclamo de la leyenda del oro oculto en la selva y no soportaba que Gonzalo Pizarro se le adelantase. A este, la selva lo llamó y fue su sepultura. Eso, suponiendo que no lo descuartizaran o se lo comieran los indios bravos que habitan en el gran río, porque nunca pudo hallarse su cadáver.»

Gonzalo Pizarro era un tipo difícil. Valiente, ambicioso y buen guerrero, pero también violento y rencoroso. Tenía 38 años cuando empezó la búsqueda de El Dorado, y pocos años después, cuando regresó a Quito y parecía un viejo, el sufrimiento había empeorado su carácter. Soñaba emular a su hermano Francisco, y como él ser virrey y encontrar tesoros fabulosos. En casi todo era muy diferente a Orellana, un personaje con madera de líder, sencillo de trato, con claras cualidades personales y militares, fascinado, más que por el oro, por el descubrimiento y conquista de nuevas tierras, capaz de muy buena relación con los soldados y de hábil trato con los indios, a quienes solía tratar bien y no esclavizar por capricho.

Orellana sabía hacerse respetar y era duro en ocasiones. En su

gobernación — evoca el fraile — dicen que había hecho quemar a dos españoles acusados de sodomía, a los que también confiscó sus bienes, y tras reunirse con Pizarro a unas 550 leguas de Quito fue cuando decidió unírsele y así se lo dijo. Sin encomendarse a Dios ni al demonio, se propuso actuar y emprendió desde su gobernación camino hacia Quito con unos treinta de sus hombres más fieles, pero cuando llegó a la capital, el menor de los Pizarro ya



había partido. Sin perder tiempo, revolvió el camino hasta alcanzar el campamento de Zumaco y llegar a reunirse con el grueso de los españoles que iban con Gonzalo Pizarro.

Cartel de la película *El Dorado* de Carlos Saura.

Orellana había nacido en Trujillo en 1511 y era primo lejano de los Pizarro, según dicen algunos papeles, aunque nadie los haya visto. La pobreza familiar, ocasionada por la muerte del padre, lo dejó desamparado en España y lo impulsó a marchar muy pronto a América, como la mitad de los hombres paridos en Extremadura. Con solo dieciséis años ya participó en las campañas de Nicaragua y luego tomó parte en alguna expedición marítima que buscaba el paso entre el Atlántico y el Mar del Sur por el norte, y también en otra que organizó para encontrar la ruta de las especias aquel impulsivo y

exaltado gigantón blondo, Pedro de Alvarado, que con la matanza que hizo de indios en Tenochtitlan, creyéndose en peligro, incitó a los aztecas a devolver la escabechina en la Noche Triste, cuando murieron más de mil españoles y Hernán Cortés estuvo a punto de quedarse sin tropa… Luego, sin haber obtenido gran beneficio, Orellana había pasado al Perú y peleó bien a las órdenes del mayor de los Pizarro, el conquistador del imperio inca, y en la batalla de Puente Viejo una flecha le atravesó la cara y perdió un ojo. De forma que cuando se internó en la selva era tuerto.

Guerra en el Perú

Fray Gaspar sabe también que en Cuzco, durante la sublevación de Manco Inca Yupanqui y en la guerra civil entre pizarristas y almagristas, Orellana tomó partido por los primeros, porque a fin de cuentas eran sus convecinos de Trujillo, y combatió bien de capitán en la batalla de Salinas. Eso le valió una encomienda y que le confiaran la tarea de gobernar y repoblar Guayaquil, que ya había sido destruida dos veces por los indios.

De la guerra civil entre los españoles del Perú guardó siempre Orellana mal recuerdo, y debió ver cosas de las que no quería hablar. Sí me dijo que antes de esa guerra Almagro, aunque ya viejo y enfermizo, persiguió a los restos del ejército del inca Manco, y el inca — al ver que su ejército se disolvía ante la proximidad de los españoles — huyó casi solo a las remotas fragosidades de las montañas andinas, después de haberse suicidado todas sus esposas menos una, reservada para el sacrificio humano ritual en los funerales de un Inca.

Aquella rebelión del Perú — me contó una vez — pudo haber acabado con los españoles de haber triunfado el ataque del ejército de Manco a Cuzco, que defendía una guarnición de escasos soldados. Pero los nativos nunca lograron superar el temor a los caballos y a las armas de fuego de los españoles, y perdían irremediablemente en el cuerpo a cuerpo con el acero de las espadas, siempre superiores a cualquier otra arma de los indios.

Pizarro quiso a Orellana a su lado cuando organizó la marcha al País de la Canela porque valoraba en mucho sus dotes de explorador y el conocimiento que tenía del territorio andino, además de que había oído decir que tenía mucha facilidad para aprender las lenguas indias. Pero esto último es algo que no puedo confirmar, porque los indios hablaban muchas lenguas y muy diferentes, a medida que nos íbamos moviendo por el gran río que nos llevaba a todos siempre lo vi necesitado de intérpretes.

Desde el pueblo de Zumaco, Gonzalo se separó del cuerpo principal de la expedición y exploró la selva con ochenta hombres sin caballos durante dos meses con mucha fatiga, vadeando ríos y abriéndose camino a machete y espada por la espesura.

Halló, nos dijeron, algunos árboles sueltos del árbol de la canela, y deseando saber dónde crecían en abundancia procuró informarse y

trató con mucha dureza a los indios selváticos cuando sospechaba que aquella gente infeliz podía engañarlo. Como no encontró lo que tanto buscaba volvió a juntarse con el resto de su tropa y luego escribió al rey que el árbol de la canela no valía la pena y decidió continuar viaje. Pasamos al valle del caudaloso río Coca — rememora Carvajal —, y seguimos las riberas de su corriente varias leguas hasta hallar una angostura grande entre dos peñascos, donde



pudimos tender un puente de madera por donde pasar el real y bagajes a la otra orilla.

Y luego seguimos el viaje río abajo como unas diez leguas, al cabo de las cuales dimos con una buena sabana o campo raso donde obtuvimos alguna comida, y más adelante dimos en otro campo llano muy fértil y abundoso de frutos, y allí nos entretuvimos y refrescamos un tiempo.

Mapamundi de Guillaume Brouscon, 1543.

Y en ese punto envió Pizarro a su maese de campo con alguna gente a descubrir las riberas del río abajo, y como a unas diez leguas encontró un poblado de indios mansos, que a cambio de sal, hachas, machetes y algunos halagos nos dieron de comer mucho género de pescados, maíz, yuca, batata y otras frutas de esa tierra. Y al cabo de algunos días, Pizarro decidió construir un bergantín para navegar el río y nos pusimos manos a la obra con la madera que cortaban los indios, que ayudaban amigablemente y continuaban proveyéndonos de comida,

mientras los españoles, confiados en la buena amistad de los indígenas, pescaban mucho en el río y mataban con sus arcabuces muchos pavos y patos, con lo cual había sustento bastante para todos.

El bergantín

Dios fue servido de que hiciéramos un bergantín estanco y recio, aunque no muy grande. Y Gonzalo Pizarro determinó que se embarcasen en él veinticinco de los soldados enfermos que traíamos, con lo más pesado del bagaje, y ordenó que el resto de la expedición marchase por tierra, y el bergantín lo hiciera por el río acompañado de

algunas canoas de indios. Uno y otro grupo debían reunirse al final de la jornada para hacer noche juntos, sin dividirse, y así debimos recorrer más de cincuenta leguas corriente abajo, y en las riberas encontramos poblaciones que nos proporcionaron comida, hasta que dimos en despoblado y no tuvimos qué comer. Por entonces, ya nos habíamos comido todos los puercos y muchos perros que Gonzalo Pizarro había traído desde Quito.

La necesidad nos obligó a creer la noticia que nos dieron los indios de que a solo unas cuantas jornadas adelante había un poblado con mucha comida, y entonces Pizarro cometió un error que para su ambición resultó fatal, pues mandó a Orellana que con medio centenar de soldados se embarcase en el bergantín — que llamamos San Pedro — y tres canoas y fuesen a buscar aquella tierra para traer la mayor cantidad de comida que en ella encontrara, encareciéndole que debía regresar en un plazo no mayor de doce días. Orellana aceptó, pero nunca regresó. Y yo fui con él.

Pasada la Navidad de 1541 partimos, mientras Pizarro remontaba el río hasta la población más cercana, donde permaneció alojado con su real y a la espera.

Fray Gaspar todavía guarda en los recuerdos humedecidos por la edad el colorido y buena disposición de los indios de aquel lugar en el que se separaron. Iban vestidos de manta y camiseta de pincel, pintada de diferentes suertes y colores, y entre ellos había algunos que traían patenas de oro en los pechos, y las mujeres orejeras y otras piezas en las narices y cuellos también de oro. Pero sus armas, comparadas con las nuestras, piensa, eran pobres y consistían en macanas afiladas de palma negra y flechas.



Mapa del Perú y el río Amazonas de Nicolas Sanson d’Abbeville (1600-67).

A punto estuvieron de naufragar cuando el San Pedro se estrelló contra un gran árbol que flotaba en medio del río, donde la corriente era muy rápida, lo que nos permitía recorrer más de veinte leguas diarias, y el ancho no cesaba de aumentar porque a derecha e izquierda entraban multitud de afluentes.

Sin volver atrás

Orellana supo, lo supo siempre, que si hubiera regresado para reencontrarse y ayudar a Pizarro y los españoles que con él quedaron, como habían convenido, su vida hubiera sido distinta; pero decidió emprender la aventura del gran río por su cuenta; una correría fabulosa que le condujo a los confines de El Dorado, aunque la única riqueza que hallara en ellos fuera la locura, el hambre y la extenuación. Sangre mezclada con un sueño. El sueño del oro.



Itinerarios de Orellana, Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre por el río Amazonas.

Y así, seguimos navegando con Orellana nueves días continuos sin hallar poblado, hasta que dimos con una aldea de indios, cuyo nombre ya no recuerdo, que nos dieron buen acogimiento, y en este pueblo aguardamos tres meses a los de Pizarro, porque Orellana nos dijo haber entendido que ellos vendrían a nuestro encuentro por la ribera, como habían acordado, aunque tengo para mí que tal cosa se la inventó como excusa para no volver, porque comprendía que la fuerza de la corriente del río lo haría imposible.

Y como Pizarro no viniese, Orellana consultó a sus soldados si debían volver al campamento donde habían dejado a Pizarro o proseguir viaje hasta el final del río y salir al mar. Pero la mayoría no querían volver río arriba porque opinaban que sería inútil, pues por la mucha gente

que había quedado con Gonzalo Pizarro y la poca comida de que disponían, todos serían ya muertos de hambre. Pero estas razones eran más bien pretextos para huir de aquella selva que por todas partes nos rodeaba, porque con facilidad el bergantín hubiera podido remontar el río. Pero pudo más en casi todos las ansias de escapar, y al cabo de mucha discusión determinamos seguir río abajo a buscar la mar. En realidad, tuvimos que elegir entre dos males, se excusa el fraile. Uno menor, que era seguir el curso del río; y otro tratar de remontar la corriente, lo que auguraba segura muerte. En cuanto al regreso por tierra, nadie se lo planteó realmente en serio a esas alturas. Orellana, que tenía mucha habilidad para hablar y convencer a sus soldados, prometió dar una recompensa de mil castellanos[5] y dos esclavos negros a los hombres que estuvieran dispuestos a regresar por tierra para dar cuenta de la situación a Gonzalo Pizarro, pero solo tres se ofrecieron a hacerlo, en vista de lo cual puso término a la cuestión haciendo atestiguar ante notario que estábamos a más de

doscientas leguas del campamento de Gonzalo Pizarro por tierra, todas sin camino ni poblado, y que era imposible remontar el río porque los hombres estaban exhaustos y no podrían hacerlo, sin contar con las corrientes y las lluvias. Y este documento, que yo también firmé, lo selló el escribano de la expedición, Francisco de Isásaga.

Y con esta determinación nos acogimos al destino y entregamos nuestra suerte a Dios. Salimos de ese lugar el día de la Candelaria, y al cabo de varios días de navegación por una zona de aguas muy turbulentas infestadas de mosquitos dimos en una isla con unos indios que no habían visto jamás gente extranjera y se mostraron amistosos. Orellana, con la imaginación inflamada, les dijo que éramos hijos del Sol y vasallos del emperador de los cristianos y gran rey de España, don Carlos, algo que los indios escucharon con interés, dando muestras de creer en nuestras palabras, aunque seguramente no debieron de entender mucho.

Y en vista de que el río allí era muy ancho y el bergantín no podía navegar con seguridad, determinamos construir otro bergantín calafateado con resina de los árboles, y avivamos a los indios, hasta conseguir en cincuenta días ponerle la vela. Y era cosa maravillosa de ver con cuanta alegría trabajaron todos, aunque ninguno estaba acostumbrado a semejantes oficios. Sin duda Nuestro Señor inspiró a todos para lo que se debía de hacer. Y pasada la cuaresma proseguimos viaje, y topamos con muchos pueblos de indios, así en la ribera del río como en las islas que había en medio de él, sin osar tomar pendencia con los indios, ya que éramos muy pocos para tanto número de indios como había.

El hambre había empezado ya a golpearnos, y ninguno teníamos idea de cuanta distancia nos separaba del mar. Íbamos descalzos y casi desnudos y carecíamos tan por completo de víveres que nos vimos obligados a comer zapatos cocidos, cinturones y otras piezas de cuero mezcladas con hierbas que no eran comestibles, por lo cual muchos sufrimos intoxicaciones que nos dejaban como locos y al borde de la muerte. Al punto estuvieron algunos de comerse los cadáveres de los muertos, pero yo me las arreglé para conservar algo de maíz y un poco de vino con el que celebrar misa. Y de allí en adelante solo vimos agua, porque el río venía de monte a monte y no veíamos las orillas, por lo que no podíamos hallar dónde dormir, lo que nos hacía sufrir mucho por las noches, picoteados por los insectos y con cuidado de no caer al agua, que estaba llena de unos peces carnívoros de dientes afilados llamados pirañas, capaces de deshuesar a un ser humano en menos tiempo de lo que se tarda en contarlo.



Machifaro

Más abajo dimos con algunas aldeas quemadas y saqueadas, por causa de que los indios de esa tierra estaban en guerra con los de una provincia que llamaban Machifaro, que estaba más hacia la mar. Y hallamos entre estos indios, que iban vestidos de mantas y camisetas pintadas de diferentes colores, buena provisión de frutas, miel de abeja y muchos pescados asados y secos. También había mucha cantidad de maíz, yucas, batatas, frijoles y maní.

Finalmente, proseguimos viaje hasta dar en un despoblado, y más adelante dimos con la población de Machifaro, de donde salieron algunos indios a recibirnos en canoas, y nos pidieron que fuéramos con ellos a ver a su cacique, que quería saber de dónde veníamos y qué buscábamos. De forma que emprendimos la vía de tierra por la ribera en orden y con mucho recelo, con los arcabuces cargados, las mechas encendidas y las ballestas armadas.

Y llegados que fuimos al pueblo a entrevistarse con el cacique, este al vernos barbados nos respetó y mandó reunir en una parte del poblado mucha comida, y con ella tortugas que guardaban en estanques de agua y eran muy gordas, sabrosas y buenas, sustentadas con maíz. La gente iba desnuda, tanto hombres como mujeres, sus armas son macanas, flechas y dardos y paveses de cueros de grandes lagartos y de unos pescados llamados manatíes, que son tan grandes como terneras y tan duros que un dardo de ballesta no los puede pasar.

Mapa de Hondius (1599) de la región amazónica.

Todo parecía ir bien hasta que los soldados, al verse en tierra tan harta y abastecida, comenzaron a excederse juntando comida en desorden y con mucha codicia, y a meterla en los bergantines. Los indios, al ver la avidez y el desconcierto de los hombres de Orellana, se pusieron en armas y nos atacaron armados de macanas, dardos y escudos de cuero de lagarto y manatíes que los cubrían de pies a cabeza. En la refriega, muchos indios fueron muertos o heridos, pero eran demasiados y fue preciso embarcarnos en el mejor orden que pudimos.

Estando ya a cubierto en los bergantines nos vimos cercados en el río por más de cuatrocientas canoas y piraguas. Para defendernos, atamos

juntos los barcos y los soldados se repartieron por las bandas con sus arcabuces y ballestas, con que hacían buenos tiros que hirieron y mataron a muchos indios, espantados de ver herir y matar con el estruendo de los arcabuces, sin comprender lo que les hería y mataba. Eso nos salvó, porque de otra manera fuera cosa imposible que ninguno quedáramos sin ser preso o muerto, ya que nos superaban ciento por uno. Y a pesar del daño que recibían nos siguieron los indios río abajo dos días con sus noches, y nos siguieron hostigando desde las canoas y la ribera, que por la noche iluminaban con antorchas.

Fue ahí, en esa tierra, donde me quedé tuerto de una herida en un ojo, y de ese punto para abajo del río topamos con otras muchas poblaciones, sin atrevernos a parar, sino solo para tomar alguna comida. Ahí, además, estuvimos en poco de perdernos todos, porque como nos llovían tantas flechas, nuestros compañeros harto tenían con protegerse de ellas sin poder remar, a causa de lo cual nos hirieron a cinco, y a mi me dieron un flechazo por una ijada que me llegó a lo hueco, y si no fuera por los hábitos allí quedara. De esta herida perdí un ojo, como Orellana, y desde entonces no estoy sin fatiga y falta de dolor, puesto que Nuestro Señor, sin yo merecerlo, me ha querido otorgar larga vida para que me enmiende, y le sirva mejor.

La pericia de Orellana nos salvó del desastre. A la vista del peligro en que estábamos comenzó a animarnos y a dar prisa a los remeros para que alcanzasen la orilla. Con mucho trabajo lo lograron los soldados, que se echaron al agua que les daba a los pechos, y entablaron refriega con los indios, que se defendían animosamente. En esa pelea se anduvo más de una hora, y los indios no perdían ánimo, antes parecía que de continuo se les doblaba; aunque veían algunos de los suyos muertos y pasaban por encima de ellos, no hacían sino retraerse y tornar a volver.

Y así, los días fueron pasando sin ver otra cosa que agua y selva solitaria. Los amaneceres aparecían recubiertos de neblina y los crepúsculos eran angustiosos. La



selva tiene la adustez de una fuerza cósmica encerrada en una catedral de pesadumbre, de enfermizas penumbras, llena de fantasmas que hablaban entre murmullos. Es un cementerio donde todos se pudre y todo se devora entre sí, y el hambre nos trastornaba, aunque a veces podíamos sacar pesca del río, pero la falta de sal, los mosquitos zancudos, las sanguijuelas, los vampiros y las hormigas venenosas como alacranes nos herían y enloquecían por las noches, ya eso se unía el rugido de las bestias feroces y el chillido aterrado de los monos, que contribuían a la pesadilla. La selva inhumana, repleta de podredumbre vegetal, reptiles y arañas mayores que un puño, trastorna a todos, hombres y animales, y desarrolla los instintos más odiosos. No tiene piedad ni encierra otra belleza que la maleza perpetua, los rebalses de agua podrida entre lianas y bejucos malignos y una diversidad vegetal inmunda cuyo olor pegajoso aturde como una droga. En ella, la crueldad invade las almas y la codicia quema como brasa. En nuestro caminar, cuando tocábamos tierra, los pies se hundían en las hojarascas y la cabeza pesaba como bola de fierro. Los árboles semejaban gigantes agresivos que observaban vigilantes y esperaban el momento de destruirnos.

Cartel de la película *Aguirre, la cólera de Dios*, del director alemán Werner Herzog, sobre la enloquecida expedición de Lope de Aguirre

por el Amazonas tras rebelarse contra el rey Felipe II.

Carvajal sueña a veces con el silencio fúnebre de la noche selvática y en los sueños resuenan los ayes agónicos de las presas y el gruñido triunfal de los predadores que devoran deprisa a sus víctimas, con el temor de ser devorados ellos mismos más rápido

aun. En la espesura inacabable los sentidos se confunden: el oído, ve; el ojo escucha y el peligro se cierne como un manto invisible. Por su interior anduvimos por bosques de árboles tan altos como campanarios de catedral, con raíces como troncos que habían olvidado la luz del sol y anulan el instinto de orientación, donde los fangales no tienen fin y con frecuencia la tierra trema y sacude las aguas mefíticas, de cieno líquido.

Dormitando sobre la borda, uno de los hombres heridos cayó una vez al agua, y miles de peces carnívoros, cayeron sobre él, y su cuerpo, entre un temblor de centelleos aleteantes quedó descamado en pocos segundos en un hervor sanguinolento, dejando a flote entre dos aguas, al albur de la corriente, el esqueleto mondo.

Amazonas

Por esa tierra fue donde encontraron el señorío de las Amazonas, a las que Carvajal ha dedicado dos apartados en su *Relación*. Fue el día de San Juan Bautista, por eso lo recuerda, cuando iban caminando, buscando algún apacible asiento para festejar y regocijar la fiesta del glorioso y bienaventurado San Juan, y quiso Dios que al doblar la punta de un río, dieran de golpe en la buena tierra y señorío de las amazonas.

«Aparecieron en plena batalla dirigiendo a una tribu que se había negado a suministrar comida a los españoles, y querían capturarnos a todos y llevarnos a las amazonas antes de matarnos.

Y como luego supimos, la causa de que los indios se defendieran con tanta desesperación fue que eran tributarios de las amazonas, y temían su castigo si se retiraban. Nosotros alcanzamos a ver diez o doce de ellas, que peleaban como capitanes delante de todos los indios, tan animosamente que ellos no osaban volver las espaldas, y al que las volvía lo mataban a palos, y esta era la causa de que los indios se defendieran tanto.

Las amazonas son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entrenzado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y tapaban sus vergüenzas con sus arcos y flechas

en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad hubo muchas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines, que de tantos flechazos como recibieron parecían puercoespines.»

En esa refriega, Carvajal tiene por cierto que los españoles mataron a siete u ocho amazonas, y eso menguó la belicosidad de los indios que iban con ellas, que terminaron rindiéndose, pero no pudieron tomar prisioneras a ninguna de las mujeres guerreras, que ya aparecen en los mitos de la antigua Grecia. Y a partir de entonces fue cuando Orellana decidió bautizar al gran río con el nombre de rio de las Amazonas con el que se le conoce.

«En el combate, Orellana hizo prisionero a un indio, con el que se entendió por un vocabulario que había hecho, y el indio le dijo que las amazonas eran unas mujeres que residían en medio de la selva y tenían muchos súbditos. Y cuando Orellana le tornó a preguntar si las amazonas eran casadas y tenían marido, el indio dijo que no, que vivían alejadas de los hombres, aunque a cuatro o cinco jornadas del río. El reino de las amazonas, dijo, tenía muchos poblados y él lo había visitado varias veces para llevarles tributo. El indio también dijo que estos pueblos eran de piedra y con puertas, con



caminos cercados en los que se cobraba peaje. Siguió preguntando Orellana si las amazonas parían y el indio aseguró que sí, aunque no estaban casadas ni convivían con hombres, pero se empreñaban porque yacían cuando a ellas les venía en gana con hombres de un provincia próxima que son blancos, aunque no tienen barba, que están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si

paren hijo lo matan o lo envían a sus padres, pero si es hembra la crían con muy gran regocijo, y todas ellas tienen una señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni.»

Amazonas combatiendo, grabado de Theodor de Bry.

¿Tienen oro?, preguntó Orellana, y el prisionero dijo que las amazonas tenían grandísima riqueza de él, y que todas las señoras principales de ese reino se sirven del oro en abundancia en muchos objetos, que también utilizan para el culto al sol, pues en la ciudad donde reside la reina Coroni hay cinco casas del sol donde tienen a sus ídolos de oro y plata en figura de mujeres, y estas casas desde el cimiento a media altura, están planchadas de plata, y los techos aforrados de plumas de papagayos y de guacamayos.

Y de todo esto doy fe porque lo viví, aunque algunos cronistas pongan en duda que esas fueran las auténticas amazonas, porque tenían dos pechos y las verdaderas solo tenía el izquierdo, ya que el derecho les habría molestado a disparar el arco.

En las canoas y casas de algunos de estos indios hallamos pintadas algunas cosas semejantes a las de los incas del Cuzco, y cuando les preguntamos que significaban aquellas pinturas nos dijeron que tierra adentro había aquel género de gente, y ovejas y carneros como los del Perú, señalando unas cordilleras altas que están a la vista del río, y donde Orellana pensaba que podía estar El Dorado, pero no pudimos bajar a tierra

por el acoso de los indios de Machifaro, aunque seguíamos viendo muchas poblaciones por el río y sus islas.

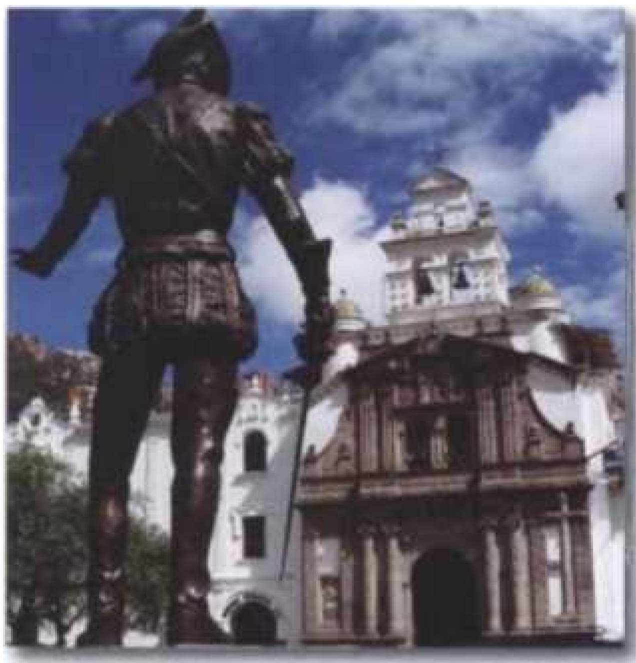
No había entre un pueblo y otro más de media legua, casi todos en la mano diestra de la banda del río. Y en la tierra adentro, a unas dos leguas, vimos también grandes ciudades y una tierra tan buena y tan fértil como la nuestra de España, a la que llamamos provincia de San Juan porque en su día entramos en ella, y que debía de tener más de 150 leguas de costa plena de poblados.

Los indios salían de lejos por el río en canoas a vernos, y en los pueblos recibíamos a veces muchas clases de pescado y tortugas, frutas y regalos de la tierra, que nosotros les cambiábamos por mercancías de poco valor: peines, cuchillos, cuentas de vidrio, hachas y machetes de hierro, lo que les alegraba mucho. Y esos indios no tenían sal, ni la hallamos en todo el río hasta cerca de la mar, y

cuando probaban la que les dimos, escupían y no la comían.

Vimos pueblos miserables, muy apartados entre sí, y el que más tenía cincuenta casas techadas de palmas, como eran todas las del río hasta la mar, pobladas por indios que tenían buena ropa de algodón y algunas joyas de oro fino puestas en las orejas, que les canjeamos por platos de estaño y peltre, que pensaban que era plata y apreciaban más que el oro.

Después de esto nos adentramos en unas islas que pensamos desiertas erróneamente, pues en medio de ellas había muchos poblados, y los indios, cuando nos vieron, salieron a nuestro encuentro con más de doscientas piraguas, cada una con treinta o cuarenta guerreros, y como se mostraron hostiles tuvimos que alejarnos del lugar sin obtener comestibles, con lo cual volvimos a pasar mucho trabajo de hambre.»



Monumento a Francisco de Orellana. Basílica de Guápulo en Quito. Ecuador.

El retorno

Poco a poco —cuenta Carvajal—, el bosque se fue clareando y sustituido por planicies, y por la gran abundancia de islas nos dimos

cuenta de que habíamos llegado al estuario del gran río, el cual se extiende por más de cien leguas. Y a más de ochenta leguas de la desembocadura observamos subir la marea por el rio arriba, que traía muchas veces olas muy grandes que reventaban con gran furia, capaces de quebrar las sogas de los navíos aunque estuviesen bien amarrados, y de estrellarlos contra los árboles o hundirlos. Y hay en la boca del gran río muchas islas, todas despobladas, y crece y mengua la mar en ese lugar más de media legua. El río sale a la mar por muchas bocas; la mayor, dicen los pilotos, tiene sesenta leguas, y eso nos pareció porque veinte días antes de llegar a la mar perdimos de vista la tierra de la otra orilla. Y así hasta que pudimos salir al mar y de allí a la isla de la Margarita, desde donde Orellana se fue a España a pedir al emperador Carlos, rey nuestro señor, que le diera la conquista de esa tierra que habíamos recorrido. Y el emperador se la dio con título de adelantado, pero Orellana apenas contó con medios para esta expedición, que sería la última de su vida.

Pero a él no se le quitaba de la cabeza volver al gran río, a pesar de los grandes sufrimientos que pasamos. Sentía seguramente el ansia de revivir una aventura que señalaba el límite de la resistencia humana.

Muchos supervivientes de la expedición regresaron al Perú conmigo, pero Orellana y otro grupo — todavía alucinados por las grandes maravillas que habían visto en el Amazonas — fueron a España, pasando antes por Santo Domingo. Allí en La Española supe que Orellana se vio con el cronista Fernández de Oviedo, que ha escrito una historia natural de las Indias en la que relata la odisea con lo que el propio Orellana le contó, y que apuntó los nombres de los 54 que sobrevivieron y habló con ellos.

En cuanto a Gonzalo Pizarro y los hombres que quedaron aguardando los víveres que les había de llevar Orellana, como ya he dicho, su hambre fue tanta que les fue forzoso comerse los caballos poco a poco, después de sangrarlos días para beber su sangre cocida con yerbas en los morriones que llevaban.

Por milagro de Dios, Gonzalo Pizarro logró volver a Quito, después de dos años de andar perdido y hambriento por la selva sin hallar la tierra que buscaba ni las ricas minas de El Dorado, de las cuales hay mucha noticia y serían fáciles de descubrir si los que tienen poder para ello pusieran diligencia en hacerlo. Y esta es la causa de que permanezca encubierta tan gran riqueza de oro, hasta que Dios sea servido revelarla.



Entretanto, Pizarro estaba muy quejoso y tenía sus razones. Acusó a Orellana de haberlo traicionado con la mayor crueldad al dejarlo desproveído de comida en medio de tan gran despoblado y tan grandes ríos, llevándose además todos los arcabuces, ballestas, municiones y herrajes del campamento, sin mirar a lo que debía al servicio del rey, y en lugar de traer comida, como le era ordenado, se fue por el río sin dejar ningún proveimiento. Y la gente de Pizarro, al ver que no serían socorridos y no era posible conseguir comida, cayó en gran desánimo, y muchos días no comían sino raíces, algunas frutas que cogían del suelo desprendidas de los árboles y las hierbas, muchas de ellas ponzoñosas, que podía hallar, después de haberse comido en la espera más de mil perros y más de cien caballos.

Y debo decir, por lo que me contaron, que Gonzalo Pizarro no se arredró en situación tan desesperada, y en busca de comida entró en el cauce de un río que llaman Napo, y allí pudieron saciar el hambre y descansar antes de emprender el largo y peligroso viaje de retorno a Quito. Un viaje infernal en dirección oeste por selvas espesas sin caminos, a merced de las fieras, sufriendo picaduras de mosquitos y toda suerte de bichos, bajo lluvias interminables que les pudría las ropas. Todos los cuatro mil porteadores indios murieron y también casi todos los españoles. Solo se salvaron unos ochenta que entraron descalzos y extenuados, pero conservando sus espadas, en Quito, como espectros hambrientos con la única obsesión de obtener comida, y dicen que algunos murieron de puro hartazgo por el ansia con que comieron cuando pudieron hacerlo.

Retablo dedicado a la Virgen de los Mareantes (también llamada de los Navegantes) que la Casa de la Contratación de Sevilla encargó al pintor Alejo Fernández en una fecha indeterminada entre 1531 y 1536. Se conserva en la sala capitular de las dependencias del Cuerpo

de Almirantes del Alcázar.

Y he oído contar que cuando Gonzalo Pizarro emprendía regreso a Quito por la selva soñó una noche que un dragón le arrancaba el corazón y lo devoraba, y él pidió a uno de sus hombres, que tenía fama de entender de astrología que le interpretase el

sueño, y aquel soldado le dijo que el sueño significaba que a su vuelta encontraría muerta a la persona que más quería. Y Gonzalo, cuando volvió a Quito, se enteró de que su hermano Francisco había sido asesinado en Perú hacia un año, y que Diego de Almagro, el Joven, se había sublevado contra la autoridad real, y supo entonces que la interpretación del sueño era verdadera.

Cuando estuvo en España, el adelantado envió una relación que llegó a las manos del rey, y en ella se informaba de la gran magnitud y de las riquezas de las tierras y ríos que había atravesado, pregonando seguramente mayores cosas de las que vio en busca de las Amazonas. Y hubo muchos que la leyeron con incredulidad, en especial en lo que se refería a la existencia de las amazonas. El mismo capellán que fue de Hernán Cortés, López de Gomara, lo puso en duda, pues no creía que ninguna mujer se cortara la teta derecha para tirar el arco, y añadía que desde el descubrimiento de las Indias otros habían hecho circular esas historias sobre esas mujeres guerreras.

Pero lo más preocupante en la corte española era que el Gran Río de Orellana estuviera dentro del territorio de Portugal, según la raya trazada en el Tratado de Tordesillas, aunque el Consejo de Indias y el rey resolvieron que el Amazonas se encontraba situado al oeste de la línea de demarcación de 48° de longitud, y caía al occidente de la frontera fijada por el papa en Tordesillas. Con esto, las quejas de Pizarro surtieron poco efecto, porque el escrito de Orellana al rey, y la posibilidad de incorporar las fabulosas tierras a la Corona, despertaba afanes de ventura en casi todos.

Supe también que Orellana, conforme a lo que habíamos visto ambos, declaró al rey que la mayor parte de la gente que poblaba las márgenes del Gran Río podrían ser cristianizados, y pedía que se le diera la gobernación de ese territorio para explorarlo y poblarlo a la mayor brevedad, y el Consejo de Indias lo apoyó, pues existía el temor de que los portugueses y franceses, que ya estaban sobre aviso, se nos adelantaran. Pero, como ocurre siempre en los enredos de corte, cuando las cosas han de pasar por consejos y secretarios, también hubo oposición a dejar tal empresa en manos de Orellana, en especial por parte de Bernal Díaz secretario del arzobispo Pardo de Tavera, el

presidente del Consejo de Castilla, quien pensaba que Orellana, por ser pobre, no estaba a la altura de la empresa, y era mejor no enviar gente armada sino religiosos que intentase por medios pacíficos que los indios vinieran en conocimiento de nuestra santa fe católica y los hiciera súbditos de nuestro rey y emperador.

El debate se saldó a favor de Orellana, que obtuvo una capitulación real que lo nombraba adelantado y gobernador para el descubrimiento y población del territorio que había recorrido, al cual se bautizó Nueva Andalucía y se extendía muchas leguas desde la desembocadura del Gran Río. Con él irían doscientos soldados de a pie, cien a



caballo y ocho frailes, aunque se le encarecía que fuera cuidadoso con los límites establecidos con Portugal en las Indias y las Molucas.

Seguramente por influencia de Bemal Díaz, a Orellana se le dieron instrucciones estrictas de que los españoles no tomaran mujeres de los indios, ni les quitaran oro, plata o piedras preciosas, sino pagándoles algo a cambio, aunque cuando la comida se les agotase podrían pedírsela con ruegos y buenas palabras, nunca por la fuerza, salvo en caso de extrema necesidad. Y también se encarecía que de ninguna manera se les hiciera guerra a los indios, excepto en defensa propia, porque Orellana y sus hombres iban solo a enseñarlos y doctrinarlos para darles conocimiento de Dios y de la obediencia que debían al

emperador.

Monumento a Francisco de Orellana en Trujillo, Cáceres, donde nació en 1511.

Cuando las cosas parecían ir bien para Orellana, todo empezó a torcerse. No encontró en Sevilla buenos marineros para tan arriscada empresa por tierras que nadie, salvo él mismo, conocía, y el emperador no le autorizó a llevarse pilotos portugueses por no entrar en litigio con el rey de Portugal, y tampoco pudo disponer de cañones. Y

así fueron pasando los meses, y él se fue quedando sin dinero, hasta que la expedición se fue organizando con el dinero que le habían prestado unos mercaderes genoveses, y Orellana se casó con Ana de Anaya, que accedió a ir con él a la Nueva Andalucía con una o dos cuñadas, lo cual no fue del agrado de muchos de los que participaban en la

expedición, ni tampoco que nombrara a un maestre de campo genovés en lugar de español.

La espera en Sevilla, entre tanto, resultó muy negativa, porque los vínculos personales se fueron deteriorando, y las relaciones de Orellana con el alguacil mayor de la nave capitana, con quien ya había navegado en el Amazonas, empeoraron, y eso, unido al desorden en los preparativos y a las críticas a causa de lo heterogéneo de la tripulación, en la que había muchos extranjeros, hizo que toda la expedición a la Nueva Andalucía quedara muy desbaratada aun antes de zarpar. El resultado fue que Orellana se vio en la ruina, en parte debido a que los mercaderes genoveses, taimados como suelen ser, no entregaron el dinero que le habían prometido. Desesperado, Orellana cortó por lo sano y decidió partir sin aguardar más y sin contar con los recursos necesarios. Un fraile que en Sevilla estuvo esos días y con quien hablé me dijo que el capitán salió del puerto sin llevar agua ni para llegar a Canarias, y que el castillo de popa de su nave iba lleno de mujeres, esposas algunas y barraganas la mayoría, a lo que imagino.

Con todo, el adelantado inició el viaje con cuatro barcos y cuatrocientos soldados a bordo, la mayoría extranjeros, y la travesía del océano fue muy lenta porque pasó varios meses en las islas Canarias y en Cabo Verde. Ahí perdió casi la mitad de sus hombres,

que murieron o quedaron enfermos sin poder continuar, y con eso no acabaron las desgracias, pues cuando salió de Cabo Verde se le hundió uno de los barcos con toda la gente armada a bordo, y cuando llegó a una de las bocas del Gran Río me dijeron que se negó a descansar y empezó enseguida a remontarlo, pero el hambre volvió a presentarse como una maldición recurrente, y la gente se le siguió muriendo, y tuvieron que comerse todos los caballos y perros hasta no dejar ni las pieles.

Al final, solo le quedó un barco y tuvo que construir un nuevo bergantín en el que se embarcó con su esposa y una tripulación en busca del Amazonas, dejando atrás al resto.

Y como lo que mal empieza suele acabar peor, Orellana desapareció sin dejar rastro, y cuando los que quedaron atrás remontaron el río para buscarlo no lo hallaron por ninguna parte, y casi enloquecieron perdidos en los manglares y devorados por los mosquitos, hasta que pudieron hallar algo de comida y pudieron salir de aquel infierno costeando hacia el norte hasta la isla de Margarita.

Y aquí tenemos a Orellana, que después de haber rozado la gloria de conquistar el paraíso de las Amazonas en su trascendental primer viaje, tuvo casi que mendigar alguna ayuda para retomar a ver de nuevo lo que ya había descubierto y haber recorrido dos mil leguas por aguas desconocidas del más caudaloso río del mundo. Que si de alguien se pudo decir que segundas partes nunca fueron buenas, sin duda fue él,

por lo descalabrado de su segundo empeño tras haber ascendido tan alto en el primero, como les ocurre a muchos héroes, al intentar revivir su culminación cuando el tiempo, inexorable, ha pasado, y la marea de la fama inicia su reflujo.

En la isla Margarita, pasado algún tiempo, apareció Ana de Ayala sin su marido. La acompañaban una treintena de supervivientes del intento frustrado de remontar el Gran Río en busca de El Dorado. Uno de esos hombres que llegó al Perú me relató que Orellana nunca pudo encontrar el principal cauce del Amazonas y su desesperación fue en aumento a medida que crecía su impaciencia por encontrarlo. Cayó enfermo de fiebres — me dijeron — que le fueron mermando el ímpetu con el que salió de España, hasta hacerle desistir de dar con el país de las Amazonas, y pensó sacar al menos algún rendimiento a la empresa buscando oro y plata, para lo cual tuvo primero que vagar por la selva en demanda de comida, pues el fantasma del hambre otra vez apareció para torturar a todos los de la expedición. Y en este

empeño los españoles fueron atacados por los indios, que con flechas mataron a dieciocho de ellos e hirieron a muchos, y Orellana también quedó herido y murió poco después, seguramente más por el desconsuelo de ver sus ilusiones perdidas que por el daño de las heridas. Eso debió de ser, según tengo anotado, a finales del año 1546, con lo que acabó una de las mayores empresas que cualquier capitán haya intentado en el Nuevo Mundo, en la que perecieron casi todos los que participaron. Baste decir que las más de cuatrocientas personas que salieron de España solo sobrevivieron unas cuarenta, entre ellas la viuda de Orellana, a quien el adelantado tenía agasajada como una reina mientras pudo hacerlo, pese a las murmuraciones que eso atizaba entre algunos de sus hombres, por la lujuria y la envidia que suele provocar el ver a otros disfrutar con mujer sin tenerla ellos.

El sueño

Con dos barcos —me contaron— subió río arriba un gran trecho hasta una población donde tomó tierra y los indios lo recibieron bien. Desde allí envió exploradores tierra adentro y estando la cosa en ese estado, como Orellana era hombre viejo, le sobrevino una enfermedad de la que murió, aunque otros aseguran que lo mataron los indios. Sea cual fuere la causa, con su muerte la expedición quedó malograda, y los españoles se volvieron río abajo, sin hacer caso a los exploradores enviados, que les trajeron buenas nuevas de aquella tierra y de la mucha y buena gente que en ella había, sin querer poblarla ni hacer otra cosa que desistir del empeño que allí les había llevado.

No todos, sin embargo, quisieron regresar, ya que hubo 28 españoles que decidieron quedarse, pero de ellos no quedó ningún rastro ni nadie ha sabido dar noticia. Es posible, simplemente, que se los tragase la selva.

Muchas veces me he preguntado cómo y dónde acabaría la vida de tan famoso capitán como era Orellana, y después de tantos años seguramente es imposible decirlo, aunque puede que aun perviva habiéndose creado un pequeño reino en alguna parte escondida de la selva.

Cuando conseguimos salir de la desembocadura del Gran Río era el día de San Luis, en agosto, y habían pasado casi nueve meses desde la separación de Gonzalo Pizarro.

Pese a la carencia de pilotos, marineros y aguja de marear, los supervivientes osamos navegar en el Atlántico hasta que, por fortuna, dimos en tierra española.

Por entonces llegó también el juez Vaca de Castro para hacerse cargo de la gobernación del Perú, lo que le agravió profundamente, ya que pensaba que el título le correspondía a él por herencia, y por esta causa se proclamó a sí mismo gobernador y capitán general del Perú, lo cual el rey no pudo sufrir, y para acabar con la rebelión envió de representante de la Corona al licenciado La Gasca, que hizo prisionero a Gonzalo Pizarro y lo ejecutó. Aunque esa es otra historia que otros han contado mejor de lo que yo puedo hacerlo.

Y así yo, fray Gaspar de Carvajal, desde este convento de la orden de nuestro religioso padre Santo Domingo, he querido tomar este poco

trabajo y suceso del camino y navegación que seguí por el rio de las Amazonas para notificar la verdad en todo ello, y para quitar ocasiones a muchos que quieran contar nuestra peregrinación por el gran río al revés de como lo hemos pasado y visto. Y esto es verdad en todo lo que yo he escrito y contado, aunque sumariamente, porque la prodigalidad engendra fastidio, he relatado lo que sucedió al capitán Francisco de Orellana y los hidalgos de su compañía y compañeros que salimos con él del campamento de Gonzalo Pizarro, hermano de don Francisco Pizarro, Marqués y Gobernador del Perú.

Dios sea loado. Amén.

Miguel Servet

El mártir fugitivo

ervet fue quien primero rompió el silencio que le protegía. El mismo se metió en la trampa. Calvino solo necesitó cerrarla para dejar atrapado a este español enteco y S macilento, nacido en el pueblo aragonés de Villanueva de Sijena, eterno fugitivo de todas las inquisiciones: la francesa, la española, la papal y la de los fanáticos protestantes de todas las corrientes.

Hemos llegado al final, medita encerrado en la lóbrega mazmorra de Ginebra donde los calvinistas lo han tirado como si fuera un perro. Un perro que cuenta sus últimas horas antes de ser quemado vivo en la hoguera.

En la posteridad se llevara por delante a Calvino, su verdugo — piensa — porque

¿quién puede llamar hombre de Dios a un ministro de la Iglesia que es acusador, criminal y homicida. Un hombre bilioso, pálido de devorar sus propias iras y creencias, que se atreve a imponer como verdades conceptos sobre los que existen dudas?

La fe enciende la lámpara que solo el aceite del amor hace arder.

Cae la noche por el ventanuco desde el que Miguel atisba un parche de cielo sin estrellas. Desde el triste agujero que lo conecta con el exterior, grita, quizá para infundirse más ánimo en esta hora tan sombría: ¡Oh, Cristo, Hijo de Dios eterno, salva mi ánima! ¡El hacha! ¡El hacha! ¡La hoguera no, Dios mío!

Pero ¿dónde está Calvino? ¿Por qué no se ha personado en contra de Servet?

Eso se preguntan los carceleros, y la razón es clara. Las leyes que regulan los actos criminales en Ginebra exigen que en los casos de gravedad el querellante sea también encarcelado a la espera de juicio, y Calvino no quiere eso porque le obligaría a ausentarse de la vida pública de Ginebra, un tiempo que podrían aprovechar sus enemigos para restarle poder. Algunas voces críticas, desde luego no faltan. Aunque en el caso de la sentencia contra Servet, el reformador francés haya contado con la aprobación de los teólogos más ejercitados de la época.

Calvino ha resuelto el falso dilema de la querella utilizando a un hombre de paja para la acusación. Se trata de su propio secretario, un tal Nicolás de La Fontaine, que ha presentado los cargos el 14 de agosto de 1553 ante el Consejo menor de Ginebra, y

acepta ser encarcelado como parte del proceso. Hasta que la justicia de sus compadres calvinistas decida.

La lista inculpadora tiene cuarenta artículos, luego reducidos a treinta y ocho.

Empieza recordando el escrito que hace unos veinticuatro años, el acusado empezó a importunar a las iglesias reformadas alemanas con sus errores y herejías, y huyó para librarse del castigo que le esperaba por esta actitud. Y ya que es capaz de eludir el interrogatorio argumentando que sus blasfemias y herejías son buena doctrina, el citado Nicolás propone unos artículos sobre los que solicita que se interrogue al citado hereje.

Item más.

Que durante ese tiempo había impreso un libro despreciable, *De Trinitatis erroribus*, que contaminó a mucha gente y en el que negaba la Santísima Trinidad.

Item más.

Que hacer tales distinciones en la persona de Dios significa que Dios está dividido en tres partes, y que sería un demonio de tres cabezas, como el monstruoso Cerbero, al que los antiguos poetas habían llamado el perro del infierno, y calificativos semejantes.

Item más.

Que Jesucristo es Dios por cuanto que Dios ha querido que lo sea, y bajó del cielo partiendo de la naturaleza de Dios, y que aquellos que

creen que Jesucristo es la Palabra del Señor, engendrado para la eternidad, tienen una visión de la salvación descabellada y propia de la brujería.

Item más.

Que la divinidad solo le fue conferida a Jesucristo cuando se hizo hombre, y más tarde fue comunicada a los apóstoles a través del Espíritu el día de Pentecostés.

Aquellos que distinguen entidades en la naturaleza de Dios reducen esa naturaleza a trozos. Todos aquellos que creen en la Trinidad son unos ateos.

Item más.

En vez de conferirle tres personas a la naturaleza de Dios, o bien tres hipóstasis cada una con su entidad, el citado Servet opina que Dios es un único ente que contiene cientos de miles de naturalezas. De forma que Él es un fragmento de nosotros y nosotros somos un fragmento de Su espíritu.



Fachada de la casa nata de Servet en Villanueva de Sijena, sede del Instituto de Estudios Sijenenses.

Hay más imputaciones que le hacen. Por ejemplo: haber dicho que el alma del hombre es mortal, y solo es inmortal un aliento básico, la naturaleza que Jesucristo posee ahora en el cielo y que es también la naturaleza elemental, divina e incorruptible del Espíritu Santo. O que los niños no pueden salvarse hasta que hayan crecido, y no se cometen pecados mortales hasta la edad de veinte años. O también esto: que el bautismo de las criaturas es una invención del diablo, una falsedad diabólica que destruirá todo el cristianismo. Y aunque confiese que los filósofos se han equivocado al decir que la Palabra es Dios mismo, opina que Jesucristo, puesto que es un hombre, siempre estuvo en Dios y que a partir de El existe la divinidad en el mundo.

Y para terminar y que no haya dudas, se le acusa de que en nombre de Monseñor Calvino, ministro de la Palabra de Dios en la Iglesia de Ginebra, ha difamado con un libro impreso la doctrina que predica,

propagando todo lo blasfemo e injurioso que pueda inventarse. Con la coletilla final de que el acusado sabe bien que su citado libro sobre la Trinidad no podría tolerarse incluso entre los papistas, puesto que echa por tierra todos los cimientos del Cristianismo.



He aquí, pues, a un hombre desfallecido y harapiento, cuya única compañía en la celda son los ratones y las cucarachas, con poderes sobrenaturales capaces de derribar los cimientos de la doctrina cristiana. Un hombre que hubiera vivido de haber sabido callarse a tiempo, como tantos otros. Porque para sobrevivir, Miguel lo sabe ahora, hay que hablar y callar cuando conviene, y no cuando la conciencia lo exige. Pero él nunca ha seguido esta regla, porque es un hombre al que Dios ha hecho libre, y aragonés tozudo, para más señas.

Sentado en un rincón de la celda, sobre el duro suelo, hace memoria de sus desdichas. Todo empezó a enredarse definitivamente cuando salió de París para residir y abrir consulta en Charlieu, la pequeña y apacible población francesa a orillas del Sornin, en el valle del Loira, convertido en médico rural. Tenía por entonces unos treinta años (ya no calcula bien su propia edad) y se hizo rebautizar, pues él, como los bienaventurados anabaptistas, aunque nunca hizo declaración de fe absoluta en ellos, solo admite dos sacramentos: el bautismo y la eucaristía, y considera que el bautismo no debe ser administrado a los recién nacidos, ya que estos no pueden ni pecar ni tener conciencia de lo que reciben. ¿No esperó el propio Jesucristo 30 años hasta bautizarse en el río Jordán? Eso debe de significar algo para los que quieran ver. Nuestros pecados comienzan cuando comienza nuestro conocimiento. ¿Cómo podría Dios castigar a un ignorante, a un niño sin uso de razón?

Calvino discutiendo con Servet en la cárcel de Ginebra. Pintura de Theodor Pixit.

Ni aun en Charlieu, y a pesar de intentar pasar lo más desapercibido posible, sin entablar amistad estrecha con nadie, se vio libre de las envidias de los hombres, sus propios colegas, celosos de su ascendencia profesional. Un extranjero que venía a quitar

trabajo a los franceses. Una noche, cuando iba a visitar a un enfermo, fue atacado y herido a traición por los parientes de otro médico, resentido porque Miguel le quitaba clientela, y a menos enfermos menos ganancia. En la pelea resultó herido, pero consiguió herir también a uno de los agresores, que lo denunció y, aunque era en legítima defensa, quizá por su condición de extranjero, le impusieron tres días de prisión.

Allí en Charlieu, además, estuvo a punto de casarse, y ojalá lo hubiera hecho, pero él no hubiera podido satisfacer en la cama a su esposa porque se lo hubieran impedido la hernia que padece desde muy joven y la atrofia testicular que le imposibilita yacer normalmente con mujer alguna. Solo tiene un testículo, y este disminuido, inválido para el acto carnal de la reproducción, por causas que nunca ha querido explicar a nadie y que se remontan a su adolescencia.

Luego viajó a Lyon, dónde firmó un contrato con los editores de la Biblia del dominico Santis Pagnini, que dedicó 25 años a traducir los textos originales y la publicó en 1528. Se trataba de hacer una nueva impresión, corrigiendo y revisando lo que fuera menester, y a Miguel le dieron por el trabajo 400 libras de Turena, unos honorarios importantes que mejoraron la pobreza evangélica en la que habitualmente vivía. Sin pasar necesidad grave, pero siempre con lo justo.

Ahora que lo piensa, aquel encargo le hizo disfrutar mucho. Cuánto daría por poder volver a hacer algo parecido en lugar de pudrirse en este calabozo húmedo y frío, alejado de cualquier signo de piedad humana. No se limitó a copiar literalmente la versión de Pagnini, sino que añadió al texto escolios y notas, de acuerdo a criterios de razón y no solo de fe.

Para darse más importancia, y exagerando un poco, se atribuyó en esa ocasión el título de Doctor en Medicina. Ninguna mentira, en realidad,

pues está seguro de saber mucho más que la mayoría de los que se declaran doctores en el noble arte de sanar las desgracias físicas que aquejan a los hombres, por no hablar de las otras, de las que anidan invisibles en la cabeza y van directas al corazón.

Allí, en Lyon, fue donde se puso en contacto con los impresores y humanistas más famosos de la ciudad y reencontró al arzobispo y conde de Vienne o Viena del Delfinado, Pedro Paulmier, primado de Francia a quien había conocido en París, en las clases de la Facultad de Medicina, y con quien hizo amistad. Un hombre erudito, con curiosidad de humanista, devoto de la cultura. El prelado le ofreció el puesto de médico

en su pequeña corte arzobispal, y Miguel aceptó. Algo de lo que nunca se ha arrepentido, pues fue la época más feliz de su vida y pudo seguir sus investigaciones con cierta holgura económica. Además de ser un personaje respetado por sus conocimientos y su amistad con Paulmier, pudo dar rienda suelta a su espíritu versátil, de inquietud intelectual cambiante, para dedicarse a estudiar la ciencia natural y dejar a punto una nueva edición de la Geografía de Ptolomeo.

En Vienne, junto al Ródano, sus ímpetus juveniles se habían ido atemperando con los años, y la balanza entre el entusiasmo de mancebo y el sosiego que necesitaba para escribir sus libros se había inclinado definitivamente hacia la existencia sedentaria.

Aunque no era un hombre viejo, su juventud había pasado al haber superado la treintena. Doce años que fueron los más tranquilos de su vida desde 1541, libre de preocupaciones materiales y dedicado solo al cuidado de los enfermos y a la reflexión teológica, sus dos grandes pasiones.

DE TRINITA- a

TIS ERRORIBVS,

LIBER PRIMVS.



N SCRVtandis diuinae Triadis, sanctis arcanis, ab homine exordiendum eo duxi, quia ad Verbi speculationem, sine fundamento CHRISTI, ascendentes, quam plurimos cerno, qui parum aut nihil homini tribuunt, & uerum CHRISTVM obliuioni penitus tradunt: quibus ego ad memoriam, quis sit ille CHRISTVS, reducere curabo. Caeterum, quid, quantumque sit CHRISTO tribuendum, iudicabit ecclesia.

Pronomine demonstrante hominem, quem humanitatem appellant, concedam haec tria. Primo hic est IESVS CHRISTVS Secundo, hic est filius Dei. Tertio, hic est Deus.

Tria haec in homine cognoscenda, antequam de Verbo loquamur.

a 2

Primer folio del libro se Servet *De Trinitatis erroribus* sobre la Santísima Trinidad.

Pero las ilusiones duran poco porque la situación privilegiada que entonces gozaba se tambalea. Siempre supo que era un fugitivo de la

autoridad inquisitorial, reclamado por la Inquisición de Toulouse y la de Zaragoza, un apestado religiosamente incorrecto, alguien que tenía que vivir constantemente aferrado a su máscara para continuar en libertad, siempre alerta, como el conejo amenazado por el ladrido de los perros del batidor. Su solo escudo es la falsa fachada de su nombre y sus orígenes, ahora que ya firma Villeuneve, y para reforzarla, y porque a los extranjeros les prohíben desempeñar

cargos en Francia, y él ya tiene uno con el arzobispo, decide nacionalizarse francés… No fue muy difícil y le avalaron bajo juramento ocho testigos, que corroboraron el estado de semipobreza del solicitante, el cual no poseía bienes muebles ni inmuebles, exceptuando sus libros, algo de ropa y una mula que le servía para visitar enfermos.

Fue en los documentos de cambio de nacionalidad donde se declaró nativo de Tudela, Navarra, una falsa pista y añagaza para embrollar su verdadera identidad, porque él ha nacido donde ha nacido, en ese pueblo de Huesca que alberga el monasterio medieval donde fue enterrado el rey don Pedro, muerto en la batalla de Muret defendiendo a sus vasallos albigenses de las apetencias conquistadoras del rey de Francia.

Lo más importante que Servet hizo en Vienne fue escribir su obra magna: *Restitución del cristianismo*, un libro que compendiaba sus ideas teológicas y en el que se describía por primera vez en Europa la circulación de la sangre en el interior del cuerpo humano.

Un descubrimiento físico que solo le interesaba tangencialmente, pues lo que sobre todo le importaba demostrar era que el espíritu divino, eso que llamamos alma, está en la sangre, como enseña Dios mismo en la Biblia, en el Génesis, el Levítico y el Deuteronomio.

En la *Restitución del cristianismo* volcó muchas de sus ansias de eternidad y el caudal de erudición teológica que los años le habían aportado, incluyendo un fondo de desilusión ante los agravios y deslealtades de la vida que le habían conducido a ser un perpetuo prófugo, hostigado como cualquier animal salvaje en el bosque por la saña del cazador. En este mundo — ha dejado escrito — no hay verdad alguna, sino simulacros vanos y sombras pasajeras. La verdad es el Logos eterno de Dios con los ejemplos eternos y las verdades de todas las cosas. La única realidad son las Ideas, aunque eso ya lo habían dicho Platón y Maimónides.

Y para escándalo de los que solo escuchan con los oídos del cuerpo,

deja una profesión de fe que resulta difícil no calificar de panteísta. Dios es todo lo que ves y todo lo que no ves… Dios es la forma, el alma y el espíritu de todas las cosas… La sombra de Parménides y la luz como fuerza que une todos los elementos de la naturaleza que aparecen ante los ojos: todo lo que existe es uno, porque en Dios, que es inmutable, se reduce a unidad lo mudable, y las formas accidentales se hacen de una sola forma con la forma primera, que es la luz, madre de las formas. Dios no es un ser trascendente y personal, y su divinidad está en el mundo aunque el mundo no sea Dios.

Nos movemos, por así decirlo, en un campo ocupado por la divinidad. Esta visión teológica refuerza su primitiva convicción sobre la inexistencia de la Trinidad. Si Dios está de alguna forma en todo, no puede hablarse de una Trinidad de personas que trascienda el mundo perceptible.


CHRISTIANI-
SMI RESTITV-
TIO.

Totius ecclesiæ apostolicæ est ad sua limina vocatio, in integrum restituta cognitione Dei, fidei Christi, iustificationis nostræ, regenerationis baptismi, et cœnæ domini manducationis. Restituto denique nobis regno cœlesti, Babylonis impiæ captiuitate soluta, et Antichristo cum suis penitus destructo.

בעת ההיא יעמוד מיכאל השר

καὶ ἐγένετο πόλεμος ἐν τῷ οὐρανῷ.

M. D. LIII.

Como no es un cobarde, ni nunca lo ha sido, Servet confiesa a las claras sus creencias en ese libro, que es la culminación de las inquietudes y reconcomios que le han venido torturando por dentro desde que entró al servicio de fray Quintana, cuando todavía se consideraba un buen católico, antes de emprender la senda heterodoxa que tan mala vida le ha dado, aunque dé por bien empleados los sufrimientos en aras de la Verdad que el estudio de la Biblia y de las enseñanzas de Jesucristo le ha revelado. Porque,

¿cómo podría él haber vivido aceptando el error después de haber conocido el auténtico sentido del cristianismo?

El culto externo le parece una señal de paganismo, y por tanto hay que eliminar el culto a las imágenes de los santos, los templos adornados, la misa, el agua bendita, los votos y la jerarquía eclesiástica y civil, la vena anabaptista con la que se siente tan identificado. Todo cristiano, afirma, es rey y sacerdote. ¿Y qué decir de la comunión?

Debe hacerse, por supuesto, acorde con la tradición de la Santa Cena, llevando los cristianos el pan y el vino. Cristo está en ellos igual que en cualquier otra parte.

Portada de *Chrístianismi restitutio* (*Restitución del cristianismo*) obra magna de Servet.

La verdad es que Servet sabía lo que arriesgaba cuando publicó el libro. Pagó los gastos de la impresión y se comprometió a hacerse cargo de la venta y distribución del

libro. Ochocientos ejemplares sin encuadernar, para poder transportarlos y esconderlos mejor en caso de peligro. Nadie le hará callar a la hora de escribir lo que piensa, pero el impresor lo convence de que es mejor curarse en salud y no tentar al diablo. Lo más prudente es que el libro salga sin pie de imprenta ni su verdadero nombre, aunque el español no pueda resistir la tentación de dejar su huella al final en forma de las tres iniciales del nombre con que se le conoce en Francia: M. S. V, Miguel Servetus Villanovanus.

De su gran obra hizo tres envíos. Uno se remitió a un fundidor de tipos de imprenta en Lyon, otro se despachó a Ginebra, y la tercera remesa fue a parar a Fráncfort, en Alemania. Pero apenas hubo lectores. Los libros enviados a Ginebra y Fráncfort fueron destruidos por instrucciones de Calvino, y los de Lyon serían devueltos a Vienne y quemados por la Inquisición francesa.

Un fatídico impulso empuja a Servet a meterse en la trampa que le estaba esperando y de la que él tuvo que ser consciente. Pero, entonces, ¿por qué lo hizo? Hay razones, podríamos decir, del corazón, que la razón no entiende, pero quizá se trató simplemente de un sentimiento de rebeldía ante la humillación de verse obligado a

vivir en perpetuo disfraz, frente al peso y la autoridad de Calvino, erigido en gobernante reverenciado y señor de almas de los habitantes de Ginebra, con fieles seguidores que veneran su nombre en muchos países. Quizá fue la reacción del perpetuo humillado que de repente desafía en duelo al matón del lugar porque está harto de verse ninguneado y desea que también se le tenga en cuenta, aun a riesgo de perder la cabeza. Puede incluso que en su ingenuidad pensara que debatiendo con Calvino podría hacer que este se adhiriera a sus opiniones, y el resto de los seguidores del dictador de Ginebra seguiría el mismo camino. En este momento crucial de su vida la razón de la imprudente decisión de Servet es un enigma humano difícil de explicar, pero el dato es que el sijenense no pudo resistir la tentación de provocar y prolongar la polémica con el poderoso Calvino, gran pontífice de la Reforma, que ya inició en sus tiempos de estudiante en París. Un debate obsesivo sobre asuntos religiosos en el que Calvino representa el papel de pensador enaltecido, y Servet el de aguafiestas agrio y deseoso de ser escuchado a destiempo.

Obcecado en presentar batalla, Servet baja el primer peldaño de la escala que conduce al infierno en la tierra. Escribe a Calvino con seudónimo y le envía un cuestionario con tres preguntas. Primera, ¿el hombre Jesús es Hijo de Dios? Segunda, ¿el



reino de Jesucristo existe entre los hombres? Y tercera, si el bautismo y la comunión (únicos sacramentos que admite Servet) requieren fe, y con qué intención han sido instituidos.

Calvino debió de pensar que quien así le escribía no estaba a su altura humanística, pero condescendió a responderle con aires de suficiencia, como suelen hacer los poderosos de este mundo cuando argumentan con los pobres y desdichados. Pero Servet es testarudo, es aragonés de pura cepa y no admite pretensiones de superioridad de su rival. Calvino frunce primero el ceño y luego rechina los dientes. El debate deriva en discusión que se va agriando, y el mandón de Ginebra quiere dar por zanjada una polémica que nada le aporta y resta tiempo a sus muchos asuntos. Servet no se resigna al rechazo. Ha iniciado el duelo, y no hay mayor desprecio para un duelista desafiante que la actitud displicente y evasiva del desafiado.

Desde Vienne, Servet envía un ejemplar de *Restitución del cristianismo* a Calvino, y a este le da un ataque de furor teocrático cuando lo lee. Está seguro de que el libro es obra de un grandísimo profano, irreverente y blasfemo: una provocación en toda regla, pero él sabe cómo tratar a esa ralea; no en vano gobierna Ginebra con mano de piedra. Debe actuar con astucia para sacar al pecador de su escondite y hacerle salir a la luz. Una vez expuesto a la ignominia pública, recibirá el castigo.

Miguel Servet, español de Aragón, como indica el texto bajo la imagen.

La conjura que elabora el padre del calvinismo es digna de figurar en la historia universal de la infamia o en los manuales de conspiración bizantina. De forma sinuosa, utiliza los servicios de un ciudadano lionés, Antonio Arneys, que un día se vio sorprendido al recibir una carta de un primo suyo refugiado en Ginebra. El primo en cuestión se llama Guillermo Trie, y en febrero de 1553 le envía una carta en la que denuncia la existencia en Francia de un grandísimo hereje, que merecía ser quemado donde se le hallara.

Se ampara por ahí, escribe Trie, un herético que merece ser quemado en donde se encuentre. Cuando yo os hablo de herético hablo de un hombre que será condenado tanto por los papistas como por nosotros, o al menos que deberá serlo. Porque aun cuando seamos diferentes en muchas cosas, tenemos esto en común: que en una sola esencia de Dios hay tres personas y que el Padre ha engendrado a su Hijo que es

su sabiduría eterna antes de todo tiempo y que tiene su virtud eterna, que es su Espíritu Santo. Porque cuando un hombre diga que la Trinidad es un Cerbero y monstruo del infierno […] yo os pregunto, ¿en qué lugar y estima lo tendréis? ¿Cómo toleráis proteger a semejante servidor del diablo?

El hombre de que os hablo ha sido condenado por todas las iglesias […] Es un español-portugués llamado Miguel Servetus por su propio nombre, pero que se hace llamar en la actualidad Villeneuve, y ejerce la medicina. Ha vivido algún tiempo en Lyon, y actualmente está en Vienne… Y a fin de que no penséis que hablo de memoria, os envío el primer pliego como muestra y prueba. Las cuatro primeras hojas del *Restitutio*. Son pistas suficientes para que pronto la identidad del hereje Servet, como autor del herético libro, sea pronto bien conocida en Ginebra y en Francia.

Arneys, alma de cántaro, no duda, y remite las cuatro páginas de *Restitución del cristianismo* que su primo le ha enviado al inquisidor general de Francia, quien rebota la denuncia al cardenal Tournon, que residía a poca distancia de Vienne. El cardenal escribe al lugarteniente del rey en el Delfinado, y le pide pronta justicia con el mayor secreto. «Sé muy bien — halaga el cardenal — que no perdonarías ni a tu hijo por el honor de Dios y de su Iglesia. No necesito decir más…»

La acusación de los jueces no se hace esperar, y a Servet no le sorprendió. En realidad, casi parece que la hubiera buscado, como los mártires cristianos de la antigua Roma que hacían profesión voluntaria de fe ante sus verdugos.



En el registro de la casa encuentran poca cosa. Solo dos ejemplares de un tratado de astrología y algunos papeles sin importancia. Los acusadores, un tanto decepcionados, solicitan consejo al arzobispo Pierre Paulmier, hasta entonces protector del villanovano, y este pide al inquisidor general, Mateo Ory, que acuda a Vienne. Ory toma entonces las riendas de la trama y demanda a Trie, por mediación de Arneys, un ejemplar completo del *Restitutio*, que pronto llega a sus manos con una nota manuscrita del judas Trie, sin duda inspirada por el propio Calvino: «que esto sirva para purgar a la cristiandad de tales inmundicias […] Creo que por ahora tenéis bastante para detener a ese truhan y comenzar al proceso. Por mi parte, solo deseo que Dios abra los ojos o quienes discurren tan mal.»

Y para anudar mejor el lazo, Trie remite al inquisidor una segunda nota pocos días después: «Y para que sepáis que no es la primera vez que ese desdichado se ha propuesto turbar la paz de la Iglesia, os diré que hace unos veinticuatro años fue expulsado de las principales iglesias de Alemania y que, si hubiese sido hallado, jamás se hubiera escapado.»

Las pruebas fueron consideradas suficientes, y el inquisidor francés envía alguaciles a detener al español. Lo encierran en los calabozos del palacio arzobispal. Su amigo el arzobispo, decepcionado y sorprendido, ni pudo ni seguramente quiso hacer nada.

Estatua de Miguel Servet en París.

Los días y los interrogatorios van pasando. Los jueces se muestran curiosos y le preguntan sobre su vida desde que salió de España. Servet les revela que a los catorce o quince años entró al servicio del confesor de Carlos V, el fraile Quintana, y que formando parte de la comitiva imperial en Italia asistió a la coronación del emperador en Bolonia. Luego, había seguido con Quintana hasta Alemania, donde vivió un año, y cuando el buen fraile murió se trasladó a París. Allí estuvo en el colegio de los Lombardos como lector de matemáticas, y más tarde regresó a Lyon y a Charlieu, donde estuvo tres años ejerciendo de médico.

Poco a poco, sus interrogadores aprietan el dogal, aunque en esos momentos todavía las condiciones del prisionero no son demasiado miserables y la vigilancia se relaja, seguramente por la benevolente influencia del arzobispo Paulmier, resto de su antigua amistad.

Servet no es lerdo y capta la señal. En la madrugada del día 7 de abril de 1553 escapa de su reclusión, cruza la puerta de la muralla de la ciudad que da al puente del Ródano y se pierde en las últimas sombras de la noche, con el canto de los gallos.

Culpado de herejía escandalosa, sedición y fuga carcelaria, la justicia civil francesa lo condena a ser quemado vivo a fuego lento con sus libros, pero dado que el acusado permanece en paradero ignorado, se le quemará en efigie, a la vista del público reunido frente al palacio arzobispal.

Para el fugitivo Miguel Servet no parecía existir un lugar en el mundo en que sentirse libre. Cuando al fin pudo escapar de la cárcel de Vienne, en la que el obispo le recluyó, no se atrevió a quedarse en Francia por temor a ser capturado. Pero ¿adónde ir?

Podría volver a Alemania o Suiza y arriesgar a ser allí reconocido por quienes ya habían pedido su muerte. En un primer momento decidió irse a Nápoles, una bella tierra para ejercer su profesión, en la que gobernaban los españoles y la Inquisición tenía poca influencia. El problema era cómo llegar. Podía hacerlo a través de Italia, hacerlo cruzando los Alpes y Saboya, pero eso le obligaba a pasar por los Estados del Papa, una idea que no le gustaba. También podría alcanzar Nápoles si cruzaba los Pirineos y retornaba a España, para

embarcarse en algún puerto de Levante, pero el peligro de ser detenido en la frontera pirenaica le hizo desistir.

Entre dudas, caminó sin rumbo fijo por los senderos de Francia durante cuatro meses, durmiendo en pajares y covachas de pequeños pueblos, siempre alerta para



evitar ser reconocido y detenido, con tiempo suficiente para meditar sobre su destino y hablar consigo mismo. Más que nunca, es ahora un hombre pobre, despojado de los pocos ahorros que guardaba en Vienne, pues en todo el tiempo que había dedicado a curar apenas consiguió el dinero justo para ir sobrellevando el día a día sin graves estrecheces, pero austeramente, como hijo de la tierra seca que le vio nacer en Aragón, sin amontonar patrimonio digno de mención.

«El aislamiento sosegado de aquellos días en Vienne ha sido mi única felicidad en la tierra. Ejercía mi profesión para pobres y ricos y tenía un puesto en el Consejo Municipal, una buena casa, con buen fuego de leña en invierno, y mucho tiempo para leer y escribir. Ese transcurrir monótono estuvo a punto de adormecer mi alma, pero elegí proclamar la verdad antes que sumirme en el silencio. Mi fuero interno se rebelaba contra la idea de una existencia plácida, sin pena ni gloria, en una doble existencia acomodaticia, practicando un catolicismo en el que ya no creía, postrándome ante las imágenes como los paganos… Todo eso roía mi alma y taponaba la gran misión que Dios

y mi conciencia me exigían: difundir el mensaje escrito en la *Restitución del cristianismo*, que establece la verdadera pureza de los fundamentos cristianos. Esa era la elección inevitable y decisiva. El punto giratorio de mi vida. Ser único lector y discípulo de mis propios pensamientos o dar escape libre a mis creencias. Somos el fruto de la Providencia de Dios y a ella me acojo.

Estatua de Miguel Servet levantada por el ayuntamiento de Ginebra en la colina de Champel, donde fue ejecutado.

Mi libro es más importante que los de Erasmo de Rotterdam, y por supuesto mucho más que los de esa sanguijuela de Calvino, porque revela a todos las verdades que Cristo nos enseñó para salvarnos.»

«Sintiendo próximo mi final percibo que mi vida ha sido una continua y confusa huida, semejante a cabalgar un caballo desbocado, zarandeado de aquí para allá como un madero a merced de las olas. Igual que Jesucristo en Getsemaní, tiemblo al conocer las torturas que me esperan hasta que mi cuerpo se consuma lentamente entre las llamas. Un cáliz que beberé hasta las heces ante la mirada inclemente de mis verdugos a los que solo Dios podrá perdonar. Pero no suplicaré ni me arrepentiré. ¿De qué habría de arrepentirme? ¿De mi vida recta y retraída sin hacer mal a nadie? ¿De mis pensamientos y mi libertad de expresarlos? ¿De mis escritos? Toda persona tiene el derecho a decir lo que piensa, y esa libertad procede de Dios y nace con nosotros.

Ahora que voy a morir, entre los retazos oscilantes de mi memoria, surge a ratos la luz que inunda el cielo límpido de mi hogar aragonés de Villanueva de Sijena, y me llega la especial luminosidad de un paisaje con olor a mieses y a la frescura de los huertos próximos al monasterio de Sijena, regido por las monjas.

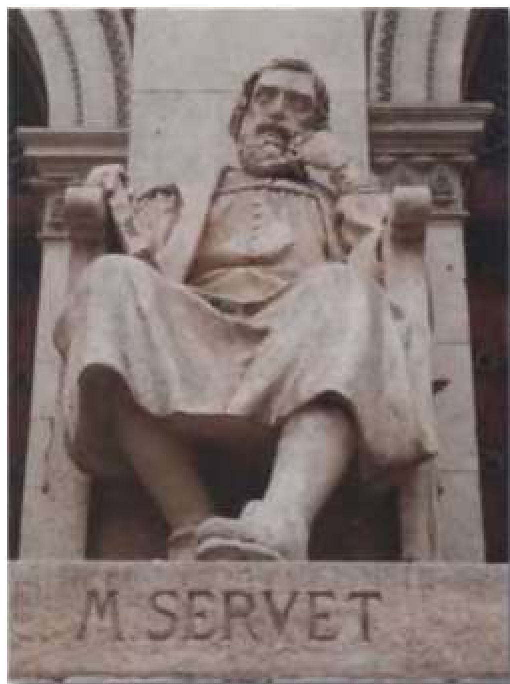
«En ese escenario con el que ahora sueño, como asidero para el reposo último, la figura de mi madre Catalina, que me besaba con frecuencia, se me aparece también haciendo frente a las labores y los trabajos de la casa. Y también veo a mi padre Antón, un hombre íntegro y trabajador, que me enseñó las primeras letras y me alentó a proseguir los estudios que han nutrido mi existencia. Y a mis hermanos, por quienes ruego a Dios para que mi desgracia no los alcance y la Inquisición los deje en paz, sin mezclar mis creencias con las suyas, pues ellos son católicos devotos, y en su simplicidad aceptan el engaño del Anticristo que gobierna la Iglesia de Roma. A todos ellos los tengo

conmigo como si fueran fantasmas muy queridos de cuya tierna compañía espero gozar después de la muerte en la morada de Dios.»

El proceso

Huyendo, y sin saber muy bien adonde dirigirse, Miguel llegó a Ginebra una noche de mediados de agosto. Buscó posada y trató de conseguir una barca para cruzar el lago.

Pensaba, probablemente, encaminarse a Zúrich, y de allí a Italia, para dirigirse al sur y ejercer la medicina donde están los españoles, o quizá quería alcanzar Venecia, pero la suerte adversa desbarató los planes.



Al día siguiente de su llegada era domingo y en Ginebra era obligatorio para todos asistir a la iglesia. Como el roedor fascinado por los ojos de la cobra, Servet fue a la iglesia catedral en la que predicaba Calvino. Creyó que sería fácil pasar desapercibido, pero no fue así. En la ciudad todos se espiaban unos a otros y los seguidores de déspota lo reconocieron antes incluso de que Calvino empezara su sermón. Aquella misma tarde fue detenido y un día después se presentaron cargos por hereje, por haber difamado en la persona de Calvino a la Iglesia de Ginebra y escandalizado con sus doctrinas a las iglesias de Alemania, y por haberse fugado además de la cárcel de Vienne.

Se inició el proceso, dirigido por un fiscal, ante el gobierno local de

Ginebra. Servet admite algunos de los cargos y niega otros, en su candidez piensa que tendrá ocasión de demostrar a los jueces que son ellos, y no él, los equivocados en punto a la verdadera doctrina. El proceso avanza y el candor del acusado se va desvaneciendo. Pide ser absuelto alegando que ni los apóstoles ni los primeros emperadores cristianos castigaron a los disidentes con la pena de muerte, como máximo, el destierro.

Estatua de Miguel Servet en el paraninfo de la Universidad de Zaragoza.

El embrollo legal se complica y la acusación añade nuevos cargos: que Miguel Server había propagado doctrinas opuestas al cristianismo y había llevado una vida inmoral y

delictiva; que estaba en Ginebra para provocar el desorden, y que sus enseñanzas eran las mismas que las de herejes ya condenados. Lo interrogan varias veces, y en algunos jueces asoman sentimientos de piedad que Calvino, por intermedio de sus mamporreros, se encarga de cortar con soflamas de fuego bíblico desde el púlpito y maniobras tortuosas que vencen voluntades indecisas.

Entretanto, de Vienne reclaman también al fugitivo por los crímenes en ese territorio. Servet suplica a los verdugos de Ginebra que no lo entreguen a los verdugos de la Inquisición francesa. El dilema es bastante absurdo. Ser ajusticiado en Francia o en Suiza. Los calvinistas, con buena educación, rechazan la petición de Vienne y prometen que se hará justicia. Faltaría más.

El tribunal decide que Calvino y Servet debatan por escrito los temas teológicos juzgados. Es un terreno que Calvino, muy contundente como buen fanático, domina a la perfección. Presenta un compendio de fragmentos extraídos de los escritos de Servet que considera blasfemias impías y errores insensatos, del todo en desacuerdo con la Palabra de Dios. Servet pierde la paciencia y responde con insultos a su antagonista. Lo llama Simón el Mago, psicofante, impostor, pérfido, siniestro y ratón ridículo. Los improperios lo perjudican y su situación carcelaria es miserable. Calvino — escribe con amargura a los jueces — se ha propuesto que me consuma en prisión. Las pulgas me comen vivo, mis calzas están desgarradas y no tengo camisa que mudarme… En respuesta, el Consejo de la ciudad, le proporciona alguna ropa, a costa del propio acusado, por supuesto. Que en asuntos de dinero los ginebrinos siempre han sido muy puntillosos.



Servet en la hoguera. Biblioteca nacional de Francia. Collection Michel Hennin.

Calvino refuerza sus venenosos argumentos y los papeles del proceso se envían a las iglesias suizas, mientras Servet se consume con la compañía de los piojos y las ratas en el mugriento calabozo. En su delirio solicita que se encarcele a Calvino por falso acusador y presenta cargos contra él. Petición ignorada, naturalmente.

La respuesta de las iglesias suizas fue un mazazo para el prisionero. Con lenguaje sibilino y en tono hipócrita, los pastores de Zúrich, Berna, Basilea y Schaffhausen consideraban que Servet era culpable y pedían que se utilizaran todos los medios posibles para salir librados de la peste herética que portaba el español. «Pensamos que hay que actuar contra él con gran fe y diligencia — contestan los de Berna —, especialmente porque nuestras iglesias tienen por ahí mala reputación como protectoras de herejes.» Los de Schaffhausen también fueron categóricos: «Impediréis que las blasfemias de Servet gangrenen el cuerpo cristiano. Usar con él de largos razonamientos sería lo mismo que disputar con un loco.» Y en cuanto a los de Basilea, de acuerdo con los de Zúrich, tampoco se quedaron cortos en el escarnio. Dijeron que Servet superaba a todos los herejes antiguos, «pues vomita una combinación de todos sus errores de una sola boca insolente y

blasfema […] Como víbora excitada, babea maldiciones… Es deber vuestro hacer que nunca más pueda turbar la Iglesia de Cristo».



Servet quemado vivo en la hoguera. Grabado holandés de la época.

Cuando le anunciaron la sentencia, Servet se derrumbó por completo, porque aun albergaba esperanzas de que lo condenaran solo al destierro. Cae de rodillas, aplastado por el asombro y el miedo a la tortura que le espera, y grita en español «¡Misericordia!»

antes de quedar inmóvil tumbado boca abajo sobre las frías losas de la celda. Calvino, que había ido a verlo con gesto de contrito falsario, lo cuenta con saña de antropófago.

«De momento quedó como atontado; luego lanzó suspiros que eran audibles en toda la sala; después, empezó a vociferar como un loco y no tenía más compostura que un endemoniado. Finalmente, sus gritos crecieron de tal suerte que se golpeaba el pecho continuamente al tiempo que gritaba en español: “¡Misericordia, misericordia!”»

Poco después del mediodía del 27 de octubre de 1553 salió la procesión del Ayuntamiento de Ginebra. Magistrados y clero con sus togas, fiscal y oficiales a caballo, una guardia montada de arqueros, y la multitud de indeseables que deseaban regodearse en el espectáculo de un hombre ardiendo. En medio del gentío camina Servet, brazos atados y harapiento, con el rostro desencajado por el sufrimiento de la

cárcel.

A través de la puerta de St. Antoine, el cortejo se dirige hacia un lugar fuera de las murallas que llaman el Calvario. La vista es magnífica. A lo lejos, las aguas azules cristalinas del lago, al noroeste el inmenso anfiteatro montañoso del Jura, todavía nevado, y al sureste el valle del Ródano. Como si la madre Naturaleza hubiese querido

despedir con sus mejores galas al pobre Miguel, y compensar así el suplicio que le espera.

Tras subir la colina del Calvario llegaron al campo de Champel. Sobre un pequeño promontorio se alza la hoguera, con cadenas colgando de un poste de madera y haces de leña verde, para prolongar el sufrimiento, amontonadas a su alrededor. El aragonés vuelve a gritar: «¡Misericordia, misericordia!» «Jesús, Hijo de Dios eterno, apiádate de mí!», antes de que lo encadenen al poste, las manos atadas con una soga, y le coloquen en la cabeza una corona de paja y ramas verdes con azufre. Alrededor de la cintura le amarran un fardo de manuscritos y un grueso ejemplar del *Restitutio*. Se le prendió fuego y, cuando las llamas se propagaron con la paja y el azufre, se escuchó un grito desgarrador. Por un momento, quienes estaban a su alrededor se apartaron estremecidos de espanto. La leña estaba verde y, como estaba previsto, la quema resultó lenta. Pasó mucho tiempo, con el fuego devorando la carne, entre alaridos de dolor, hasta que Servet lanzó el último grito: «Jesús, Hijo de Dios eterno, ten misericordia!»

De la cadena al rojo vivo cuelga una masa negra de carne humana achicharrada, una gelatina casi reducida a carbón. Calvino, desde un lugar próximo, contempla la escena.

Esa noche debió de dormir tranquilo. Un hereje menos.

Y así acabó Miguel Servet, médico, teólogo, geógrafo y disidente. Un héroe desarmado, fiel a su verdad hasta la muerte.

Diego García de Paredes

Hércules de Extremadura

Mas venía

Tras aquél, con gran porfía,

Los ojos encarnizados,

El león Diego García…

(Bartolomé Torres Naharro: *Salmo en la gloriosa victoria que los españoles hubieron contra venecianos*)

uando supo que iba a morir, Diego García de Paredes quiso dejar escritos algunos episodios de su asombrosa y casi fantástica vida, pero él era hombre de espada, y C no de letras, y lo que salió de su pluma no refleja sino una mínima parte de lo que en realidad hizo. Se sentía al final como una fuerza ciega que hubiera dejado un rastro de furia y dureza por donde pasaba, aunque a la hora de escribir, ya mucho de lo vivido parecía incluso haberlo olvidado.

Como buen soldado, aceptó la muerte tal como le vino, sin aspavientos inútiles y sin dejar de percibir la ironía del destino, que después de permitirle salir indemne de tantas peleas, duelos y batallas, decidió que acabara sus días por un insensato juego de mozalbetes, cuando él rondaba ya los sesenta y cinco años y tenía el cuerpo cubierto de cicatrices y la mente llena de sangre, sudor y peligros. Con el honor intacto, por supuesto, que en ese punto nunca aguantó la menor befa o desaire.

Un cronista italiano anónimo se quejó a la posteridad de no haber podido escribir la epopeya de Diego García de Paredes cuando este aun vivía, lo que hubiera supuesto equipararlo con el Aquiles de la *Ilíada* o el Eneas de Virgilio, por lo menos. Aun así, tuvo suerte, porque el mismísimo Miguel de Cervantes, en el *Quijote*, lo puso por las nubes **[6]**

y lo colocó en el firmamento de los héroes más preclaros que ha parido el mundo. «Un Viriato tuvo Lusitania — dice el insigne manco —; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura…»

También lo llamaron el «Sansón extremeño» y los contemporáneos quizá exageraban, pero lo cierto es que la leyenda del héroe de Trujillo como matachín incansable era ya una realidad cuando *Don Quijote de la Mancha* salió a la luz, menos de un siglo después de muerto el personaje. Cervantes nos cuenta la peripecia del soldado Vicente Roca, que intenta impresionar a sus desconfiados paisanos con el exagerado relato de sus hazañas, y se compara ventajosamente con el famoso forzudo. «No había tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; había muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafíos,

según él decía, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba…»

Diego García estaba hecho de la madera de los héroes de la antigüedad remota; de los Rama, Aquiles o Gilgamesh. Era una máquina guerrera de músculos y fiereza insensible al peligro, lo que le convertía en una destructora fuerza que imponía el pánico a sus adversarios y lo llevaba a vencer por el solo terror que inspiraba su fama.

Eso ocurrió con el mariscal francés Gaspard de Coligny, que desafiado por el trujillano a batirse en campo abierto no se presentó a la pelea, y prefirió dejar en entredicho su valor a perder la vida.

Cuantos lo conocieron, coinciden en que tenía un temperamento irrefrenable y vehemente, que en ocasiones daba paso a periodos de humor melancólico en los que se desahogaba con arrebatos de aspereza desorbitados en los que parecía entrar en trance de locura. En una de las crónicas del Gran Capitán se menciona el «humor melancólico que le tomaba muchas veces y venía a salir de sí… le tomaba un género de locura… y tenía el dicho García de Paredes por costumbre dar de puñadas a los que estaban más cerca de sí como hacen los [locos] furiosos.» Y en otra crónica se dice que «García de Paredes se enfurecía tanto que parecía frenético y le notaban de loco.» Aunque al parecer, luego, cuando la furia se le iba se volvía el hombre «más manso, más cortés y bien criado» del mundo.

En su novela *Héctor Fieramosca* (1833) el escritor italiano Massimo D'Azeglio dejó volar la imaginación al retratarlo con palabras, aunque lo describió ajustadamente en lo fundamental. «El español — escribió el novelista —, el hombre más audaz y forzudo de todo el ejército, y acaso de toda Europa, producía la impresión de que la naturaleza, al formarlo, había querido mostrar en él al tipo de hombre de armas cuyo éxito era tanto más grande cuanto mayores la robustez y fuerza muscular.»



Plaza Mayor de Trujillo, ciudad natal de García de Paredes.

«Increíbles parecerían los hechos de este capitán — se apunta en un artículo del *Semanario pintoresco español* —, verdadero tipo del soldado español, fuerte en la batalla, áspero en su trato, desdeñoso con los cortesanos, si no estuviesen consignados en las crónicas e historias de aquella época.»

No hay duda de que asombró a sus contemporáneos, tanto por su fuerza hercúlea como por su dedicación a la hora de acometer cualquier empresa que se hubiera propuesto. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, que lo trató dice que «porque le vi, e hablé e conocí muy bien… fue en nuestros tiempos uno de los valientes caballeros por su persona, a pie y a caballo, que hubo en toda Europa, entre los cristianos… Era de grandes fuerzas, e muy diestro en toda manera de armas, e muy venturoso en el exercicio dellas… era muy estimado e famoso milite.» Y el militar y escritor Jerónimo Jiménez de Urrea no tiene empacho en declarar que el vencer por la pura fuerza del brazo es digno de mucha honra. «Mirad cuánta ganó en las guerras Diego García de Paredes por aquellos golpes desmesurados que daba.»

La sarta de alabanzas al valor insolente de Paredes daría para un libro. El historiador aragonés Jerónimo Zurita (1512-1580) lo califica de «muy esforzado caballero y extrañamente valiente… que se conoció en él que nunca supo temer: y después de los notables hechos de su persona, fue estimado su nombre, y conocido en toda Italia y en la mayor parte de Europa.»

El soldado y cronista de la conquista de México, Bernal Díaz del Castillo lo menciona en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva*

España: «… aquel valiente, nunca vencido caballero Diego García de Paredes»; y lo mismo hace el gran poeta sevillano del Siglo de Oro, Fernando de Herrera: «¿Quién puede esperar comparación

con las robustas y terribles fuerzas y ánimo nunca espantado y siempre sin algún temor de Diego García de Paredes.»[7] Un encadenamiento de alabanzas que rubrica el historiador y biógrafo Tomás Tamayo de Vargas, que en su obra *Diego García de Paredes y relación breve de su tiempo* (1621) al dar por sentado que era un personaje «nacido solo para el espanto de sus siglos en los combates particulares, en las temeridades… en la venganza de todas las injurias, en la infatigabilidad del cuerpo, y en el ánimo, que jamás tuvo pavor.»

Fantasías verbales aparte, lo cierto es que pocos personajes hay de esa etapa esplendente para las armas españolas, a caballo entre los siglos XV y XVI, que puedan igualar los hechos de Paredes, cuyo nacimiento está documentado en Trujillo de Cáceres, el 30 de marzo de 1468, hijo primogénito de Sancho Ximénez de Paredes, de noble linaje vallisoletano, y la dama trujillana doña Juana de Torres.

Aseguran los cronistas que aprendió a leer y a escribir, y aun tuvo tiempo, dice el biógrafo Tomás Tamayo de Vargas[8], de criarse al estruendo de las armas que veía ejercitar a su padre (muerto en 1481), y el ejercicio le infundía tantos bríos que las fuerzas le crecían de día en día, y ya siendo mozalbete vencía en pelea a todos los de su edad.

De su fuerza sobrehumana han quedado muchas historias y anécdotas que rozan la leyenda, y en las que seguramente se entremezclan elementos reales y ficticios. Una de ellas cuenta que siendo todavía muy joven fue a misa con su madre en Trujillo, y cuando salieron de la iglesia la mujer dijo haberse olvidado de santiguarse con el agua bendita de la pila de la iglesia de Santa María la Mayor y quiso volver a tomarla. Diego dijo a su madre que esperase y él se la traería, y poco después cumplió el encargo. Se presentó a su madre con la pila, que había arrancado de cuajo, y se la entregó toda entera.


DEL GRAN CAPITAN
GONÇALO HERNANDEZ DE CORDOVA
CON LICENCIA DE SV MAGESTAD
En Sevilla.

Cronica del Gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordova y Aguilar: en la qual se contienen las dos conquistas del Reyno de Napoles […]; con la vida del famoso cavallero Diego García de Paredes.

En otra ocasión dicen que estando una noche pelando la pava con una dama, y como le molestase la reja que los separaba, la arrancó de un tirón y continuó con el galanteo, como si nada hubiera pasado. Y como la dama parecía preocupada porque su nombre quedara en lenguas de doble filo, con menoscabo de su honor, y para que no se conociera el nombre de la bella, arrancó todas las rejas de la calle.

Sobre la prodigiosa fuerza física de García de Paredes también nos ilustra Cervantes en el *Quijote* cuando escribe que «fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército, que no pasase por ella; y hizo otras tales cosas que, como si él las cuenta y las escribe, con la modestia de caballero y de cronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en su olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes.» [9]

Cervantes revela así de refilón el dato de que García de Paredes,

estando a las puertas de la muerte, dejara escrito el meollo de su autobiografía en un centón de páginas que aparecen incluidas como texto autónomo en la *Cronica del Gran Capitan Gonçalo Hernandez de Cordova y Aguilar: en la qual se contienen las dos conquistas del Reyno de Napoles*, publicada en Zaragoza en 1554 y dedicada básicamente al Gran Capitán **[10]** .

La reseña autobiográfica se conserva en la Biblioteca Nacional como «Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes la cual él mismo escribió, y la dejó firmada de su nombre: como al fin de ella aparece.» **[11]**

Lo que cuenta el héroe extremeño en este curioso documento son sobre todo lances y anécdotas de su vida de soldado, sin demasiada coherencia ni orden cronológico. Un conjunto de apuntes y pinceladas de una existencia aventurera, repleta de trifulcas, duelos, peleas y cuchilladas que darían pie a una magnífica novela de aventuras y en algunos casos hubieran podido ser causa suficiente de horca o cárcel. En ellos se retrata a un personaje orgulloso, insolente, seguro de su fuerza, valiente y un tanto jactancioso.

Con el «yo» y la punta de la espada siempre por delante.

La relación da comienzo en el año 1507, cuando tuvo una diferencia con un nombrado Ruy Sánchez de Vargas, que intentó arrebatarle un caballo. El tal Vargas, al que acompañaban tres hombres montados, persiguió a Paredes y hubo pelea a cuchilladas. El resultado fue que el extremeño los hirió de gravedad a todos y siguió su camino.

Y ese mismo año, acompañado de su hermano Álvaro, Diego llegó en estado de

«gran necesidad» a Roma, donde mandaba el papa borgia Alejandro VI. Estaban dispuestos a alquilar sus espadas al mejor postor, y como los dos hermanos no hallaban quien les diese de comer por falta de guerra, acordaron servir de alabarderos en la guardia vaticana, sin querer entrar en tratos con su primo el cardenal de Santa Cruz D.

Bernardino de Carvajal, que en Roma vivía, seguramente por algún asunto de índole familiar que hace poco al caso.

Algunos meses estuvo el trujillano en esa vida con otros españoles amigos que cita: Juan de Urbina, Juan de Vargas Pizarro, Zamudio y Villalba. Y estando con ellos de guardia en una puerta del recinto papal, tirando la barra unos con otros, aparecieron unos caballeros romanos, y entre ellos uno que se tenía por gran tirador y apostó cien

ducados con Álvaro García de Paredes, pero en su lugar lo hizo su hermano Diego, a lo que se opuso el apostador. Se cruzaron insultos, salieron a relucir las espadas, Diego echó mano a la barra, y la pelea derivó en carnicería. «Nos defendimos — cuenta —

con su daño, que matamos cinco dellos, y más de diez heridos.» El papa, benevolente con su guardia, resolvió encarcelar a los romanos y Diego y los suyos quedaron libres, aunque siguieron malviviendo con escaso dinero y «más necesitados que nunca.»



BREVE SVMA DELA VIDA Y HECHOS DE DIEGO GARCIA de Paredes. La qual el mismo escriuio, y la dexo firmada de su nombre: como al fin della parece.

Capítulo sobre la vida de Diego García de Paredes incluido en las seis páginas finales de la *Crónica del Gran Capitán*.

La necesidad les obligó a presentarse al cardenal Carvajal, que les proporcionó un hueco para combatir en una de las muchas guerras minúsculas que proliferaban en Italia, en un territorio que colindaba con las posesiones de Próspero Colonna.

A Diego le dieron el mando de una compañía, y llevó como alférez a Juan de Urbina, a su hermano de sargento y de cabos de escuadra a Pizarro Villalba y Zamudio. Un plantel guerrero de primera.

El jefe de la tropa en la que combatían los españoles era un sobrino

del papa, y Diego y sus compañeros hicieron el viaje caminando de noche por no ser sentidos, y llegaron a medianoche a una pequeña ciudad que debía ser tomada. Dispuesto el asalto se buscaron escalas, palancas y cuerdas para trepar la muralla. García de Paredes ató dos leños a los cabos de una cuerda y los atravesó en las almenas, lo que le permitió encaramarse rápidamente a lo alto de la fortificación, y desde allí hizo subir a sus compañeros con sogas y entre todos mataron a los centinelas de la muralla y pelearon con la guardia. «Yo fui a la puerta — cuenta el Sansón de Trujillo — y así el cerrojo que estaba con llave y arranqué las armellas, y abrí la puerta por donde entraron los nuestros, y fuimos a la plaza do se recogieron para pelear los enemigos. Eran por todos ocho banderas de infantería, fueron rotas y la tierra saqueada, y la otra tierra se rindió de miedo.»

Acabada la campaña, Diego volvió a Roma y pasó el resto del año en el castillo de San Ángelo, hasta que otra vez le tocó combatir en otra guerra del papa contra el duque de Urbino, y en ella se vio envuelto en un oscuro episodio. Al ser reprendido por el capitán Cesáreo Romano, que le acusó de traidor porque al pelear con el enemigo gritó

«España», Diego le desafió y Dios — dice — le dio la victoria y cortó la cabeza al capitán Romano, «no queriendo entenderle que se rendía.»

Al enterarse el papa del exceso hizo prender al español y le quitó el mando de la compañía, y cuando estaba preso — custodiado por ocho soldados — decidió escaparse, y así lo cuenta él mismo: «A media noche me aventuré a salvarme, tomando de la guardia una alabarda, y con ella maté a la centinela, y salí fuera, y la guardia tras mí hasta la guardia del campo, y allí reparé por la mucha gente que venía, y el capitán alborotado detuvo la gente con mano armada no sabiendo qué fuese: yo salí a la centinela, demandóme el nombre, como no lo sabía dar acometióme y yo le maté, y salí fuera del fuerte y fuíme al campo del duque [de Urbino], do fui bien recibido, aunque la noche pasada había hecho daño en ellos.»

El duque, al parecer, agasajó a García de Paredes y se regodeó con sus aventuras. En recompensa le dio el mando de la compañía de arcabuceros de un capitán que acababa de morir, y estando a punto de entrar en batalla, Diego suplicó al duque avanzar más, hasta cruzar un río con barcas y quedó con sus hombres en una isleta, hambrientos y a la espera de acontecimientos.

De creer la versión del propio de Paredes, siempre autoelogiosa, el duque de Urbino ganó esa guerra gracias a la intervención del

extremeño, quien al ver que no había vituallas para sustentar a su tropa subió a caballo y, en calzas y en camisa, tanteó las orillas hasta hallar un vado, que aprovechó para contraatacar con quinientos arcabuceros y otros tantos caballos. El caso es que García de Paredes consiguió entrar por sorpresa en el campo enemigo con los soldados del duque y acometieron todos a un tiempo matando y quemando. Y el trujillano se apoderó de la artillería y volvió las bocas de los cañones hacia el enemigo, y acabada la jornada, tras reposar cuatro horas, Paredes consiguió engañar a una tropa de venecianos que acudía en ayuda de los derrotados para que pasaran el río. Eran más de seis mil, y una vez en la otra orilla les tendió una emboscada con dos mil escopeteros, que mataron con sus disparos a casi tres mil, y los restantes perecieron ahogados o fueron hechos prisioneros. Y después de esta victoria el duque de Urbino ganó la guerra y sosegó su territorio.



Imagen de Diego García de Paredes. Imprenta Real, 1791 (dibujo de J. Maea y grabado de Tomás López Enguídanos).

De nuevo sin bandera ni jefe a los que seguir, Diego y su tropilla fueron al campo de Próspero Colonna, donde Fernández de Córdoba, el Gran Capitán lo recibió muy bien.

Le dieron otra vez el mando de una compañía de caballos y dos de escopeteros, y tomó parte contra los franceses en la batalla de Ravena, que acabó en derrota de España y el papado en liza con Francia y Ferrara, pero los vencedores quedaron tan maltrechos como los vencidos, o más. Exagerando, el Sansón extremeño dice que los enemigos eran sesenta mil, y los propios quince mil, «pero quedaron tan pocos como nosotros éramos.»

A la batalla siguieron varios días de escaramuzas sin cuartel y cuando acabó la mortandad quedaron escasos supervivientes de uno y otro bando, y a García de Paredes lo apresaron los franceses con tres heridas de escopeta y el caballo muerto.

Cuatro hombres de armas lo llevaban preso cuando, al cruzar un puente, se agarró a ellos y así abrazado se dejó caer del puente, «y ellos se ahogaron y yo escapé por buen nadador y voluntad de Dios, que si me llevaran a su campo me dieran mil muertes; y así volví a nuestro campamento armado de todas armas; a pie y mojado y seis millas de camino.»

No todo fueron, sin embargo, parabienes. Un coronel, de nombre Palomino, osó decir que Paredes había ganado poca honra en los combates que siguieron a Ravena, pues perdió a su gente y fue más la saña que la valentía. No necesitaba más el trujillano para exigir batirse en duelo formal con Palomino, y el combate, con padrino, se entabló con espada sola, en calzas y en camisa, y el Gran Capitán y Próspero Colonna fueron señores del campo del honor. Diego recibió una cuchillada en el brazo izquierdo («desde el codo hasta la uña del dedo pulgar») y asestó otra que cortó la mano y el brazo a su contrincante que, herido también en el muslo, cayó a tierra. «Quise cortarle la cabeza — cuenta Paredes —, pidiómele el Gran Capitán por hombre muerto y yo se lo di.»

Este tipo de desafíos, típicos de la época, fueron lances habituales en la agitada vida de García de Paredes. Como dice un cronista del siglo XVIII, era entonces el tiempo de los desafíos, que los mismos reyes apadrinaban, y la Europa salida de la barbarie daba la reputación de más bravo a quien salía más veces vencedor en semejantes combates:

«¿Quién de ellos pudiera medirse con Paredes, a quien el arnés más pesado no agobiaba más que una gala, y en cuyas manos era un juguete la maza más robusta? »[12]

Al parecer, García de Paredes nunca fue vencido en torneo, y el doctor cacereño Juan Sorapán de Rieros afirma que sostuvo más de

trescientos duelos sin ser derrotado, y en desafíos particulares, «con los más valientes de todas las naciones extrañas, mató solo por su persona, más de trescientos hombres, sin ser jamás vencido.» **[13]**



Media armadura del famoso Diego García de Paredes (Armería Real). J. Laurent. Madrid.

El extremeño menciona en su escrito uno de estos torneos. Doce contra doce, y entre los españoles el coronel Villalba, el coronel Aldana, el coronel Pizarro, el coronel Santa Cruz, los capitanes Juan de Haro, Juan de Gomado y Alvarado, y el propio Paredes, a quien le tocó en suerte combatir contra un capitán francés cuyos dos hermanos habían muerto a sus manos. La pelea debió de ser homérica. «A los dos días — dice el trujillano — combatimos con porras de hierro en medio de dos campos, rodeados de hombres de armas. Viendo el francés la pesadumbre de la porra, echó la suya en el campo no pudiéndola menear y puso mano al estoque, y vino a mí pensando que yo no podría alzar la porra, y dióme una estocada por la escarcela del arnés y hirióme, y yo le di con la porra en la cabeza y le hundí el almete en ella y murió.»

La Italia del Renacimiento, a la que llegó en 1496 tras fallecer su madre viuda, fue el ruedo donde el toro bravo que era García de Paredes hizo más estragos, pero para algunos historiadores su leyenda comienza en el asedio a la isla jónica de Cefalonia, que los turcos hablan arrebatado a los venecianos y estos recuperaron con ayuda española.

Los jenízaros otomanos resistieron bravamente durante casi dos meses en la principal fortaleza de la isla, situada sobre un promontorio de difícil acceso, hasta que por fin los combatientes cristianos dieron el asalto final, en el que Paredes tuvo una actuación que

asombró a amigos y enemigos por el estrago que causó en los turcos, después de que estos consiguieran capturarlo y mantenerlo preso durante tres días. Pero para desgracia de los defensores, el trujillano arrancó las cadenas y derribó la puerta de su calabozo, y arrebatando el arma a uno de los guardianes cargó como un rayo contra la guarnición de los jenízaros en el momento en que los españoles asaltaban la muralla. Fue a partir de entonces cuando unos y otros empezaron a llamarlo el «Sansón de Extremadura.»

Diego García se incorporó de nuevo a los ejércitos del papa a principios de 1501, y César Borgia le dio una coronelía en su ejército, donde se distinguió lo suficiente como para dejar su nombre en las crónicas: «un hombre de armas español [...] varón de muy gran fortaleza y ánimo, al cual llamaban Diego García de Paredes [...] arremetió como un león denodado con su espada y lanzóse en medio de las fuerzas de los enemigos dando voces [...] haciendo cosas dignas de eterna memoria.» **[14]** .

Y a esta guerra siguió otra cuando a finales de 1501 se incorpora a las banderas del Gran Capitán para expulsar a los franceses del reino de Nápoles, y ahí alcanzó su apogeo como soldado, sembrando el temor en las filas de los franceses, que no veían el modo de sujetar a un gigante que cuando combatía parecía una fuerza ciega de la naturaleza, como refieren las crónicas de sus coetáneos: «De Diego García de Paredes ni palabras bastan para lo contar, ni razones para lo dar a entender. Traía una grande alabarda, que partía por medio al francés que una vez alcanzaba, y todos le dejaban desembarazado el camino... A dos artilleros partió por medio Diego García hasta los dientes, de que el Marqués estaba espantado [...] y comenzó a huir en uno de los cincuenta caballos que de Mantua había traído.»


RENOMBRE DE GRANDE. 48

GONZALO FERNANDEZ
DE CORDOVA,
EL GRANDE CAPITAN DE ESPAÑA.

ELOGIO XIX.

GONÇALO FERNANDEZ DE CORDOVA segundo GRANDE entre los Capitanes, adquiriò este renombre por su RELIGION singular. Pues como escrive el docto, i elegante Obispo Paulo Iovio, que historiò sus vitorias, su mayor cuidado en ellas, fue la aclaracion de las

Inui-

Retrato de Gonzalo Fernández de Córdoba; dibujo de Pedro Perret, y grabado de Francisco Martínez.

Memorable fue la actuación de Paredes en Ceriñola y Garellano (1503), las dos batallas cimeras del talento militar del Gran Capitán. En esta última fue cuando, herido en su orgullo por un reproche que Gonzalo Fernández le hizo, acometió él solo con un montante a un gran destacamento francés sin dar un paso atrás y «encendido en ira». Lo cuenta así Hernán Pérez del Pulgar [15]: «Con la espada de dos manos que tenía se metió entre ellos, y peleando como un bravo león, empezó a hacer tales pruebas de su persona, que nunca las hicieron mayores en su tiempo Héctor y Julio César, Alejandro Magno ni otros antiguos valerosos capitanes, pareciendo verdaderamente otro Horacio en su denuedo y animosidad.» Las crónicas también nos cuentan, aunque es posible que exageren algo, que Paredes se llevó por delante aquel día a más de quinientos franceses, entre muertos a golpe de espada y ahogados en el río Garellano, cuando huían de su terrible montante. Fue su manera de desahogarse de la rabia almacenada por los reproches que le había hecho el Gran Capitán, el jefe que mejor lo entendió, al que siempre fue fiel y ante el que se sentía como un niño forzudo y obediente.

De Italia, García de Paredes pasó a España con Gonzalo Fernández de

Córdoba, quien fue a dar cuenta de sus hechos al rey Fernando el Católico. Y estando un día en la sala del trono con muchos caballeros, hubo dos que murmuraron del Gran Capitán («dijeron que el Gran Capitán no daba buena cuenta de sí») y Paredes se encendió al oír el comentario. «Yo respondí alto, que lo oyó el Rey, que cualquier que dijese que el

Gran Capitán no era el mejor criado suyo y de mejores obras, que tomase un guante que yo puse en la mesa. El Rey me lo volvió, que no lo tomó nadie, y dijo el Rey que fuera verdad lo que yo decía.»

El incidente le sirvió para ganarse de nuevo el aprecio del Gran Capitán, que al parecer estaba enfadado con él porque Paredes no había querido servir a Próspero Colonna, aliado de Fernández de Córdoba en las guerras de Italia.

De regreso a Extremadura, pasando por Coria, el coloso de Trujillo halló refugio en una posada en la que — cuenta él mismo — había dos rufianes, dos mujeres de mala vida y unos bulderos que querían cenar, y como viesen a nuestro héroe vestido de pardillo y con un papahígo, pensaron que era un mercader de cerdos y comenzaron a preguntarle de forma impertinente. Como Paredes no respondía, pensaron que era judío y sordo, y uno de los rufianes se atrevió a tirarle del papahígo. En estas, llegaron veinticinco arcabuceros que con él venían de Italia, y Paredes les hizo seña de que hicieran que no le conocían, hasta ver en qué paraba la fiesta, que acabó como estaba previsto. «Yo me levanté y tomé un banco en que estaba sentado, y comencé por el rufián y las mujercillas, y abrí la cabeza al rufián, y eché las mujeres y los bulderos en el fuego; una mujer cayó debajo, y murió; los otros, quemadas las caras y las manos, salieron dando voces a la justicia, y el mesonero con ellos.»

Tanto alboroto no mermó el apetito de García de Paredes y los arcabuceros, que se sentaron a devorar la cena de los rufianes y los bulderos, mientras el pueblo se congregaba a la puerta de la posada y llegó el alcalde, que aporreó la puerta hasta que Paredes abrió, se lio a golpes y con la tranca de la puerta derribó a unos cuantos de los congregados. Y cuando, para hacerlo salir, los del pueblo estaban a punto de quemar la posada, apareció el obispo, que era pariente del trujillano (parece que Paredes tenía mucha familia de Iglesia para sacarlo de apuros), y ahí se sosegó todo.

Diego García permaneció en Trujillo durante la guerra de los Comuneros de Castilla, y al poco tiempo tuvo que ir a Navarra, de coronel de nueve banderas, y guerreó en Pamplona y Fuenterrabía

contra los franceses y los mercenarios suizos, y se distinguió notablemente en la batalla de Noáin, a fines de junio de 1521, tal como consta en los Anales de la Corona y Reino de Aragón[16]. Tantos asaltos, degüellos y arremetidas hacen que la vida de García de Paredes parezca un rosario monótono de golpes, mazazos, heridas y cuchilladas.



Pelea con montantes al estilo de la escuela Meyer. Grabado de la época.

Después de la guerra en Navarra, Carlos V vino a España de Flandes, y Diego acudió a rendirle pleitesía. Luego, el monarca fue a Bolonia, en Italia, a coronarse emperador, y Paredes llegó con él hasta Hungría, amenazada por los turcos, y después otra vez volvió a Italia, pero las broncas y peleas le perseguían como un mal viento. En Friuli estaba en una casa con su hijo Sancho de Paredes y algunos criados cuando a media noche escuchó ruidos de gente que quería quemar el sitio para darle muerte.

Diego salió y le dieron cuatro escopetazos, de los que al parecer no recibió mucho daño, y a partir de ahí se inició una batalla campal con alabardas, espadas y piedras. Cuando la situación pintaba peor, uno de los suyos consiguió escapar y dar a aviso a un campamento de soldados cercano de que mataban a Diego García de Paredes. Acudió al auxilio el alférez Diego de Ávila con cincuenta arcabuceros a caballo, justo a tiempo, pues «si tardaran más todos éramos despedazados, porque estábamos todos malheridos, y yo de rodillas en tierra entre algunos suyos muertos, do no me podían herir en las piernas, y ansí llegó el socorro y matamos tantos que escaparon pocos de más de cien hombres que eran: yo prometo a Dios que fui el hombre más cruel que nunca fui, porque maté más de diez dellos… y

diéronme a mí seis heridas pequeñas, y dieron a Sancho Paredes tres; de manera que a todos nos señalaron.»

De esta forma tosca y atropellada refiere el trujillano sus innumerables peleas, que en ocasiones más parecen grescas tabernarias que lides bizarras. Al final, tanto fue el cántaro a la fuente que acabó rompiéndose de manera tan trivial como imprevista.

Dignos de la fama de García de Paredes quedan para la posteridad muchos episodios. En uno de ellos se cuenta que molesto el Gran Capitán por la pérdida de un bastión tomado por los franceses en vísperas de la batalla de rio Garellano, ordenó

recuperarlo a toda costa. Así se hizo y los enemigos fueron rechazados al otro lado del río. Entonces Paredes se presentó al Gran Capitán y le dijo:

«Señor, ya no tenemos enemigos a quien combatir, sino con la artillería. Mejor sería excusar la guardia y dejar que pasen mil o dos mil de ellos. Entonces los acometeremos y podremos ganar su campo.»

A lo que Fernández de Córdoba le contestó con sorna, como solía hacer con frecuencia: «Diego García, pues Dios no puso en vos el miedo, no le pongáis vos en mí.»

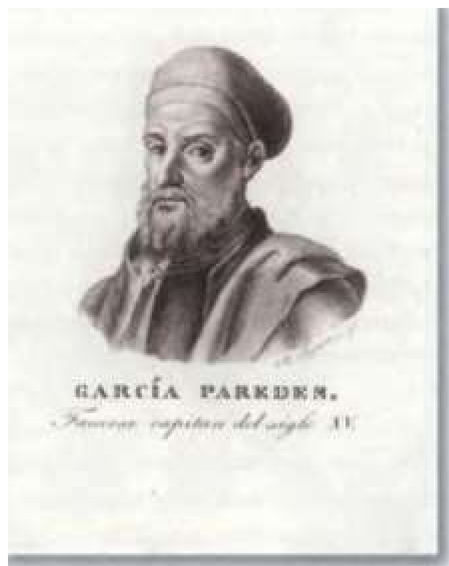
«Seguro está vuestro campo de miedo — respondió Paredes con agudeza —, si no entra en él más que el que yo inspirare.»

Pero las palabras amables y la ironía no eran los puntos fuertes del guerrero extremeño, que picado por el comentario del Gran Capitán descendió del caballo, se puso un yelmo y empuñando un montante entró solo en el puente que los franceses habían tendido sobre el Garellano.

Los franceses lo reconocieron y salieron a su encuentro en gran número, y el español pareció estar dispuesto a parlamentar con ellos, pero solo intentaba ganar tiempo y situarse bien para la pelea, antes de sacar a relucir el montante y empezar a lidiar. Al ver el desigual duelo, algunos españoles acudieron a sostener a Diego García y se generalizó la escaramuza. Al final, abrumados por la superioridad numérica enemiga, los españoles se retiraron, y dicen las crónicas que el último en hacerlo fue Paredes, que iba echando pestes, pues no había quedado satisfecho con aquel alarde de arrojo.

Tampoco quedó satisfecho Gonzalo Fernández de Córdoba con otro duelo en el que tomó parte García de Paredes, y eso no sentó nada

bien al trujillano, que anduvo medio enojado con su jefe por el comentario que este hizo. El desafío, que derivó en leyenda, tuvo lugar en la ciudad napolitana de Trani, cerca de Barletta[17], en la costa del Adriático, el 20 de septiembre de 1502, cuando los franceses propusieron que once de los suyos pelearan con otros tantos españoles.



García de Paredes.

Aceptado el duelo, con la condición de que los rendidos habían de quedar prisioneros dio comienzo la justa en el sitio elegido, a mitad del camino entre Barletta, ocupada por los españoles, y Víselo, donde acampaban los franceses. El escenario incluía una tribuna cubierta de banderas donde se situaron los jueces y un gran número de damas y caballeros.

De los once campeones españoles, el más celebrado era Diego García, que pese a tener tres heridas en la cabeza muy dolorosas, no rehusó — a petición del Gran Capitán — perderse el duelo. Y entre los franceses estaba el célebre Pierre Terrail de Bayard o Bayardo, al que las crónicas llamaron «el caballero sin miedo y sin tacha.»

Llegaron primero los españoles al sitio del combate y las trompetas dieron la señal de iniciar batalla cuando los adversarios estuvieron frente a frente.

Los justadores —dice el cronista fray Prudencio de Sandoval en la *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V* — «fueron los españoles Diego García de Paredes, que rindió a su contrario; Diego de Vera, que después fue muy conocido por lo de Argel y Fuenterrabía; el alférez Segura, y Moreno, su hermano, Andrés de Olivera, Gonzalo de Arévalo, Jorge Díaz Portugués, Oñate, Martín de Triesta, mayordomo del Gran Capitán; Rodrigo Piñán, y Gonzalo de Aller, que por su desventura fue rendido, aunque era muy valiente.»

Durante cinco horas los contendientes se dieron tres acometidas, y quedaron siete franceses en pie y dos a caballo, y de los españoles quedaron ocho a caballo, dos en pie

y otro prisionero. Los franceses descabalgados se atrincheraron detrás de sus caballos muertos, flanqueados por los dos que estaban montados.

En esta situación, los españoles acometieron una vez más, pero sus bridones, espantados de los cadáveres, se frenaron y no quisieron pasar adelante. Diego García arremetió de nuevo montado y durante un buen rato estuvo peleando solo contra todos los franceses, hasta que le hirieron el caballo y tuvo que retirarse.

Agotados los contendientes, la pelea quedó indecisa y los franceses ofrecieron admitir que los españoles eran tan diestros caballeros como ellos, y propusieron salir todos juntos del palenque como buenos y con la honra a salvo. Algo que no gustó a Diego García que a pesar de estar herido y haber perdido la espada seguía combatiendo a los franceses tirándoles piedras, muy enojado al ver «cómo tanto tiempo les duraban aquellos vencidos franceses.» Al final, los jueces del desafío sentenciaron que todos eran buenos caballeros y dejaron el resultado en tablas, pero el desenlace no dejó satisfecho al Gran Capitán, que cuando Diego García y el resto de los españoles le fueron a dar cuenta del suceso los recibió fríamente y al escuchar el elogio que hacían de los caballeros franceses comentó: «Por mejores os envié yo al campo.»

Cuando Nápoles pasó a la corona hispana en 1504, el Gran Capitán, que había quedado de virrey en ese reino, premió a Diego García con el marquesado de Colonetta.

Esos fueron quizá los días más triunfales para Diego García, que regresó a España con aureola de héroe. Pero Gonzalo Fernández y el

rey Femando el Católico terminaron distanciándose, en buena medida a causa de las maledicencias cortesanas. Paredes siempre se mantuvo fiel al lado del Gran Capitán, y Femando el Católico, entendiendo que aquel había sido demasiado generoso con sus colaboradores de armas, le quitó el título de marqués de Colonetta al trujillano. Esa fue quizá la etapa más amarga en la carrera militar de Diego García, al sentirse repudiado por su rey y menospreciado por quienes en la corte solo se atrevían a criticarlo por la espalda y temían su cólera. Así que decidió poner tierra, o mejor mar, por medio, y contando con la ayuda financiera de Juan Lanuza, armó carabelas en Sicilia y se dedicó al corso en el Mediterráneo, sin respetar a cristianos o a infieles. «Púsose como corsario a ropa de todo navegante —

dice el historiador aragonés Jerónimo Zurita —: y comenzaron a hacer mucho daño en las costas del reino de Nápoles y de Sicilia: y después pasaron a Levante, y hubieron muy grandes y notables presas de cristianos e infieles.» [18]

Perseguido por las galeras del rey de España, y con la cabeza puesta a precio, García de Paredes asoló las costas de Mediterráneo occidental, haciendo despojo de berberiscos



y franceses, y estuvo a punto de ser capturado en Cerdeña, lo que de seguro lo hubiera llevado a la horca. Esta actividad aventurera y poco virtuosa de Paredes debió de durar unos dos años, pues tras recibir el perdón real intervino, como ya se ha dicho, en la conquista de Orán con el cardenal Cisneros en 1509.

Batalla de Ravena.

Los días del Sansón de Extremadura acabaron en Bolonia, donde a poco de expirar dejó memoria de sus hechos a su hijo Sancho con sentidas palabras: «Y parece que la place a Dios que por una liviana ocasión se acaben mis días. Dejo esta memoria a Sancho de Paredes, mi hijo, para que en las cosas que se ofrecieren en defensa de su persona y honra, haga lo que debe como caballero, poniendo a Dios siempre delante de los ojos y procurando tener razón para que le ayude.»

Paredes combatió en la batalla de Pavía, atestigua el cronista y poeta Luis Zapata de Chaves en unos versos de su obra *Cario famoso*»14, aunque algunos lo ponen en duda, porque no aporta ninguna prueba y en esa fecha (febrero de 1525) el hercúleo extremeño seguramente estaba combatiendo a los franceses en el Reino de Nápoles, que habían invadido otra vez este territorio en un intento de dividir al ejército imperial que defendía el Milanesado contra el ejército del rey Francisco I de Francia.

«Pues no creo que nadie hay que no lo viese,

lo que en Pavía yo obré, pues en sus llanos,

están lagos de sangre de mis manos.»

Palabras que Zapata pone en boca del personaje García de Paredes.

Como es sabido, el monarca galo fue hecho prisionero en la batalla, y el mencionado Zapata afirma que Carlos V le pidió a Diego García que escoltara a Francisco I de vuelta a Francia, tras la prisión de este en Madrid. Años antes había participado en la expedición del cardenal Cisneros que conquistó Orán, y luego regresó a Italia, su ventura, y allí el emperador austriaco Maximiliano I lo convocó de maestre de campo y lo puso al frente de la infantería española del ejército imperial para combatir contra Venecia, aunque la empresa no acabó bien, y Paredes volvió a África en 1510 para combatir con Pedro Navarro en los asedios de Bugía y Trípoli. Y cuando terminó esta campaña otra vez volvió a Italia, con el ejército de Maximiliano, para defender Verona, y un año más tarde, con el papa Julio II, fue nombrado coronel de la Liga Santa y luchó en la infausta batalla de Ravena, donde murió su hermano Álvaro de Paredes, y él y el coronel Cristóbal Zamudio consiguieron retirarse con honor y salvar a la mayor parte de la infantería española de la masacre, y poco tiempo después tomarse la revancha contra las tropas de Venecia en la batalla de Vicenza.

Diego García se casó con María de Sotomayor en 1517, siendo ya hombre maduro de casi 50 años, y pronto el matrimonio resultó un fracaso, hasta el punto de que los cónyuges terminaron viviendo separados. Del casamiento nació un hijo, Sancho de Paredes, en 1518, pero el trujillano tenía otro hijo natural con Mentía de Vargas, que nació en 1506, y tuvo una actuación destacada en tierras americanas. Sancho participó en la conquista del Perú y en la expedición al río Amazonas con Orellana, y fundó la ciudad de Trujillo en Venezuela. Felipe II lo nombró en 1563 gobernador y capitán general de Popayán, en Colombia, y, cuando se dirigía a ocupar el cargo desde la costa venezolana, pereció con todo su séquito en un ataque de los indios.

Solitario y sin mujer, Paredes regresó a su Extremadura natal, donde llevó una existencia anodina y sosegada desde 1526 a 1529. Luego abandonó Trujillo para viajar por toda Europa en el séquito imperial de Carlos V, quien lo nombró Caballero de la Espuela Dorada y lo tuvo, como se refleja en el elogio que hizo de sus hechos:

«mostrándoos tal en todas las batallas y rompimientos que habéis sido espanto y asombro de vuestros enemigos, y amparo y defensa de los nuestros.»

Tras cuarenta años de vida dedicada al oficio de las armas, falleció Diego García de Paredes el año 1530 en Bolonia, como ya se ha dicho, y el cronista añade que fue de un

«achaque» cuando unos caballeros mancebos hacían caer con el pie derecho una paja en la pared, poniendo de corrida en ella el izquierdo; él quiso probar también destreza con



aquellos jóvenes (tenía 64 años) y cayó y murió de «achaque de la caída». Dicen que el juego era «fácil y pueril», ya que de lo que se

trataba era de derribar una débil paja sujeta en una pared.

Sepulcro de García de Paredes en Trujillo, Cáceres.

O sea, que la muerte le llegó de las heridas recibidas al caer accidentalmente del caballo, cuando competía con unos jovenzuelos, por pasar el rato, en un torpe esparcimiento más propio de chiquillos que de hombres cabales. Pero el azar decide y *sic transit gloria mundi*. «Parece — dijo al expirar, resignado — que le place a Dios que por una liviana ocasión se acaben mis días.»

El biógrafo Tamayo de Vargas dice que durante su funeral en Bolonia, los soldados

«le llevaron en hombros de todos, deseando cada uno hacerle estatuas con su imitación.»

Pese a su rudeza, no era hombre inculto, pues fue capaz de escribir de propia mano sus memorias y dejar en el inventario de sus escasos bienes al morir libros como la Biblia o *Los comentarios de Julio César sobre la guerra de la Galias*.

Su cadáver, que se descubrió cubierto de cicatrices cuando lo lavaron antes de ponerlo en el sepulcro, fue conservado en esa ciudad, y algunos años más tarde se trasladó a la parroquia de Santa María la Mayor de Trujillo, y su hijo Sancho mandó colocar dos banderas sobre su sepultura como sencillo y único homenaje funeral tributado a tan temible soldado.

En el sepulcro, grabado con letras capitales, el cardenal Baronio mandó grabar un prolijo epitafio en latín que traducido reza así:

A Diego García de Paredes, noble español, coronel de los ejércitos del emperador Carlos V, el cual desde su primera edad se ejercitó siempre honrado en la milicia y en los campamentos con gran reputación e integridad, no se reconoció segundo en fortaleza, grandeza de ánimo y hechos gloriosos; venció muchas veces a sus enemigos en singular batalla y jamás ninguno le venció, no encontró igual y vivió siempre como esforzado y excelente capitán. Murió este varón, religiosísimo y cristianísimo, en Bolonia, al volver lleno de gloria de la guerra contra los turcos, en las calendas de febrero, a los sesenta y cuatro años de edad. Esteban Gabriel, cardenal Baronio, puso este laude dedicado piadosamente al meritísimo amigo el año 1533, y sus huesos los extrajo el Padre Ramírez de Mesa, de orden del señor Sancho de

Paredes, hijo del dicho Diego García, en día 3 de las calendas de octubre, y los colocó fielmente en este lugar en 1545.

En la celebridad de Paredes no hizo demasiada mella la muerte. Más bien fue al contrario. Como ocurre con muchas famas auténticas, la suya, como sinónimo de valor y fuerza, fue creciendo desde la tumba, y la memoria de sus hazañas se engrandeció con el tiempo y sirvió para inspirar dignidad a las tropas de España en momentos cruciales.

María Pita

La leona de Galicia

el lugar exacto donde fue enterrada nada sabemos, pero sí de sus pleitos y matrimonios. Cuatro maridos tuvo, pero todos murieron y ella se quedó sola D frente a su destino de mujer y madre fuerte, capaz de plantar cara a cualquier cosa que la vida le pusiera por delante.

Aunque ha pasado a la historia como María Pita, su nombre completo y verdadero era Mayor Fernández de Cámara Pita. Había nacido en una aldea próxima a La Coruña en 1556, y según sus mejores biógrafos nada puede asegurarse sobre su familia, excepto que la madre, casada con Simón Arnao, se llamaba María Pita igual que su hija mayor, hermana por tanto de la heroína. La familia, aunque modesta, estaba bien establecida en la ciudad. Otras versiones afirman que los padres eran propietarios de una tienda en la que ella misma, de pequeña, trabajó ayudando al negocio familiar.

No eran extrañas en la Galicia de esa época las anomalías en lo tocante a la colocación de los apellidos, ya que no existía una regla general en cuanto al orden, y además podían cambiar a lo largo del tiempo para una misma persona. El dato de que la mujer que pasó a la historia lo hiciera con el nombre de su madre era algo habitual, pero además María Pita aparece con distintos apellidos en diferentes documentos. En unos es Mayor de Cambre, y Mayor Fernández o Mayor Fernández da Cámara en otros.

Matrimonios

María Pita se casó los 25 años con el carnicero Juan Alonso de Rois, de quien tuvo una hija, María Alonso. Fue el primer matrimonio de los cuatro a los que se vio socialmente impelida por el fallecimiento rápido de todos sus esposos.

Viuda por primera vez a los cuatro años de casada, volvió a contraer matrimonio. En esta ocasión con otro carnicero, Gregorio de Rocamonde, que murió en el cerco de la flota inglesa a la ciudad coruñesa en mayo de 1589. La batalla en la que María dejó patentes muestras de su valor cuando los asaltantes, tras arrasar el barrio de la Pescadería, intentaron tomar la parte vieja de la ciudad.

Los combates fueron muy duros y en ellos intervino la población civil al lado de los soldados. Los ingleses invadieron el núcleo antiguo por la Puerta de Aires y los defensores se defendieron en combates callejeros cuerpo a cuerpo.

Documentada está la decisiva actuación de las mujeres coruñesas en la defensa de su ciudad. Fueron muchas las que participaron en la pelea, aunque solo unos cuantos de sus nombres hayan trascendido. En este sentido, María fue más afortunada por la notoriedad que adquirió ante sus paisanos. Algo que seguramente tiene que ver con las muchas peticiones que llevó a cabo ante las instancias reales, en solicitud de alguna recompensa, siquiera menguada, por sus servicios.

En este trajín burocrático para aclarar méritos, María viajó a la Corte en 1596 y 1604

y los desplazamientos no resultaron del todo baldíos, pues sus peticiones se vieron en gran parte atendidas.

Antes de estas idas a Madrid, María Pita se había casado por tercera vez. El nuevo marido era el capitán de Infantería Sancho de Arratia, originario de Sanlúcar de Barrameda que había llegado a Galicia con un cargamento de madera y municiones para los barcos de la armada real en El Ferrol. Y de esta unión nació una niña, Francisca, poco antes de que muriera el padre en 1592.

Otra vez viuda, María contrajo cuarto y último matrimonio con Gil de Figueroa, escudero de la Real Audiencia de Galicia, que le dio dos hijos (Juan y Francisco) más un rosario de problemas legales que la

forzaron a pleitear con la familia del cónyuge, incluso después de que este hubiera muerto. Además de su empleo en la Real Audiencia, Gil de Figueroa era señor del coto de Ledoño, y eso le permitía cobrar algunas rentas cuya herencia originó los mencionados litigios.

Embrollos legales

María Pita fue una hembra peleona tanto en la vida civil como en la guerra, lo que acrecentó su fama de luchadora nata. Una mujer fuerte, desafiante y arrojada hasta la temeridad con sus enemigos, que debieron de ser muchos a tenor de su carácter que algunos contemporáneos consideraron insufrible.



Monumento a María Pita en La Coruña.

Se conocen hasta 35 procesos judiciales referidos a ella y a su familia por todo tipo de asuntos que van desde demandas de bienes y cobro de deudas a una acusación de intento de asesinato interpuesta por un capitán, lo que a punto estuvo de provocar su destierro de La Coruña en 1596. El oficial la denunció por haber intentado darle muerte en el asalto a la casa donde estaba hospedado. Un episodio de auténtica crónica negra poco aclarado, pero en este proceso los jueces fallaron en contra de María y esta (siguiendo la tradición de tantos héroes españoles encarcelados) tuvo que pasar unos meses en prisión y sufrir el oprobio temporal del destierro.

Fue poco después de este pleito adverso cuando decidió viajar a la Corte en demanda del favor real. Pedía que le subieran el sueldo y este se extendiera a las hijas, y que a sus hijos varones les dieran algún servicio en la Infantería, lo cual consiguió en buena parte[19]. Pero los embrollos leguleyos la persiguieron hasta el final y llegó a acumular hasta 27 pleitos con vecinos y allegados.

Sus últimos años se vieron amargados por los conflictos legales para defender los derechos de los dos hijos habidos con su último esposo contra los parientes de este.

Cuando falleció en Sigrás, una parroquia del ayuntamiento de Cambre cercana a La Coruña, donde tenía propiedades, el 21 de febrero de 1643, María Pita tenía 87 años. Ya había visto y vivido casi todo, tras una larga vida rica en episodios de muy diversa índole. En su partida de defunción consta que hizo testamento en el que dejaba heredero a su hijo Francisco Bermúdez de Figueroa y pedía ser enterrada en el monasterio coruñés de Santo Domingo, próximo al escenario de su hazaña, donde también yacía su último esposo Gil de Figueroa. Pero se ignora el sitio exacto de la tumba, pese a los esfuerzos que se han venido haciendo por localizarla.



Los repetidos matrimonios, los maridos muertos y los numerosos litigios que envolvieron su existencia dan pie a pensar que el carácter de María debió de ser inconformista y un tanto desapacible en lo que respecta a lo que hoy llamamos relaciones sociales. También es posible, opinan algunos, que su fama heroica le acarreara muchas envidias y más conflictos de los normales, pues no todos se sentirían inclinados a admirar el temple de una mujer que tan señalado ejemplo de valor había dado a muchos de sus paisanos. Cuentan que en 1616, un vecino la retó a coger la pica para batirse, y hay constancia de una riña con un labriego de San Cristóbal de Viñas, al que amenazó gravemente, por un problema de lindes, agregando insultos como

«bellaco, desvergonzado, ladrón, descomulgado… y otras palabras feas.» Algo parecido ocurrió con el soldado Antonio Pinto, que la acusó de haberle desvalijado el aposento, y peor fue una riña con

agresiones en 1615 en la que fueron protagonistas tres hijos de María: Francisca, Juan y Francisco, los cuales — según el escrito de la denuncia —

invadieron y arrasaron el campo de una vecina a la que propinaron una paliza que le provocó abortar [20] .

Fuerte de San Antón en la bahía de A Coruña.

Dos años antes, peleada con la familia de los Cabarcos por la posesión del coto de Ledoño, María Pita había interrumpido una misa mayor para apropiarse de las limosnas y lanzar gritos contra María Ares, esposa de Juan Fernández Cabarcos, con la que tenía cuentas pendientes. Esta enemistad se prolongó varios años, y en 1618 María Pita irrumpió en las eras de los Cabarcos, desordenó la cosecha y ante la oposición de Juan Fernández Cabarcos y su mujer, organizó una gran gresca en la que no faltaron golpes, insultos y porrazos. No en vano el fiscal dela Audiencia la calificó en 1596 de

«mujer atrevida y descompuesta» y proponía al corregidor de La Coruña que se la

condenara conforme a las leyes, porque muchos de los delitos de los que se la acusaba eran «graves y atroces, dignos de mucha punición y castigo». El fiscal pedía incluso que el corregidor la sometiera a tormento para que se desdijese públicamente.

El ataque inglés

Todo personaje heroico necesita una ocasión de manifestarse como tal, y si el mismo Hércules solo se hubiera dedicado a tareas humildes nunca habría podido ser consciente de su fuerza. El momento y la circunstancia son las coordenadas que sitúan los hechos señalados. Y en el caso de María Pita, el escenario le vino dado por la flota que la reina Isabel I de Inglaterra y sus acólitos financieros enviaron a España, tras el desastre de la Gran Armada, para rematar los restos del poderío naval español, y de paso rapiñar lo que pudieran, como siempre ha sido tradición en los barcos de su Graciosa Majestad británica.

Presta a clavar el rejón de muerte a una España anonadada por el fracaso del desembarco de los tercios de Alejandro Farnesio en las playas inglesas, la soberana envió desde Plymouth una gran flota al mando de Francis Drake con varios objetivos marcados. Uno de ellos era ocupar La Coruña y saquearla. En total, unas 120 naves y 20

000 hombres de desembarco. Una armada que incluía — dice el historiador Fernández Duro — 27 navíos de guerra, con transportes menores hasta sumar 200 velas. En cuanto al personal, afirma que embarcaron unos 16 000 soldados, 2500 marineros y 1200

aventureros (voluntarios en pos de aventura). Otros datos más precisos mencionan 120

capitanes, 17 390 soldados, 1380 caballeros, 95 jinetes, 4100 marineros y 290 colonos.

La ciudad coruñesa mal amurallada y con escasa guarnición parecía presa fácil para los halcones ingleses. Los efectivos, materiales y humanos, eran hartos escasos. Contaba La Coruña con una compañía de 750 hombres entre soldados y milicianos que mandaba el capitán Troncoso, a los que se añadían seis barcos salvados del naufragio de la Gran Armada que aportaron 600 hombres más y varias piezas de artillería. Otras fuentes afirman que en la ciudad había 5 compañías, las cuales, contando milicias y caballeros particulares, alcanzaban los 1500 combatientes. Pero en total, la superioridad numérica de los ingleses era abrumadora.

Pese a tan magras defensas, los ingleses pensaban erróneamente que en el puerto quedaban naves bien provistas de víveres, pertrechos y

oro, preparadas para un segundo asalto a las costas inglesas que compensara el fracaso de la escuadra de Medina Sidonia.



Retrato de Francis Drake, obra de Marcus Gheeraerts el Joven (1591).

Frustrado el primer asalto por el fuerte de San Antón, que cubría la entrada del puerto, los ingleses rodearon la ciudad y desembarcaron catorce lanchones con tropas y artillería en la playa de Santa María de Oza. En total, de acuerdo con el relato de la batalla que recoge la Orden de Caballeros de María Pita[21], pusieron pie en tierra en la primera barcada siete banderas y en barcadas sucesivas varios miles de hombres.

Frente a ellos, los defensores se posicionaron en el Alto de Santa Lucía, fuera de las murallas, con 150 arcabuceros al mando del capitán Álvaro Troncoso que entorpecieron el avance enemigo con disparos y emboscadas, mientras se replegaban peleando escalonadamente hasta el arenal de Garás, protegidos por el fuego de cuatro piezas instaladas en el fuerte de Malvecín, en el extremo sur del muro de la Pescadería (hoy Plaza de Mina), y los cañones de los navíos San Juan y San Barlomé, fondeados cerca.

Una vez en tierra, la infantería inglesa, al mando del general John

Morris, cortó todos los caminos adyacentes salvo el de Bergantiños, por el que la ciudad recibió la única ayuda durante los dieciséis días que duró el ataque. El plan de los atacantes era cortar los caminos de Betanzos y Santiago, y dominar las alturas contiguas, para impedir la llegada de refuerzos.

El gobernador de la plaza, José Pacheco, marqués de Cerralbo, no quiso hablar de rendición; tocó a rebato al vecindario, y ordenó reunir dentro de la ciudad a los habitantes de las aldeas de la comarca. En ese momento, la guarnición de La Coruña era excepcionalmente numerosa, ya que además de la compañía de arcabuceros de Troncoso había 500 soldados viejos de infantería de marina procedentes de los tercios, que habían sobrevivido al desastre de la empresa de Inglaterra y eran la base de la defensa coruñesa. Y a esto aun se añadían 560 coruñeses armados (220 arcabuceros y 340 piqueros). Cifras muy rebajadas con respecto a los efectivos ingleses. Al parecer, Drake no tenía órdenes de atacar la ciudad, que entonces contaba con unos 4000

habitantes, pero la consideraba un botín seguro que podría tomar sin demasiados problemas.

A favor de la oscuridad, los invasores situaron destacamentos en puntos estratégicos, como el Monte y Puente de la Gaiteira, Castiñeiras, Nelle, Payo-Mouro y Labañou, lo que dejó a la ciudad cercada por tierra, aunque aún pudieron acogerse intramuros dos compañías de refuerzo al mando de los capitanes Monsalve y Ponce.

En la noche del 5 de mayo de 1589, tras desembarcar tres piezas gruesas de artillería para batir los barcos al ancla en el puerto, los ingleses abrieron trincheras y acercaron con escaso resultado las naves al fuerte de San Antón, situado sobre un islote y hoy museo arqueológico. Cuatro barcos ingleses llegaron tan cerca que alcanzaron el fuerte con su mosquetería, pero el fuego desde el castillo les obligó a retroceder. Pero en el arrabal de la Pescadería tuvieron más fortuna. Desde el exterior del muro centraron sus ataques sobre el Camaranchón, que defendía la compañía de Juan de Luna, y acometieron el muro con escalas. Lograron penetrarlo y ocupar el arrabal. Unos 70

defensores murieron y otros se lanzaron al mar o se abrieron paso a la desesperada hacia el interior de la península coruñesa para hacerse fuertes en el Castillo de San Diego o cobijarse tras los muros de la Ciudad Alta.

Esa noche los ingleses saquearon a fondo la Pescadería, habitada sobre todo por pescadores y pequeños comerciantes. Además de hacer prisioneros «usaron de muchas crueldades, matando muchos hombres, niños y mujeres, algunos con fuego y otros con martirio» y se apoderaron del magnífico hospital de San Andrés, de la Cofradía de Mareantes. En total, unos 400 coruñeses murieron esa noche del 5 de mayo.



Fuerte de San Antón.

En la Pescadería, los invasores encontraron de todo y, jubilosos, dedicaron largo tiempo al saqueo y a emborracharse sin freno. La crónica nos dice que «hallaron muy buenas casas y camas regaladas, y qué comer y beber a carretadas, ropas y vestidos para los que no las tenían y armas, y las casas llenas de otras muchas cosas.» Drake y Norris lo celebraron bebiendo a gollete en la casa del canónigo Labora, situada en la calle Real, donde se habían instalado.

El día 6 ocuparon el monasterio extramuros de Santo Domingo, muy cercano a la muralla, desde donde los ingleses cañonearon para apoyar otro ataque que fue rechazado.

El asalto

Entretanto, desde diversos lugares de Galicia se apartaron refuerzos. Unos 1400

voluntarios llegaron desde San Saturnino y Betanzos y se situaron en El Burgo, con órdenes de impedir el desembarco en diversos puntos de la costa. Otras dos compañías de asturianos fueron enviadas desde Santiago, que junto a otras tres de soldados que mandó Francisco de Menchaca, señor de Gayón, se dedicaron a hostigar al enemigo desde el monte de la Zapateira, mientras desde el castillo de San Antón se mantenía a distancia a los barcos enemigos y se impedía que el puerto fuera utilizado para desembarcar los pertrechos que los ingleses necesitaban.

Replegados los defensores al interior de la Ciudad Vieja, defendida por un precario muro, la situación era desesperada y hacía necesaria la colaboración ciudadana. Todos los hombres útiles se repartieron a lo largo del perímetro amurallado, mientras las mujeres quedaron encargadas de llevarles agua, vituallas y pólvora para que no tuvieran que abandonar el puesto.

En días sucesivos, los ataques continuaron. Los ingleses cavaron un túnel para dinamitar uno de los cubos de la muralla y abrir una brecha, contando con apoyo

artillero. Lo consiguieron, pero el muro, en lugar de derrumbarse hacia el interior lo hizo hacia el exterior y se desplomó sobre los asaltantes. Con esto sufrieron muchas bajas, que aumentaron por el fuego de los arcabuces de los defensores parapetados en la muralla y entre los escombros. En las barricadas y trincheras, junto a los soldados y paisanos, combatían mujeres del pueblo que recargaban los arcabuces y arrojaban piedras a los asaltantes, además de rellenar con tierra y piedras los deteriorados muros mientras esperaban la siguiente acometida. Una de ellas era María Pita.

«En todo el tiempo que duró este porfiado asalto, no cesaron las mujeres de proveer de piedras a los soldados, y de tirar ellas también por la misma batería, y algunas cargaban los arcabuces y mosquetes por detrás de los soldados y de los daban y tomaban para que ellos no cesasen de disparar.» **[22]**

El 14 de mayo, diez días después del desembarco, las minas habían

hecho ya muchos estragos en los defensores y se combatía cuerpo a cuerpo. En lo alto de las cañoneadas murallas — refiere un testigo — casi no se podía andar por la acumulación de los cadáveres. La caída de la ciudad parecía inminente y fue en uno de estos asaltos cuando María Pita ensartó con una pica al oficial inglés que se disponía a clavar la bandera en lo alto del parapeto. La heroína coruñesa, una más de las que se batían anónimamente en la defensa y acarreaban piedras, hizo tremolar la enseña enemiga capturada en señal de victoria, al tiempo que gritaba, imponiendo su voz sobre el estruendo de la pólvora: «¡Quien tenga honra que me siga!» «Quem teña honra, que me siga.»

La llamada *Relación anónima*, que es una de las mejores fuentes directas sobre la batalla, cuenta así el episodio: «El alférez de los enemigos que subió a la brecha animaba y gritaba a su gente, hasta que una mujer llamada María Fernández de la Cámara y Pita tuvo el acierto de matarle, y con esto causó alguna suspensión a los que subían y estaban peleando con los defensores que se cansaban ya, y con esto se animaron y recobraron para repeler al enemigo.»



Mapa de A Coruña. Pedro Texeira, 1634.

Empeñados en tomar la parte de la ciudad vieja, las tropas asaltantes insistían en el asalto por varios sitios, pese a las bajas. El tiempo, no obstante, empezaba a jugar en favor de los defensores, ya que los ingleses sabían que en Londres sería considerado un baldón que tan gran ejército no pudiese tomar una ciudad que consideraban desprevenida. El mismo almirante Drake, consciente de que la demora

en la conquista ponía en peligro el principal objetivo de la expedición, que era la conquista de Lisboa, se mostró partidario de suspender los ataques, a lo que se opuso el jefe de la fuerza de desembarco, John Morris, que lanzó su infantería de reserva al asalto final con todo el fuego disponible de artillería. Parecía ser el fin para los defensores de la muralla, y confiado en acabar con los últimos resistentes, un alférez inglés revestido de deslumbrante armadura estaba a punto de clavar la bandera británica en lo más alto de la derruida muralla cuando María Pita, que había visto morir poco antes a su marido, se lanzó contra aquel adalid de la hueste atacante. Fue entonces cuando, ciega de ira, agarró la pica de uno de los soldados caídos y la hundió en el vientre del abanderado inglés, quien seguramente no viviópara contarlo. El grito de «¡Quien tenga honra que me siga!» hizo el resto, y otras mujeres como ella, enardecidas, acudieron a ayudarla y reanimar a los soldados que aún quedaban en pie. Es así como se ganan las batallas.

Momento crítico

El gesto resultó decisivo por la moral que infundió a los extenuados defensores y el desaliento que propagó entre los desconcertados atacantes. La historia de las guerras abunda en estos chispazos de valor, pequeños aparentemente, pero determinantes por

producirse en el momento crítico, en el instante justo capaz de desequilibrar la balanza de una contienda igualada.

El dato innegable es que cuatro días después de la acción de María, los ingleses, descorazonados, maltrechos y muy resacosos por el saqueo de las bodegas halladas en la Pescadería, cesaron el ataque y se apresuraron a reembarcar en desorden.

«Así se les precisaba a retirarse después de haber porfiado en el asalto más de dos horas con grande empeño y resolución dejando una bandera entre las piedras; igualmente quedaron allí muchas armas que traían los que vinieron a dar el asalto, que todas y la bandera vinieron después a nuestro poder.» **[23]**

De los más de 20 000 soldados embarcados en la Contra Armada que invadió La Coruña, solo regresarían a su tierra unos 10 000, en su mayoría exhaustos y enfermos.

Una tremenda derrota que los anales de Inglaterra han silenciado o simplemente dejado caer en el olvido, como a lo largo de la historia suelen hacer los ingleses con sus descalabros. El capitán William Fenner dice que murieron doscientos noventa soldados rasos británicos, además de los trescientos que perecieron en la explosión de la mina del cubo de muralla. Y el número de heridos fue mucho mayor. En total, el número de bajas británicas en el asalto a la ciudad vieja debió de superar las dos mil, y en la lista figuraban un coronel, varios capitanes y otros oficiales. De los españoles murieron 150

soldados «de los mejores que teníamos y que mejor pelearon en aquel día», menciona la *Relación anónima*.

La Coruña se había salvado pero María Pita continuó después de la batalla cuidando a los heridos y llevando ropas y alimentos a los más desamparados. Su hazaña, sin duda, corrió pronto por Galicia y llegó a oídos del rey Felipe II, quien la recompensó con el grado y la paga vitalicia de alférez. Un premio que Felipe III prolongaría a sus

descendientes.



Plano de A Coruña, 1631.

Existen testimonios puntuales de la participación de las mujeres, en muchos casos llevando con ellas a sus hijos, en la resistencia contra la flota inglesa. Uno de ellos es un escrito que la ciudad de La Coruña envió al rey el 26 de julio de 1589, en el cual se dice que «hasta las mujeres animadas por los particulares acudieron de noche y día a cavar la tierra y carretearla a los cubos y traveses, mina y batería, con gran diligencia y cuidado, y asimismo con el mismo cuidado carreteaban piedras a la muralla, arrojándolas muy de ordinario encima de las cabezas de los enemigos, y particularmente el día del asalto, con ánimo y esfuerzo de más que de mujeres.»

Esas mujeres, sin distinción de clase social, mantuvieron el suministro y el ánimo de los defensores en los momentos críticos, y bajo la supervisión militar aportaron la piedra y la tierra para terraplenar los cubos y la muralla derruidos. Tras cada asalto, además, — como relata Luis Gorrochategui [24] — utilizaron la madera de las casas para fabricar fagina y levantar parapetos. También hicieron acopio de todo el peltre de uso doméstico que había en la ciudad para utilizarlo de munición.

«Para terraplenar los cubos y la muralla… todos, grandes y chicos, trabajaban, y les ayudaban las mujeres e hijos, todos los días acarreando y llevando mucha cantidad de piedras, pipas de tierra, pontones de madera y otras cosas que eran muy necesarias para el

dicho efecto.» [25]

«Y las dichas mujeres, aunque muy principales muchas dellas, acarreaban a la dicha muralla las cántaras llenas de agua que sacaban de los pozos, y otras llenas de vino, y el

bizcocho y mantenimiento, para que todos los soldados y personas que estaban puestos en la dicha muralla, no se saliesen della a buscar lo susodicho.» [26]

Otro testimonio minucioso es el de los mareantes coruñeses de la Cofradía de San Andrés, el 25 de septiembre de 1589, en el que se reafirma el destacado papel del esfuerzo femenino en la defensa de la plaza, sin distinción de clases sociales. «Las dichas mujeres — dice —, aunque muy principales muchas de ellas, acarreaban y llevaban a la dicha muralla las cántaras llenas de agua que sacaban de los pozos, y otras llenas de vino, y el bizcocho y mantenimiento para que todos los soldados y personas que estaban puestos en la dicha muralla no se saliesen della a buscar lo susodicho […] y lo mismo en las minas y baterías que hicieron en la cerca y muralla de la dicha ciudad, las dichas mujeres e hijos acudían a las partes más peligrosas con mucho ánimo, con muchas piedras con las cuales tiraban a los enemigos […] y alguna de las dichas mujeres teniendo y poniendo con morriones y picas en las manos […] ayudando a los maridos y a las más gentes […]; y el día que se dio el asalto general y que se dio en la batería y se rompieron las minas, las dichas mujeres fueron de mucha importancia, muchas de ellas peleando varonilmente y animando a los maridos y a los soldados, y a algunas de ellas los enemigos las mataron […] como fue una criada de Juan de Jaspe y una mujer de un zapatero y otras de que el testigo no es acordado […] y aunque mataban algunas dellas no por eso las otras perdían el ánimo y acudían con más cuidado a la defensa de la dicha ciudad.»

Féminas valientes

Otras crónicas también coinciden en este dato capital para la salvación de la capital coruñesa, como esta, sin puntos ni comas, en el más puro estilo de monólogo interior joyceano *avant la letre*' . «... las mujeres e hijos acudían a las partes más peligrosas con mucho ánimo con muchas piedras con las cuales tiraban a los enemigos con que les decalabraban y hacían mucha ofensa y algunas de las dichas mujeres teniendo y poniéndose con morriones y picas en las manos mostrando mucho ánimo y valor y ayudando a sus maridos y a las más gentes que estaban en la dicha muralla de suerte que ayudaron a la defensa de la dicha ciudad grandemente y el día que se dio el asalto general y que se dio en la batería y rompieron las minas las dichas mujeres fueron de mucha importancia muchas dellas peleando varonilmente animando a los maridos y a los soldados y algunas dellas las mataron estando terraplenando los cubos y defendiendo la dicha muralla... y las que quedaban vivas ayudaban a sacar y enterrar a los soldados y personas que de dentro mataban en la dicha muralla, y aunque mataban algunas dellas no por eso las otras perdían el ánimo antes cada vez se demostraban con más ánimo y acudían con más cuidado a la defensa de la dicha ciudad.» [27]



Recreación del Plano de A Coruña, 1631, en el que se distingue la estratégica situación de la Pescadería y el muro que la defendía.

En cuanto a la eficacia de las pedradas en el momento del asalto cuerpo a cuerpo, los propios ingleses dejaron testimonio, como recoge esta carta del capitán William Fenner:

«Hubo varios asaltos lanzados por nuestros capitanes y los valientes caballeros ingleses, que fueron muertos por disparos y por piedras lanzadas desde las murallas, que les golpearon tan dolorosamente que fue imposible de resistir.»

Muchas de estas mujeres pasaron por los mismos sufrimientos que María y tuvieron peor suerte, como ocurre en todas las guerras, pues por cada héroe conocido suele haber otros muchos caídos en el anonimato. Un ejemplo fue el de Inés de Ben, que quedó viuda de Sebastián Fernández, muerto en la batalla, y además fue herida gravemente en el asalto inglés a la Pescadería. Igual que María Pita, Inés de Ben solicitó del rey Felipe II ayuda para sostener a sus hijos huérfanos, pues lo había perdido todo y carecía de ingresos. Aunque no se sabe a ciencia cierta si consiguió alguna merced, las crónicas atestiguan que terminó sus días vagando por las calles, casi ciega y con una enorme cicatriz en la cara, pidiendo limosna de puerta en puerta para alimentar a sus hijos.

A las combatientes muertas habría que añadir el drama de las viudas, que perdieron los maridos en la pelea y quedaron en gran desamparo al terminar la batalla. María Pita fue una de ellas y no dudó en reclamar ayuda al Gobierno de turno, lo mismo que otros



casos conocidos, como el de María Ganes, viuda del escribano de la Audiencia de Galicia, que tenía a su cargo cuatro hijos, para uno de los cuales pedía la plaza vacante de escribano del padre.

Pleitos tengas

María fue una mujer emprendedora y dura en los negocios, lo que le permitió llegar a disfrutar del estatus de persona acaudalada. Durante los últimos cuarenta años de su larga vida, no dudó en afrontar pleitos que a la larga contribuyeron a consolidar su patrimonio y beneficiar a sus descendientes. Quizá el más sonado de estos casos fue el ya citado que mantuvo en un tribunal provincial, cuando hizo huir de su casa al capitán Francisco de Peralta, quien la acusó de haber intentado matarlo. Eso le costó en 1596

una multa de 4000 maravedís, pago de costas del proceso y un destierro de dos años.

María no ahorró epítetos injuriosos contra este oficial que había hospedado por obligación y de quien afirma que, tras haberle saqueado sus casas y robado enseres, le sustrajo los papeles del proceso que la propia María había iniciado contra él.

María Pita en acción, apoderándose de la bandera del oficial inglés atacante.

Según la versión del militar, la casera Pita organizó un asalto nocturno con gente armada que le sorprendió en la cama, y roció copiosamente la habitación donde dormía con bacinadas de suciedad, orines e inmundicia, y luego lo dejó encerrado envuelto en aquel tufo apestoso. Lo curioso es que esto tuvo lugar en octubre de 1595, y el militar —

que consideraba su derecho al hospedaje una cuestión de fuero — se obstinó en seguir alojado en la casa, pese todas las afrentas de la dueña, dilatando con sus influencias la decisión de la Audiencia, hasta que por fin desde el Consejo de Guerra, mediante Real Cédula, se ordenó al gobernador y capitán general de Galicia, Diego das Mariñas, que se respetase el privilegio concedido a María Pita, en virtud de sus méritos bélicos, de mantener su casa libre de hospedaje de soldados. Una carga que obligaba a la población a compartir sus domicilios con la guarnición por falta de acuartelamientos en la mayoría de las ciudades.

Los soldados debían pagarse el alojamiento, pero cuando la paga se demoraba no podían hacerlo, lo cual provocaba situaciones de tensión

con los caseros. En La Coruña, una vez terminado el asedio, esta situación se agravó por las muchas viviendas destruidas, y eso podría explicar la resistencia del capitán Peralta a dejar la casa de María, que debía de considerar adecuada a su rango.

En este caso, María Pita expuso en 1606, en denuncia ante el Consejo de Guerra, que el capitán Peralta «la hizo muy malos tratamientos, así de obra como de palabra, y además de esto me llevó todos mis bienes muebles y abrió las arcas y cofres» que había en la casa. Y pidió resarcimiento y por los agravios y el expolio sufridos, sin olvidar mencionar que los encargados de ejecutar la reparación debida a su causa en Galicia habían actuado con lenidad en favor del capitán, por ser este «hombre rico y tener mucha mano con la justicia.»

Otro pleito sonado fue el que la enfrentó a su vecino Juan Rodríguez de Taibo, procurador de la Audiencia de Galicia, quien se querelló por injurias de María Pita en el desempeño de sus funciones. Y a este siguieron en 1612 el mantenido por sostener a su hijo Gil de Figueroa en la disputa con Pedro Fernández de Cabarcos y Gil Fernández de Figueroa, primos de su marido, por la titularidad del coto de Ledoño, situado en el ayuntamiento coruñés de Culleredo.

Ya instalada como próspera cosechera, los litigios de María giraron alrededor de intereses económicos asociados a la venta de sus productos, sobre todo vino, a diversos acreedores y almacenistas por impagos y otras causas. Y en paralelo a estas diferencias obtuvo ventajas en sus reclamaciones a organismos del Estado: sueldo de alférez vitalicio y la concesión de licencia para exportar maderas y mulas y muletos a Portugal,

más un cargo de alguacil en Betanzos, una escribanía de presos en la Corte (para su hijo) y la obtención de bienes de clérigos muertos sin testamento.

Memoriales

Según el profesor de la universidad de Santiago de Compostela, José García Oro, María Pita supo utilizar bien los recursos que le proporcionaba la ley en defensa de sus intereses, y se conocen nueve memoriales de María Pita «que son testimonios eminentes de su tesón en la conquista de rentas y honras.» Son además — añade el profesor —

testimonio de sus gestiones personales en las cortes de Felipe II y Felipe III, en años posteriores a la destrucción de La Coruña, cuando el municipio y una serie de instituciones buscaban ayudas para reconstruir la ciudad.

En uno de los memoriales, presentado en Madrid en 1596, destaca sus méritos en la defensa de La Coruña, por haber dado muerte al «General» de la Armada inglesa y abastecer de víveres y municiones a los soldados. En la batalla ha perdido a su marido, y demanda auxilio para buscar estado a sus dos hijas, por lo que se le concede licencia para exportar 3000 mulas a Portugal, y otras mil doscientas poco después.

Un año después reitera la solicitud y añade a las concesiones anteriores otra de exportación de mil carros de madera a Portugal.



Retrato de María Pita en el Museo militar de La Coruña.

Tras diez años de silencio documental y la tutela de sus cuatro hijos (las hijas Marina de Rois y Francisca de Arratia, y los dos varones del cuarto matrimonio, Juan y Francisco de Figueroa), María Pita escribe otro memorial en demanda de una pensión de la Infantería, que se le concede, de cinco escudos mensuales, aumentados a ocho en 1606, cuando además pide una merced real para que sus hijos dispongan de plaza de oficiales de Artillería cuando tengan edad, y para las hijas, un puesto de alguacil a perpetuidad en Betanzos o La Coruña.

Casi un año estuvo María Pita en Madrid, donde se gastó más de mil ducados que el gobernador conde de Taracena se mostró remiso en pagar. Eso motivó que la heroína apremiara al Consejo de Guerra para que se hicieran efectivas las cantidades adeudadas; y en la primavera de 1607 piensa en regresar a su Galicia, y desde allí seguir solicitando mercedes como las de Betanzos y la Coruña, al tiempo que reúne dinero para liquidar los gastos de estancia en Madrid y costear las «negociaciones» (corruptela de funcionarios) con los organismos reales. Por lo cual presenta nuevas peticiones a la Corte en enero de 1607, entre ellas las ya mencionadas de una escribanía en la cárcel real y la exención de impuestos aduaneros para su comercio con Portugal.

Un ajustado fin para esta semblanza podrían ser las palabras que Micaela Fernández Darriba dedica a María Pita en la revista virtual *Foeminas* que edita la Casa da Muller

del Concello de Lugo[28], al reprobar que algunas voces actuales critiquen a la brava gallega por considerarla demasiado ambiciosa:

«No podemos saber si lo era o no — señala —, y nos importa bastante poco, primero porque la ambición bien entendida es totalmente lícita independientemente del sexo con el que se haya nacido, y segundo porque la fuerza de esta mujer singular nos ha dejado un legado de rebeldía tan importante que eclipsa cualquier otra característica de su personalidad por negativa que hubiera podido ser.»

Es lo que tienen los héroes, que han adquirido el derecho de ser juzgados por sus mejores obras, aunque no olvidemos las peores. Al fin y al cabo, todos, incluso los más virtuosos, fueron humanos. Algunos, incluso, como en el caso de María Pita, demasiado humanos.

Junípero Serra

Avanzar siempre

adre nuestro…

Reza conmigo, Palou, como lo hemos hecho tantas veces.

P

Sí, padre. Recemos.

Sin apenas fuerzas y con mucha cargazón de pecho, así se lo encontró el padre Francisco Palou, su discípulo y amigo predilecto, cuando llegó el 17 de agosto de 1784 a la misión de San Carlos Borromeo, aunque no por eso fray Junípero dejara de asistir por la tarde a la Iglesia, a rezar con los indios bautizados, y concluía el resto del día cantando unos versos a la Asunción de Nuestra Señora compuestos por uno de los frailes.

Esa tarde, sin embargo, Palou lo encontró ya muy mal, y fray Junípero le pidió, con ese respirar inconfundible de los agonizantes, que orasen juntos.

Padre nuestro…

Palou rememora aquellos últimos momentos del hombre que tenía por lema

«Avanzar siempre, nunca retroceder» y fue su maestro y ejemplo. Lo admiró sobre cualquier otra persona en este mundo. Con gesto acongojado repite en alta voz el paternóster una y otra vez, y en los intervalos de la oración, escribe una carta que enviará a los superiores de la Orden.

«El día 20 agosto fue viernes, y fray Junípero anduvo como de costumbre las estaciones del vía crucis en la iglesia, con todo el pueblo.»

Que estás en los cielos…

«A los cinco días de mi llegada a Monterrey llegó al puerto el paquebote y el cirujano vino a la misión para reconocer al amado padre, y al hallarle tan enfermo le aplicó unos cauterios, sin más efecto que el de mortificar su ya mortificado cuerpo,

aunque él no se quejaba de los dolores, y como estaba siempre en pie cualquiera que le viese hubiera pensado que estaba sano, aunque yo sabía que se estaba muriendo.»

Santificado…

«Es lástima —me dijo— que no hayan venido los padres de las misiones de San Antonio y San Luis, a quienes escribí cartas.»

«Del presidio emplazado a unas cinco leguas de la misión llegaron las cartas del padre, que habían quedado olvidadas, cuando ya no eran necesarias. Aún así, las despaché por correo a San Antonio y San Luis, añadiéndoles por mi cuenta una nota en la que urgía a los padres que allí estaban a venir cuanto antes a San Carlos, porque Junípero se moría, y no podrían verlo vivo si no se apresuraban, como así ocurrió, porque el hermano de San Antonio, distante 25 leguas, llegó después de su muerte, y solo pudo asistir al entierro; y el de San Luis, distante 50 leguas, llegó tres días después de que nuestro dilecto padre falleciera.»

Sea tu nombre…

«Y el día 26, tras haber pasado una mala noche, anduvo toda la jornada recogido en sí mismo, como ausente del exterior del mundo, y por la noche hizo conmigo confesión general con grande llanto, gimiendo por los pecados que imaginariamente se atribuía, y después

tomó una taza de caldo y se recostó, y nos dijo que le dejáramos solo en el pequeño cuarto que era su celda, sin duda por la fatiga que sentía y por querer mejor hablar a Dios en soledad.»

Venga a nos…

«Y al siguiente día, en cuanto amaneció, entré a verlo y me dijo que había pasado bien la noche, y oímos misa, y luego quiso recibir el viático en la iglesia por su pie, aunque yo le dije que podría recibirlo en su cuartito. Pero él se empeñó y caminó por sí mismo hasta la iglesia, acompañado del comandante del presidio, que estaba en la misión con parte de la tropa. Y todos los indios del lugar acompañaron al querido padre a la Iglesia con gran devoción.»

«En el templo le administré el sagrado viático, que recibió arrodillado al pie de una mesita preparada para el ritual, y en terminando la ceremonia regresó a su celda seguido de mucha gente que lloraba de pena, pues sentían ya que el padre se nos iba.»

El tu reino…



«En esas, cuando fray Junípero estaba otra vez recogido en su cuartito, llegó el carpintero del presidio, que había sido llamado para hacerle el cajón donde enterrarle. Y

el carpintero me preguntó cómo lo quería, pero yo no le dejé entrar en la celda y mandé que lo hiciera igual al que había hecho para el padre Crespi.»

Misiones fundadas por Junípero Serra y la orden franciscana en la Alta California.

«Cuando el carpintero se hubo ido, entré en el cuartito y vi al padre sentado en la única y humilde silla de caña que allí había, en silencio profundo, y logré que tomara un poco de caldo, que fue lo único que comió ese día. Pero por la noche su estado se agravó y pidió extremaunción, que le administré y recibió sentado, y toda la noche la pasó sin dormir, la mayor parte hincado de rodillas, sin querer recostarse un poco en la cama, que era de tablas bastas cubiertas de una frazada, aunque a ratos estuvo sentado en el suelo o reclinado al regazo de los neófitos que llenaban la celda. Y al verle así, tan postrado, recostado en los brazos de los indios, el cirujano me dijo que a su parecer el bendito padre quería morir en el suelo.»

Hágase tu voluntad…

«Más tarde, cuando ya casi amanecía, entré otra vez y le di la absolución plenaria y le apliqué la indulgencia de la Orden, con lo que se consoló mucho, pero siguió sin

tenderse en la cama, siguiendo en esto lo que acostumbraba hacer cuando iba por los caminos, pues solía dormir sobre una frazada y una almohada en el duro suelo, abrazado a una cruz de una tercia de largo que se ponía sobre el pecho y le acompañaba siempre desde que estuvo en el noviciado. Y esta cruz, que jamás abandonó, la ponía sobre la almohada en cuanto se levantaba de la cama.»

«Y en la mañana del 28 agosto, día de San Agustín, vinieron a visitarle el capitán de marina José Cañizares, que había estado con él en la expedición del año 69, y el capellán real Cristóbal Díaz. A ambos recibió con extraordinarias muestras de afecto, y les dio un estrecho abrazo, y ellos le contaron los viajes que habían hecho desde que no se habían visto, que era el año 1779.»

Así en la tierra como en el cielo…

«Ea, señores —les dijo el padre —. Les doy las gracias porque después de tanto tiempo que no nos vemos y tanto viaje han llegado a este puerto desde tan lejos para echarme un poco de tierra encima.»

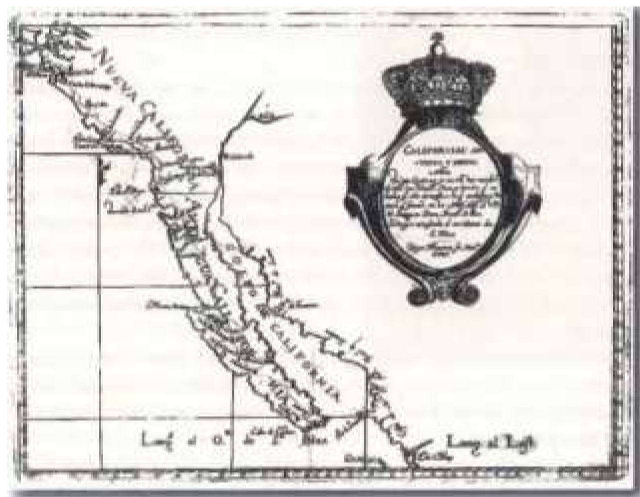
«Disimulando las lágrimas, le dije que confiábamos en Dios que sanaría, y podríamos seguir avanzando hacia el norte de la Alta California y fundar nuevas misiones, pero él sabía que esto eran solo buenas palabras, y su fin se acercaba rápido.

Fijó en mí sus ojos y habló: ‘Que me entierren por ahora en la Iglesia, cerquita del padre fray Juan Crespi, y luego, cuando la iglesia de piedra se termine, que me tiren donde quisieren.’»

«Cuando las lágrimas me permitieron responderle, le pedí que rogara por mí cuando llegara al cielo, y él dijo que así lo haría por todos si Dios, en su infinita misericordia, le concedía la eterna felicidad, y asimismo pediría también por la reducción de tanta gentilidad que quedaba sin convertir.»

«Y luego me pidió que rociarse con agua bendita el cuartito, y de repente, muy asustado, me dijo que tenía mucho miedo por su ánima en el trance de la muerte, y me pidió que leyera en alta voz la *Recomendación del alma*, a la que él respondía —

moribundo como estaba —, sentadito en la silla de cañas; y cuando acabé mostró mucho gozo. “Gracias a Dios — dijo — ya se me quitó totalmente el miedo. Vamos fuera”.»



«Pasada la una de la tarde tomó un caldo y volvió por su pie al cuartito donde tenía la cama de tablas, y en ella se recostó con la santa cruz sobre el pecho. Cerró los ojos, pensamos que dormiría, y los militares salieron a comer; pero yo, al poco rato, volví a entrar a ver si

dormía, y lo hallé durmiendo ya en el Señor, sin demostración de agonía y sin más señal de muerto que la falta de respiración. Eran las dos de la tarde del mencionado día de San Agustín.»

Mapa de las Californias a principios del siglo XIX.

El pan nuestro de cada día…

«El padre tenía 70 años cuando murió. Vivió 53 años en la Orden y 35 de misionero, y en este tiempo recorrió andando más de 4000 leguas por los caminos de las Californias y el resto de Nueva España, siempre moviéndose de aquí para allá, ocupado en hacer el bien a los indios y propagar el catecismo cristiano a los gentiles.»

«Cuando el padre murió mandé doblar las campanas a los neófitos de la Misión para dar aviso al pueblo, y de todas partes acudieron a velar el cadáver. Tanto fue el tropel de gente, así de indios como de soldados y marineros, que fue necesario cerrar la puerta de la celda para poder meter el cuerpo en la caja que había hecho el carpintero. Para amortajarlo le quitamos las sandalias que el capitán del paquebote y el capellán conservaron de recuerdo, y le dejamos con el hábito, capilla y cordón franciscanos, sin túnica interior, pues las dos que tenía las había enviado a lavar seis días antes de morir con los paños menores de muda. En la cabecera y a los pies de la caja pusimos seis velas

encendidas, y luego abrimos la puerta de la celda para qué entraran los tristes indios neófitos, que adornaron con ramos de flores silvestres el cuerpo difunto.»

«Y mantuvimos el velatorio hasta entrada la noche, sin que cesara el concurso de gente que entraba y salía rezando, tocando con rosarios y medallas las manos y rostro de fray Junípero; y todo entre lágrimas, llamándole a boca llena padre santo, padre bendito, y otras alabanzas nacidas del gran amor que le tenía.»

«Por la noche trasladamos el cadáver a la Iglesia en procesión de neófitos, soldados y marineros, y colocado el padre sobre una mesa con seis velas encendidas entonamos un responso, y como me pidieron que dejase la Iglesia abierta para velarlo, accedí a ello; dos soldados quedaron de centinela para impedir que se hurtara cualquier cosita que hubiera usado el difunto y pudiera llevársela como reliquia.»

«La vigilancia no pudo impedir que algunos soldados y marineros se

propasaran cortando del cadáver pedazos de hábito y parte del cabello, pues todos anhelaban llevarse algo del difunto para memoria y protección en esta vida y en la otra.»

Dánosle hoy…

«Mi maestro fue enterrado el día después de su muerte, que era domingo, y recibió los honores que merecía dadas las circunstancias del lugar, aunque él no hubiese querido ninguno. Con todo, estuvieron presentes el ayudante inspector de ambas Californias, el comandante del presidio con casi toda su tropa, el capitán del paquebote y sus oficiales, con la mayor parte de la tripulación, ya que solo quedó a bordo la muy precisa para custodiar el barco, cuya artillería rindió honores disparando cada media hora un cañón. Y a esos disparos correspondían otros desde el presidio, como si se tratara de algún general. Los tiros, con el funesto doblar de las campanas, encogían los corazones de todos.»

«Después de misa y un responso cantado hubo procesión con cruz y ciriales, y en ella los indios neófitos, soldados, marineros y oficiales cargaron a hombros la caja del difunto, cambiándose cada poco tiempo para que todos alcanzaran a llevarle un tramo.»

«Fue sepultado en el presbiterio al lado del Evangelio, y concluyó el enterramiento con un responso cantado, aunque las lágrimas y gemidos de los asistentes apenas dejaron oír el cántico, como ovejas que lloraran la muerte de su pastor.»

«Acabada la ceremonia se amontonó la gente alrededor. Pedían cualquier cosa que el padre hubiera usado, y me fue imposible contentar a todos. Los más insistentes eran



los marinos, y a ellos decidir darles la túnica interior que había usado el padre, y se la entregué al comandante del paquebote fondeado en el puerto, que venía una vez al año a dejar carga en Monterrey, para que la repartiese a las gentes del mar y se hiciera con ella escapularios, con lo que quedaron contentos. Para la tropa y otros particulares repartí los paños menores de la muda del padre difunto, hechos tiras, y dos pañitos o pañuelos de nariz.»

«Uno de ellos se lo quedó el médico y cirujano

real Juan García, que tenía particular afecto al

padre, y a los pocos días volvió a la Misión y me *Retrato de fray Junípero Serra*.

dijo que con el pañuelo esperaba hacer más cura

que con los libros y la botica. De hecho, aseguró, el pañito ya había empezado a hacer milagros porque él tenía en la enfermería muy malo a un marinero con fuertes dolores de cabeza, y le amarró el pañuelo hasta que se hubo dormido, y cuando despertó estaba sano y sin dolor alguno.»

«Y puedo referir también otra curación sorprendente aunque no está en mi intención darlo por milagro, que en eso me atengo en todo a lo que la Santa Iglesia de Roma considere. Pero el dato es que habiendo llegado a la misión tres días después del fallecimiento el padre predicador fray Antonio Paterna, quien había estado en las misiones de la Sierra Gorda con fray Junípero, por no haber podido llegar a

tiempo desde la misión de San Luis, a los pocos días de estar en San Carlos le sobrevino una grave dolencia que el cirujano dijo ser dolor cólico y cosa de cuidado, por lo que el padre Paterna se dispuso a seguir a fray Junípero a la tumba. Y viéndole tan fatigado de dolores le pregunté si quería ceñirse con el cilicio de nuestro venerado maestro, pues tal vez así Dios lo aliviaría. "Tráigamelo — me respondió fray Antonio —. Y acto seguido se ciñó con él y sintió alivio en breve, hasta que se fue mejorando y se recuperó completamente".»

Y perdónanos nuestras deudas…

«Después de haber acompañado tantos años al maestro en las misiones de esta tierra de California septentrional, tan poco explorada, inculta y alejada de la cristiandad, conozco bien que he vivido con un santo, un hombre que lo sacrificó todo para vivir y morir olvidado del mundo en esta Misión de San Carlos, una de las nueve que fundó en la California Alta, antes solo poblada de gentiles. Pero cuando murió dejó levantadas 15

poblaciones, seis de españoles y nueve de indios bautizados que llegaban casi a 6000, de ellos más de 5300 confirmados; y cuatro meses después de su muerte el número de bautizados pasaba ya de 6700, lo que muchos atribuyeron a la intercesión del venerado padre en el cielo.»

Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores…

«Y en este sencillo memorando, ahora que mis días también se apagan después de haber heredado la cabeza de la Orden en California que dejó vacante mi maestro, viejo y enfermo como estoy, esperando el fin en este convento de San Femando de Ciudad de México, quiero dejar testimonio por escrito de las muchas virtudes y trabajos de tan abnegado varón, que a todos nos dio ejemplo.»

«Junípero había nacido en Petra, Mallorca, y desde muy joven sintió el impulso de marchar a tierras americanas, donde su espíritu más alto volaba en la conversión de gentiles. Y no fue sino a costa de muchos trabajos y solicitudes que pudo ver realizada aquella ilusión de su vida que le hizo aceptar el sufrimiento como una voluntaria aceptación para sentirse más ligado a Dios. Y siendo doctor y catedrático de Sagrada Teología en Palma, y teniendo el futuro asegurado en España como una de las lumbreras de la orden franciscana, lo dejó todo, patria, padres y elogios para venir a esta tierra a salvar a los gentiles, y recuerdo que estuvo a punto de morir al embarcar en el primer trayecto que hizo desde Palma a Málaga en un paquebotillo inglés

cuyo capitán, un hereje protervo, enfurecido una noche por una disputa sobre dogmas que había mantenido con el padre, llegó a ponerle un puñal en la garganta y a punto estuvo de degollarle.»

«Luego que arribó en barco desde Cádiz a Veracruz, el padre hizo andando el camino hasta Ciudad de México, y en el viaje se le hincharon y ensangrentaron los pies por las picaduras de mosquitos zancudos, y en uno de los pies se le hizo una llaga que le duró toda la vida y le provocó mucho sufrimiento en su incesante caminar.»

«Junípero trabajó obediente en las misiones de la sierra Gorda o Cerro Gordo, en un sitio nombrado Xalpan, donde el clima es muy caliente y húmedo y viven los indios de la nación Parne, que habitan entre breñas, y allí el general don José Escandón dejó en la misión una compañía de soldados con sus oficiales para proteger la fundación de cinco misiones, en las que los indios bautizados vivían en régimen espiritual y temporal de acuerdo con las enseñanzas y reglas cristianas.»



Misión de San Juan Capistrano.

«Pero no todo, es preciso reconocerlo, se hizo en el nombre del Señor. También el Estado, el poder temporal, tiene sus intereses en las Californias, que los franciscanos que allí llegamos hemos respetado siempre, aunque no sin conflicto, pues a fin de cuentas también somos españoles, y Jesucristo nos enseñó a dar al César lo que es del César.»

«Cuando en 1767 la Compañía de Jesús fue expulsada de los dominios de la corona por orden de nuestro rey Carlos III, el virrey marqués de Croix, de acuerdo con el visitador general José de Gálvez, nos

encomendó las misiones de los jesuítas tenían en la Baja California, y nosotros tuvimos que aceptarlas para hacer a Dios y a la corona este servicio.»

«En ese tiempo estaba el padre Junípero de misión en la provincia del Mesquital, a unas 30 leguas de Ciudad de México, y el prelado lo eligió para presidente de aquellos misioneros.»

«El virrey previno enseguida todo lo necesario para el viaje por tierra de 200 leguas hasta el puerto de San Blas, por un territorio caliente y destemplado.»

«Treinta y nueve días duró la caminata hasta el pueblo de Tepic, en la provincia de Jalisco; y aquí nos juntamos 16 misioneros en el hospital de Santa Cruz de Zacate, y hubimos de esperar porque el comandante de la tropa que estaba acuartelada en ese lugar y destinada a ir con nosotros a California y Sonora. Nos dijo que se había retrasado la construcción de los dos paquebotes que debían transportarlos, pero por fin, en el mes de marzo de 1768, embarcamos con fray Junípero en San Blas y alcanzamos la rada de Loreto antes de dispersarnos y caminar cada uno para su misión.»

«Poco después, el visitador don José de Gálvez llegó a la Baja California y se instaló en Santa Ana, a unas 100 leguas del presidio de Loreto. Traía órdenes de despachar una expedición marítima y otra por tierra para poblar el puerto de Monterrey, o a lo menos el de San Diego, en la costa del mar Grande o Pacífico. De manera que se decidió que la expedición de tierra fuese en busca del puerto de San Diego, y allí se juntara con la que había salido de San Blas en barco. Antes, José de Gálvez pidió al padre Junípero que se reuniera con él en Santa Ana, y hasta allí anduvo el maestro más de 300 leguas para tratar con el Visitador de las dos expediciones que se planeaban.»

«Fue un encuentro decisivo para los planes de expansión que la corona tenía en las Californias, y que se veían apremiados por las noticias que llegaban sobre el avance de los rusos desde los helados territorios de Alaska, que descendían hacia el sur a lo largo de la costa.»

«Gálvez y Junípero trataron de las expediciones y convinieron en que irían por mar tres misioneros en los dos paquebotes, y otro misionero más en un paquebote que saldría después. Por tierra irían dos, uno de ellos el venerado padre, en la compañía que mandaba el comandante de la expedición, que conducía 200 reses de vacas, toros y bueyes para poblar aquellas nuevas tierras de este ganado y no faltase de comer.»

«También resolvieron en Santa Ana que se fundaran tres misiones en la Alta California. Una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterrey, y la restante en San Buenaventura, situada entre ambas.»

«Conforme a este plan, en los primeros días del año 1769 salió la expedición marítima en el barco de nombre San Carlos, y en ella iba una compañía de soldados voluntarios de Cataluña con su teniente Pedro Fagés, así como un ingeniero, un cirujano de la Armada y la tripulación con sus oficiales. Y un mes más tarde, aproximadamente, salió el segundo barco, que era el San Antonio, y concluido el despacho de esos dos barcos salió también la expedición terrestre. Una marcha no menos ardua y peligrosa que la emprendida por mar, dividida en dos grupos, para que si se desgraciase uno de ellos se salvase el otro, bajo el mando del capitán de dragones y gobernador de California, Gaspar de Portolá, y de su segundo Fernando Rivera y Moneada, capitán de la compañía de cuera del presidio de Loreto, que estaba al frente del primer grupo y abría camino en aquella tierra hasta entonces desconocida.»



Placa conmemorativa de la fundación de la misión de San Diego de Alcalá, en 1769, la primera del actual estado de California.

«Con estos iba también el padre predicador fray Juan Crespi, que llegó con el resto de la expedición al puerto de San Diego, donde hallaron congregados los dos paquebotes.»

«Como he dicho, en el segundo grupo de la expedición que salió del presidio de Loreto iba el padre Junípero, quien sufrió muchísimo en el viaje, pues se le había cancerado el pie que llevaba muy hinchado, y andaba con extrema dificultad y mucho dolor, sin más calzado que

unas ásperas sandalias que él mismo se había fabricado de cuero crudo, pues no usó jamás en cuantos caminos anduvo en la Nueva España y las Californias, zapatos, medias o botas.»

Y no nos dejes caer en la tentación…

«Y fue en este viaje cuando me reuní con el padre Junípero en una de las misiones de la Baja California, y al comprobar que apenas podía caminar por el estado tan miserable de su pie, le pedí que tuviese a bien quedarse en la misión, y que yo fuese en su lugar.

“No hablemos de eso — me dijo —. De la bondad de Dios espero que me conceda llegar no solo a San Diego, para clavar allí el estandarte de la Santa Cruz, sino también a Monterrey”.»

«Y cuando salió de la misión para continuar viaje, se me acrecentó el dolor de la despedida al verle en tan mal estado, y me despedí de él diciéndole: ‘Adiós, hasta la eternidad’, por lo cual Junípero me reprendió amorosamente a causa de mi poca fe, y me dijo que con mis palabras le había penetrado el corazón.»

«Fue sin duda un milagro del Señor, pero la realidad es que mi venerado padre pudo llegar hasta el poblado de Vellicatá, fronterizo entre las dos Californias, en un territorio vacío, estéril y falto de aguas, y una vez allí fundó la misión de San Fernando en la que dejamos, además de una escolta de soldados al mando de un cabo, la quinta parte del ganado vacuno que llevábamos, más una provisión de maíz, harina, pan bizcochado, chocolate, higos y pasas, por tener con qué regalar a los gentiles. Luego salió con la expedición hacia el puerto de San Diego. Un viaje en el que al padre se le inflamó de tal suerte la pierna que hubieron de postrarle en la cama con dolores tan fuertes que no le dejaban dormir. Y en viéndole de esta suerte, el gobernador Fagés le pidió que se quedara en la misión más cercana, mientras el resto del grupo seguía el viaje, pero el padre — me dijeron — se negó en redondo. “Aunque me muera en el camino, no vuelvo atrás, a no ser que me entierren, y aún así quedaré gustoso entre los gentiles si es la voluntad de Dios”.»

«Al considerar el gobernador la firme resolución de fray Junípero mando hacerle unas parihuelas para que lo llevaran los indios que iban con la expedición, y apenado el padre por el gran trabajo que causaba a aquellos pobres indios en cargarlo, llamó a un arriero y le dijo: ‘hijo, ¿no sabrás hacerme un remedio para la llaga de mi pie y pierna?’

Pero el arriero le respondió que no era médico, y solo había curado las mataduras de las bestias. ‘Pues haz cuenta — le contestó el padre — que yo soy una bestia, y que esta llaga es una matadura. Hazme el mismo medícamento que aplicarías a una bestia.’»

«Y entonces el arriero —según me contaron —, con sebo machacado y unas hierbas del campo que halló a mano, habiéndolo frito, le untó eso el pie y la pierna, y al día siguiente despertó aliviado de sus dolores y pudo seguir la marcha de la expedición, que alcanzó el deseado puerto de San Diego tras 50 días de caminata, donde les esperaban, además del padre Crespi y sus compañeros, los dos barcos de la expedición marítima y el primer grupo de la expedición terrestre. Tanto la gente de mar como la tropa estaban muy mermadas por el mal de Loanda, una especie de escorbuto, por lo que se resolvió que el paquebote San Antonio regresara sin dilación al puerto de San Blas para recoger más tripulación, y entretanto quedasen los soldados y marineros enfermos en el hospital de San Diego, y que luego el paquebote San Carlos siguiera hasta Monterrey, donde se juntaría con toda la expedición de tierra.»



Estatua de Junípero Serra en la misión de San Carlos Borromeo.

«En el puerto de San Diego, que ya había descubierto en 1603 el

almirante Sebastián Vizcaíno, el venerado padre fundó la segunda misión de Alta California y quedó construido un pueblo al que acudían los indios para recibir un poco de comida y ropa, hasta que empezaron a hacer estrago robando, y los soldados para impedirlo tomaron sus armas y los rechazaron, aunque tuvieron algunas bajas por las flechas y macanas de los gentiles, que tienen forma de sables y cortan como el acero.»

«Por fin, después de muchos trabajos, regresó a San Diego el primer grupo de la expedición de tierra sin haber podido hallar el puerto de Monterrey, aunque habían llegado a la bahía de San Francisco situada 40 leguas más al norte. Eso hizo surgir muy mala relación entre fray Junípero y Gaspar de Portolá, por no haber encontrado este la bahía de Monterrey inexplicablemente. Habían caminado más de seis meses padeciendo mucho y sobrevivieron por haberse comido las mulas que llevaban, y cuando llegaron a San Diego, como tampoco hallaron víveres, determinaron desamparar ese puesto sino les llegaba en dos meses algún paquebote desde San Blas con algo de comer. Pero al abandono se opuso el padre Junípero, que era partidario de aguantar lo que hiciera falta por no perder la ocasión de convertir a Dios tantas almas como gentiles vivían en la Nueva California.»

«Y para impedir que San Diego quedara otra vez desocupado, después de que costara tanto tiempo y esfuerzo a los españoles llegar a ese lugar, el padre se reunió con el comandante del único barco que quedaba en el puerto. “Yo estoy dispuesto a quedarme — le dijo —, aunque se vaya la expedición, y en mi compañía, el padre Crespi”.»

«Y un día antes de que terminara el plazo, teniéndolo ya todo dispuesto para la retirada de la expedición a la California antigua, Dios quiso que llegara el barco que esperábamos con tanta ansia cargado de bastimentos, y eso resolvió emprender de nuevo las expediciones por mar y tierra en busca del deseado Monterrey: fray Junípero fue por tierra, y yo por mar.»

Mas líbranos del mal…

«Los dos logramos alcanzar Monterrey después de 46 días de navegación y 38 de marcha, y una vez allí fundamos la misión y presidio de San Carlos, bajo la autoridad del teniente de Voluntarios de Cataluña don Pedro Fagés, mientras el padre venerado se aplicaba a cristianizar a los gentiles, con ayuda de un muchacho indio neófito traído de la antigua California que servía de intérprete. Por medio de él les explicaba a los indios que el fin de la venida a sus tierras era encaminar sus almas al cielo, y pronto creció el número de los

bautizados hasta pasar de mil.»

«La noticia de la fundación del presidio y misión de Monterrey, que extendía los dominios de España más de 300 leguas al norte de la antigua California, fue muy celebrada en esta Ciudad de México, capital de la Nueva España, con repique de campanas y general alegría de todos sus moradores, que acudieron a dar los parabienes al virrey marqués de Croix y al Visitador general don José de Gálvez.»

«Y al poco tiempo, a principios del año 1771, salieron otros 30 misioneros del colegio de San Fernando para ambas Californias, aunque hubo que atender antes la pretensión de los reverendos padres dominicos de México, que también querían tener parte en la conquista espiritual de los gentiles, para lo cual obtuvieron una Real Cédula por la que el rey mandaba se les entregasen varias misiones de frontera.»

«Yo entonces, conociendo que la antigua California no era divisible, por ser una lengua de tierra entre dos mares, dije al prelado que cederíamos a los padres dominicos todas las misiones que antes administraban los jesuítas, hasta el puerto de San Diego, y así lo aprobó y confirmó el virrey, con lo que en mayo de 1773 entregamos a la orden dominica todas nuestras misiones en la Baja California, con lo que en mayo de 1773



quedamos los franciscanos más desahogados para atender a las

conquistas de Monterrey y la Alta California.»

Monumento a Fray Junípero Serra en Mallorca.

Amén…

«No cejó el padre Junípero en su celo por la conversión de los gentiles. Con una pequeña escolta de soldados y algunos frailes fundó la misión de San Antonio de Padua en la sierra de Santa Lucía, a unas 25 leguas de Monterrey, en una gran cañada que llamaron de los Robles, por estar muy poblada de estos árboles, distante de la costa como ocho leguas. Y según me refirieron algunos de aquellos religiosos, entre los indios bautizados había una mujer tan anciana que representaba tener 100 años de edad, y cuando los misioneros le preguntaron la causa de querer ser cristiana, respondió que siendo ella niña había oído hablar a sus padres de la venida a esas tierras de un hombre que vestía el hábito de nuestra Orden, el cual había llegado volando, y que este les había dicho lo mismo que predicaban los misioneros; y el recuerdo de esto es lo que le había movido a ser cristiana. Asombrados, los misioneros preguntaron a otros neófitos y todos respondieron por lo mismo: que lo dicho por la anciana mujer lo habían oído decir a sus antepasados, y era general tradición transmitida de unos a otros.»

«Me queda del padre el ejemplo de un hombre bueno que me enseñó a ser mejor. Un hombre de hierro que en su interior ocultaba un templo de robustas columnas, el cimiento de toda su vida, que fue la humildad. Otras virtudes atesoraba, pero esta destacaba sobre todas, pues huía como de la peste de las honras y aplausos que le tributaban, y no desdeñaba la práctica de los oficios más humildes, como peón de albañil o acarreador de piedras, y trabajaba con los obreros como si fuera uno de ellos.

Pese a esto, no dudó en levantar la voz y tenérselas tiesas con los gobernadores del territorio de California, y aún con los virreyes, para defender el derecho de los misioneros a cuidar y ocuparse de los indios mientras estuvieran en la misión, y trató de retrasar todo lo posible su integración en la maquinaria administrativa de la corona, donde pasaban a pagar tributos y estar sujetos a colonos y terratenientes, a veces sin escrúpulos, que les hacían vivir muy malamente. Junípero siempre creyó en la bondad natural de los indios, como criaturas de Dios, y pensó que su existencia peligraba mucho con el contacto de los colonos y militares que nos acompañaban en la Alta California. Pero no era ingenuo y sabía que la

obra de las misiones era temporal, y una vez cristianizados los indios, los franciscanos perderían el control sobre ellos. También sabía que — en el fondo — todos nosotros éramos peones de un proyecto del poder temporal para la expansión en la Alta california y las recién creadas provincias internas de Nueva España.»

«Así comenzó la ajetreada historia de un territorio en el que el egoísmo de los gobernantes hizo tambalear la empresa de la Orden, aunque la fuerza de hombres como Junípero (y la ayuda de Dios) haya conseguido hasta ahora sacarla adelante. Y eso es algo que España le deberá siempre, pues con su esfuerzo avanzó cientos de leguas la bandera española en la América septentrional, y se puso freno a la expansión de rusos e ingleses, que ya habían puesto sus codiciosos ojos en la Alta California, a la que veían como una prolongación de los cazaderos de pieles que, en especial los rusos, tenían más al norte y estaban a punto de agotarse.»

«El siervo de Dios, mi maestro, que me dio su fraternal afecto, era un hombre de roca. Pese a los grandes dolores que padeció hasta su muerte por la llaga del pie y la hinchazón de la pierna, nunca se quejó; y lo mismo ocurrió con los graves dolores que tenía en el pecho, ocasionados de los golpes de piedra que se daba en los actos de contrición, y también de apagar en su pecho desnudo hachas encendidas, a imitación de San Juan Capistrano, de lo que varias veces resultó con heridas graves.»



Sala de las Estatuas en el Capitolio de Washington. La de fray Junípero es la primera por la izquierda.

«Sobrio y moderado en la comida y la bebida, apenas probaba la

carne, que siempre miraba con mucha repugnancia. Muy vergonzoso con todos, y en especial en presencia de mujeres, mortificaba su cuerpo con disciplinas, vigilias y ayunos, y cuando estaba a solas maceraba su carne con cilicios ásperos de cerdas o tejidos de punto de alambre con que cubría su cuerpo, o con disciplinas de sangre en plena noche, cuando yo mismo pude escuchar a veces los crueles golpes con que se castigaba, y su mortificación por la falta de sueño en continuas y largas vigilias.»

«Aunque su corazón se llenaba de alegría al pensar que el martirio a manos de los indios podría abrirle las puertas del cielo, Dios no le concedió esa gracia que tanto deseaba. Pero si la espera no le hizo mártir, su voluntad era patente.»

Y aquí quiero dejar esta carta, pues me vence el cansancio y el sueño de los años, rogando a Dios que, en su infinita misericordia, me lleve pronto al lado de mi buen padre y hermano fray Junípero, y con él poder seguir marchando por los caminos del cielo y seguir rogando por la salvación de los pobres indios de esas tierras que con tanto sudor recorrimos para mayor gloria de nuestra católica España, y asimismo poder rezar otra vez juntos el padrenuestro, igual que lo hicimos en sus momentos de agonía, cuando con lágrimas en los ojos me pidió que lo acompañara en la oración, y mi alma se elevó con la suya al recordar todo lo que habíamos pasado en el camino de las misiones de la nueva California.»

Padre nuestro…

Sancho Dávila

El rayo del rey

o llamaban el Rayo de la Guerra, pero a Sancho Dávila y Daza no lo mató ni el plomo ni la espada ni la metralla, sino la coz de un caballo en la dulce ciudad de L Lisboa.

Fue el último y absurdo episodio de una vida dedicada a combatir por una España cuyo poder se dejaba sentir en los cuatro continentes entonces conocidos. Un poder acrecentado por la unión con Portugal tras una campaña militar fulgurante en la que Dávila, al mando de la caballería, dejó escuela de «guerra relámpago» siglos antes de que los Estados Mayores acuñaran el término en la segunda contienda mundial.

En esa última etapa de su caminar militar, y como colofón de la brillante campaña, a Dávila le encomendaron capturar vivo o muerto

a don Antonio, el prior de Crato, cabeza de quienes se oponían a Felipe II en Portugal. Desde Oporto, con sus tropas, hizo lo imposible y hasta hubo rumores de que buscó a una hechicera y la conjuró para que le dijese donde se escondía el de Crato. La bruja le dijo que se ocultaba en casa de una viuda rica, bien tratado y regalado, pero nunca le quiso decir quien era la tal señora y donde habitaba.

Apresar a don Antonio era como perseguir a un fantasma, y él siempre pensó que lo tendrían guardado frailes o monjas, pero careciendo de espías fiables, tuvo que dejarse guiar por avisos contradictorios y rumores confusos. Parecía como ir detrás de una sombra invisible, aunque el rebelde prior estuvo a punto de ser capturado por una patrulla de jinetes en las cercanías de Viana do Castelo que le dieron el alto y hasta lo retuvieron unas horas. Pero — o eso dijeron — incapaces de identificar al personaje, los soldados — probablemente sobornados — lo dejaron marchar antes de que Dávila y el capitán Hernando de Sandoval, que mandaba la patrulla, llegaran al lugar.

Así estuvo el Rayo varios meses, batiendo el terreno entre el Duero y el Miño palmo a palmo, hasta que cansado de una situación en la que su prestigio solo podía perder crédito pidió al rey el relevo y de paso algunas mercedes: una casa en Lisboa, una hacienda con renta anual de mil ducados en Oporto y unos meses de licencia para atender asuntos propios entre los que incluía casarse por segunda vez. Conociendo los muchos años — decía — que había vivido ofendiendo a Dios, había pensado — decía socarrón — en hacer penitencia. Y qué mayor penitencia que casarse de nuevo con mujer moza, siendo él ya viejo. Y para cumplir con el importante trámite le había echado el ojo a una de las hijas del caballero García Sarmiento de Sotomayor, aunque al final todo quedara en nada.

El rey, ocupado en los asuntos de Portugal, no estaba en esos momentos para mercedes, y al acabar el verano de 1581, encomendó a Dávila la nueva misión de fortificar la plaza africana atlántica de Larache, donde algunos en Portugal preganaban que seguía el derrotado rey portugués don Sebastián preso de los moros. Una plaza estratégica que el Xarife de Marruecos estaba dispuesto a abandonar o, en todo caso, cambiar por Arcila o Mozagán.

Cuando la infección por la coz se agravó y le entraron las fiebres, Dávila pudo pensar que había tenido la fortuna de vivir dos momentos cimeros de los ejércitos que eran la espada y el escudo de la Monarquía Católica. Uno, en 1567, cuando acompañó al duque de

Alba en su marcha hacia Flandes por el Camino Español, y otro, cuando formando parte del Estado Mayor del duque fue saludado por el Rey en la dehesa de Cantillana, a una legua de Badajoz, para iniciar la campaña de Portugal.

Allí se levantó un campamento para cada nación, cada uno con su plaza de armas y mercado de viandas, todo organizado por el ingeniero militar Juan Bautista Antonelli, y se reunieron un total de once tercios: el de Nápoles, comandado por Pedro González de Mendoza, con once banderas; el de Milán, que seguía a Pedro de Sotomayor, con siete banderas; otro de italianos, con tres coronelías, que mandaba Pedro de Médicis; y uno más compuesto de alemanes católicos, bajo la férula del conde Jerónimo de Lodron.

Amén de esto, había siete tercios de bisoños reclutados en Castilla y León que, al no estar fogueados, participaron como fuerza auxiliar en esta contienda y estaban mandados por los capitanes o maestres Martín Argote, Luis Enríquez, Gabriel Niño, Pedro de Ayala, Antonio Moreno, Diego de Córdova y Rodrigo Zapata.



Sancho Dávila al frente de la caballería (en primer término) en la batalla de Alcántara (Lisboa), 25 de agosto de 1580.

Eso fue en el mes de junio, un año antes del fatal accidente, aunque con la proximidad de la muerte parece haber transcurrido ayer. Alba, vestido de azul y blanco impoluto, se acercó a donde estaba el rey, con su hijo don Fernando y un selecto grupo de capitanes, Dávila entre ellos. El monarca le mandó sentarse a su lado sobre un tablado

magníficamente adornado, y el duque le explicó la disposición de las tropas, Luego, ambos, acompañados de Dávila pasaron revista detenidamente a todas las unidades de ese ejército de hierro, pletórico de seguridad en su propia fuerza, cuya sola aproximación al combate causaba pavor a los enemigos, y que desplegó para la ocasión sus mejores galas, haciendo brillar las armas y ondeando los estandartes y las banderas con la cruz de San Andrés al escaso viento de aquella mañana primaveral.

Y de la artillería, que protegían cuatro banderas de lansquenetes alemanes, estaba encargado el capitán general Francés de Álava, que disponía de seis cañones gruesos, cuatro medias culebrinas y cuatro medios cañones, dieciséis falconetes y veintiséis esmeriles, todos encabalgados, con la munición necesaria, además de la herramienta para los gastadores, que eran mil quinientos divididos en compañías, y 50 barcas en carros para hacer puentes [29] .

De su infancia en Ávila, ahora que le llega la fiebre en oleadas, el Rayo apenas recuerda nada. Con sus padres, ya de mozo, siempre se llevó bien, y parecía predestinado por la influencia de su tío Pedro Daza, el arcediano de la catedral, a ser clérigo o letrado. Pero le bastó con salir fuera de España unos meses para saber que no

era esa su vocación. Fue en Roma, donde había ido a estudiar teología, al ver a los soldados españoles pasear ufanos por calles y plazas, soliviantando a las mujeres y discutiendo a voces en las tabernas donde corrían el vino y los desafíos, cuando decidió colgar los hábitos, que no eran muchos, pues solo estaba ordenado de menores.

Así es que decidió quedarse en Roma y ser soldado. Igual que muchos otros hijos de casas de hidalgos en Ávila, que venían al mundo rodeados de espadas, arcabuces y pistolas, y parecían predestinados a andar en guerras por el mundo.

De Italia pasó a Alemania, al tener noticia de que el emperador Carlos estaba reclutando allí gente para luchar contra los protestantes de la Liga de Smalkalda. Y fue durante el duro invierno de 1546, en el sur de Alemania, donde tuvo su bautismo de guerra a las órdenes del duque de Alba, el personaje que más admiró en el oficio de las armas. Allí tuvo participación destacada en la famosa victoria de Mülhberg, que fue el momento de mayor resplandor y auge del emperador, pero no duró mucho por la traición de Mauricio de Sajonia, que a punto

estuvo de hacer prisionero al César Carlos y permitió que los franceses se apoderaran de la ciudad de Metz… aunque esa ya sea otra historia.

Los años siguientes los pasó Dávila luchando en el Mediterráneo con turcos y berberiscos y también en Italia, otra vez a las órdenes directas de Alba, y luego a las del virrey de Sicilia, Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, que organizó la fallida expedición a Trípoli, bien defendida por Dragut. Pero aquel fracaso no fue nada comparado con el los Gelves, donde los turcos atacaron por sorpresa y destrozaron a la armada española, y él, con Álvaro de Sande y otros capitanes, fueron hechos prisioneros y llevados a Constantinopla, aunque gracias a Dios no estuvieron mucho tiempo cautivos y fueron rescatados pronto, y de esa etapa de cautividad nunca habla, como si no quisiera recordarla, y debe de tener sus razones.



Sancho Dávila.

Tenía ya 37 años cuando volvió a España. Por entonces apenas había pasado de mandar compañía, y sintió que el tiempo se le echaba encima sin provecho. Había sufrido cautividad y derrota, y le debían soldadas de más de un año. En Ávila, recorriendo las calles de aquella ciudad de piedra y muralla, reflexionó dejar las armas, casarse y cuidar de su magra hacienda; pero si la milicia le dejaba pocas

perspectivas de futuro, quedarse en Ávila aun le ofrecía menos. La edad se le había pasado de hacer carrera en las leyes o la Iglesia, y aparte de eso, de lo único que sabía y entendía era de marchas y batallas, y además, en la milicia tenía un padrino poderoso en el duque de Alba, con quien se entendía bien y que le había demostrado afecto, y a su protección se acogió. Fue a verlo a la Corte, y al duque no le fue difícil convencerlo para que volviese al ejército, y poco después, allá por el verano de 1561, el rey lo nombró capitán de infantería con un sueldo de 50 000 maravedíes al año, que le permitía vivir con desahogo. Y ese mismo año, le encargaron inspeccionar y mejorar las defensas de la costa del reino de Valencia, muy castigada por las correrías de los piratas berberiscos, y poco después — también por recomendación de Alba — lo nombraron castellano de Pavía, un cargo importante y de mucha responsabilidad por la importancia estratégica de la plaza, clave de Lombardía y dependiente de la gobernación de Milán.



Duque de Alba, en el centro. Fragmento de la serle de estampas de la procesión fúnebre del emperador Carlos V el 29 de diciembre de 1558 en Bruselas.

Allí hubiera podido quedarse tranquilamente muchos años, con autoridad y buena paga, viviendo en el magnífico palacio que había sido de los Sforza, pero la vida de guarnición no le iba; le resultaba monótona y aburrida, y al estar alejado del campo de batalla las posibilidades de honores y ascensos rápidos decrecían. De forma que en cuanto le llegaron nuevas de que su padrino Alba se disponía a ir a los Países Bajos con un gran ejército para sofocar la sublevación que en esa tierra se gestaba, no lo pensó dos veces y solicitó al duque que lo llevara con él «para que me emplee en que yo pueda servir y pasar adelante — dice —, pues todo el mundo entiende ser yo criado de V.

Exa y esme gran vergüenza quedarme aquí estancado estando para servir…»



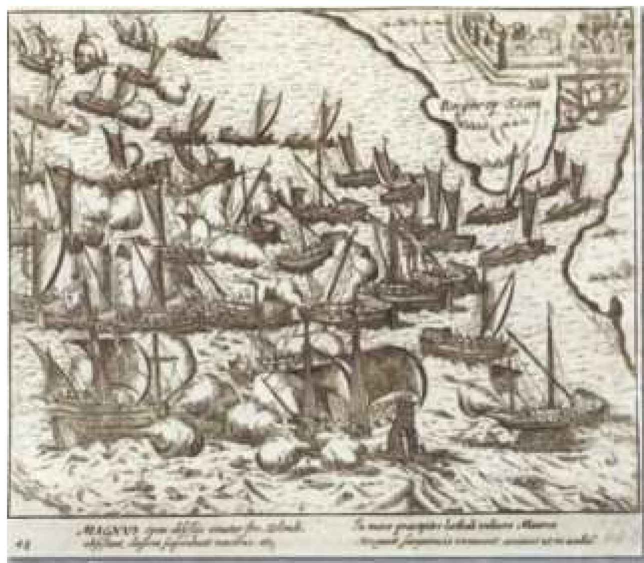
Flandes

De sus trabajos en Flandes han dejado constancia las crónicas presentes y pasadas, incluyendo algunas novelas. Marchas, contramarchas, escaramuzas, encamisadas, asedios y emboscadas. Todo un carrusel táctico de añagazas y valor que podría alimentar muchas horas de estudio en las academias militares. Si él hubiera tenido que escribir el memorial de sus propias acciones no le hubiera dado la memoria para tanto.

Batalla en el Mookerhelde el 14 de abril de 1574, con la ciudad de Nimega en el horizonte. En la leyenda y en el grabado aparece identificado Sancho Dávila con la letra N [Sancius Avila dux expeditionis nuncium mittens ad sues in silva].

Batallas dio y tomó por hechos cotidianos, sin heridas ni derrotas graves, y eso es algo que tiene que agradecerle a Dios, como cuando en marzo de 1572 el sanguinario Guillermo de Lumey, conde de la Mark, amparado por Inglaterra, preparó en el puerto de Dover una escuadra de casi treinta naves con la que se dedicó a castigar la costa del Flandes español y atacó por sorpresa el puerto de Brille, en las bocas del Mosa, cuando prácticamente toda Holanda volvió a desmandarse contra el Rey de España, y quedó cercada por los calvinistas la ciudad de Middlebourg, en la isla de Walcheren, lo que amenazaba con bloquear Amberes.

La situación es comprometida, pero el duque de Alba, que actúa de gobernador general y cabeza de casi todo en los Países Bajos, respira aliviado con Dávila al lado, y le encarga que elimine el problema.



Batalla de Reimerswaal Bergen op Zoom, 29 de enero de 1574, entre las flotas de Louis de Boisot y el Señor de Glymes contra Dávila. En la parte superior puede verse la ciudad de Bergen op Zoom.

Con la urgencia que el caso reclama, el abulense apresta en Berg-op-zoom, un puerto del Escalda, treinta embarcaciones de pequeño calado, anchas y planas, en las que se monta artillería ligera y se embarcan unos mil veteranos de los tercios dispuestos a seguir a su jefe por lo menos hasta la boca del infierno, y después ya veremos.

Dávila elige el camino más largo y difícil para sorprender al enemigo, y la flotilla deja a los hombres en un desolado arenal de dunas muy alejado de Middlebourg, donde el enemigo está bien protegido por trincheras y fortificaciones. El esfuerzo tiene recompensa. Los españoles atraviesan la isla a marchas forzadas y caen sobre los desprevenidos sitiadores, en su mayoría ingleses enviados por la reina Isabel I, como águilas furiosas. Una lucha feroz, cuerpo a cuerpo, en la que otra vez vence el ímpetu de los veteranos de los tercios.

El enemigo huye y deja armas y bagajes en la fuga. El cerco queda roto, aunque Dávila no se da por satisfecho. Está decidido a explotar el éxito, a pesar de que sus hombres están extenuados, pero para remediar el cansancio están las palabras que sirven de acicate, levantan el ánimo y forman parte del talento natural de un buen jefe.

Una cualidad que no se aprende en Salamanca o Alcalá. Se tiene o no

se tiene. En todas las épocas, los soldados siguen a quien sabe hablarles.

Sin apenas descansar, los españoles van contra la ciudad de Arnemuiden. Allí se han retirado los calvinistas a recuperarse de la derrota y no esperan lo que se les viene

encima. Ellos también están cansados y no tienen muchas ganas de pelea, así es que cuando ven avanzar a los piqueros y arcabuceros de Dávila deciden poner mar por medio y escapan a los barcos. Con eso, la victoria de los agotados veteranos es completa. Se han apoderado de 380 bajeles y abundantes vituallas, pero Dávila tampoco se conforma. Sus soldados quieren descansar en Middlebourg, que se les abre con agasajos, pero no ha lugar porque su jefe no les deja. Deben ir a sin tardanza a Amberes, a reforzar ese gran puerto, que también está amenazado, y dejarle las provisiones y pertrechos capturados.

Emprenden la travesía con diez naves, y a mitad del recorrido una flotilla enemiga que les triplica en número les sale al paso. Hay que luchar otra vez, entre disparos de arcabuz y cañonazos, con abordajes a las barcazas y bajeles. Muchos cadáveres quedan flotando en las frías aguas que bordean la costa holandesa, pero finalmente los españoles se imponen de nuevo y las naves españolas continúan su rumbo hasta Amberes… Dios parecía estar esos días con nosotros, piensa Dávila, aunque luego nos abandonó, Él sabrá por qué.

Por la batalla de Mook el rey le envió una felicitación escrita de puño y letra, un raro honor. Esa quizá fuera el momento de más lustre de su carrera militar. Sancho Dávila nunca ha dudado, y lo tiene a gala. Ha sido una lanza en manos del rey. Una lanza que el monarca prestó muchas veces al duque de Alba, que era quien mejor sabía emplearla.

Sin esperar otra cosa que la palmada en la espalda del agradecimiento de esos dos poderosos de la tierra. Tan solo al final, al ver que ya se le iban los años, se atrevió a pedirle a Felipe II algunas mercedes, y este, en lugar de dignidades o hacienda heredables, le dio cargos militares y un buen salario, exigiéndole a cambio tenerlo cerca, como un fiel mastín presto a lanzarse contra los enemigos de su amo, que eran también los de España, todo hay que decirlo.

Amberes

Nunca se le debió de olvidar, y probablemente tampoco al rey, el saco de Amberes, aunque Dávila se confortaría a sí mismo pensando que nada pudo hacer para impedirlo. O quizá sí, pero ya no tiene remedio,

y a su lado estaban también otros importantes capitanes que tampoco pudieron frenar esa «Furia española» que llenó Amberes de sangre, gemidos, tortura y vergüenza, y dejó malherida la causa hispana en Flandes.

Lo de Amberes fue una explosión de miedo y necesidad asociada a ese fondo de ferocidad y crueldad que anida en los seres humanos en situaciones de guerra. Lo ha pensado muchas veces, aunque él no estuvo presente en los horrores que luego le contaron. Él cumplió con su deber: defender la ciudadela de Amberes que en aquel otoño de 1576 fue cercada por los enemigos que ya habían ocupado el resto de la ciudad sin disparar un tiro, por la traición de la tropa mercenaria alemana que debía protegerla y abrió las puertas a los rebeldes. Entraron un ejército de valones y mil caballos, y tuvo que encerrarse en la ciudadela con unos cientos de hombres que le quedaban.

Allí esperó el asalto enemigo, con sus hombres alterados por la incertidumbre, hasta que una mañana recibieron un socorro extraño y no esperado. Desde las murallas vieron avanzar una fuerza de unos dos mil españoles de los tercios que avanzaban con ramos de laurel en la cabeza.

Los defensores enseguida los identificaron. Unos meses antes había estallado un motín en la ciudad de Alost, como siempre por penuria y falta de pagas, y los que avanzaban eran los amotinados, que dirigía su jefe el alférez Juan de Navarrete, elegido por ellos mismos. Tras muchas negociaciones que acabaron en punto muerto, y al conocer que Amberes estaba en peligro de caer, habían acudido en ayuda de sus camaradas, y quizá también, de paso, con intenciones menos nobles, para conseguir el botín al que creían tener derecho por las fatigas pasadas. Los ramos de laurel eran una señal de concordia. Para demostrar que venían en son de paz a ponerse bajo la obediencia del gobernador militar de Amberes, el famoso Sancho Dávila, a quien todos los veteranos de Flandes respetaban.

Como era lógico, dada la situación, los defensores de la ciudadela recibieron con los brazos abiertos a los compatriotas que venían en son de ayuda. Pero los amotinados eran gente desesperada y vengadora, hecha a las peores matanzas y endurecidas por el degolladero inacabable en que se había convertido Flandes, un lugar que parecía ser la pústula de Europa.



Navarrete pidió a Dávila que les condujera al asalto sin pérdida de tiempo, y como el gobernador ofreciera a la tropa, que venía cansada, comer algo de inmediato, Navarrete se envalentó y se permitió un desaire. «Venimos resueltos a comer en el Paraíso o a cenar en Amberes», dijo con altanería a Dávila, y este les dio vía libre contra los sitiadores.

Plano de la ciudad de Amberes en el siglo XVI.

Aprovechando aquel ardimiento de soldados iracundos, sin paga y sin jefes, los españoles amotinados vieron la ocasión de arremeter desde la ciudadela y reconquistar la plaza. Dispuestos los escuadrones, hicieron breve oración y se lanzaron al asalto. La resistencia de los sitiadores nada pudo frente a aquella estampida de hombres exasperados, que no se conformaron con la victoria, sino que también quisieron saldar cuentas con la pobreza y el maltrato que les había reducido a indigentes con espada en aquella tierra extraña y hostil, rodeados del muro de odio de una población inclinada a la causa protestante. Fue entonces cuando extendieron el terror… Eso le pesa a Dávila y espera que Dios tenga en cuenta que lo hizo por defender su causa, la sacrosanta fe católica en la que siempre ha vivido a pesar de esa leve mancha de impureza en la sangre que le viene de haber sido descendiente de judíos conversos segovianos, y por tanto «cristiano nuevo». Fue judío el padre del abuelo de su abuela, lo que le ha impedido pasar la criba para obtener el hábito de caballero de la orden de Santiago, a pesar de tener el aval del rey, pero en tales cuestiones de limpieza de ancestros ni siquiera el todopoderoso

monarca tiene la última palabra.

No duda Dávila de que el mayor drama de su vida fue aquel saco y explosión de furia brutal, que — pensó muchas veces — se veía venir desde que a la muerte de Luis

de Requesens, en marzo de 1576, quedara vacante el cargo de gobernador general hasta ser nombrado Juan de Austria. Pero este, que estaba en Milán al recibir la noticia del nombramiento, en lugar de marchar de inmediato por tierra a los Países Bajos, perdió un tiempo precioso al dirigirse a Madrid para entrevistarse con su hermano el rey.

El desvío de don Juan, sin duda, tenía sus razones, pero la tardanza inquietó mucho al Rayo, quien desconfiaba del Consejo de Estado que gobernaba interinamente Flandes y temía por la seguridad de las tropas españolas a su cargo acantonadas en Amberes.

En consecuencia, procedió a aprovisionar esa ciudadela de víveres, armas y municiones para enfrentar lo que pudiera venir.

Mientras tanto, después de que los hombres de Cristóbal de Mondragón tomaran la plaza de Zierickzee, en julio de ese mismo año, se amotinaron los veteranos del tercio de Francisco de Valdés, cansados de una guerra que parecía no tener fin y sin recibir paga desde hacía largo tiempo. Eran más de mil quinientos, que pasaron a Brabante y llegaron a Esche, cerca de Bruselas, sembrando el miedo a su paso y sin que nadie pudiera apaciguarlos. «Por todas partes — señala el historiador Gonzalo Martín García —, tanto en el campo como en las ciudades y aldeas, se empezaba a ver gente armada y muchos españoles empezaban a ser conscientes de que eran odiados y considerados enemigos por toda la población y sentían miedo de moverse sin protección por el país. »[30]

En este ambiente de temor general y descontrol militar se masticaba la tragedia. Los amotinados entraron en la ciudad de Alost, sin haber causado mucho estrago hasta ese momento. Con todo, las cosas empeoraron cuando Bruselas y otras ciudades de Flandes se declararon *de facto* en rebeldía contra la Corona de España y sus tropas.



Representación alemana del rey Felipe II.

Para protegerse ante las amenazas que tomaban forma, Dávila convoca en Amberes a los coroneles de los regimientos alemanes y a los maestres de campo españoles Francisco de Valdés, Francisco Verdugo y Julián Romero, y al jefe de la caballería Antonio de Olivera, y manda que se agrupen las tropas españolas y alemanas que están dispersas por todo el país en pequeñas guarniciones. Una medida rechazada por el Consejo de Estado de Bruselas y en especial por el influyente duque de Ariscot, que acusó a Dávila de «hacer juntas de gente de guerra, sacándoles de sus presidios

[guarniciones] sin orden directa del rey y sin parecer ni orden de los miembros del citado Consejo», que eran los representantes del monarca en los Países Bajos.

A Dávila no se le oculta que como castellano de Amberes, punto estratégico principal de Flandes, concentra sobre su persona gran parte de los odios provocados por la presencia militar española entre los diputados de los Estados Generales y el Consejo de Estado. No le extraña, por tanto, que muchos pidan su destitución, pero eso solo el rey puede decidirlo, y mientras tanto a él solo le toca obedecer y actuar.

Junto a los jefes de los tercios y los coroneles alemanes, reunidos en Amberes, mantiene una entrevista con representantes del Consejo para hallar una salida a la insegura situación e intentar un acuerdo con los amotinados. Juan de Austria se demoraba en llegar a Flandes y su ausencia se dejaba sentir, aunque le apoyó con una

carta en la que pedía a los soldados sublevados que acabaran el motín y volvieran en orden a sus banderas:

[…] A Sancho Dávila escribo que os hable de mi parte y os aconseje lo que os conviene: oidle y creedle lo que os dijere, como a mi mismo; pacificaos y volved con brevedad a vuestras banderas que, aunque el delito que habéis cometido sea de la calidad que se ve, la clemencia y bondad del rey, mi señor, es tanta que puedo yo con mucha razón asegurarme que os haya de perdonar y mandar satisfacer vuestras pretensiones de manera que no solamente no os quede justa causa de quejaros, pero que la tengáis de estar muy satisfechos y contentos… **[31]**

La situación se agravó por momentos porque los soldados de Alost seguían sin cobrar, y a finales del verano la insurrección se había extendido. Incluso los alemanes que guarnecían Maastricht se rebelaron contra los españoles e intentaron expulsarlos de la ciudad, y los enfrentamientos con flamencos en otros lugares se sucedieron.

En esta atmósfera de odio y fingimiento palpables, y tras tomar el castillo de Gante que defendía un capitán del tercio de Mondragón, el conde de Reulx, gobernador de Flandes en nombre del Consejo de Estado, se atrevió a marchar contra Amberes y rendir su castillo ciudadela, donde había unos quinientos soldados españoles, algunos con sus familias.

Durante todo el mes de octubre los atacantes sitiaron a los de Dávila y levantaron en las calles aledañas al castillo con altas trincheras con sacas de lana, cubas llenas de tierra y maderos, y con fosos hondos atravesaron sin obstáculos todas las murallas y las armaron con gran número de arcabucería y artillería.

El estruendo de la artillería instalada en el castillo, con unas cincuenta piezas, y los disparos de la mosquetería frenaron a los atacantes. Y bien fuera porque oyeron los cañonazos o porque Dávila envió mensajeros para pedirles ayuda, quizá ofreciéndoles a cambio solventar su penuria, el caso es que los amotinados de Alost decidieron acudir a marchas forzadas en socorro de sus compatriotas de Amberes. «Movidos de furia —

dice el cronista Luis Cabrera de Córdoba —, el denuedo natural les puso las armas en la mano… tocaron cajas (tambores) y a tres horas de la noche salieron llevando Juan de Navarrete, su alférez, un guión o estandarte con la figura de Jesu Cristo crucificado en la una haz y en la otra la de su Madre santísima…»



La infausta jornada del saqueo de Amberes, que tanto daño hizo a la causa española en Flandes.

Fuego y furia

Eran unos tres mil y el día cuatro de noviembre, a las ocho de la mañana, entraron en el castillo para unirse a la guarnición sitiada, y sin más tardanza decidieron salir para hacer frente al ataque de los sitiadores flamencos. «Igualando a la ferocidad de palabras y semblante intrépido el valor», dice Luis Cabrera, y a los gritos de ¡Santiago! ¡España!, arremetieron con sus capitanes al frente y combatieron porfiadamente. Navarrete, el alférez de los amotinados, que llevaba el estandarte de Jesucristo, fue de los primeros en caer, pero «por todas partes huyeron los flamencos, dando lugar a que fuese mayor la matanza que la pelea, hasta que llegaron a la plaza» y calles cercanas, y una vez allí dieron fuego a muchos de los edificios, incluido el espléndido ayuntamiento, donde la aterrorizada población se había refugiado para salvarse de la masacre que se avecinaba.

Pero de poco les valió. Huyendo del fuego y generalizado el pánico, la gente huía de la ciudad arrojándose al río Escalda o los canales, y muchos pusieron fin a sus penas tirándose por la ventanas. Cabrera de Córdoba calcula que «murieron heridos y ahogados del fuego y agua

en los canales más de siete mil personas.» Y el experto militar y embajador Bernardino de Mendoza cuenta lo mismo con otras palabras, al decir que cuando se desató el espanto al llegar los españoles al centro de la ciudad acudió muchedumbre de gente a embarcarse en los navíos y allí se ahogaron miles de hombres, sin los que quemó el fuego y mataron los edificios que caían con él [32] ; y que además del edificio del Ayuntamiento se quemaron ochenta casas del contorno, de las más ricas del lugar, aunque al final el incendio hizo arder a más de quinientas, y eso fue mucho mayor daño para Amberes que el saco de los soldados.

El terror y las lágrimas duraron los tres días que se mantuvo el saqueo. «La más noble ciudad de Europa — se lamenta el cronista — y la de más trato fue con fuego, con muerte, con hierro y saco castigada. A la ira y codicia de los vencedores no pusieron fin la razón o la obediencia, sino el cansancio y la hartura, no perdonando alguna cosa de las que con derecho de la victoria y licencia militar se suelen en la guerra contra enemigos…»

La saturación de violencia en ese corto espacio de tiempo, tan largo para las víctimas, dejó más de mil edificios destruidos, lo que vendría a ser una ciudad mediana de la época y más de ocho mil muertos, además de incontable sufrimiento.

Para poner fin al martirio de la población civil de los Países Bajos, que vive una perpetua pesadilla, cansados de ver correr la sangre, católicos y protestantes firmaron la pacificación de Gante, uno de cuyos principales puntos era la salida de Flandes de las tropas españolas y sus aliados. Y así, cuando don Juan se presentó por fin en los Países



Bajos en enero de 1577, se encontró sin casi otra fuerza que su persona, y tuvo que firmar el Edicto Perpetuo por el que se comprometía a entregar a los flamencos las fortalezas de las ciudades y hacer salir del país a los tercios y sus aliados en el plazo de cuarenta días. A cambio, el Consejo de Estado le daría 600 000 florines para pagar a los soldados. Un dinero que llegó tarde para lavar la mancha de Amberes.

Dávila sabe, como saben todos cuantos conocen la realidad de la situación en Flandes, que los motines de españoles fueron agua de mayo para los rebeldes flamencos, ya que además de afectar el curso de la guerra crearon un clima de odio y aversión abierta en la mayor parte del país, al tener que abastecerse las tropas sublevadas mediante la rapacería y el pillaje. Y eso es algo que supo explotar muy bien Guillermo de Orange, el líder rebelde.

Ciudadela de Amberes.

Pero intuye que el rey no puede estar contento. Primero, porque lo de Amberes fue una barbaridad, un contradiós; y segundo, porque la noticia corrió pronto por toda Europa y produjo un gran desprestigio a la causa española, que sus enemigos no han tardado, hipócritamente, en explotar a su favor. Quizá por los siglos de los siglos se seguirá hablando del saco.

Pese a todo, Dávila, desde su observatorio de la ciudadela y conociendo bien el país que pisaba, supo ver lo que otros no vieron a tiempo: que tras morir Requesens y producirse el vacío de poder hasta la llegada de don Juan, unido a la falta de dinero y el amotinamiento en masa de los veteranos, todo Flandes se les echaría encima, como así resultó.

La insatisfacción real resultó evidente cuando pocos días después del saqueo, Dávila recibió una carta de Felipe II en la que le ordenaba dejar el puesto de la castellanía de Amberes en cuanto don Juan se lo pidiera: «… lo haréis sin poner en ello duda ni dificultad alguna ni esperar otra orden ni mandamiento mío…»

Aun así, el Rayo entendió la entrega como una humillación y un fracaso personal. Al final los enemigos habían ganado, y así se lo dio a entender al rey, perola respuesta de este fue contundente: «[…] por la presente os ordeno y mando expresamente de nuevo que entreguéis el dicho castillo y artillería y municiones y todo lo demás que en él

hubiere al dicho Ilmo. D. Juan de Austria […] y lo que en esta mando y ordeno se cumpla al pie de la letra, sin réplica ni contradicción alguna, […]»

A regañadientes, Dávila obedeció y salió de Flandes, dejando allí enterrada a sus dos esposas, Catalina y Violante, y al despedirse, seguramente con tono altivo, pronosticó a don Juan de Austria. «Vuestra Alteza nos hace salir de Flandes, y bien pronto se verá obligado a llamarnos.»

Y no se equivocó.

La posteridad juzgará si Sancho Dávila pudo impedir, o al menos atenuar el saco de Amberes, y es probable que así fuera, pero no lo sabemos con certeza. Los amotinados de Alost eran tres mil veteranos enloquecidos por la pobreza y victoriosos, y seguramente el intento de apaciguarlos, si es que lo hubo, parecía ser tan inútil como arriesgado. Dávila, sin duda, era un jefe duro, pero los sublevados eran gente tanto o más dura, hecha a todas las crueldades de la guerra, y triplicaban a la guarnición bajo su mando. Además, no le reconocían como jefe. Su cabecilla era el «electo Navarrete», que murió portando el estandarte de Cristo y la Virgen, y mientras duró el motín a él solo obedecían. Sancho Dávila, en todo caso, cargará con el sambenito, y es posible que Dios le perdonara su omisión, pero desde luego no el rey, que lo destituyó rápidamente.

Bernardino de Mendoza, que sabía de lo que hablaba, afirma que «a nuestros soldados no se les pudo impedir el saco de la tierra, habiéndola ganado por fuerza», pero sus jefes mandaron que no se pidiese rescate por las personas y los bienes saqueados no se sacasen fuera de la villa, con lo cual obligaron a los saqueadores a darlos a sus dueños por poco dinero. «Juntamente se mandó a las parroquias — dice Mendoza — que enterrasen los cuerpos muertos que estaban por las calles, que fueron, según la relación, dos mil quinientos». Eso sin contar los quemados y ahogados, que pasaron de cinco mil.

Un completo desastre para los amberinos, que sufrieron, y para España, por dar a los rebeldes en bandeja la victoria de la propaganda, que nunca se pudo paliar.



El rey lo ha tenido entretenido con lo de Larache, y todo el año de 1582 lo ha pasado en el Puerto de Santa María, con el duque de Medina Sidonia, en completa inacción, y como la situación le parecía a Dávila una pérdida de tiempo, pidió licencia al monarca para atender sus intereses familiares.

Plaza española de Larache en Marruecos.

Pero Felipe II se lo negó. Le escribió primera que aguardara todavía un tiempo hasta ver en que paraba una posible permuta de Larache por otras plazas de Marruecos (que acabó en nada): «parece ser que ahora os entretengáis ahí con el duque de Medina Sidonia, sin ir a la costa del dicho reino de Granada […] ni a vuestra casa…»

Ensalmos

El Rayo murió de herida leve mal curada siendo maestre de campo general de Portugal y capitán general de la costa de Granada. Así somos de poco, debieron de pensar quienes lo conocían. El rey no le había concedido la encomienda que pidió tras la campaña de Portugal, aunque lo nombró en la práctica jefe militar de ese país, con salario de 200 escudos al mes, compatible con el sueldo que tenía como capitán general de Granada. Pero apenas pudo disfrutar del cargo en Lisboa tres meses, hasta el aciago día, cuando estaba viendo herrar a aquel potro nervioso, y recibió la coz en el muslo. Un golpe que no parecía

grave para quien se había jugado el pellejo en cien batallas, y al que prestó poca atención; poco más que aplicarse algunas hierbas en la herida, que no se cerró y, cuenta el cronista Luis de Barrientos[33]: «comenzaron a curar con ensalmo; a los tres días se cerró con medicinas y estaba ya con calentura; sangráronle tres veces y purgáronle y, como los remedios fueron tarde, no aprovecharon y murió al noveno.»

Lo del ensalmo suponía un apoyo a la medicina natural de raíz esotérica y precristiana que los curanderos o sanadores aplicaban a los moribundos. Se le atribulan poderes de carácter mágico-religioso, capaz de conectar con el más allá, que podía ir acompañado de la aplicación de remedios médicos empíricos. Nada raro para la época.

Lo que caracteriza a esa práctica terapéutica, todavía muy extendida, es sobre todo su funcionalidad sanadora de alguna enfermedad, dicen los antropólogos, por la fuerte presencia de elementos esotéricos, y porque el ensalmador se sitúa como intermediario entre la divinidad y la persona que precisa la curación. En todo caso, con Sancho Dávila no funcionó. Estaba próximo a cumplir los sesenta años de edad, y su cadáver fue llevado a hombros por los soldados hasta la iglesia de san Francisco en Lisboa, y luego su hijo Fernando, lo hizo trasladar a la capilla mayor de la iglesia de san Juan Bautista en Ávila, donde bautizaron a Santa Teresa, que también sería panteón de sus sucesores.

Uno de ellos, el marqués de Miraflores, en la biografía que dedicó al Rayo, lo presenta como católico a machamartillo y subordinado leal hasta la muerte: «… tenía por dogma y divisa Dios y el rey, a cuyo servicio consagró siempre su brazo y su esfuerzo […] detestó a los herejes y sus doctrinas, a quienes combatió incansable […]

solo soldado, sin condición ninguna de hombre político, su camino fue siempre el de la subordinación y la obediencia…»

En su testamento, dado un día antes de su muerte, queda muy patente esta reafirmación religiosa, quizá como refutación rabiosa a los puntillosos caballeros que tanto hurgaron en la condición de cristianos nuevos de sus ancestros:

Estando como estoy enfermo, pero en mi seso, memoria y entendímiento natural cual Nuestro Señor fue servido de lo dar, confieso que creo fiel y católicamente en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo, tres personas y una sola esencia divina, y creo todo aquello que tiene y confiesa la Santa Iglesia de Roma y protesto vivir y morir en esta santa fe católica y si en el artículo de la muerte, por dolencia o falta de juicio o en cualquier otra manera, alguna cosa contra esto dijere o mostrare lo revoco delante mi Criador y Redentor…

Memoria y honor para Sancho Dávila — *aras antuerpianae prefectus, mokensis expeditionis dux* — en un grabado de la época y en la portada del libro que le dedicó su tataranieto Gerónimo Manuel.

No pudo, sin embargo, concluir el testamento porque la enfermedad avanzó más rápido de lo esperado y murió a las pocas horas. Dejó solo un hijo, Fernando, habido de la dama con quien estuvo casado solo once meses y que murió muy joven en Flandes.

Fernando Dávila, que por entonces tenía catorce años, quedó al cuidado de Alonso López Gallo, cuñado y compañero de armas del padre.

Los sueldos cobrados de los empleos importantes que fue ocupando a lo largo de su vida, y la moderación en el gasto, le dejaron al final una «regular hacienda», como señala su biógrafo Gonzalo Martín García. La misma fuente asegura que el valor de sus ropajes, joyas, armas, caballos y otros bienes muebles se calculó en treinta y cinco cuentos

(millones) de maravedíes, y un quinto de esa cantidad debía emplearse en juros perpetuos para la capilla y capellanía de Ávila. El resto, unos 60 000 ducados, iba para el mayorazgo del hijo Femando y sus descendientes.

El inconcluso testamento tuvo que ser completado por los testamentarios en octubre de ese mismo año, y en una de sus cláusulas mandaba que se construyera una capilla en



una iglesia o monasterio de la ciudad de Ávila, en la cual pedía que sus restos fuesen depositados junto a los de Catalina López Gallo, la esposa fallecida, que estaba enterrada en un monasterio cercano a la ciudad flamenca de Brujas. Para cumplir con esta disposición, que incluía fundar capellanía y compra de ornamentos, Sancho Dávila dejó quince mil ducados, lo que equivalía a una buena parte de la fortuna amasada después de tantas guerras, puntualizando la entrega con gran detalle, como debe ser cuando se trata de dineros en testamento:

[…] que de lo más bien parado de mis bienes se saque luego la suma de seis mil ducados, moneda castellana, y nueve mil ducados más que se harán sacando de los frutos y rentas del mayorazgo que dejo instituido, en cada año mil ducados, comenzando el primer año desde el día que yo falleciere en un año, por manera que los primeros mil ducados que de la renta del dicho mayorazgo se han de cobrar del día de mi fallecimiento en un año, y así sucesivamente se han de cobrar y cumplir los dichos nueve mil ducados de cada año [34] .

También mandaba el maestre de campo general que en la capilla quedaran grabadas las armas de su linaje, dos escudos con seis roeles, un bastón de capitán general y un ancla, esto último para significar

que había sido almirante o general de la mar.

En cuanto a misas, ordenaba que todos los años y a perpetuidad se dijera una de réquiem por su alma y la de su esposa, y otras tres cantadas: el día de la Virgen de septiembre y en los aniversarios del fallecimiento de su mujer y del suyo propio.

Vista actual de la iglesia de San Juan Bautista en la que fue enterrado Sancho Dávila.

De los testamentarios que le acompañaron en el último trance, además del coronel López Gallo, hay constancia de la asistencia de Luis de Barrientos, miembro del Consejo de Guerra de Felipe II en Portugal; y Antonio del Río, que formaba parte del Consejo de Hacienda. Gallo tuvo que regresar a Ávila desde Lisboa para negociar con los curas de San Juan Bautista las cláusulas del testamento, y tras el correspondiente regateo, los clérigos cedieron la capilla mayor de su iglesia a cambio de que se reconstruyera el crucero a cal y canto y la dedicación de un quinto de la hacienda de Sancho Dávila al mantenimiento de la mencionada capellanía.

Entre el altar mayor y el crucero, pegadas a la capilla mayor, se reservó lugar para las tumbas de Sancho y Catalina. Ella, en el lado de la epístola, y él en el del Evangelio.

En el epitafio de la dama, fallecida en Amberes en julio de 1570, se leía: aquí yace «la noble señora […] mujer de Sancho Dávila, fundador de esta capilla, hija del barón de Mala y de madama de Mala, señores de Formisela, en los Estados de Flandes.»

Más prolijo en hechos, lógicamente, es el epitafio que corresponde al Rayo de la Guerra, «noble y valeroso caballero Sancho Dávila», en el que se enumeran y resumen sus méritos y servicios, que fueron tantos como para haber compuesto con ellos una saga, empezando por «la guerra de Alemania, Lombardía, el Piamonte, Nápoles, toma de África», y siguiendo por la castellanía de Pavía, el mando de la caballería en Flandes y «capitán de la guardia del duque de Alba, castellano de Amberes y almirante de la mar. Desbarató los rebeldes cerca de Dalen, socorrió a Middlebourg y Vackrem, ganó a Ramua, venció en la famosa batalla de Moken, siendo cabeza del ejército, el 4 de abril de 1574, donde fue muerto el conde Ludovico y se tomaron 36 banderas y tres estandartes, con que aseguró los Estados de Flandes a S. M. Fue maestro de campo general de la conquista del reino de

Portugal, vadeó Duero, recobró Oporto, desbarató al enemigo, ganó el reino todo, con gran gloria de la Nación española y de su Patria. Murió en Lisboa a 8 de junio de 1583, a los cincuenta y nueve años de edad.»

Pese a sus muchas batallas, Dávila no era un personaje hosco o de fiero aspecto; más bien al contrario. El cronista Antonio de Herrera lo describe diciendo que «no era hombre de gran cuerpo, antes de pequeño, algo repleto y algo moreno, y de pelo negro, de condición blanda y apacible, tan bien quisto y amado de todos, que con gran contento le seguían los soldados a cualquier hecho que emprendiese.»

Pero quizá las palabras que mejor le hubieran cuadrado en la última despedida del mundo fueran las que le dedicó el historiador abulense Gil González Dávila, pocos años después de la muerte: «Fue uno de los mayores capitanes, y más sabios, que tuvieron

las armas en aquella edad por la plática de la guerra, y modo de militar, igual en el valor, y prudencia, con los mejores que celebra la antigüedad de la historia, y mayor a todos los de su tiempo, pues fue maestro de muchos capitanes que tuvieron nombre y gloria.»

Y así, descansa en paz para siempre en Ávila tan honrado ejemplar del genio militar de esa España en otro tiempo poderosa y hoy reducida a guirigay y traca, que arrastra torpemente la sombra y calavera de lo que fue.

Alejandro Farnesio

La llamada de las armas

¿Qué haré, guerra, qué haré? Seguir la guerra

y abrase el fuego los flamencos hielos…

(*El asalto de Mastrique*, Lope de Vega)

djunto remito a Su Excelencia la relación sobre los últimos días y las causas del fallecimiento del duque de Parma y Gobernador General de los Países Bajos, así A como algunos hechos de su vida, para que la haga llegar a nuestro Señor, confiando en que una vez más, él con su magnanimidad acostumbrada, sabrá valorar mi voluntad en atender a sus deseos y mis servicios encubiertos en esta corte de Bruselas; y en ella quedo a la espera de recibir la remuneración habitual, que espero

obtener en mano por vía de vuestro protegido el marqués de C., al igual que otras veces.

Y con esto, y para no demorar más las nuevas que ofrezco a Su Excelencia, doy comienzo a la presente relación:

La muerte le llegó al duque por hidropesía, que arrastraba desde hacía tiempo, a causa — dicen los médicos — de la herida en un brazo mal curada producida por un disparo de mosquete en el sitio de Caudebech, tras una dolorosísima operación para extraer el proyectil. A pesar de eso, cuando la ciudad se rindió, Farnesio no tomó venganza y consiguió, con mucho esfuerzo, frenar a sus soldados para que no se entregasen al saco y la matanza.

Y después de esto, a pesar del triunfo, todo se complicó, porque Enrique de Borbón logró reunir un ejército de 25 000 hombres, con los cuales se enfrentaba al ejército de la Liga Católica mandado por el duque de Mayenne, que no llegaba ni a la mitad, y al que intentó cortar la retirada y las vías de aprovisionamiento. Siguiendo la opinión de Mayenne, con Farnesio doliente y sin poder apenas sostenerse a caballo, el ejército católico se instaló en Yvetot y se situó en la orilla derecha del Sena, donde quedó bloqueado y en situación crítica. Pero el Borbón no logró su propósito porque Farnesio realizó una maniobra magistral y casi a la vista del enemigo logró construir un paso con

barcas y pontones por el que sus soldados cruzaron el río en la noche del 22 de mayo de 1592, salvando incluso la artillería, aunque finalmente Farnesio entró en Flandes con muy poca tropa, pues dejó a Mayenne la mayor parte de su ejército. La retirada de esta campaña de Francia fue modélica, y en tal sentido la operación fue un éxito, pero lo cierto es que las tropas de Farnesio quedaron casi sin fuerzas y con la sensación de que las cosas se torcían definitivamente en suelo francés.

El cadáver, amortajado con hábito de capuchino, y sin más signo exterior de grandeza que el collar de la orden del Toisón de Oro, fue conducido a la iglesia de la abadía de Saint-Vaast, donde se celebró un funeral. Luego, como había de ser enterrado en Parma, según su deseo, el cuerpo fue embalsamado y llevado a Bruselas, donde le recibió un gentío entristecido. Al parecer sus intestinos estaban

consumidos y reducidos casi a nada, por lo que hubiera podido pensarse en envenenamiento de no ser por la evidencia de la herida que le dejó tan maltrecho. Poco después fue conducido a Parma y recibió sepultura definitiva en la iglesia de la Madona della Stecatta. Ni los enemigos celebraron su muerte, pues no le odiaban, aunque lo temían.

Deja en este mundo una hija y dos hijos. La hija, Margarita, está casada con el príncipe de Mantua, Vicente Gonzaga. Y de los hijos, el mayor, Ranuccio, es el sucesor principal de la estirpe, y el menor, Eduardo, tiene asegurada la púrpura de cardenal.

No hay constancia alguna de que el favor del rey le hubiera abandonado, a pesar de que últimamente la fortuna en los campos de batalla ya no le sonreía tanto como antaño, pero lo cierto es que en los últimos tiempos se había quedado casi sin amigos, y se percibía el aislamiento hacia su persona como un dogal que se iba estrechando día a día.

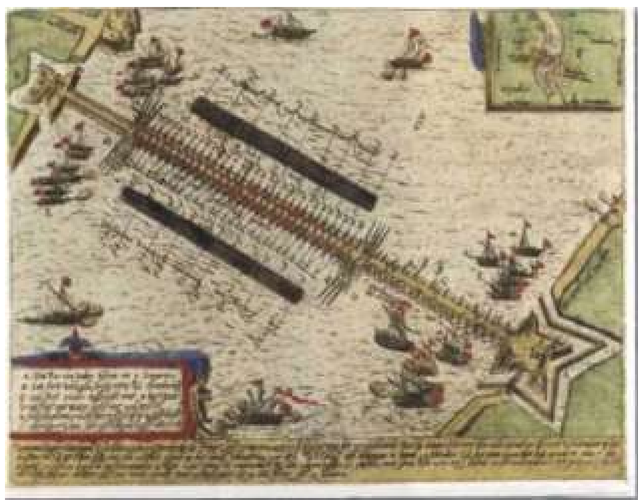
Su derrumbe empezó con el fracaso de la Gran Armada, por criticarle muchos que no lograra embarcar a sus soldados para cruzar el Canal y desembarcar en Inglaterra, pero lo cierto es que ni la idea de la empresa fue suya ni se le permitió otra cosa que aportar indicaciones y retoques al proyecto, que unas veces se estimaron y otras se rechazaron por el rey y el duque de Medina Sidonia.

Farnesio siempre consideró que la apuesta de Inglaterra era demasiado arriesgada porque, además de dejar Flandes indefenso, el fracaso dejaría maltrecha la soberanía española en los Países Bajos, y así se lo dijo al monarca: nada se debía intentar mientras la situación en los Países Bajos no fuera más favorable a los intereses hispanos.



Enrique IV de Francia.

Pero el rey insistió, y el mismo día de la toma de Amberes, cuando la ciudad cayó en agosto de 1584 tras varios meses de asedio, recibió una comunicación en la que se le pedía que formulara un plan general para llevar a cabo la invasión. Ese fue el cénit de la carrera del duque de Parma, cuando sus dotes de militar y político tocaron techo. El mando de la expedición estaría en sus manos y se dejaba todo a su arbitrio. Pero a Farnesio no le convencieron los halagos ni los erráticos optimismos. Era un soldado que conocía bien su oficio y envió un emisario a España que expuso las tres condiciones previas y necesarias para que el desembarco tuviera éxito: Una era la garantía absoluta de neutralidad de Francia, para lo cual era preciso seguir estimulando las discordias en ese reino. Otra, la seguridad y quietud en los territorios flamencos leales mientras durara la empresa y, finalmente, que se mantuviera todo el plan en total secreto.



Puente sobre el Escalda, en Amberes, que mandó construir Alejandro Farnesio.

Si fallaba una cualquiera de estas condiciones — decía el duque de Parma — el desembarco era imposible. Y la verdad es que fallaron todas, sobre todo la del secreto, que acabó siendo un secreto a voces, ya que toda Europa lo sabía y estaba pendiente del resultado.

De los enemigos de Farnesio en Flandes, el mayor fue Pedro Ernesto de Mansfeld, que le envidiaba el puesto de gobernador general; y además estaban su hijo Carlos, el conde Mansfeld, a quien los soldados odiaban por su brutal trato; y el señor de Chanpagney, hermano del cardenal y consejero aúlico Granvela, que escondía en su interior mucho rencor por no haber sido nombrado gobernador del castillo-ciudadela de Amberes, el mayor de Flandes, un cargo que recayó en el maestre de campo Cristóbal de Mondragón. Y también se entendía Farnesio muy mal con el maestre de campo Francisco Verdugo, aunque en este caso las disputas tenían que ver con cuestiones de manejos tácticos y otros aspectos militares.

Cuando Farnesio recibió el arcabuzazo y quedó postrado por la herida, se le recrudeció una enfermedad que arrastraba, lo que unido a las penalidades de la campaña, le obligó a dejar el mando a su hijo Ranuccio, y él partió a los Países Bajos, pero no pudo detenerse para poner en orden los asuntos de gobierno que lo agobiaban y hubo de proseguir viaje a Spa, para hallar algún alivio a sus dolencias, que ya

eran muchas de cuerpo y alma. Desde allí envió una carta al rey, en la que se quejaba amargamente de las injurias y falsedades que sus enemigos propalaban contra él. Y

dicen que por entonces ya el rey había decidido alejarlo del gobierno de Flandes, pero lo necesitaba tanto al frente del ejército que no encontraba sustituto que pudiera igualarlo.

En ausencia de Farnesio la situación de Flandes había empeorado mucho, tanto por la actividad rebelde como por la actitud de Pedro Ernesto de Mansfeld, que fomentaba el desconcierto en las provincias leales para minar el prestigio del príncipe a base de aventar viejos rencores.

El caso fue que Mauricio de Nassau rindió la plaza de Steenwijk, que Mansfeld mostró poco interés en socorrer, y a este triunfo siguió la conquista de la ciudad de Koevorden, de gran importancia militar, tras fracasar una expedición de auxilio que mandaba el veterano coronel Francisco Verdugo, que llevaba muchos años combatiendo en Frisia y el norte de Holanda.

Gente que lo conocía bien me asegura que Farnesio se sentía en los últimos años como si cargara sobre su espalda todo el peso del imperio español. Un imperio que se extiende por todo el orbe, sin centro ni emperador, aunque el Rey Católico no ceda ni en cetro ni autoridad a ningún César y su poder se extienda por oriente y occidente.

Pero volviendo a Farnesio, muy lentamente iba restableciendo su salud en Spa cuando arreció contra él una terrible campaña de calumnias y acusaciones que escondían turbias ambiciones, viejos rencores, envidias y deseos insatisfechos. Sus enemigos eran dobles. Por un lado estaban los de la corte de Madrid, que recelaban de su gobierno en Flandes y de la excesiva influencia italiana que a su parecer le rodeaba.

Y por otro estaban los de Flandes, que eran todos los insatisfechos por no haber obtenido el cargo o negociado al que aspiraban. Unos y otros llegaron a escribir al monarca volcando acusaciones de desobediencia y oposición a los planes del rey en Francia, y hasta osaron poner en juicio su capacidad militar, mil veces demostrada en combate.

Durante todo el verano y comienzos del otoño de 1592, Farnesio tuvo que permanecer en Spa, curándose, y aunque seguía siendo gobernador y capitán general hubo de soportar impotente cómo,

según había predicho, se agravaba la situación del país, y Mansfeld, que gobernaba interinamente los Países Bajos y aspiraba a sucederlo, se aprovechaba de su ausencia para desprestigiarle ante el rey y todos los flamencos.

El duque de Parma estaba hastiado y deprimido, aunque físicamente parecía recuperado cuando, a principios de octubre de ese año, Felipe II le ordenó entrar otra vez en Francia para llevar socorros militares a la Liga y acelerar la reunión de los

Estados Generales, con intención de que estos designaran soberana a Isabel Clara Eugenia, la hija del rey de España.

El mejoramiento de la salud de Farnesio era solo aparente, pero aun así, cumpliendo las órdenes, regresó a Bruselas y reanudó su actividad de gobierno. Alguien que lo vio entonces me dijo que parecía un león rodeado de hienas que le iban acorralando con las fauces abiertas, esperando devorarlo.

El de Parma actuó con la celeridad acostumbrada. Mandó reunir levas en octubre y noviembre para formar el ejército que había de llevar a Francia, al tiempo que reorganizaba la defensa de las provincias leales a España, un tanto descuidada desde hacía unos años. Pero mientras proseguían estos trabajos, él ya presentía que su fin estaba próximo, y eso le llevó a acentuar su fervor religioso y su piedad, pues como hombre muy curtido en guerras había visto y derramado mucha sangre, y esperaba por ello el perdón de Dios, al creer que lo había hecho por su causa.

Su verdadero testamento político fue un documento dirigido a su hijo Ranuccio, un joven valeroso, en el que se defendía de las acusaciones de sus adversarios y exponía con claridad la verdadera situación de los Países Bajos y las causas que alimentan tan larga contienda.

Farnesio no pudo ver rematado su proyecto de invasión de las provincias del norte de Flandes, dominadas por los rebeldes, aunque estuvo a punto de conseguirlo. La solución definitiva nunca estuvo más cerca que bajo su gobierno, y aunque él nunca lo dijo en público, los que conocían su fuero íntimo sabían que en privado echaba gran parte de la culpa del fracaso al rey, cuyo espíritu mesiánico le había movido a enzarzarse en demasiadas empresas, que superaban las fuerzas de España y le hacían desviar fuerzas y fondos por toda Europa y el Mediterráneo: El Turco, la Gran Armada, Portugal, la guerra civil francesa…, y menos mal que tuvo suficiente visión para no seguir a don Sebastián en su alocada expedición al norte de

Marruecos, donde la derrota no perdonó al portugués y la muerte acudió a su encuentro en las arenas de Alcazalquivir.



Retrato de Alessandro Farnese (ca. 1590) por Antoon Claeissens.

A estos males se añadía el desbarajuste del doble mando en la campaña contra Francia. Por un lado, la Liga con el duque de Mayanne, y por otro los tercios que mandaba el propio Farnesio. Aunque en esa cuestión, el de Parma tampoco tuvo mucha culpa, porque el rey Felipe era el estratega que dictaba las órdenes y en mi opinión nunca tuvo clara la prioridad de los objetivos esenciales, que se reducían a dos: Francia o Flandes. Más que tratar de asestar un golpe definitivo al poder francés, lo que el monarca hispano pretendía era servir en bandeja de plata a su hija la corona de Francia.

Vano empeño, como los hechos demostraron.

Si los últimos días del duque de Parma fueron desgraciados, los primeros años de su vida tampoco fueron felices, y dejaron en él honda huella que sin duda influyó en su carácter a lo largo de toda su carrera. Sus padres, Octavio Farnesio y Margarita de Austria, nunca

dieron buen ejemplo de concordia conyugal. Sus temperamentos eran opuestos incluso en lo político, y el niño vivió amargado y vacío de afecto. Su abuelo, Pedro Luis, era hijo del cardenal Alejandro Farnesio, hermana de Julia Farnesio, que fue amante del papa Alejandro VI.



Margarita de Parma por Antonio Moro.

Margarita era hija de Carlos V y se casó a los doce años con el joven duque Alejandro de Médicis, pero enviudó pronto, y entonces el emperador decidió casarla de nuevo con Octavio Farnesio, nieto del papa Paulo III. Un matrimonio impuesto por la razón de Estado. Octavio tenía entonces 14 años, y Margarita, que tenía 16, se negó durante años a compartir lecho con su nuevo marido adolescente. A este, el emperador lo llevó a la desgraciada operación de Argel, en la que tantos hombres y barcos se perdieron, mientras Margarita quedaba sola en Roma, en el palacio de los Médicis, que la gente empezó a llamar Palazzo Madama. Y después Carlos V llevó otra vez con él a Octavio a la guerra contra la Liga protestante de Smalkalda, y al regreso de la campaña, en agosto de 1545, Margarita dio a luz dos niños gemelos: Carlos, que murió a los pocos meses, y Alejandro, el que sería llamado con toda razón «Rayo de la guerra», aunque ese título se ha dado también a otros famosos generales.

La historia de los Farnesio está envuelta en asesinatos, expolios y venganzas, y es tan tortuosa como toda la política italiana en la época del Renacimiento. El abuelo de Alejandro, hijo del Papa Paulo III, fue asesinado por sicarios pagados por el gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga, y a raíz del crimen las tropas españolas ocuparon el ducado de Plasencia, pero el ducado de Parma se declaró favorable a Octavio Farnesio, y este perdió sus aspiraciones a regir los dos ducados, que volvieron al dominio de la Iglesia, pues el papa Paulo III los había otorgado con carácter hereditario a su hijo Pedro

Luis Farnesio en 1545 (el abuelo de Alejandro) en calidad de feudo eclesiástico. Pero como Octavio nunca quiso renunciar a estas posesiones tuvo fuertes desavenencias con el Sumo Pontífice, hasta que el papa Paulo, extenuado por esa y otras querellas en la disputa por el poder temporal, murió de apoplejía en 1549. Y la madre de Alejandro llevó a su hijo, que entonces contaba cuatro años, a la cabecera del moribundo papa cuando expiraba, quizá para enseñarle la fragilidad del poder, o quizá por pura venganza hacia quien tanto les había regalado y despojado a un tiempo.

De esta forma, Octavio y su mujer fueron a un tiempo intermediarios y víctimas de la ambivalente y enrevesada relación entre el emperador Carlos V y el papado, que continuó tras la muerte de Paulo III, cuando su sucesor Julio III desposeyó de forma definitiva a Octavio Farnesio de Parma y Piacenza y otorgó graciosamente estos ducados a Carlos V.

La reacción de Octavio al ser desposeído no se hizo esperar. Se alió con el rey de Francia Enrique II, tradicional enemigo de España, y a esto replicó el emperador pidiendo a Margarita que se separase de su esposo, al que despreciaba, aunque esta se negó por creer que eso perjudicaba los intereses políticos de su hijo, y por tal negativa fue privada de las rentas que obtenía de la corona española, lo que la dejó con pocos ingresos, porque su marido Octavio era un avaro, que utilizó la alianza con Francia para sacar dinero al rey francés a nombre de su hijo.

Todo este recordatorio viene a cuento para probar que Alejandro de joven sufrió grandemente, dividido entre las razones de estado y el afecto que sin duda sentía por su padre, y condicionado por el sórdido manejo de intereses que lo rodeaba. Creció en una Parma turbulenta y desde niño se vio expuesto a los peligros de la guerra y al asesinato por motivos políticos.

Pero el escenario cambió cuando Carlos V abdicó en 1555 y la tiara papal recayó en Paulo IV muy contrario a España. Eso forzó a Felipe II

a intentar atraerse a una serie de príncipes italianos como un medio de contrarrestar la política antiespañola del nuevo papa, y en ese intento buscó de nuevo la amistad de los Farnesio, que en vista de los escasos beneficios económicos que la alianza francesa le proporcionaba, negociaron con España prontamente, con tanta rapidez que un año después de la abdicación imperial sellaron un acuerdo con Felipe II. El arreglo incluía la devolución a Octavio del ducado de Placencia, donde habría guarnición española, y a Margarita de los bienes y rentas que antes recibía. Además, al cardenal Alejandro Farnesio, hermano de Octavio, se le otorgaba la rica abadía de Monreale, en Sicilia; y se decidió, en garantía del cumplimiento del acuerdo, que el joven Alejandro, que por entonces tenía 10 años, pasara a residir en la corte de España, al servicio del príncipe don Carlos, el hijo de

Felipe II, hasta que tuviera edad para casarse con la hija de Cosme de Médicis. De esta forma, los Farnesio pasaron al servicio de España de forma definitiva, y Alejandro pasó a ser objeto de especulaciones políticas, tanto por su origen como por su herencia.

En cuanto a su madre, Margarita, antes de ser nombrada gobernadora de los Países Bajos, como luego sería el hijo, mantuvo el vínculo conyugal con Octavio, pese a no quererlo. Una entrega que todos interpretaron como un sacrificio por favorecer a su familia, y sobre todo el futuro de su hijo.

En España, Alejandro fue tratado como un miembro más de la familia real, recibió una educación esmerada, propia de un noble castellano, instruido por excelentes maestros en latín, griego y matemáticas, y en especial en teórica militar, con mentores tan avisados como Francisco Salomone o el ingeniero castrense Francisco Pacciotto.

Robusto físicamente y de estatura media, Alejandro mostró desde sus inicios afición a los ejercicios de carácter militar propios de los príncipes, en particular la equitación y toda clase de armas, sin excluir la caza al aire libre, por la que dicen que sentía verdadera pasión. Como puede apreciarse en los retratos, tenía cabeza de gladiador y porte principesco, la frente altanera y estrecha, la nariz aquilina, y los ojos oscuros bien abiertos, penetrantes y amenazadores. La barba poblada y el atavío imponente, propio de un jefe al que le correspondió mandar tan fieros y levantiscos soldados como son los de los tercios que combaten en Flandes.

La estancia en España, salpicada de fiestas, excursiones y bailes de los que participaba Isabel de Valois, también propició su amistad juvenil con el príncipe don Carlos y don Juan de Austria, un vínculo personal que se mantendría a través de los años, aunque la relación se interrumpiera en 1565, cuando Farnesio regresó a Bruselas para casarse con la infanta María de Portugal. Una boda por todo lo alto a la que asistió lo más selecto de la nobleza flamenca, incluido Guillermo de Orange, que ya incubaba la traición a la Corona hispana, y poco antes, en una reunión con otros nobles, había susurrado a un amigo: «Pronto seremos testigos del inicio de una magnífica tragedia», aunque Alejandro no sospechó nada y regresó confiado a Parma con su esposa. Un retiro que abandonó para combatir al Turco en Lepanto, cuando España, el Papado y Venecia organizaron la Santa Liga.



Matanza de la noche de San Bartolomé, en la que perecieron más de 5000 hugonotes.

Y a partir de ahí, Farnesio y las armas no se separaron nunca, y su momento de obtener fama con ellas le llegó cuando el rey Felipe le propuso acudir a los Países Bajos con don Juan de Austria, y este al morir dejó indicado que debía de sucederlo en el mando y hacerse cargo de la campaña. Un nombramiento que el rey confirmó.

No hay duda de que aunque italiano de formación y cultura, los años vividos en la corte de Madrid hispanizaron a Farnesio. Partidario fiel del imperio, fue uno de sus mejores jefes y el mayor estratega en la larga contienda de Flandes.

Arrojado y caballeroso en el combate, tanto al menos como las circunstancias de una guerra tan sanguinaria como la de Flandes lo permitían, su sola presencia servía de ejemplo y guía a los soldados de

los tercios, que nunca le regatearon su esfuerzo en los momentos de mayor apuro.

Tenía el duque, además, una notable capacidad negociadora, demostrada en el tratado de lealtad a la Corona hispana que consiguió hacer firmar en 1579 a las provincias valonas del sur de Flandes. Lo que llamaron la Unión de Arras. Un acuerdo que en la práctica deja divididos a los Países Bajos en dos Estados diferentes, difíciles de ensamblar en el futuro, pues la contrarréplica de los calvinistas en las provincias del norte ha sido unirse a su vez, como un primer paso para proclamar la República holandesa.

Ese mismo año de 1579 obtuvo uno de sus mayores éxitos militares al conquistar Maastricht tras un duro asedio de cuatro meses, en el que los españoles tuvieron muchas bajas: casi 3000 hombres muertos, muchos de los cuales eran oficiales veteranos.

Farnesio entonces cayó gravemente enfermo, tanto que su lugarteniente Antonio Gonzaga le dio por muerto y pidió al rey un nuevo jefe.

La dureza del sitio de Maastricht envenenó mucho a las tropas sitiadoras, y cuando estas irrumpieron en la ciudad hubo matanza. Unas diez mil personas, una tercera parte de la población fue masacrada, y la región alrededor quedó tan devastada y en ruinas que escaseaba el alimento y los campos quedaron yermos. La mortandad de hombres y ganado y la destrucción general fueron tan grandes que daba gran pena verlo, como yo lo vi.

Farnesio confiaba mucho en los tercios de españoles, que eran el principal sostén de su ejército, por más que los de otras naciones les superaran ampliamente en número.

Siempre echó mucho de menos no tener tropa española a mano, y llegó a decir que sin ella era imposible proseguir con la guerra.

Cuando los tercios de españoles regresaron al sur de Flandes en 1582, tras haber tenido que abandonar en falsa paz el país, Farnesio apostó decididamente por la solución militar, pero chocó con el rey Felipe, que creía entonces en la solución política, y por eso pidió a Margarita de Parma, la madre de Alejandro, que volviera a ocupar el cargo de gobernadora en Bruselas que había dejado cuando las tropas del duque de Alba entraron por primera vez en Flandes.

Madre e hijo, sin embargo, no se entendían bien, ya que Alejandro quena tomar sus propias decisiones en el terreno militar, y tan pronto como Margarita llegó a Bruselas el hijo quiso dejar su puesto. El rey insistió en que debían trabajar juntos, pero finalmente el monarca cedió y Alejandro quedó de comandante militar de Flandes, sin estar obligado a rendir cuentas a su madre gobernadora, que despechada al verse privada de autoridad tan esencial renunció al cargo y regresó a Italia sin volver a ver más a su hijo, por sentir que la había humillado y afrentado.



Explosiones de barcazas en el puente de Amberes, durante el sitio del ejército de Farnesio a la ciudad.

En aquel año de 1582, la causa hispana en Flandes pareció renacer. Más de 60 000

soldados nuevos llegaron y el dinero no faltaba. Farnesio esta vez actuó con la cautela que otorga la experiencia y evitó los asedios prolongados. Aun así, rindió Ypres, Brujas y Gante, y en 1585 Amberes, defendida por unos 20 000 hombres al mando de Philippe de Marnix de Saint-Aldegonde, y en esa conquista Alejandro mostró mucha clemencia con los derrotados, que temían que se repitiera el terrible saqueo de 1576, lo que la propaganda holandesa dio en llamar la «Furia española». Pero Farnesio fue generoso con los amberinos. Y eso a pesar de las bajas propias, que fueron numerosas, y de las muchas dificultades del asedio, que duró diez meses y obligó a construir un puente de quinientos metros de largo sobre el río Escalda,

sustentado por embarcaciones encadenadas y pilotes, que los de Amberes estuvieron a punto de destruir con barcazas llenas de pólvora, azufre, piedras y metralla, ideadas por un ingeniero italiano de Mantua.

Solo una de estas barcazas consiguió hacer explosión, pero fue suficiente para destrozar 80 metros de puente y matar a ochocientos soldados, y el propio Farnesio, que se hallaba cerca, escapó de morir por los pelos.

Farnesio entró triunfante en Amberes armado y a caballo para dar gracias a Dios en la catedral. Iba precedido de sus soldados a caballo o a pie, y a la entrada de la ciudad lo recibió el Magistrado con todas las cabezas mandantes de la ciudad y un gran gentío que lo aclamaba. En su honor se habían levantado muchos arcos, estatuas y columnas y otras festivas apariencias. Y ese fue el punto culminante de la carrera del duque.

Y dicen que Felipe II se alegró con esta victoria más que con ninguna otra del pasado, incluidas San Quintín o Lepanto, y lo demostró otorgando un año después a Farnesio la ciudad de Piacenza. Fue el mismo año en que fallecieron sus padres, Margarita y Octavio, y a la muerte de este Alejandro heredó su título.

Para cualquiera que haya seguido su trayectoria, es incuestionable que el declive de Farnesio empezó con el fracaso de la Gran Armada. Desde el principio tuvo serias dudas sobre las posibilidades de éxito del plan, que le parecía muy complicado de llevar a cabo. Con la Armada iban 17 000 soldados y 7000 marineros, y la orden era escoltar al grueso del ejército de Flandes que debía desembarcar en la costa inglesa de Kent, pero la unión de ambas fuerzas nunca se produjo.

Farnesio no contaba con embarcaciones adecuadas para transportar a sus hombres hasta los galeones, que no podían acercarse a la costa por las olas y porque las aguas eran poco profundas, además del peligro de los barcos holandeses que patrullaban la zona.

Un fraile de El Escorial, Jerónimo de Sepúlveda, me comentó que aquella fue una de las más bravas y desdichadas desgracias que han sucedido y llenaron de luto a España, y como la derrota siempre es huérfana todos buscan descargar culpas propias sobre otros. Pronto se levantaron con invenciones flacas, débiles y sin fundamento contra Farnesio las voces hostiles de los partidarios del duque de Medina Sidonia, el designado por el rey jefe supremo de la Gran Armada, que

quedó muy corrido con el fracaso y se retiró a sus posesiones de Andalucía, tras cobrar religiosamente todos los atrasos que se le debían por el cargo.

A partir de ahí todo fue de mal en peor para Farnesio.

El descalabro de la Gran Armada causó sensación en Francia y dio alas a las fuerzas antiespañolas y a los partidarios de Enrique de Borbón. Farnesio tuvo que afrontar la pesadilla de combatir en dos frentes con fuerzas reducidas. Por un lado, proteger las provincias belgas, y por otro, intervenir en Francia. Eso agotó con rapidez las reservas de tropa en Flandes, y así se lo dijo claramente al rey, que con la falta de gente disponible en los Países Bajos, más los soldados que dejó en Francia, y las bajas en ambos sitios, su ejército venía a quedar casi deshecho y arruinado.



Armada española en la costa inglesa. Cuadro de Cornells Claesz.

En el verano de 1591 Farnesio recibió orden de entrar otra vez en Francia para socorrer Ruán, sitiada por Enrique de Borbón y tropas auxiliares inglesas. La ciudad fue liberada, pero Farnesio ya estaba gravemente herido, y hubo de ser transportado a los Países Bajos en una litera y obligado a delegar el mando en su hijo Ranuccio, sin que a partir de ahí se recuperase ya del todo.

No acabaron ahí sus penas, porque a finales de 1592 se le ordenó una nueva intervención en Francia, lo que le obligó a salir de Bruselas en tan mal estado que me dijeron que se caía continuamente del caballo, por no darle las fuerzas. Y entretanto, en Bruselas y en Madrid se conspiraba contra él, sin que pudiera hacer nada por impedirlo.

Por entonces, Felipe II ya había pensado en destituirlo del gobierno de

Flandes, y muchos consideraban que en eso influyeron los rumores esparcidos por varias cortes de naciones amigas que atribuían al duque miras ambiciosas y planes contrarios a los del monarca, cuyo afecto por el vencedor de Amberes se había enfriado un tanto. Pesaba sobre él la grave acusación de haberse apropiado del dinero destinado al ejército de Flandes, y en España muchos lo consideraban extranjero y desconfiaban de él.

Hastiado de las murmuraciones de sus enemigos, Alejandro suplicó al rey que le permitiera volver a Flandes, pretextando sentirse mal por la herida recibida en el sitio de Caudebech, lo que le incapacitaba para seguir al mando directo de las tropas que combatían en suelo francés. Eso hizo que el rey diera orden urgentísima, primero al marqués de Cerralbo, que murió en el viaje a los Países Bajos, y luego al conde de Fuentes, de partir sin tardanza para hacerse cargo del ejército en Francia.

Fuentes llegó a Bruselas a finales de noviembre de 1592, y Farnesio no llegaría a verlo, pues murió en la noche del 2 al 3 de diciembre de 1592 en Arras, en el monasterio de Saint Waast, a consecuencia una recaída de las heridas y la enfermedad,

seguramente sin saber que había sido relevado del mando de su ejército en Francia.

Dicen que en las horas previas a su muerte se había entregado febrilmente al despacho de los asuntos políticos y militares, y eso hizo que el día 1 de diciembre cayera en una grave crisis que lo dejó extenuado, y al atardecer del día siguiente entrara en agonía. Y

la muerte — según los médicos — hay que atribuirla a la hidropesía, que agravó la herida mal curada del arcabuzazo recibido en Caudebech.

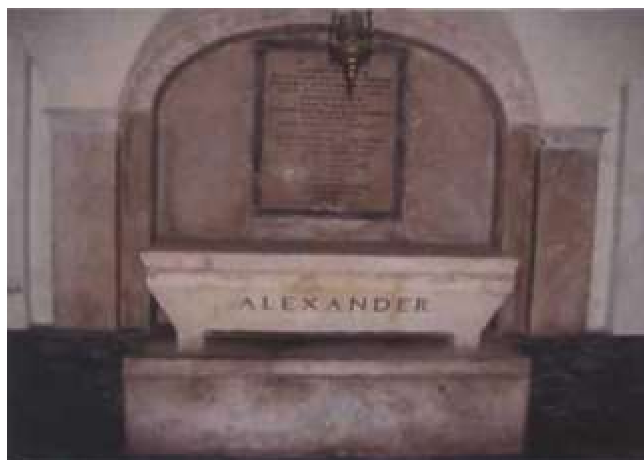
Su cadáver, envuelto en el hábito de los capuchinos, y sin más signo exterior de grandeza que el collar del Toisón de Oro, fue trasladado primero a Bruselas y será llevado luego a Parma para ser enterrado en la iglesia capuchina de la Madonna della Stecatta, junto a su esposa María.

Farnesio estuvo más de dieciséis años de Gobernador y Capitán General de Flandes, y tengo para mí que de cuantos hombres sirvieron al rey de España en altos puestos, fue sin duda el más realista y sincero. Pero esa misma franqueza terminó siendo su ruina, porque lo llevó a discrepar abiertamente de las intenciones del monarca, en

especial en lo que hacía a la intervención militar en Francia, lo cual, unido a su enfermedad, motivó su relevo en el mando.

Táctico eminente, sobre sus soldados ejercía imperio absoluto. Aunque no naciera en España, actuó siempre a su servicio, y no tuvo trayectoria personal ni militar fuera de ese país, al que sirvió con lealtad hasta el final. Su rey fue el mismo de todos los españoles, y su actuación es un símbolo del entramado de lealtades que articulan el vasto poder hispano en el mundo, conformado, como bien sabe Vuestra Excelencia, por diferentes estados reunidos en una sola Corona.

De casta le venía al galgo la herencia guerrera de los Farnesio. Alejandro procedía de familia de arriscados luchadores, pero no fue un mercenario ni un condotiero, aunque obtuviera beneficios económicos y mercedes guerreando. Solo combatió y obedeció a la autoridad del Rey Católico como encarnación del Estado imperial del cual se sabía súbdito distinguido y a cuya clase dirigente pertenecía.



Tumba de Alejandro Farnesio en Santa María de Steccata, en Parma

De su valor hay pruebas sobradas, y en lo referente a la severidad con que solía imponer la disciplina a sus soldados, también hay muchos ejemplos. Por poner uno, citaré ahora el que ocurrió en el asalto a la ciudad de Ooudenarde, donde los mercenarios alemanes se amotinaron. Alejandro los enfrentó en persona, y cuando dos de los amotinados arrebataron al alférez la bandera y la estrellaron contra el suelo, él se lanzó enfurecido a caballo contra el escuadrón de picas alemanas, repartiendo heridas alrededor hasta alcanzar al soldado que estaba más cerca del alférez. Lo sacó del escuadrón y mandó que lo

ahorcaran al punto. Y no acabó ahí el escarmiento, pues otros veinte más fueron ahorcados hasta que enmudecieron las protestas.

En esa misma campaña, mientras Alejandro y algunos de sus oficiales comían al aire libre, una bala de cañón arrancó la cabeza a uno de ellos, otro perdió un ojo y un tercero recibió graves heridas en el rostro. Salpicado de sangre, Alejandro siguió comiendo sin abandonar el lugar. «Estoy a tiro de cañón pero no me alcanza el miedo», comentó cuando le rogaron que se retirase del sitio.

Farnesio despreciaba y solía castigar con dureza a los traidores y premiar a los que se distinguían en el combate. Es muy posible — y con esto quiero cerrar esta carta —

que de contar con los medios necesarios, y si no le hubieran dado orden de ir a Francia, España hubiese recuperado las provincias del norte de los Países Bajos, y eso hubiera hecho posible proyectar la invasión de Inglaterra en condiciones mucho más favorables.

Pero las cosas suceden como vienen y el destino las desordena y entremezcla, con lo que al final es la santa voluntad de Dios la que lo dispone todo.

Si en España no hubo exequias en ninguna ciudad, y el rey pareció ignorar la muerte de su sobrino, en Flandes se le hicieron honras supremas y magníficas, y lo mismo

ocurrió en Italia, como a duque de Parma y de Placencia. Allí, sus hijos, el cardenal Eduardo y el duque Ranuccio, honraron con suntuosos funerales la llegada de las cenizas de Alejandro a Parma, con asistencia de los más ilustres prelados de Lombardía y el arzobispo de Milán.

Esperando que esta relación sea útil a vuestros propósitos e intereses, quedo humildísimo servidor a los pies de Vuestra Excelencia y en espera de vuestras órdenes, para seguir sirviéndoos en adelante como hasta ahora.

Quedad con Dios.

Lope de Figueroa

Famoso del Tajo al Ganges

[…] al servicio de la guerra,

el invierno con la escarcha,

y el verano con la fuerza

del sol, nunca descansé,

y no he sabido, que sea

estar sin dolor un hora.

(*El Alcalde de Zalamea*, Jornada II, Calderón de la Barca) las gradas del convento de San Felipe el Real, en el arranque de la calle de Mayor de Madrid, ha llegado la nueva de la muerte del maestre de campo Lope de A Figueroa. Por la tarde, en esos los primeros días de septiembre de 1585, el calor condensado durante el día, deja paso a un ligero frescor que traen los aires húmedos del enjuto río Manzanares, de cuyo escaso caudal hacen chanzas por igual poetillas, cortesanos y la gente del vulgo.

Es en esas horas, con el sol ya de caída, cuando la concurrencia de desocupados y curiosos se agranda sobre la plataforma con balconada del convento de agustinos descalzos, construido en piedra berroqueña, desde la que se avista el bullicio de la Puerta del Sol. Tan privilegiada posición justifica que el lugar sea tenido por el mayor mentidero de un Madrid siempre inquieto por las noticias que le van llegando a cuentagotas desde dentro y fuera de una España que parece estar llegando al límite de su cenit.

Allí, entre las gradas y el atrio conventuales se dan cita habitual toda clase de gentes, ansiosas de alimentarse de cotilleos cortesanos o rebotar cualquier noticia o rumor que le llegue, por fantasioso y descabellado que parezca.

De allí también, de San Felipe, como han apuntado algunos satíricos ociosos, salen antes las nuevas que los sucesos, se cuecen nombradlas y descréditos y se rumian créditos y prestigios, pero también se hace infierno de los fracasos y no se suelen perdonar los éxitos de quienes son considerados iguales en méritos o alcurnia.

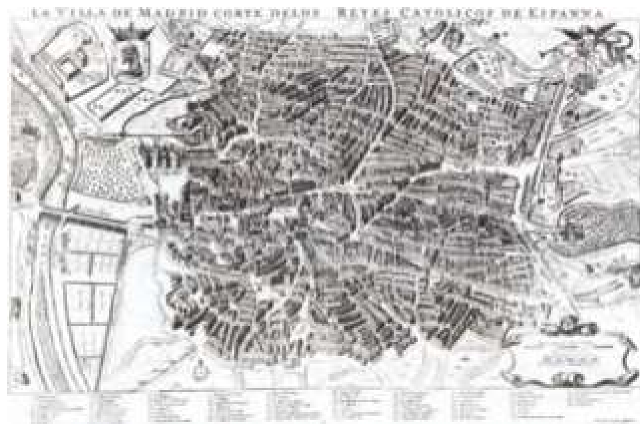
No faltan en San Felipe compradores de una lonja cercana, ociosos, murmuradores y gente de pluma, pero sobre todo abundan los soldados: viejos militares retirados o con licencia, veteranos desengañados que rayan desafiantes el enlosado con la punta de sus espadas, o hidalgos de tez cetrina, estómago hecho al ayuno y escasa

bolsa que husmean la posibilidad de apuntarse en cualquier leva para combatir en país lejano bajo bandera de capitán honrado, o al menos con fama de buen trato a sus hombres. Mejor la pica que el trabajo vil, en cualquier caso.

El capitán Cabrera, un tipo rechoncho y mal encarado, alférez con el tercio de Álvaro de Sande en los Gelves y recién llegado de Zaragoza, es quien ha dado cuenta del obituario. Él también, como don Lope, ha estado en la capital aragonesa por cuestión de servicio con ocasión del casamiento de la hija del rey, Catalina Micaela, con el duque de Saboya. Una boda con la que, según los más lenguaraces, la infanta no está muy entusiasmada, pues considera que un duque — aunque fuera de tan rico y extenso territorio como Saboya — es poca cosa para la hija del monarca más poderoso del mundo, en cuyos dominios nunca se pone el sol.

En el corto tiempo que lleva de regreso en la Corte, el capitán Cabrera, que estuvo en la compañía de Manuel Ponce de León, integrada en el tercio de Figueroa, con el escritor Miguel de Cervantes, al que muchos en el mentidero conocen, ha tenido que dar cuenta ante todo de los fastos de la boda, que son tema de conversación en todo Madrid.

Repitiéndose en el relato — cual nuevo Marco Polo de tierra áspera — Cabrera ha informado a quienquiera que le preguntase, cómo estaban las casas de Zaragoza en esos días de marzo engalanadas para la ocasión con tapices, lo mismo que el palacio de la Aljafería y las tiendas de los mercaderes, cargadas de telas de Flandes, situadas en el corazón de la ciudad y en los alrededores del Mercado, donde habitan la mayoría de los nobles. El rey entró por la puerta que llaman del Portillo, y todas las casas — recalca el capitán — estaban aderezadas con paños de seda y tapicerías, y desde el Coso — que es la calle que bordea la ciudad junto al Ebro — salió una banda de música al encuentro del soberano y le acompañó hasta el palacio del conde Sástago, donde se hospedó mientras le acondicionaban mejor residencia en el Palacio Episcopal. Y como las tortuosas y empedradas calles de la parte vieja no tuvieran demasiada luz, se ordenó que se encendiesen fuegos y antorchas que las hacían resplandecer por la noche y permitían celebrar fiestas nocturnas al estilo morisco que alborozaban al gentío. Y hubo, como se esperaba por todos, saraos, torneos y juegos de cañas, excelente comida y hasta se soltó un toro con fuego en los cuernos.



Plano de Madrid atribuido a de Witt y Marcelli, 1622-1635.

La ceremonia nupcial se celebró en la Seo catedral, en presencia de embajadores, dignatarios de la Iglesia y altos funcionarios de la corte, y en esas mismas fechas se festejó también el carnaval, que duró tres días, como en toda España. Y es costumbre —

cuenta Cabrera — que en Zaragoza la gente vaya por las calles cantando coplas y haciendo de reír, y tirando huevos llenos de agua olorosa a las doncellas que ven asomadas a las ventanas, con la intención de lujuria que podéis suponer. Y en esas tres jornadas, caballeros, ciudadanos, gente baja, criados y mozas de servir, van a pie y entonan cantes, y unos y otros se echan pelotas de harina para celebrar la mascarada…

Pero eso no fue todo. Hubo también recogimiento religioso y procesiones, con el correspondiente ritual de visita a la Virgen del Pilar y a Santa Engracia, donde están las reliquias de los Innumerables Mártires. Pero también es verdad — reconoce el capitán — que muchas de las fiestas, partidas de caza y torneos previstos debieron ser suspendidos por el mal tiempo, porque las lluvias, el cierzo helado y las tormentas afearon el programa trazado y causaron estragos en la salud de muchos invitados, que hubieron de regresar enfermos y mohínos a sus residencias o guardar cama.

En cuanto a los jolgorios, nadie escatimó gastos a pesar de la amenaza de bancarrota que se cierne sobre una España a la que no bastan el oro y la plata del Nuevo Mundo para mantener en pie tanta empresa en tantas partes del orbe, que Dios parece que nos hubiera dado todo el mundo de golpe, aun a riesgo de atragantarnos por no poder digerir

tanto bocado de mares y tierras que la Providencia ha otorgado a la Monarquía Católica.



Peste

A los soldados, sin embargo, que son el mayor auditorio del capitán en las gradas del mentidero, la noticia de la muerte de don Lope les ha rebajado en mucho el interés por los festejos y trapisondas de la gran boda en Zaragoza. Preguntan cómo ha podido ser, pues a don Lope, hombre que rozaba ya el sexagenario, todos le daban por fuerte y muy dispuesto para llevar a cabo empresas de guerra con el tercio de su nombre, que es terror de amigos y enemigos, tanto por su indisciplina como por su nervio combatiente, del cual ha dado prueba numerosas veces.

Cabrera menciona la palabra funesta. La peste — dice — lo ha matado la peste, pues toda la zona de Monzón y Binéfar, donde ahora se celebran las Cortes de Aragón, está infectada con la plaga. Y no solo ha matado a Figueroa, sino también al marqués de Aguilar, montero mayor del Rey, al arzobispo de Zaragoza, al secretario Antonio Eraso, y a varios miles de personas, que no parece sino que Dios quisiera castigarnos por algún pecado inconfeso.

Ese día hay otro soldado que conocía a don Lope: el sargento Rodrigo Pedraza, veterano de Flandes de melena entrecana al que le faltan tres dedos de la mano izquierda y le sobra una cicatriz de guerra que le cruza el rostro con un surco indeleble.

Pedraza se apoya en un bastón de puño plateado y renquea por una herida mal curada en el pie derecho. Combatió en el sitio de Haarlem en una de las compañías que mandaba Figueroa y ahora vive casi en la pobreza, pero no ha perdido su voz autoritaria y categórica a la hora de romper o hinchar reputaciones ajenas, lo que le hace ser uno de los contertulios más autorizados del mentidero.

En la isla de Djerba se dio la Batalla de Los Gelves, una de las mayores derrotas españolas en el norte de África.

Ante una audiencia suspendida por las palabras y los gestos de quienes estuvieron con el fallecido maestre y sirvieron a sus órdenes, la vida de don Lope, que peleó en todos los territorios europeos de la Corona y en el norte de África, se va desplegando como un relato cautivador de hechos de armas que bien pudiera ser la historia contemporánea de la propia España. Dicen que nació en Guadix, Granada, aunque no está

muy clara la fecha de su nacimiento, pues el sargento afirma que debía de tener sesenta y cinco años al morir, y el capitán Cabrera dice que apenas rebasaba la cincuentena. En todo caso, se sabe que era segundogénito de doña Leonor de Figueroa y del capitán Francisco Pérez de Barradas, quien fuera maestresala de Femando el Católico y señor de Graena, y que su hermano mayor, Femando de Barradas heredó apellidos y título del padre, y como segundón, Lope tomó para sí el apellido materno.

Malos Gelves

Cabrera da por probado que el maestre Figueroa inició a los dieciocho años su carrera militar como bisoño en uno de los tercios de Italia, no sabría decir ahora en cual, aunque cree que fue el de Lombardía, y su primer empleo de oficial fue en la caballería ligera.

Otros atestiguan que siendo de edad de quince años se fue a seguir la guerra sirviendo cerca de la persona del marqués de Pescara, que en ese tiempo era general de la caballería, y pronto lo estimaron y aventajaron con quince escudos de paga. «En todo caso — dice Cabrera — cayó preso en los Gelves, donde los turcos hicieron escabechina de cristianos, se llevaron cinco mil prisioneros y mataron a más de 20

capitanes y yo fui llevado con el maestre Álvaro de Sande preso a Constantinopla. Y

recuerdo que a don Lope le dieron al principio por perdido cuando los turcos hundieron nuestras galeras, y nadie sabía bien si era vivo o muerto.» Y el almirante turco Piali Bajá, para celebrar su victoria levantó con los cráneos de los muertos cristianos una torre de calaveras en la playa de Djerba que causa espanto a cuantos merodean aquellas aguas.

El capitán estuvo tres años cautivo antes que fuera pagado su rescate por los frailes mercedarios y guarda recuerdos, quizá inconfesables de ese periodo, que no se atreve a sacar a la luz, pero uno de los oyentes le pregunta cómo es la gran capital otomana, y —

aunque ya lo ha repetido muchas veces — no puede resistirse a dar un pequeño rodeo en su discurso y animar la imaginación del auditorio relatando que no hay otro sitio tan acomodado en el mundo para corte de tan gran imperio como el turco, y si nuestro rey y señor lo poseyera, se apoderaría fácilmente del mundo restante, pues desde Constantinopla se alcanzan las mejores partes de toda Asia y Europa, y

se comunica con las Indias orientales y Arabia con poca navegación, y toda la ciudad está sobrada de todo género de mercaderías que le llegan de todas partes del Mediterráneo y los mares de Arabia, y es muy vistosa por tener suntuosas mezquitas tejadas de plomo, con minaretes muy altos que rematan en bolas doradas y la luna creciente que es emblema de los islámicos; y además Constantinopla, que ahora los turcos llaman Estambul, tiene muchos jardines y gran cantidad de cipreses dentro y fuera de las murallas, que se alargan veinte millas y se conservan enteras desde el tiempo de los romanos, con más de treinta puertas, por lo que en el resto de la ciudad no es necesaria ninguna otra fortaleza. Y su puerto es tan grande que en él pueden invernar con seguridad cuatrocientas o quinientas galeras y otros tantos navíos de alto bordo, porque está al abrigo de los vientos. En cuanto a los edificios, Cabrera dice no hay parangón con los nuestros de Madrid, y solo las catedrales y templos mayores de la cristiandad los igualan, y uno de los mayores de todos es el templo de cristianos de Santa Sofía, que edificó Santa Elena, madre del emperador Constantino Magno, que es tan suntuoso que

no hallo palabras para pintar su fábrica, y ahora sirve de mezquita a los infieles, pero puedo deciros que en la bóveda de su cúpula mayor han pintado un Dios Padre muy grande, y en el interior hay una columna de basa de metal amarillento como latón que siempre está destilando una humedad como sudor, y dicen los cristianos griegos que allí está el cuerpo de Santa Sofía, de donde toma nombre el templo…

Satisfecho al parecer el imaginario viajero de los oyentes, Cabrera vuelve a centrarse en los hechos del maestre Figueroa, de quien dice saber que fue enviado a España por el virrey de Sicilia, Juan de la Cerda, para que escoltara hasta la Corte a dos altos funcionarios renegados del sultán que traían cartas confidenciales para el Rey nuestro señor, cuyo contenido el propio Medinaceli desconocía. Y entre las razones que el duque dio para designar a don Lope en este cometido no es difícil suponer que estaba el que, allende de ser un buen vasallo y haber dado buena cuenta de lo que en Sicilia se le había encomendado, tenía mucha noticia de las cosas del Mediterráneo y sabía leer bien la lengua turquesca por haberla aprendido en el cautiverio.

Y puedo decir —añade Cabrera— que siendo ya capitán don Lope, peleó esforzadamente en la desgraciada jornada de los Gelves de 1560, y cuando los turcos se lo llevaron estuvo al remo en galeras

hasta ser rescatado por cuatro mil ducados en 1564, después de haber pasado harta calamidad y tratado como un perro bajo el látigo.

Pero se rehízo, pues no era hombre al que la pena menguara el ánimo, y el mismo año en que le dieron la libertad ya participó destacadamente en la reconquista del Peñón de Vélez de la Gomera, y poco después hizo lo mismo en Córcega, donde acudió para apagar una rebelión contra los genoveses, que como saben los que me escuchan, son aliados del rey con sus barcos y dineros. Una alianza que buen oro nos cuesta, aunque esa es otra cuestión que ahora no viene al caso.



Peñón de Vélez de la Gomera, nido de la piratería berberisca conquistado por las tropas españolas.

Y sé, aunque no estuve allí, que don Lope estuvo también en el socorro de Malta, con Álvaro de Sande, liberado tras pagar un fuerte rescate, cuando los turcos sitiaron y estuvieron a punto de ocupar la isla. Batalló como capitán de una de las cuatro compañías del tercio de Gonzalo Bracamonte, con el refuerzo terrestre que llevó don Juan de Austria y forzó a los otomanos a emprender retirada, desesperados por la derrota, tras haber perdido frente a los caballeros de la Orden que defienden la isla a miles de jenízaros, que son la mejor tropa de infantería que ellos tienen y que nunca se rinden, pues saben morir cuando el sultán les da la orden de hacerlo.

Tanto el sargento Pedraza como Cabrera están de acuerdo en que la primera vez que Figueroa marchó a Flandes, dos años después de lo de Malta, fue con el duque de Alba por el Camino Español desde el Milanesado. Iba al frente de una compañía de arcabuceros del tercio de Sicilia, que entonces estaba al mando de Julián Romero, cuyo nombre es ya leyenda, y en Flandes destacó en varios combates en Frisia y Brabante contra Luis de Nassau, hermano del rebelde Guillermo de Orange.

«Oí decir —comenta Pedraza— que el Duque envió a don Lope en auxilio de una compañía que mandaba Gonzalo de Montero, y cuando iba a hacerlo el enemigo rompió los diques y los arcabuceros de Figueroa estuvieron a punto de ahogarse. Tanto subieron las aguas que Alba los dio por perdidos y abandonados a la suerte, pero los españoles consiguieron abrir unas esclusas para que saliese el agua y cubriese el campo embarrado, y entonces embistieron rabiosos contra el enemigo, con lo que pusieron en fuga a los de Nassau y obtuvieron una victoria increíble que pasó de boca en boca por

los tercios, hasta el punto de que por estos servicios el rey le concedió una pensión vitalicia de cuatrocientos ducados.

A la estancia en Flandes, coinciden el capitán y el sargento, siguió para don Lope la guerra de las Alpujarras, cuando se rebelaron los moriscos del reino de Granada, que recibían ayuda directa de los turcos y berberiscos desde el norte de África, principalmente desde Argel, lo que dejó todo el sur de España expuesto como nunca lo ha estado desde los tiempos de Tarik y Muza.



Guerra sucia

Comarcas enteras se pasaron a la rebelión con el descargo de que no podían sufrir los robos de personas y haciendas, las violaciones de hijas y esposas, los cautiverios y las muertes. Y así fue como el rey decidió la venida de su hermano don Juan de Austria a Granada, para emplearlo en una empresa que aunque de suyo parecía menuda, era peligrosa por la vecindad de Berbería, y larga, si se quería llevar por la violencia, por ser guerra de montaña y estar el rey de Argel bien armado y apoyado por la armada del gran Turco, que vislumbraba el momento de saltar en socorro de los de su religión en Granada.

Efigie de Lope de Figueroa.

Hay coincidencia general entre los relatores y sus oyentes en que la guerra de las Alpujarras fue por demás cruel y sucia, suponiendo que haya alguna que no lo sea, y de no haber sido por don Juan de Austria pudo haberse alargado mucho más tiempo, pues había mucha división entre los nobles que mandaban el campo cristiano. Y allí, don Lope, que había solicitado al rey — por estar Julián Romero en Flandes — el puesto de maestre de campo del tercio de Sicilia, algo que no logró, en una refriega recibió un balazo en un muslo del que quedó renqueante y dolorido para el resto de su vida, y es fama que dio testimonio de piedad cristiana al recuperar en la villa de Güecija los

cuerpos de unos religiosos que habían sido martirizados, y por esta ocasión se fundó luego el convento de San Francisco de Guadix, adonde los había llevado, en memoria de su martirio.

De las Alpujarras, algunos de los presentes guardan también recuerdos no muy santos por haber tomado parte ellos mismos en saqueos y matanzas de las que ya han sido absueltos en confesión, pero las imágenes de tanta sangre y tortura son difíciles de borrar, aunque todavía rememoren con claridad, por lo que han escuchado, que don Lope intervino de forma destacada en el ataque al pueblo de Galera, defendido por moriscos y por jenízaros venidos de Berbería, que fue arrasado para castigo de sus habitantes. Y de los moriscos dicen que no quedó allí nadie vivo, aunque muchos seguían embreñados y ocultos en las sierras y dejaban los pueblos sin defensa, presa fácil de la codicia de malos cristianos que eran los mayores robadores del mundo, y forzaban y tentaban a las mujeres moriscas por ver

mayormente si traían dinero oculto entre las ropas.

Estos robadores salían de su campamento por la noche para saquear los sitios y matar moriscos, y se llevaron a muchas mujeres mozas y muchachas a sus tierras para venderlas como esclavas; y habiendo hecho el mal de noche regresaban luego al real, sin que las quejas por esos desafueros, que escandalizaban a muchos buenos cristianos, surtieran efecto.

En las Alpujarras, convienen casi todos, se peleó con alto riesgo y porfía, y de los enemigos murieron muchos, pero más mujeres y niños que hombres, y los soldados —

aunque endurecidos de muchas guerras — volvieron espantados de ver tanta crueldad y tantas muertes, pues no se perdonó a persona por edad ni sexo.

Y era gran compasión oír las voces y gritos de las mujeres y los niños pasados a cuchillo, y todo era saco y crueldad, dolor y desbarajuste, y por la desordenada codicia de robar, los cristianos hacían todo el mal que podían en los lugares de los moriscos, y los soldados andaban en mucha ocasión por las veredas y montes desmandados y sin orden. La guerra era de montaña y los moriscos eran prácticos en ella, y aun hubo —

comenta un cardador de Hortaleza — quien pidió que se reuniese en un campo a mucha gente de los rebeldes y se les pasara a todos a cuchillo por haber sido herejes y traidores y cometido sacrilegios e incendios de templos cristianos. Aunque tal cosa, que recuerden, nunca se llevó a cabo.

Don Lope fue el encargado de limpiar las cuevas de la costa donde se refugiaban los moriscos, que en gran número fueron capturados y vendidos como esclavos o enviados a galeras. Aquella guerra trajo para él una buena relación con don Juan de Austria, a



quien el maestre de campo consideró su señor natural en cosas de armas, y el hermano del rey correspondió a ese afecto pues, vuelto a Italia, escribió al Su Majestad para pedirle que no se disolvieran las compañías del tercio de don Lope, o en todo caso fueran repartidas entre los tercios fijos de Nápoles y Sicilia.

Moriscos de las Alpujarras.

Pero para las armas españolas no parecía haber tregua. España, el Papa, Venecia y la orden de Malta habían decidido, por una vez, unirse en una Liga Santa para poner freno a la amenaza turca, y Lope de Figueroa, ya nombrado maestre de campo, embarcó en Barcelona con más de dos mil soldados que formaban su tercio para ponerse al mando de Juan de Austria. Fue el momento de Lepanto, asienten todos, y don Lope fue embarcado con su compañía en la galera Real de Juan de Austria, comandante máximo de la empresa, y formó parte de su Consejo de Guerra, y le fueron asignadas, por ser lugar de mayor peligro, las arrumbadas de la nave capitana, desde donde sus arcabuceros debían disparar y soportar el fuego de los turcos, junto al maestre de campo Miguel de Moneada. Y entre ambos, cuando se produjo el choque de la capitana turca y la Real, rechazaron durante más de dos horas el abordaje que a toda costa intentaron los jenízaros, y luego saltaron a la nave turca y dieron muerte y cortaron la cabeza al almirante Alí Pachá, que mandaba a todos los turcos en la batalla, y se apoderaron de la bandera verde de los mahometanos, lo que se interpretó como señal definitiva de triunfo.



Bastantes de los congregados en el mentidero alrededor de Cabrera y Pedraza no sabían o habían olvidado que, tras la gran victoria, Figueroa fue elegido por Juan de para llevar la noticia a España e informar en persona al rey y narrar a la Corte los detalles de la gloriosa fecha. Y el rey — dice el capitán Cabrera — lo recibió muy contento, como era propio de la ocasión, mientras se proseguía batallando en la costa griega, en busca de los restos de la flota otomana, con el tercio de Figueroa embarcado, hasta que la flota de la Liga Santa — con el enemigo refugiado en Modón y Navarino, por mal tiempo y falta de pertrechos — dio media vuelta y regresó a Mesina, y Juan de Austria quedó en Sicilia por voluntad de Su Majestad, llevando al tercio de Figueroa con él para que se alojara en la isla. Y por entonces fue cuando el tercio cambió el nombre de su maestre por el de tercio de la Liga Católica por su actuación en Lepanto, y era el único que no estaba asignado a ninguna escuadra de galeras, como fuerza de intervención rápida, sin vinculación directa a un territorio concreto y especializado en combate naval a bordo de galeras o galeones y era empleado tanto para reforzar la infantería de los barcos como para desembarcar en costa enemiga, sin estar adscrito exclusivamente a la Armada.

Batalla de Lepanto: infantería embarcada.

Pero aquello, por estar Sicilia muy castigada de recursos en años anteriores, no sentó nada bien al virrey Carlos de Aragón, duque de Terranova, quien pidió al Rey que los soldados del tercio de don Lope se trasladaran a Génova, y se decidió que una parte al menos fuese a invernar a Lombardía. Y esto fue gran desventura para don Lope, el cual hubo de soportar que las autoridades de Génova no quisieran dejar desembarcar a sus soldados para evitar las muchas pendencias y desórdenes que suelen darse cuando se junta tanta gente de guerra en

el mismo sitio. Y así, para que los soldados no se desmandasen — dice ahora Pedraza — permanecieron los del tercio encerrados en las

galeras, hasta que el tiempo empeoró tanto que se temió que la gente quedara ahogada dentro de los barcos y fue desembarcada de noche y sacada rápidamente fuera del puerto.

Los veteranos de las gradas de San Felipe saben de qué va la cosa, pues ellos la han sufrido muchas veces. Los soldados son necesarios en las guerras y aseguramiento de fronteras — comentan — pero son rechazados al acabar su misión. Todos buscan sacudirse la carga que supone su manutención y alojamiento, y prefieren tenerlos cuanto más lejos mejor.

Tras un mal invierno en Lombardía, las doce compañías del tercio de Figueroa, que eran casi tres mil hombres entre piqueros y mosqueteros, volvieron a Sicilia y tras pasar revista en Mesina se decidió que fueran trasladadas en su mayoría a La Goleta de Túnez, aunque algunas compañías nuevas quedaron dispersas por Nápoles, Puglia y Malta, mientras don Lope seguía rogando, con el apoyo de Juan de Austria, para que el tercio no fuera disuelto y sus capitanes reformados, por no abrir causa de agravio a gente que había servido con tanta lealtad y derramado mucha sangre.

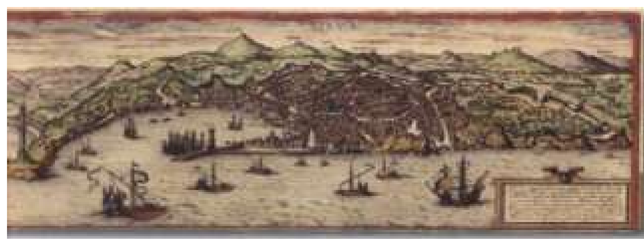


Invernada siciliana

Ese día hay en las gradas otro soldado viejo vizcaíno de faz rojiza al que le falta una oreja que le arrancó una bala, un tal Arrasate, que conocía a don Lope, y estuvo en el tercio de Sicilia y en Lepanto, y cuenta que ese año de 1573, mientras el rey Felipe, el papa Gregorio XIII y Juan de Austria preparaban una expedición contra los turcos para sellar la victoria, con 300 galeras y 60 000 soldados, ya circulaban rumores de que los venecianos se retiraban de la Liga Santa, y poco después se supo que habían firmado paces con el Turco, comprometiéndose a pagarle tributo de 300 000 ducados anuales, a cambio de poder seguir comerciando en el Mediterráneo oriental, con lo que la Liga quedaba deshecha.

Y en ese invierno, dice el vizcaíno, estaba previsto que quedaran en Sicilia las compañías de Figueroa, tomando desde allí todas las disposiciones para la invernada, y para descanso de los soldados y reparo de las naves, pero en noviembre don Juan de Austria destinó esas compañías a Cerdeña, con el fin de custodiar la isla y prepararse para auxiliar a los presidios del norte de África, que de continuo sufrían la presión de los turcos. Y en Cerdeña tuvieron los problemas habituales de alojamiento, y hubo gran esfuerzo para alimentarlas y peleas con la población. Amén, añade Arrasate, de que era sabido en toda la isla que los hombres de Figueroa llevaban más de un año sin recibir paga, con lo que su desesperación y desafíos a la disciplina iban en aumento y menudeaban los enfrentamientos con los pobladores y no solo con ellos.

Mapa de Palermo en el siglo XVI



Escuché que un grave incidente, aporta el vizcaíno, se produjo en Cagliari entre soldados del tercio y marineros genoveses de las galeras de los Doria que debían trasladarlos a Liguria, una vez pasado el

invierno. La tensión creada hizo que cuando los del tercio llegaron a Génova en las galeras se les prohibiera desembarcar por estar los pobladores de Génova muy deseosos de vengarse de cualquier español que les cayera a mano. Y así, los del tercio tuvieron que quedarse en las naves hasta que les fueron enviados comisarios de Milán para socorrerlos y guiarlos. Por fin, desembarcaron en el puerto de Baya, desde solo tenían que recorrer siete millas para salir de territorio de la República genovesa, y dejar satisfechos a los genoveses, cuya alianza — en eso coinciden todos los presentes — tan necesaria es por el apoyo que prestan a España sus galeras y puertos en el traslado de tropas.

Las compañías de Figueroa estaban consideradas una fuerza de batalla móvil, dispuesta a ser embarcada a cualquier hora, y estuvieron alertas para acudir en auxilio de Túnez y La Goleta después de lo de Lepanto, pero esas plazas — recuerda Arrasate — se perdieron por problemas de organización y quizá de traición, antes de que tuvieran tiempo de intervenir, aunque don Juan de Austria decidió que el tercio continuara en Sicilia, distribuido por toda la isla, junto al tercio viejo que la guarnece de forma fija.

Génova en el siglo XVI.

Pero el gran problema —y el veterano vizcaíno parece saber de lo que habla —

seguía siendo el dinero, ya que aunque el hermano del rey había dejado alguno para socorrerlos, no era suficiente, y las arcas del reino de Sicilia estaban agotadas, y al no haber dinero para pagar a todos, los más perjudicados se desordenaban para procurarse comida y muchos oficiales accedieron a no cobrar sus pagas para que pudieran hacerlo sus soldados, y por si esto no fuera bastante se desató una peste que devastó la isla en 1576. Ese año, en el reparto de guarniciones que hace el virrey, este suplicó que por ninguna cosa del mundo los soldados de don Lope se quedasen el invierno en Sicilia, sino que se los llevaran a Cerdeña o cualquier otra parte porque al margen del peligro

de epidemia los recursos de la isla estaban consumidos y el reino andaba miserable y afligido. El virrey, que era entonces el duque de Terranova, sabía sin duda el riesgo que suponía tener a tan brava y pendenciera tropa repartida por su reino sin haber cobrado, pues la pobreza del soldado, y más cuando son fieros, supone un riesgo

constante para la población, pero no parecía existir ningún remedio al problema. El duque de Sessa, que mandaba en Nápoles, había prometido 60 000 escudos que nunca llegaban, los atrasos se acumulaban y en los alojamientos los soldados debían pagarse hasta el agua.

A Terranova —sigue contando Arrasate — le sucedió de virrey Marco Antonio Colonna, que llevaba órdenes de pagarnos y las compañías fueron distribuidas entre Siracusa y Augusta. Pero el problema persistía y los campesinos no osaban salir de sus casas por no dejar solas en ellas a sus mujeres e hijas, de manera que mucho campo quedaba sin labrar ni sembrar, y para resolver la situación Colonna propuso que los oficiales y las compañías se repartiesen entre los tercios ordinarios de Milán, Nápoles y Sicilia, y el rey concedió licencia a don Lope para venir a curarse a España de sus heridas y por la falta de salud general en que se hallaba. Pero en julio de 1577 se produjo un grave enfrentamiento entre paisanos y soldados en tierras de Catania, al verse envuelta la compañía del capitán Alonso de Miranda en unos incidentes con la población, que se puso en armas, y el resultado fue que los campesinos apostados dispararon sus escopetas y espingardas sobre nuestros soldados y mataron a más de veinte españoles de la compañía de Miranda, lo cual era algo sin precedentes.

Pero la cosa no acabó ahí, y cuando don Lope intentó dialogar y aquietar a los revoltosos fue rodeado de un numeroso grupo de gente armada que estuvieron a punto de degollarlo y le instaron a marcharse.

Figueroa no quiso tomar las represalias, como pedían sus hombres en espera de embarcar, por no agravar el conflicto, pese a que sus soldados se mostraban muy agraviados y descontentos, pues se les seguía debiendo año y medio de pagas. Pero la situación se fue deteriorando con la población del campo, hasta el punto de que Figueroa y otros oficiales pensaron que se trataba de una clara rebelión contra el rey, y no una revuelta por cuestión de dinero, mujeres o bagaje, sino una conjuración provocada en parte porque el virrey no había castigado los primeros ataques que sufrieron los del tercio, y como consecuencia la rebelón no achicó y fue a más.

Arrasate cuenta que don Lope emplazó al virrey para que se derribaran las casas de los culpables y se diese escarmiento, pero Colonna creyó mejor dejarlo correr y nada práctico hizo, aparte de impedir que los del tercio dieran batalla a los sublevados, como muchos pedían.

Por fortuna para el virrey, don Lope partió en agosto de 1577 a Nápoles con su tercio, con la intención de proseguir luego a Flandes, y dejando atrás diez compañías que completaron el tercio ordinario de Sicilia, a las que Colonna hubo de pagar de mala gana.

No hay duda —dice el vizcaíno— de que éramos la infantería más aguerrida de la Corona, pero cuando no peleábamos nos trataban como a perros, y eso hacía que hubiese disturbios porque ninguno de nosotros, en verdad, era santo ni por asomo y sin dinero como estábamos habíamos de vivir malamente, mientras otros holgaban con la bolsa llena, y tal cosa y la mala salud de que he hablado le producían con frecuencia a don Lope un humor melancólico, en el que parecía sumirse meditando la levedad y poca consistencia del tránsito que todos hacemos por esta tierra pecadora, en la cual no parece sino que estamos para sufrir y si es posible morir por la causa de Dios.

Las voces en las gradas de San Felipe suben un punto cuando vuelve a surgir el tema del empeoramiento de los asuntos de Flandes, y Pedraza retoma el discurso. Las órdenes del rey — dice — fueron que el tercio de Figueroa pasara a Lombardía, y desde allí reunidos con la gente del tercio de Milán iríamos a Flandes, donde don Juan de Austria se hallaba refugiado y sin ejército propio en la fortaleza de Namur. Y el mismo Figueroa vio con mucho disgusto ese traslado que para él resultaba muy malo por motivos de salud, ya que andaba harto enfermo, así del pecho como de otros achaques viejos, y la mar — decía — le iba mejor porque le mataba la tierra fría.

Además, creía que sus soldados estaban más entrenados para combatir en el mar y en galeras, y eran más prácticos en los negocios de Italia.

Y otra vez surgieron las peleas que tan mala fama daban a su tercio, al pasar por la isla de Elba embarcados en galeras, frente a los presidios de Toscana. En Puertoferraro se produjo gran reyerta, en la que murieron algunos, y el Gran Duque de Florencia pidió castigo ejemplar, por lo que se comenzó una investigación para castigar a los culpables, de la que perdí cuenta.

Pero el descontento no cesaba porque a los soldados se les adeudaban más de trece pagas, y Lope, hastiado, pidió licencia al rey para volver a casa, pues con ella le aseguraron los médicos que tendría salud para continuar en el servicio, como deseaba, y no dejaba de repetir que más holgaría morir en servicio de Su Majestad que vivir sano no haciéndolo, y que por eso temía no poder curarse para poder seguir

peleando.

Al final de todo esto —concluye Pedraza —, en enero de 1578 el tercio pasó revista en el valle de Augusta, cerca de Milán, y allí les fueron dadas algunas de las pagas que se les debían, además de ropa y armas, con lo que la moral de los hombres volvió a henchirse y las compañías partieron hacia Flandes en pleno invierno hasta Namur, donde llegaron poco más de un mes después, lo cual fue considerado una marca nunca conseguida en la marcha, ya que el recorrido tenía unas 200 leguas, que se recorrían normalmente en unas seis semanas.

Los contertulios del mentidero se pierden en detalles sobre la estancia de Figueroa en Flandes en ese tiempo, y es seguro que allí volvió a reencontrarse con don Juan de Austria, al que se sentía muy unido. Pero el destino quiso que el hermano del rey muriese el 1 de octubre de 1578, y junto a él estuviese don Lope, cuyotercio encabezó la comitiva fúnebre que le rindió honores con banderas negras, picas a rastras y tambores destemplados. Y luego a don Juan le sustituyó su sobrino Alejandro Farnesio y seis meses después comenzó el sitio de Mastrique, en el que los de Figueroa soportaron muchas bajas en un asedio que duró cuatro meses, y enfurecidos por la resistencia de los defensores se vengaron saqueando la ciudad durante varios días, con el consentimiento de Farnesio.

Y otra vez, tras lo de Flandes, el tercio de Figueroa fue llamado a pelear en sitio distinto, esta vez en Portugal. Salieron en la primavera de 1580 hacia Italia, y desde Génova partieron a Cartagena para incorporarse al ejército que preparaba el Duque de Alba para entrar en Portugal y proclamar rey a don Felipe, como correspondía en justicia por herencia.

Pero el embarque desde Génova se complicó. Los del tercio — ya sabemos — eran gente fiera, proclive a la indisciplina, mal acostumbrada y desvergonzada cuando flaqueaban sus capitanes, y los genoveses no querían dejarles embarcar en las galeras con tantas mujeres, criados y equipajes como arrastraban. Pero era difícil reformar de golpe los malos hábitos, y una vez más, los de Figueroa amenazaron con amotinarse y quedar todos en tierra.

Lope tuvo que discutir mucho para que al tercio le arreglaran las cuentas, pues sus hombres apenas tenían recursos y los oficiales no les habían entregado la parte del socorro que habían recibido, lo que hacía sospechar a los soldados que estos se lo robaban. Y el

descontento les crecía más porque al partir hacia España querían volver a su tierra después de tantos con buena apariencia y el dinero que se les adeudaba, y no llegar como ganapanes, mal vestidos y peor tratados.



La situación estalló en Génova la noche antes del embarque, cuando se amotinaron la compañía del propio Figueroa y la del capitán Gamboa, pero el motín no fue secundado por el resto, y al final solo quedó un grupo de unos cuarenta hombres que se refugiaron en un castillo al mando de un gascón, mientras se aceleraba el embarque de las demás compañías del tercio, cuyo oficiales no dejaron pasar la voz de los amotinados. Pero todo el alboroto era — como siempre — por el dinero atrasado que se les debía del tiempo pasado en Flandes, y si el rey no conseguía dineros para pagarlos, don Lope temía que, cuando llegasen a Barcelona, la mayor parte escaparía para volver a sus casas o intentaría amotinarse, porque su descontento aumentaba cada día, y permanecían en las galeras sin más comida que bizcocho, sin pan ni carne fresca, mientras otros tercios, como el de Fernando de Toledo, que venía de Nápoles, estaba siendo bien pagado y tratado. El rey tuvo que enviar 6000 escudos al embajador en Génova, que era Pedro González de Mendoza, para el gasto de las naves, pero el embajador solo entregó 200 ducados y se guardó el resto, lo que empeoró las cosas.

El galeón San Mateo con el que Lope de Figueroa se lanzó en solitario contra la escuadra enemiga en la batalla naval de las Azores.

Así es que los hombres de don Lope volvieron a amotinarse y a

mediados de noviembre aun seguían en el puerto, con las vituallas acabándose, y eso retrasó su llegada a las Azores, esa posición estratégica privilegiada en medio del Atlántico, en el cruce de las naves de Indias, donde se habían refugiado los últimos defensores del prior don Antonio de Grato, muy fortalecidos por armas, y dineros que les venían de Inglaterra y Francia, incluyendo una armada poderosa de 60 naves, para que España no aumentara su poder en el mundo.

Allí en las Azores, junto a la isla Tercera, coinciden todos los reunidos en San Felipe, fue donde de verdad Lope de Figueroa rompió el molde de la osadía.

De los presentes, solo Cabrera estuvo en la batalla, pues a él le tocó embarcarse con el tercio de Francisco de Bobadilla que salió de Lisboa, con el de Figueroa, para terminar de rematar la guerra de Portugal en el remoto océano.

La armada hispana, que mandaba Álvaro de Bazán iba agrupada en una larga línea, con el poderoso galeón San Martín en el centro, que apuntaba directamente a la escuadra francesa, con la intención de resolver la batalla al abordaje, que es donde la superioridad de nuestra infantería era notoria. Durante varias jornadas, ambas escuadras estuvieron enfrentadas y vigilantes, ya que los vientos cesaron y la bonanza nos perjudicaba, pues los franceses mantenían la ventaja del barlovento y aprovechando algunos vientos muy ligeros que les llegaron hicieron intentos de capturar algunos de nuestros barcos más alejados de la formación. Pero al no conseguir ninguna de las dos armadas ventaja manifiesta de maniobra sobre la otra, ambas terminaron situadas en paralelo, aunque con direcciones opuestas, y nuestras tripulaciones y soldados ya estaban impacientes por entrar en combate y pisar los barcos enemigos que tenían enfrente al alcance de la vista.

La batalla se decidió cuando el galeón San Mateo, que mandaba Figueroa y en el que iba también la compañía de Pedro Rosado, se separó de la línea española para lanzarse en solitario contra la escuadra enemiga. Todos quedamos perplejos porque el San Mateo no dio aviso a nadie de su maniobra, y vimos como el buque insignia francés, donde iba el almirante Strozzi, un italiano que dicen era favorito de la reina madre de Francia, Catalina de Médicis, vio la ocasión de apresar al barco de Figueroa y cayó sobre él con otros cuatro navíos. En suspenso, contemplamos aquella desigual pelea. Figueroa debió de dar órdenes de no responder al fuego francés hasta que Strozzi pegó su barco para iniciar el abordaje, con los cañones rozando la borda, y entonces el San Mateo lanzó una andanada con los

cañones de ese costado que le hizo mucho daño y que se vio aumentado por el fuego de los arcabuceros y mosqueteros españoles, que barrió las cubiertas enemigas.

Rodeado de barcos franceses, los de Figueroa resistieron como fieras el fuego que se les hizo; más de 500 proyectiles dicen que recibió, pero el San Mateo, apenas visible por la humareda de los incendios del cañoneo, aguantó con todo y llevó el desconcierto a la escuadra adversaria, lo que dio tiempo a Bazán a maniobrar y virar contra el viento para acudir al socorro del barco de don Lope. Fueron los barcos del almirante Oquendo los primeros en llegar al desigual combate y abordar a la capitana francesa. Strozi cayó de un arcabuzazo y murió cuando lo trasladaban prisionero al barco de Oquendo. A



partir de ahí, los barcos españoles fueron uniéndose uno tras otro a la batalla y hubo abordajes continuos y lucha cuerpo a cuerpo dejando las cubiertas que parecían arroyos de sangre. Pero la victoria, como todos sabéis, fue completa y la escuadra francesa se deshizo, con muchos barcos hundidos y muchos prisioneros que, en su mayoría fueron ahorcados por orden expresa del rey Felipe nuestro señor, que los consideró piratas, por no haberse declarado guerra formal entre España y Francia.

Batalla de Tercera, en las Azores.

Nosotros no perdimos ningún barco — añade el capitán Cabrera — pero la cosa aún no había terminado, pues los enemigos mantenían el bastión de la isla Tercera y quedaba por asestarles el golpe final. Eso quedó para el verano siguiente, cuando la armada de Bazán regresó a las Azores con los tercios embarcados que, en buena lid, hubiera debido mandar Figueroa, pero el rey no lo dispuso así porque Bazán se sintió molesto de que el San Mateo emprendiera por su cuenta, sin darle aviso, la aventura de cargar contra todos rompiendo la línea establecida.

Los de Tercera contaban con mucha fortificación y se defendieron bien, pero nada pudieron contra nuestra infantería de desembarco que salió de noche de las galeras en lanchones y pinazas, y una vez asentados en la playa ya todo fue marchar adelante hasta tomar Angra, que era la capital de la isla, aunque se nos escapó el de Crato, que dejó atrás al gobernador de la fortaleza principal, quien fue ahorcado de la torre más alta.

Y esa fue, en opinión general del mentidero, la mayor hazaña hecha por naves españolas, y en ella estuvo el gran Figueroa, nombrado maestre de campo general, a quien se le encargó organizar la fuerza de infantería de desembarco y que formaba parte del consejo de guerra del marqués de Santa Cruz, junto al capitán general de Orán, don Pedro de Padilla, el almirante Martínez de Recalde y Pedro de Toledo, que había sido virrey en Nápoles. A esta fuerza se unieron algunas coronelías alemanas y las compañías del tercio de Bobadilla, donde por cierto iba de soldado don Lope de

Vega, el Fénix de los Ingenios, a quien todos conocen por ser también habitual de las gradas de San Felipe y componedor de versos y comedias con tanta facilidad e inspiración como en el mundo nunca se haya visto. Y tal fue el éxito del desembarco en Tercera y la destreza con la que lo ejecutaron los soldados de Figueroa que a partir de entonces su tercio empezó a ser llamado tercio de la Tercera.

Quiera Dios —dijo el vizcaíno Arrasate — que esa acción no se borre nunca de la memoria de los hechos famosos y a cargo de infantería tan escogida, por ser toda ella compuesta de gente ejercitada y soldados viejos, diestros y bien disciplinados, dirigida por los más señalados capitanes.

Después, ese mismo año de la victoria de Azores, don Lope fue destinado a Lisboa, donde pasó a ejercer nuevo cargo de maestre de campo general de Portugal, una misión de carácter administrativo, para organizar los suministros del ejército en Portugal como comendador de bastimentos, mientras el tercio que había mandado y llevó su nombre partió hacia Flandes por tierra, y al llegar allí fue llamado tercio de San Felipe y quedó al mando del maestre Francisco de Valdés. El nuevo puesto venía bien a su quebrantada salud aunque le obligó a tragar muchas bilis y a enfrentamientos continuos, ya que sus denuncias sobre las penurias por las que pasaban los soldados, aquejados siempre por la falta y retrasos de las pagas, fueron constantes, como lo habían sido también en Italia, y hace apenas un año solicitó al rey dejar Lisboa y le pidió el cargo de Capitán General de la Costa del Reino de Granada, que le fue concedido y venía a ser

visto por muchos como un retiro digno para su edad y méritos, y le valió ser invitado a la boda en Zaragoza de la hija del rey, Catalina Micaela, con el duque de Saboya, de la que ya hemos hablado.

Y desde Zaragoza, tras la boda, el rey fue a despedir a su hija a Barcelona y luego se trasladó a la villa de Monzón, donde había convocadas en junio Cortes de Aragón, y hasta allí le acompañó también don Lope de Figueroa, y allí, en Monzón, cayó enfermo de una epidemia de peste que se extendió por la región y murió en los últimos días de agosto como caballero de la orden de Santiago y soldado leal que era, tras ser el primer maestre de campo del Tercio de la Armada del Mar Océano y haber combatido casi 40

años en todos los escenarios bélicos de la Corona, junto a jefes tan irrepetibles como el duque de Alba, Juan de Austria, Álvaro de Bazán y Alejandro Farnesio.

Los síntomas de la enfermedad eran inequívocos y falleció tras ratificarse en el testamento que había hecho en 1577 en Alejandría de la Palla, por el que dejó un legado de quinientos ducados a su hija Jerónima, para que ingresara monja en el monasterio de la Concepción de Guadix, o — si su hermano primogénito así lo quisiera — en el de



Santa Cíara de Murcia o en el de la Madre de Dios de Madrid, todos

ellos fundados y dotados por sus antepasados.

Catedral de La Seo de Zaragoza. Dibujo a pluma de Miguel Brunet Castells.

A don Lope —interviene ahora un canónigo de la parroquia de San Andrés, más dedicado a chismorreos de mentidero que a caridades —podrían valer los versos del genio mantuano, el gran Virgilio (y suelta el latinajo): *Cui genus a proavis ingens, clarumque paternae/ Nomen erat virtutis, et ipse acerrimus armis*, que casi nadie entiende, aunque todos asienten por no quedar de incultos. Y mientras se inicia la dispersión de los tertulianos por las calles vecinas a la Puerta del Sol, los citados Cabrera, Pedraza y Arrasate siguen recordando en voz queda historias del maestre, y alguien tiene el buen detalle de recordar que también Lope de Vega, por boca de uno de sus personajes, le ha dedicado otros versos que vienen a cuento, aunque sean escritos en castellano y no en idioma de los latinos, y que ahora, ante el auditorio ya en franca retirada, no tiene ningún empacho en recitar en voz alta, como si estuviera en el teatro:

Aquel invencible Marte

Don Lope de Figueroa

Famoso del Tajo al Ganges…

Apéndice

Desplegable

Juan de Austria

Felipe II rechazó su petición de concederle el titulo de infante de Castilla y con ello el ambicionado tratamiento de Alteza Real pero, a cambio, aceptó su sugerencia de un mando único en sus manos en la batalla de Lepanto.



Alejandro Farnesio

Alejandro Farnesio, del italiano Alessandro Farnese, o Alejandro

Farnesio y Habsburgo (Roma, 27 de agosto de 1545-Arrás, 3 de diciembre de 1592), fue el tercer duque de Parma y Piacenza, hijo de Octavio Farnesio y Margarita de Parma, la hija de Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, sobrino de Felipe II y de Juan de Austria. Desarrolló una importante labor militar y diplomática al servicio de la corona española. Luchó en la batalla de Lepanto contra los turcos y en los Países Bajos contra los rebeldes holandeses, así como en Francia en las guerras de religión del lado católico contra el protestante.

Alejandro había crecido en España con el príncipe Carlos, hijo de Felipe II, y su tío Juan de Austria; los tres estudiaron en la Universidad de Alcalá. Tras su matrimonio se instaló en la corte de Madrid.

Tan pronto como obtuvo una base de operaciones segura en la provincia de Hainaut y Artois, se dispuso a reconquistar las provincias de Brabante y Flandes. Una ciudad tras otra fueron cayendo bajo su control hasta llegar frente a Amberes, a la que sitió en 1584.



Lope de Figueroa

Caballero de la Orden de Santiago, comendador de la encomienda de

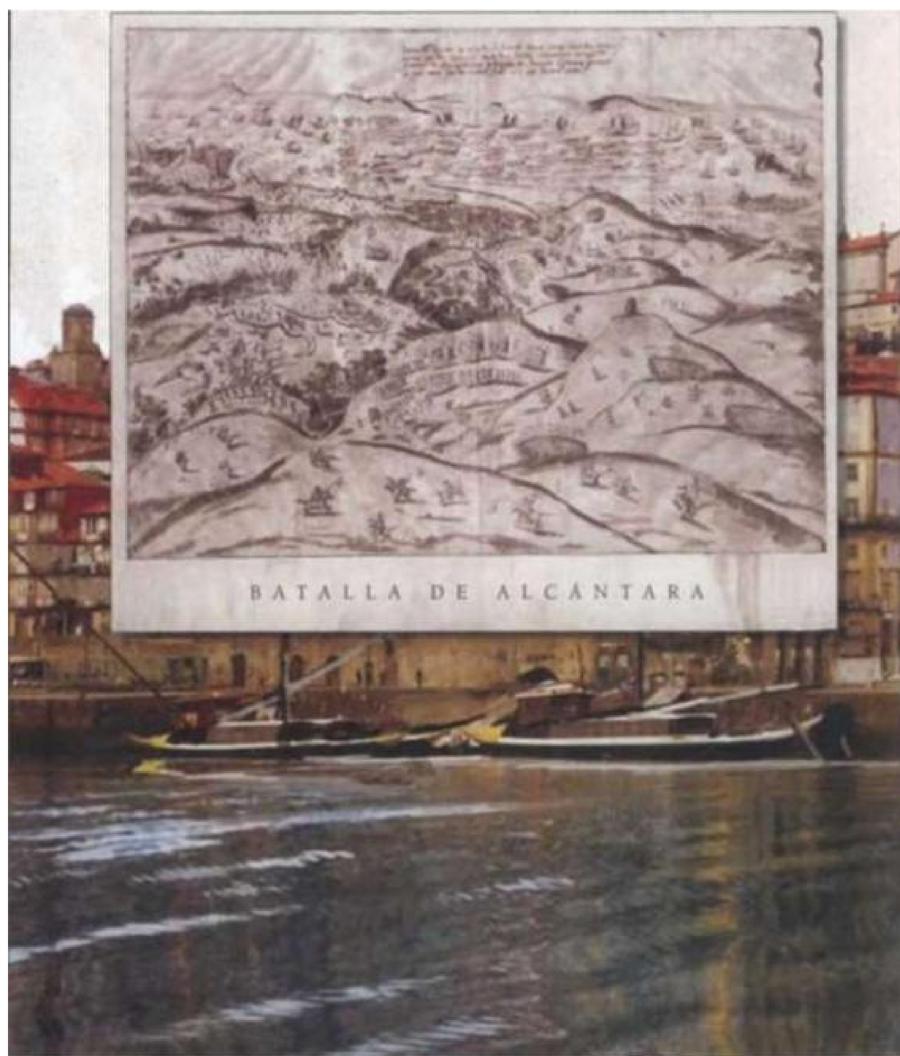
los bastimentos del Campo de Montiel, maestre de campo general y capitán general de la costa del reino de Granada. Intervino en los Gelves, Vélez de la Gomera, Istria, el socorro de Malta, Flandes (Jemmingen, Jodoine y Mastrique), Las Alpujarras, Lepanto y Tercera (Azores).

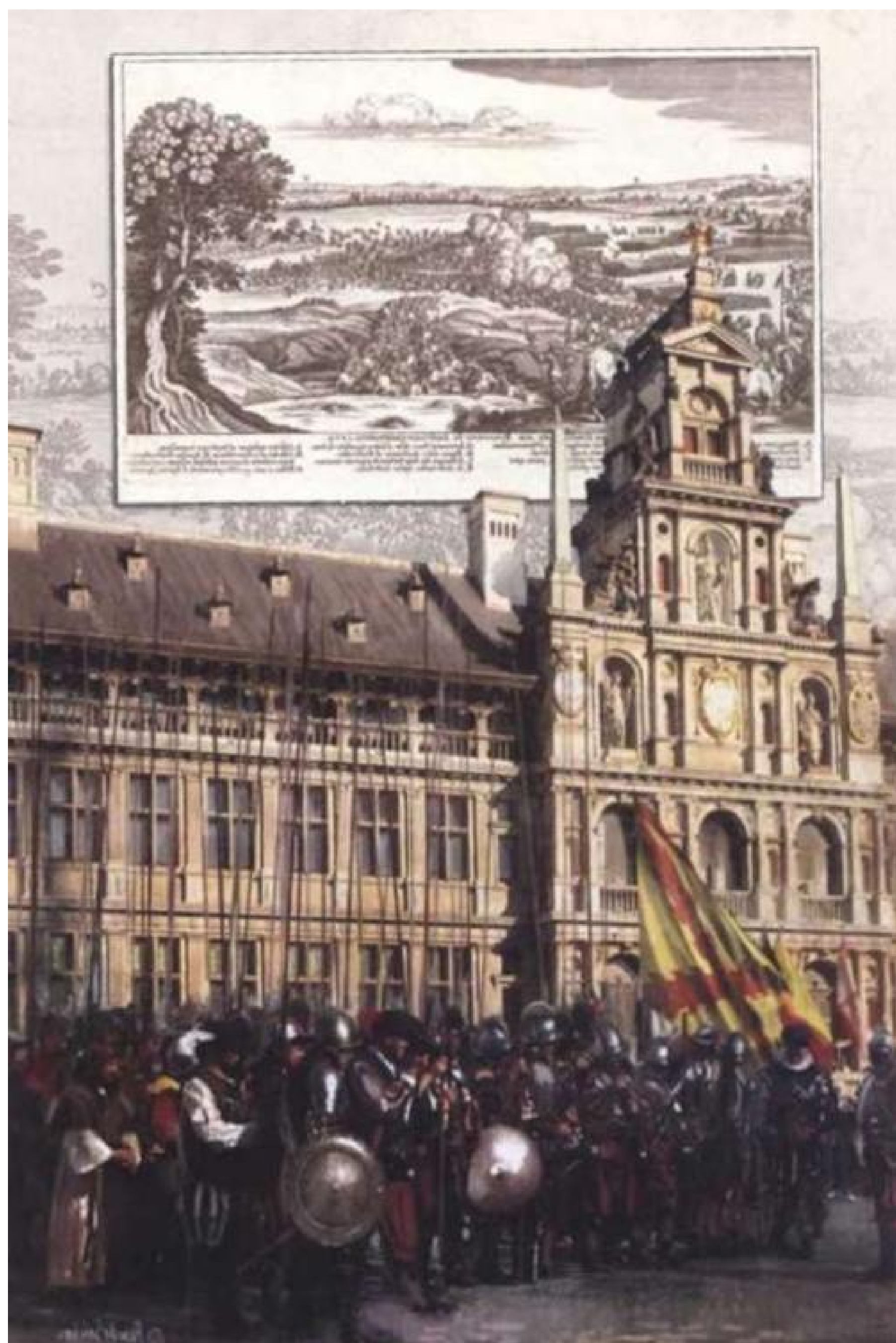


Sancho Dávila

Comenzó su carrera militar en 1545, luchando con las tropas del emperador Carlos V

contra los protestantes alemanes de la Liga de Esmalcalda. Luchó también contra los turcos de Dragut en el norte de África, y posteriormente en Italia, junto al duque de Alba, contra el papa Pablo IV y los Duques de Guisa durante la última fase de las guerras italianas. En el año 1560, participó en la defensa de la isla de Los Gelves (Yerba).





Durante la guerra de Flandes sirvió como maestre de campo de los tercios españoles, primero bajo el mando del III duque de Alba y posteriormente de Luis de Requesens.

En 1569 fue nombrado gobernador de la ciudadela de Amberes. En 1580 fue el general de la caballería en la batalla de Alcántara durante la campaña de la anexión de Portugal y maestre de campo del duque de Alba.



María Pita El 3 de mayo de 1589 las tropas inglesas, lideradas por Francis Drake, abrieron una brecha en

la muralla de La Coruña y comenzaron el asalto de la ciudad vieja, dirigidas por un alférez que logró subir a la parte más alta de la muralla. María Pita mató al alférez inglés. No se sabe realmente con qué arma se llevó a cabo la muerte del alférez; hay quien dice que con la espada del marido difunto de María Pita (su segundo esposo Gregorio de Recamonde, muerto en ese mismo asalto inglés); otros que con cuchillos de su negocio personal; otros que con arma de fuego.

La tradición dice que en el momento de llevar a cabo su hazaña gritó:
—«Quien tenga honra que me siga.»



Miguel Servet

Server sufrió grandes penalidades durante su cautiverio, como

atestigua su carta al Consejo de Ginebra de 15 de septiembre de 1553. Finalizado el proceso, fueron consultadas las iglesias reformadas de los cantones de Zúrich, Schaffhausen, Berna y Basilea, tras lo cual el acusado fue condenado y sentenciado a morir en la hoguera el 27

de octubre de 1553.



Francisco de Orellana

Participó en la conquista del Imperio Inca. En 1537 fundó la ciudad de Guayaquil, que había sido destruida por los indígenas. Al año siguiente recibió el título de Teniente Gobernador de Guayaquil y, junto a Gonzalo Pizarro, organizó una expedición que terminaría con el descubrimiento del río Amazonas. Tras sobrevivir a la travesía del viaje por la Amazonia, partió de regreso a España y organizó otra expedición al Amazonas, donde falleció siguiendo la suerte de la mayoría de su tripulación. De 300

hombres solo sobrevivieron 40.



Miguel López de Legazpi

Conocido como el *Adelantado* y el Viejo, fue un almirante y

gobernador español del siglo XVI, primer gobernador de la Capitanía General de las Filipinas y fundador de las ciudac de Cebú (1565) y Manila (1571).

Con cinco naves y unos 350 hombres, partió del puerto de Barra de Navidad, Jalisco, el 21 de noviembre de 1564. La expedición atravesó el Pacífico en 93 días y pasó por el archipiélago de las Marianas. El 22 de enero desembarcaron en la isla de Guam. La conquista siguió por las islas de Panay (donde estableció su nueva base), Masbate, Mindoro y, finalmente, Luzón, donde encontró la gran resistencia de los tagalos.

Después de establecer en Manila la capital del archipiélago de las Filipinas, Legazpi trasladó allí su residencia, y en esa ciudad murió el 20 de agosto de 1572.

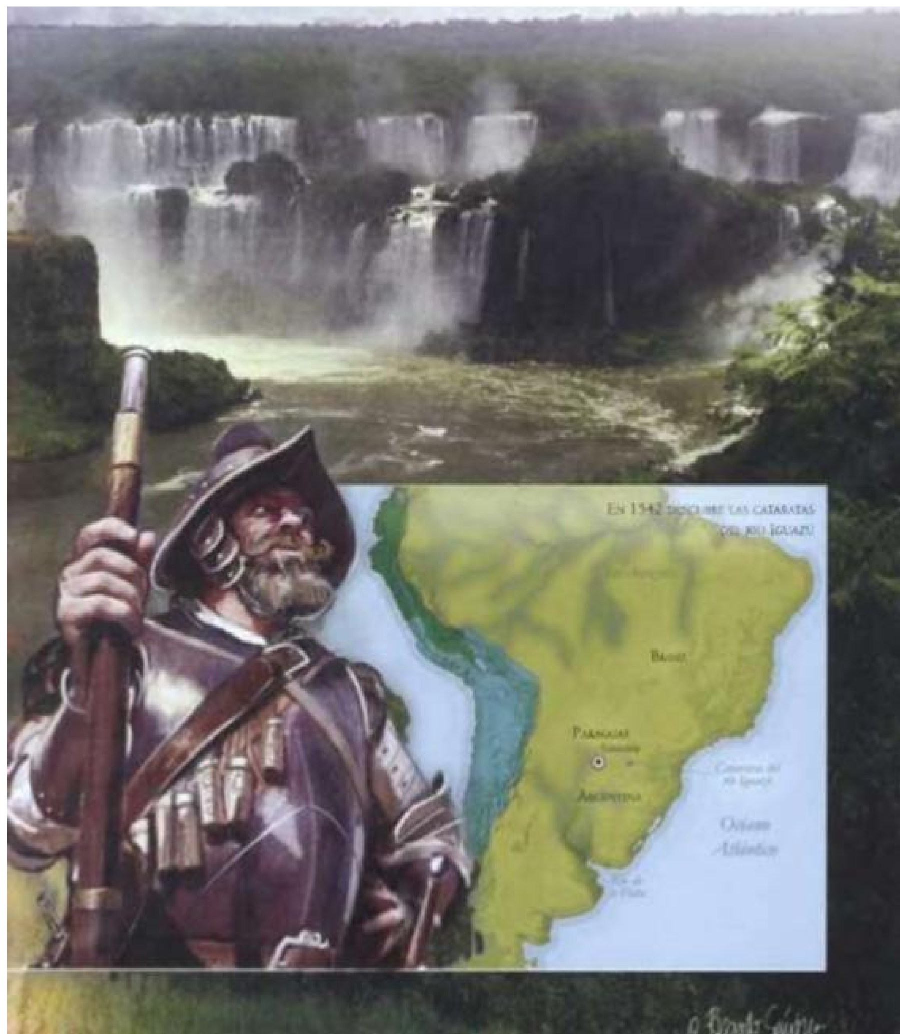

OCÉANO
PACÍFICO
MAR
DE CHINA
MERIDIONAL

Cabeza de Vaca

Exploró la costa sur de Norteamérica desde la actual Florida pasando

por Alabama, Misisipi y Luisiana y se adentró en Texas, Nuevo México, Arizona y en el norte de México, hasta llegar al Golfo de California, territorios incluidos en el Virreinato de Nueva España.

El rey Carlos I de España le otorgó el título de segundo adelantado y lo nombró capitán general y gobernador del Río de la Plata, y fue el primer europeo en llegar a las cataratas del Iguazú y explorar el curso del río Paraguay.



1527-1536
Océano Atlántico
Océano Pacífico
NUEVA ESPAÑA
Compostela
México
La Habana
CUBA



García de Paredes

Más conocido como *El Sansón de Extremadura*,

fue un militar español célebre por su extraordinaria

fuerza física y sus múltiples hazañas. Combatió como capitán de infantería en las guerras de Italia, norte de África y Navarra. Duelista invicto en numerosos lances de honor; capitán de la guardia personal del papa Alejandro VI; condotiero al servicio del duque de Urbino y de la familia Colonna; coronel de infantería bajo el mando del Gran Capitán durante la conquista de Nápoles; cruzado del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros; maestre de campo del Emperador Maximiliano I, coronel de la Liga Santa y caballero de la Espuela dorada al servicio de Carlos V. Fue el soldado español más famoso de la época, admirado por sus contemporáneos como prototipo del valor y gloria militar.

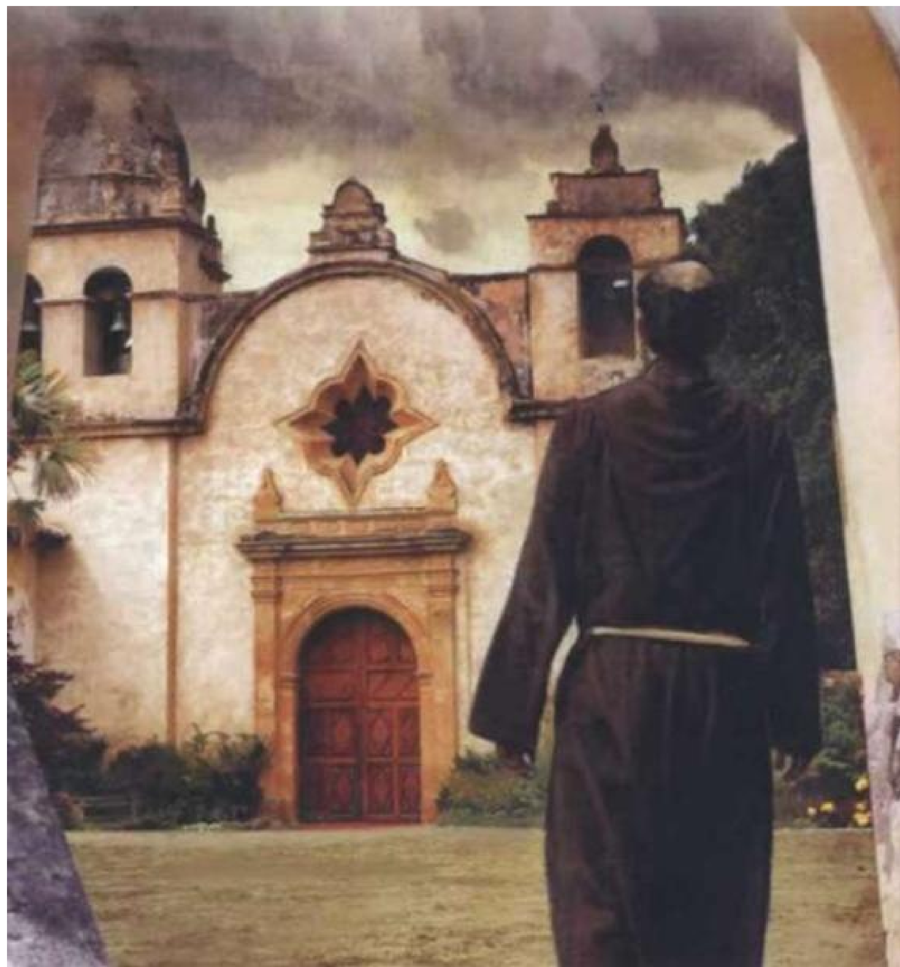




Junípero Serra

En calidad de Padre Presidente fundó un total de nueve misiones en California. La primera fue la de San Diego, el 16 de julio de 1769. Está enterrado en la misión de San Carlos Borromeo, o del Carmelo, fundada por él en 1770.

Es el único español que figura en el Salón Nacional de Estatuas del Capitolio de Washington, sede del poder legislativo de Estados Unidos, donde están representados los personajes más ilustres de la nación. La estatua de fray Junípero está en el pasillo principal y fue propuesta por el estado de California.





FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ (Barcelona, España, 1941), es doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid.

Durante muchos años ha pertenecido al Servicio Internacional de la Agencia EFE y ha prestado servicio en varios países.

Es un experto en asuntos internacionales, en especial de Europa y de las antiguas repúblicas soviéticas. Ha sido reportero, guionista de televisión y ha viajado por América, Asia, China, Rusia, el Cáucaso, Europa y países bálticos.

Ha colaborado asiduamente en gran cantidad de periódicos y revistas. En la actualidad es columnista en las páginas de cultura de *ABC* e *Historia y Vida*. Escritor de amplia y variada trayectoria periodística y literaria, es autor de poesía, ensayos, libros de historia y juveniles, y especialmente de novela policiaca.

Con *Carne de trueque* (1979) se convirtió en una referencia obligada de

la novela negra española. Ganó en dos ocasiones el premio Rodolfo Walsh, otorgado por la Semana Negra de Gijón: la primera, con la biografía novelada *Candelas. Crónica de un bandido* (1991); la segunda, con la novela *Sin piedad* (1993).

Fue finalista del premio Planeta y del Café Gijón, y ha ganado el premio Hammet de novela policíaca y el premio Grandes Viajeros, además del V Premio Algaba de Investigación Histórica otorgado al libro *Como lobos hambrientos* (2007).

Entre sus últimas obras están: *Tras los pasos de Drácula* (2001), *Escritores espías* (2004), *El rey del Maestrazgo* (2005), *El enigma de la Gioconda* (2005) y *Los libros de plomo* (2010).

Notas

[1] Galliot. T. V, p. 63. Chroniq. De Boneffe. Anna Larchéol T. IV, p. 106. Strada, de Bello Belg. Libros IX y X. < <

[2] La leyenda del Rey Blanco se inicia con la expedición de Juan Díaz de Solís por la costa sur de Brasil y el Río de la Plata. Tras desembarcar cerca de la actual Buenos Aires en 1516, Solís murió con la mayoría de sus hombres al ser atacado por los indios. Es entonces cuando los pocos náufragos supervivientes oyeron hablar de una montaña de plata, en una región cercana donde gobernaba un monarca al que llamaban Rey Blanco.

< <

[3] Citado por Julián Moreiro en Españoles excesivos, Edaf, pág. 65. < <

[4] Citado por Rubén Caba y Eloísa Gómez Lucena, La odisea de Cabeza de Vaca, Edhasa, 2008. < <

[5] Moneda de oro castellana. < <

[6] Quijote. Primera parte, capítulo XLIX. < <

[7] Las Églogas de Garcilaso con los comentarios de Fernando de Herrera. < <

[8] Diego García de Paredes y relación breve de su tiempo al rey Católico N. S. Don Felipe IV, Madrid 1621. < <

[9] Quijote I -capítulo XXXII. < <

[10] Crónicas del Gran Capitán, Antonio Rodríguez Villa. Nueva Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1908. < <

[11] «Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes…», incluida al final de la Crónica del Gran Capitán (BNE, R/39569). < <

[12] Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas, publicado por la Imprenta Real. Madrid, 1791. < <

[13] Juan Sorapán de Rieros: Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua, Madrid, 1616. < <

[14] Crónica manuscrita y Crónica general, de autor anónimo, incluidas en las Crónicas del Gran Capitán < <

[15] Crónica llamada las dos conquistas del reino de Nápoles, incluida en las Crónicas del Gran Capitán. < <

[16] Juan Francisco Andrés de Ustarroz (1606-1653): Anales de la Corona y Reino de Aragón, pág. 46. < <

[17] Este duelo, aunque algunos autores lo llamen «Desafío de Barletta», no debe ser confundido con el célebre «Desafío de Barletta» que tuvo lugar el 13 de febrero de 1503, en el cual se batieron 13 caballeros franceses con otros tantos italianos, y en el que se distinguió Héctor Fieramosca. < <

[18] Jerónimo Zurita: Historia del rey Don Fernando el Católico. De las empresas y ligas de Italia, lib. VIII, cap. XI. < <

[19] La petición, fechada en Madrid el 15 de julio de 1606, dice textualmente.

Señor:

Mayor Fernández de Cámara Pita, natural de la ciudad de la Coruña, del Reyno de Galicia, dice que ella hizo muchos servicios a su Majestad, que está en el cuelo, cuando el Inglés vino sobre la ciudad de la Coruña, por lo cual Su Majestad le hizo merced de cinco escudos al mes de sueldo, pagados en la dicha ciudad entre la Infantería. Y

porque la susodicha está muy pobre y con dos hijas para remediar, y más con dos hijos pequeños y por criar, y los cinco ducados de sueldo que Su Majestad le hizo merced fue cosa muy poca conforme a sus grandes servicios que en la dicha ocasión hizo a Su Majestad, como consta de las informaciones, certificaciones y demás papeles que

presenta ante Vuestra Majestad. Atento lo cual y para remedio de sus dos hijas, pide y suplica a Vuestra Majestad se sirva de hacerle merced de acrecentarle el sueldo de los dichos cinco ducados conforme a sus servicios, que fueron muy grandes, y que el dicho sueldo, después de los días de su vida, lo pueda poner en cabeza de las dichas sus dos hijas que la susodicha nombrare y le parezca más conveniente para el servicio de Vuestra Majestad.

Y ansí mesmo también suplica a Vuestra Majestad se sirva de mandar se le de a los dichos sus dos hijos varones alguna plaza o entretenimiento entre la Infantería de la dicha ciudad para ayuda a criarse, atento que son hijos de algo [hidalgos] y pobres, y para que puedan venir a valer para el servicio de Vuestra Majestad, como lo hicieron

sus padres y antepasados. Que en ello recibirán grandísima merced y limosna de Vuestra Majestad. < <

[20] Escritura levantada por el escribano Pedro Fariña, a petición de Francisco Vázquez de Bervia, marido de María Alonso, fechada en La Coruña a 23 de octubre de 1615. < <

[21] http://www.ordendecaballerosdemariapita.es/o_c_p/Historia_Heroismo.html. < <

[22] Relación Anónima. BN mss 3750. < <

[23] Relación anónima. BN mss 3750. < <

[24] Luis Gorrochategui Santos: Contra Armada, Ministerio de Defensa, Madrid, 2011,pág. 155. < <

[25] Archivo General de Galicia, (P. sig. 16-n.º I.º). Publicado por Andrés Martínez Salazar. < <

[26] Archivo General de Galicia, (P. sig. 16-n.º Iº). Publicado por Andrés Martínez Salazar. < <

[27] Archivo General de Galicia (P. sig. 16-n.º I). Publicado por Andrés Martínez Salazar. Citado por Luis Gorrochategui Santos en Contra Armada. La Mayor catástrofe naval de la historia de Inglaterra, Ministerio de Defensa, 2011. < <

[28] http://foeminas.lugo.es/2007/agosto/historia_de_mujeres_cast.htm < <

[29] Femando de la Iglesia Ruiz [www.historiasdebadajoz,blog.spot.com.es]: «Historias de Badajoz», Entrevista en Hoy. < <

[30] Femando de la Iglesia Ruiz [www.historiasdebadajoz,blog.spot.com.es]: «Historias de Badajoz», Entrevista en Hoy. < <

[31] Miraflores, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de: Vida del general don Sancho Dávila…, Imp. de D. F. Sánchez, Madrid, 1857. < <

[32] Bernardino de Mendoza: Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos, Ministerio de Defensa, Madrid, 2008. < <

[33] Luis de Barrientos al secretario real Juan Delgado, en Lisboa, 10 de junio de 1583.

Citado por Gonzalo Martín García en Sancho Dávila, soldado del Rey. < <

[34] Archivo Histórico Provincial de Ávila. Protocolos notariales. < <